ORATORIA

SAGRADA.

2706

L=2706

ORATORIA SAGRADA

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

R. 2053

ORATORIA SAGRADA

POR EL DOCTOR

D. José María Martínez de Pazos,

CANÓNIGO DE LA S. A. I. C. METROPOLITANA
DE SANTIAGO, CATEDRÁTICO DE ESTE SEMINARIO CENTRAL Y
CABALLERO DE LA ORDEN DE CARLOS III.

CON APROBACIÓN DEL ORDINARIO.

Cui lecta potenter erit res,
nec facundia deserit hunc, neque lucidus ordo.
(HORAT.)

Quien elige argumento
Adecuado á su genio y su talento,
Hallará sin violencia
Método perceptible y elocuencia.
(IRIARTE).

SANTIAGO:
Imp. del Seminario Conciliar Central
1886.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

ARZOBISPADO DE COMPOSTELA

SECRETARÍA

Santiago 6 *de abril de* 1886.—*En vista del favorable precedente informe emitido por el muy Itre. Sr. D. Francisco Soto, Arcipreste de esta S. M. Iglesia, comisionado por Nos para examinar la Obra de* ORATORIA SAGRADA *escrita por el Dr. D. José Martínez de Pazos, Canónigo de esta dicha Sta. Iglesia, le concedemos la licencia que tiene solicitada para imprimir la expresada obra, de la cual remitirá á nuestra Secretaría un ejemplar en rama.—El Cardenal Arzobispo.—Lo decretó y firmó S. Ema. Reverendísima el Cardenal Arzobispo mi Señor de que certifico.*—Dionisio López, *Secretario.*

Lo que de orden de S. Ema. Revma. participo á V. S. para su inteligencia y efectos consiguientes.

Si hubiera de informar yo, llamaría n á cada página de este libro y x al número de ellas, para establecer la fórmula siguiente

$$nx = \text{[illegible]}$$

PRÓLOGO

Cuando empecé á escribir este pequeño tratado de ORATORIA SAGRADA, me propuse apuntar para mi gobierno aquellas reglas y pormenores cuyo conocimiento hace útil, ameno y agradable un discurso sagrado. Creyendo después que podría servir este trabajo de alguna utilidad á los escolares jóvenes, me decidí á publicarle en la persuasión de que muchos oradores nuevos quizá no tengan, como yo no la tuve, una mano caritativa, que advierta y corrija los yerros y defectos de la inexperta é irreflexiva juventud.

Yo creía que lo habría publicado en Santiago

Dicen algunos que los tratadistas de Retórica se copian unos á otros: esto nada tiene de particular, manejando todos el

mismo asunto, y ejecutando al pié de la letra lo dicho por S. Agustín: *Utile est plures á pluribus scribi diverso stilo, non diversa fide.* Más como quiera que se mire la cuestión, hay ciertamente mucha diferencia de unos tratadistas á otros, tanto en el fondo como en la forma; y entre tantos gustos y sentencias, todos ellos convienen y reconocen, hasta sus mismos detractóres, la necesidad grande, la utilidad evidente de que los oradores se apliquen á los preceptos del arte, para su propio mejoramiento, y para tomar parte gloriosa en la grande obra de restauración, que se está realizando en Europa, hoy tan conmovida por radicales y terribles sacudimientos.

También dicen ciertos oradores, adiestrados en las lides de la palabra, que olvidados tienen los preceptos, y hasta llegan á despreciarlos; pero es muy cierto que, si hoy no se cuidan de las reglas, ni las necesitan, ellas, sin embargo, fueron seguramente la guia de sus primeros ensayos: con el tiempo adquirieron hábitos excelentes, con la práctica se hicieran maestros, y

ahora no quieren acordarse de sus humildes principios. Los sacerdotes, particularmente jóvenes, obligados están, á emprender la senda de los preceptos de la Oratoria, para honrar su ministerio, y anunciar con dignidad la palabra de vida eterna.

Esto sentado, no tengo la orgullosa pretensión de hacer pasar por original este ligéro trabajo, ni menos la intención de presentarle al público como un modelo acabado y perfecto de composición y bien decir; antes declaro ingenuamente que he compilado de los buenos autores lo que me ha parecido más necesario en esta materia tan importante añadiendo, cual diligente abeja, la miel recogida en las tareas del púlpito y de la cátedra, donde llevo invertida la mejor parte de mi vida.

Excitar la curiosidad: exponer los principios de una manera metódica, clara y sucinta; dar definiciones exactas y precisas, é ilustrar el asunto con citas y reflexiones oportunas, que derraman la vida, y dan colorido á la inevitable aridéz de los pre-

ceptos, es todo el objeto de este *epítome de la elocuencia*.

¡Ojalá que este ensayo pueda prestar algún servicio á los predicadores jóvenes, *á quienes se lo dedico*, y acrecentar el reino de Dios!

El reinado de su justicia, tal vez; el reino de su gloria, nó.

CAPÍTULO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

ARTÍCULO I

Definición y división de la Retórica.

«La Retórica es el arte de bien decir.» Se dice *arte*, porque se compone de reglas y observaciones ciertas y conocidas, que se derivan de los principios del raciocinio. Se dice de *bien decir*, que equivale á usar de la dicción más adecuada y conveniente al fin que se propone aquel que habla ó escribe: *Bene dicere est ad finem apposite dicere* (1).

De los escritos de hombres elocuentes sacaron los peritos el arte sublime de bien decir. Por consiguiente la elocuencia existió

(1) Cicero, *De Oratore*.

antes que la retórica; pero se hermanaron luego de tal modo, que ambas formaron un todo homogéneo; y antes como ahora, no se concibe un orador que, habiendo estudiado retórica y literatura, no sepa las reglas de la composición, y no las aplique con discreción y buen gusto. Con razón, pues, llama Capmany á la retórica: «alas y báculo del literato.»

El fin del que habla ó escribe se reduce á enseñar, deleitar y mover, y de este triple fin procede la división de la retórica. Se enseña lo que es útil y honesto; se deleita con cosas maravillosas y con la gracia y novedad de las palabras; y por último, persuaden aquellos discursos que mueven la voluntad y excitan los afectos. En una palabra, se enseña con argumentos, ó razones; se deleita con el ornato conveniente, y se persuade con los afectos y amplificación.

ARTÍCULO II

Retórica, Oratoria y elocuencia.

Acabamos de definir la retórica con Kleutgen: *Ars dicendi:* la oratoria es la que á componer enseña buenos discursos según las reglas de la retórica, y la elocuencia, según Timón, es el arte de convencer y conmover.

La elocuencia es una facultad para unos, y para otros la aplicación de las reglas: según éstos no existe, si no se aprende; y según aquellos, nunca se practica, si no se posee de antemano. Es menester convenir en que tiene la elocuencia esas dos acepciones: es ciertamente la manifestación de los afectos, y además el arte de bien decir: Bajo el primer aspecto es un don de la naturaleza, el arranque espontáneo, rápido é impetuoso del alma; bajo el segundo concepto es patrimonio de aquellos pocos que la cultivan con esmero y aplauso, y se muestra grande y sublime á nuestros ojos. En este doble significado la considera S. Agustín, definiéndola: *Eloquentia vero facultas bene dicendi est, congruenter explicans quae sentimus.*

Además de esto, la oratoria encierra siempre la noción de la palabra. Esta no es más que la expresión de la idea: es aquel don precioso que distingue al hombre de los demás seres, que con él comparten las delicias de la creación. Sin el divino don de la palabra la razón del hombre sería un principio aislado, infecundo y casi inútil; sería la razón sin la palabra como el brillante astro escondido entre densas tinieblas, que le impedirían extender sus esplendorosos rayos. Esta palabra, pues, que se modifica y perfecciona por medio del arte, combinada con la elocuencia, que viene á ser el lenguaje de la pasión y del sentimiento, engendra la oratoria, y produce este arte, en sí modesto, sencillo y reflexivo; pero que arrebata, fascina, subyuga y domina poderosamente al mundo de las inteligencias. Por esta razón, se define la oratoria «el arte de hablar y escribir con propiedad, elegancia y persuasión.»

Resulta, por lo tanto, de lo expuesto, que hay en estas tres artes diferencia muy notable: el retórico enseña las reglas, en ellas adiestrado el orador habla con perfección y elegancia, y con ellas el hombre elocuente instruye, deleita y persuade. Sin embargo, es

preciso confesar que, como las tres artes se hallan entre sí tan relacionadas, y se dirigen al mismo fin, se toman indistintamente, y con harta frecuencia se usurpa un nombre por otro.

ARTÍCULO III

Como se forma el Orador.

Tres cosas concurren á formar el orador perfecto: «la naturaleza, el arte y el ejercicio.» La naturaleza, dice Vosio, principia, el arte dirije, y la práctica perfecciona: *Natura incipit, ars dirigit, usus pérficit.*

Por naturaleza se entienden aquellas dotes naturales, que son necesarias para bien decir: *Initium dicendi dedit natura* (1). La naturaleza produce los hombres de ingenio, y luego el arte los mejora, de la misma manera que la naturaleza en las entrañas de la tierra cría toscos é informes los metales, y después el arte los limpia y acrisola. Las reglas no dan ingenio al que nace sin él; así es que por mucho que se haga, y por mucho que se aprenda, sin talento no se inventa, sin imaginación no se

(1) Quintil. *Inst. orat.* III-2.

pinta, sin afectos no se conmueve, sin gusto no se deleita, ni se enseña sin sabiduría.

Por arte se entienden aquellas reglas que indicadas quedan. Ellas dirigen y perfeccionan la naturaleza, la moderan y preservan de aquellos errores y defectos, que son consiguientes en los que no cultivan sus dotes naturales. «No es el arte,» dice Plutarco, «la que persuade, pero á persuadir ayuda.» Si al arte, decía también Cicerón, agregais la naturaleza, hareis prodigios. No hay otro remedio: el orador perfecto por medio del arte tiene que apelar á la naturaleza, para robarla sus colores, sus sonidos y encantos. Solo hermanando estas dos facultades, el orador se hace perfecto.

Es cosa clara y evidente que las buenas cualidades con el arte se hacen superiores y excelentes. ¿Por qué no conmueve el orador artificioso? ¿Será por falta de reglas? No, responde Cicerón (1), sino por falta de naturaleza: *Scriptoribus artis, non rationem dicendi et vim, sed naturam defuisse.*

La imitación y el ejercicio son los auxiliares poderosos, que mejorar pueden las dos

(1) *De orat.* I-25.

facultades esenciales en todos aquellos que se precian de oradores.

La *imitación* nos lleva como por la mano á irnos asemejando á los maestros de la palabra: nos mueve á usar de sus pensamientos, imágenes y estilo. La imitación, no solo es tan eficaz como los preceptos, sino que, si se quiere, los aventaja, poniéndolos en acción. Ella enardece la imaginación, refina el gusto, y al genio alienta: ella, en fin, enseña el modo de componer, señala la riqueza de las imágenes, la variedad de las figuras y la abundancia y armonía de las frases.

Por último, el ejercicio siendo, como es, tan importante en cualquiera profesión, en la elocuencia es muy necesario. Aun los maestros mismos, que tienen mucho hábito en la oratoria, se hallan sin soltura, cuando por bastante tiempo dejan de ejercitarse en el ministerio. El ejercicio consiste en «leer, escribir y declamar.»

Si ahora reparamos en los pocos oradores perfectos, que siempre claros en sus pensamientos, también lo son en sus palabras: que juzgan con solidéz y eligen con gusto; cuya predicación agrada, mueve y persuade, porque es sencilla, natural y amena, de esos dire-

mos que piensan bien y hablan bien: esos, si, que observan aquel precepto de Horacio: *Miscuit utile dulci.*

Pero ¿no pasa como axioma común: «Los poetas nacen: los oradores se hacen?» Este axioma es muy verdadero, teniendo en cuenta que tanto el orador como el poeta nacen con la llama del genio; y por esto la primera ley del orador es la naturaleza; pero ambos se hacen, especialmente el segundo, por medio del arte. Es cosa clara que hay orador que nace, y orador que se hace; pero no es lo mismo expresarse con elocuencia, que ser orador elocuente. Hace lo primero aquel que habla con interés sumo y pasión vehemente, aunque sea persona vulgar: como está conmovido, ve realmente las cosas con otros y mejores ojos, compara y pinta con veloz pincel, y emplea facilmente tropos acertados y muy vivos. Más el orador elocuente procede con más calma y reflexión: estudia las leyes, las costumbres, inclinaciones y el gusto de su tiempo; tiene que tejer las sentencias, medir sus frases, ordenar sus palabras, vestir las razones, esforzar los afectos, y sostener el discurso. Luego nace el orador que habla con elocuencia, y se hace el orador elocuente.

ARTÍCULO IV

Objeto y fin de la Oratoria.

La oratoria, hablando en general, tiene por objeto enseñar, deleitar y mover (1). Enseña probando, deleita captando la benevolencia y atrayendo los ánimos, y mueve excitando la voluntad ó hiriendo los afectos, de este modo realiza su fin último cual es la persuasión. En estos mismos términos F. Luis de Granada escribe:

«Al dialéctico que pretende probar una cosa dudosa, le basta que enseñe, esto es: que convenza con argumentos lo que quisiere. Mas como el orador acostumbra, no solo conciliar la fé de sus oyentes, sino también moverlos á obrar; además de probar con argumentos, debe con la hermosura del estilo y variedad de las materias deleitar, conmoviendo sus afectos é impeliéndolos á obrar. Así que, enseñar es de necesidad, deleitar de suavidad, y rendir es propio de la oratoria.» Pero ya mucho antes había emitido San

(1) Empecé diciendo esto mismo, y habrá que repetirlo cien veces.

Agustín igual juicio, tomando á la letra las prescripciones de los retóricos, y declarando que el fin de la elocuencia es: *ut veritas pateat, veritas placeat, veritas moveat.*

Que no es otro el objeto de la oratoria sagrada, se colige del hecho de haber sido elegida por Jesucristo como instrumento de propagación y defensa de la verdad divina. El señor dijo á los apóstoles: «Predicad el Evangelio: *Praedicate Evangelium.* San Pablo no hizo más que manifestar el pensamiento del divino Maestro, cuando escribió á Timoteo: «Predicad la palabra,» es decir: la palabra por excelencia, la palabra de Dios: *Praedica verbum.* En vista de este mandato facilmente se coligen las tres condiciones de la palabra que ha de ser objeto de la oratoria.

En este mismo sentido habla el gran maestro de la elocuencia sagrada, Doctor Audisio, al principio de sus Lecciones. «El objeto,» dice, «de la predicación es asegurar el triunfo de la verdad revelada; triunfo de la verdad revelada en la inteligencia, cuyos errores disipa; triunfo de la verdad revelada en la voluntad, cuyos desórdenes reprime, y cuya virtud aumenta y consolida. Por consiguiente, es un

doble triunfo el de la verdad revelada, ya porque restablece al hombre según la primera institución de su Criador; y ya también porque le abre las vías de la perfección, de la vida y de la salvación.»

ARTÍCULO V

Importancia de la elocuencia.

En todos tiempos y lugares ha sido muy grande y estimada la importancia y el poderío de la elocuencia. Ella es, como dice Eurípides (1), la soberana de las almas: ella eleva sobre los demás hombres al que la posee, y le da tal poder personal que, según Pascal, no se conoce igual en la tierra: le da el poder de dirigir á su arbitrio las voluntades, de dominar las inteligencias, excitar sentimientos nobles y generosos en los corazones, y moverlos fácilmente hacia las mayores empresas. Si los soldados acometen con denuedo al enemigo es en virtud de la palabra de fuego de su capitán; y si asaltan con brío la fortaleza es porque su mismo jefe se la muestra muy fácil de tomar. De Julio César decía Cicerón que ha-

(1) *¡O flex anima, atque omnium regina rerum oratio!*

bía ganado más victorias con sus arengas que con la fuerza de sus armas. Pirro confesaba ingénuamente que debía sus triunfos, más que á sus propias armas, á la voz discreta de Cineas. David temía más el consejo y la dirección de Aquitofél, que las armas de Absalón. La escritura concede á la oratoria esta misma importancia: «El sabio,» dice, «de corazón será llamado prudente, y la dulzura de sus labios conseguirá mayor fruto:» *Qui sapiens est corde appellabitur prudens; et qui dulcis eloquio majora percipiet* (1).

De manera que, siendo de tanto poder é importancia la palabra humana ¿de cuánta mayor excelencia y poderío no deberá estar dotada la palabra divina? Reconciliar á la tierra con el cielo: cooperar con Jesucristo á la grande obra de la redención del mundo; »ser embajador en nombre de Cristo» (2), y órgano visible de sus mandatos: *Pro Christo ergo legatione fungimur*. ¿Puede haber otro ministerio más elevado, más sublime y augusto que el de la predicación? La cátedra sagrada es, á no dudarlo, el trono de la elocuencia.

(1) *Proverb.* XVI-21.
(2) II. *ad Corint.* 5-21.

«En todas partes,» dice La Harpe, «es el orador un hombre que á los demás hombres habla; pero en la cátedra sagrada es un ser de otra especie, un ser elevado entre la tierra y el cielo, un mediador colocado por Dios entre Él y sus criaturas, porque muy superior á las consideraciones mundanas anuncia los oráculos de la eternidad: y hasta el lugar en que habla, y el en que se le escucha, confunde y hace desaparecer todas las grandezas, para que solo aparezca la suya. Los reyes y el pueblo se humillan ante su tribunal, y se allegan á él para instruirse. Todo cuanto le rodea no hace más que dar mayor autoridad á su palabra, y su voz resuena en el sagrado recinto, en medio del recogimiento y silencio universal... Si á Dios cita, en el altar le tiene presente; y si anuncia lo perecedero de la vida, tras de él está la muerte que le justifica, y demuestra que todos están sentados sobre tumbas.»

«El orador,» dice también Timón (1), «recibe su misión de su talento, el predicador de su carácter: éste habla en nombre de Dios, aquel en su propio nombre.» «La palabra que

(1) *Libro de los oradores*,—c. 4.

he hablado, ella le juzgará en el día postrero: *Sermo quem locutus sum, ille judicabit eum in novissimo die* (1). Esa misma palabra evangélica es la que proclama S. Agustín tan digna de respeto como el cuerpo mismo de Jesucristo: *Non minus est verbum Dei, quam corpus Christi* (2). Partiendo, pues, de estos principios, y reconociéndolos indubitables Lamartini, aunque profano en la materia, dice que de todos los puestos que en el mundo se pueden ambicionar ninguno es tan elevado para un hombre de genio, como el de la tribuna sagrada.

Todo lo dicho prueba, no solo la importancia de la oratoria en general, sino la supremacía y ventaja inmensa que la elocuencia sagrada tiene sobre la profana.

---

(1) S. Juan 12-48.
(2) *Serm.* 300.

ARTÍCULO ÚNICO

División de la obra.

El plan que me he propuesto consiste en explicar algunas nociones, y éstas las más generales, de la retórica, y las especiales de la oratoria sagrada, objeto principal de la presente obra. Con esta idea mi trabajo está distribuido en cinco tratados generales, en el primero de los cuales me ocupo de la *Elocución elemental* con mucha brevedad, y solo recuerdo aquellos puntos, que conviene tener *in cúspice linguae*.

En el segundo tratado, que es el más breve, hablo del *Estilo* en general.

En el tercero del *Estilo figurado*.

En el cuarto trato de la *Elocución oratoria*, que por su mucha extensión divido en tres partes: invención, disposición y elocuencia exterior ó accionado. En rigor la oratoria está incluida en este interesantísimo tratado.

En el quinto, por fin, me ocupo de los varios géneros de discursos sagrados.

RAZÓN DE ESTE MÉTODO

Aunque me propongo arreglar un Tratado

elemental, no debo empezarle por nociones gramaticales, como principió sus *Instituciones* Quintiliano: éste sabio preceptista se propuso ordenar un plan de enseñanza completo, que lo abarcase todo, desde la instrucción de la niñéz hasta la corrección de los oradores. Comenzó, pues, Quintiliano su notabilísima obra por la gramática, en la cual enseñó las propiedades del lenguaje y las reglas necesarias para escribir y hablar bien; reservando aquellas leyes que determinan la propiedad y elegancia de las palabras, y «aún esas,» dice, «no se las quito á los gramáticos, sino que las guardo para mejor ocasión, cuando hable de los oficios del orador:» *Majori óperi reservo* (1).

Pero si no debo comenzar tan bajo dirigiéndome á hombres, tampoco me debo desviar enteramente del sabio preceptista de Roma, como no se desvió nuestro insigne Fr. Luis de Granada, cuyo desvío sería con mengua y poco aprecio del método científico. Este procede siempre de lo fácil á lo difícil, de lo simple á lo compuesto, y de lo elemental á lo superior. Tal es la razón de haber dado principio por una ligera elocución elemental

(1) *Inst.* 1-4.

ó rudimentaria. Luego trato separadamente del estilo, como hacen los modernos, evitando la confusión, que en esta parte se venía observando por los antiguos, que mezclaban el estilo con los demás puntos. En seguida, y de lleno, me ocupo de la elocución oratoria y pública, cuando ya embarazarla no pueden los elementos, sino el discurso mismo. Por último, el tratado final de las varias clases de discursos viene á ser como el complemento y la riqueza de los preceptos y aplicaciones, que coronan la obra: *Finis coronat opus.*

TRATADO PRIMERO

ELOCUCIÓN ELEMENTAL

SU DEFINICIÓN Y DIVISIÓN

La *elocución* en su acepción gramatical expresa, no solo lo que se concibe de una manera seca, desnuda y descuidada, sino de una manera graciosa, y llena de adorno y de belleza. Por esto, «la elocución es la manifestación de los pensamientos y afectos del alma por medio de palabras convenientes, con el fin de hacerse inteligible y agradable.»

La *elocución* es al arte lo que el colorido á la pintura. Los pensamientos son la esencia del discurso, el orden y distribución de ellos forman el diseño y los contornos, y la elocución, en fin, acaba la obra, dándola con la palabra vida, vigor y gracia.

Dos partes bien marcadas comprende la

elocución, á saber: el pensamiento y la palabra: aquel es lo que comunicar queremos, y ésta el signo de que nos valemos para trasmitir el pensamiento. Vamos á desarrollar estas dos partes en otros tantos capítulos. Pero antes conviene advertir que la lógica y la gramática dan bien á conocer todo el mecanismo de la elocución; sin embargo, el raciocinio, la imaginación y los afectos, vertiendo los encantos que al discurso embellecen, y el fuego que lo anima, influyen poderosamente en la forma exterior del lenguaje, y hasta en el modo de pensar. Por esta razón, el desarrollo analítico de la elocución comprende el pensamiento, el lenguaje y las figuras. Del primero también trata la lógica rigurosamente hablando; del segundo la gramática, y el tercero es propio y exclusivo de la oratoria.

NOCIÓN PRELIMINAR

DE LA DICCIÓN ORATORIA

El discurso era considerado por Cicerón á manera de un edificio formado de pensamientos y palabras: *ex rebus et verbis*. Por esto el orador tiene que cuidar de ambos ele-

mentos, de los primeros para convencer, y de las segundas para poder agradar. «La manera de expresar los pensamientos» es lo que se llama *dicción*.

El discurso, pues, se forma de oraciones, ó de palabras reunidas y ordenadas; la oración de periodos, los periodos de miembros, los miembros de incisos, los incisos de palabras, las palabras de sílabas y estas de letras. Tales son los elementos que constituyen la *dicción*, y aunque muy á la ligera, diremos algo sobre cada uno de ellos.

CAPITULO PRIMERO

DE LAS PALABRAS

ARTÍCULO 1.

DE LAS SÍLABAS

Como la melodía consiste, á no dudar, en la combinación de los sonidos y números, de ambos debe cuidar el orador con esquisito tacto, y evitar con toda solicitud así la *monotonía*, ó molesta repetición de unas mismas letras, sílabas y palabras, como la *discordancia*, ó falta de unidad en los predichos números y sonidos.

Las letras vocales suenan más dulcemente que las consonantes. Sin embargo, el encuentro frecuente de las vocales hace hueca y viciosa la frase. Asimismo la serie continuada de vocales, ó consonantes líquidas, produce languidez y afeminación; por lo contrario, el conjunto de muchas consonantes hace escabrosa la frase.

Sobre todo, es contrario, y hasta repugnante á la melodía el *sonsonete*, ó repetición de

sílabas y desinencias semejantes, particularmente las vocales seguidas *aa oo* (1), cuya pronunciación, por la semejanza que tiene con el bostezo, produce apertura desagradable de la boca, que los retóricos llaman *hiato*: v. g. «Oid á ambos.» Esto se evita invirtiendo el orden, ó añadiendo una partícula que desuna dichas vocales como en el anterior ejemplo «á entrambos oid.»

También se muda por *sinalefa* el género de los nombres, para evitar ese mal sonido: v. g. *el agua, el Asia*, y por *eufonía* se muda la *y* en *e*, v. g., se *volvieron contra él deudos, hermanos é hijos*. Pero se ha de mantener la *y*, cuando conviene dar á la expresión mayor fuerza, ó llamar la atención; porque la *y* entonces dá más valor á la última palabra por vía de incremento. Diciendo deudos é hijos, parece que se juntan y confunden las ideas, y deudos y hijos equivale «hasta sus hijos,» con lo cual se divide y pondera más la persecución. Esto no obstante, el cambio de la conjunción *y* en *e* solo se verifica, cuando la palabra siguiente comienza por *i* vocal ó latina; porque cuando comienza por *i* conso-

(1) La *ee* continuadas se han de precaver también, si es facil.

nante ó griega, se mantiene la *y*, como sucede en el *ya*, *ye* y en el diptongo *hie:* v. g. *y yo*, *y yerba*. También se conserva al principio de interrogación; de modo que no se puede preguntar: *¿é Hipólito?*, sino *¿y Hipólito?*

Hay otro vicio que proviene de una melodía continuada, ó consonancia uniforme de sílabas, ó palabras cercanas, que se llama *Sonsonete*. Caen de ordinario en este defecto aquellos que componen de prisa, ó no castigan sus escritos: v. gr. *El no fué prudente en no querer que sus faltas enmiende el que las siente*. Disgustan y ofenden sobremanera los citados y repetidos *ente*, *iende* y *siente*, tan próximos. Igual é imperdonable descuido hay en el pasaje siguiente: *Estos ecos lejos suenan*, por las tres martilladas *tos*, *cos* y *jos*, tan contínuos é intolerables. Tampoco deben repetirse más que dos veces un mismo nombre, un mismo pronombre, posesivo y demostrativo, á no ser que la serie de cosas sea tan numerosa y difícil de variarse.

Con no menor solicitud se debe precaver el encuentro de palabras rechinantes ó ásperas, que se suceden al final de un vocablo y principio del siguiente, v. g., *Rex Xerxes*. A este vicio llaman los retóricos *Cacofonía*.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

es decir: colisión de sonidos desapacibles. Semejante aspereza puede evitarse por *apócope*, cortando la sílaba final, v. g., *primer amor*, en lo cual se suprime la *o* de primero, ó invirtiendo el orden, v. g., *amor primero*, según convenga mejor. A veces se convierte dicho vicio en gala de lenguaje, cuando el escritor, para mayor énfasis ó melodía, recalca ó repite con suma habilidad lo que tanto le interesa: v. g., «*De mí mismo yo me cuido ahora.*» A esta misma clase pertenece aquel pasaje tan pulcro deVirgilio: *Nec me meminisse pigeat Aelisae.* A este descuido tan cuidadoso llaman los retóricos *anominación* ó *aliteración*.

El buen orador no debe tampoco echar en olvido la melodía de ciertas letras, como la *l* repetida, que tiene especial gracia y dulzura juntamente: v. g. *Ni las velas, ni los vientos, ni las olas sirvieron á la esperanza.* De igual modo, las letras por naturaleza blandas son á propósito para expresar asuntos suaves, y las duras ó desapacibles para las cosas hórridas ó terribles. «Con aborrecimiento fiero aborrecido.» ¡Cuánta más energía no contiene este pasaje con la dureza de sus palabras!

Por último, jamás debe concluir la palabra

con consonante fuerte, generalmente hablando; ni menos con la misma letra, ú otra no menos fuerte, comenzar la voz que sigue.

ARTÍCULO II

DE LAS PALABRAS

Las palabras, ó bien son por su naturaleza magníficas, ruidosas, fuertes y ásperas; ó bien sonoras, limpias y suaves, ó dulces; en todo caso hay que valerse de las más convenientes según la materia, fin y circunstancias. El oido las juzga y califica, la costumbre de hablar las califica también y escoje, y en fin, la razón se vale de aquellas que expresan mejor el pensamiento, porque son realmente las más graves, y tienen más peso.

Hubo, y ha de haber siempre, entre los hombres sus diferencias en la manera de ver las cosas, como las hay en la manera de sentirlas; y también tiene que haberlas en la manera de expresarlas; así es que unos hablan con vigor y energía, otros con debilidad y languidez; aquellos son claros, tersos y elegantes; éstos desaliñados, confusos é ininteligibles. Nunca conviene que los oradores en su modo

de hablar sean oscuros, frios, descuidados, ni contraigan vicios de los cuales trataremos luego; sino que es necesario, para producirse con toda la riqueza y dignidad de la elocución, expresar las ideas con orden y ajustadamente: es preciso, en fin, que las palabras tengan *pureza* y *naturalidad, claridad, propiedad, elegancia* y *armonía*.

ARTICULO III

Pureza y *naturalidad* DE LAS PALABRAS

Consiste la *pureza* en que las palabras sean castizas, esto es: conformes con el uso corriente de los buenos autores nacionales. Al uso corriente llama Horacio árbitro y legislador del lenguaje: *Usus*,

Quem penes árbitrum est, et jus, et norma loquendi.

Pero el uso del vulgo no basta, ni sirve para legitimar una frase: *consuetudinem sermónis vocabo consensum bonórum*, dice Quintiliano. Forman entre nosotros el uso corriente aquellas voces, si son antiguas, que fueron adoptadas por los mejores autores del siglo XVI, siglo de oro de nuestra literatura; y si son modernas, por los escritores clásicos de nuestra edad.

La ignorancia del mecanismo de la lengua y el afán de distinguirse, dando giros muy extraños á la frase, ó introduciendo voces nuevas, perjudican notablemente á la pureza y naturalidad del lenguaje.

Es muy cierto que la necesidad y hasta la utilidad obligan muchas veces á inventar voces nuevas. Nuevas cosas piden también palabras nuevas. «A la manera que se mudan,» dice Horacio, «las hojas de los árboles, se mudan las palabras,»

Ita verborum vetus interit aetas,
Et juvenum ritu florent modo nata vigentque.

Nuestros oradores sagrados del siglo XVI inventaron palabras hermosísimas, y dieron nuevos giros á la oración, formando un lenguaje de robusto y subido estilo. De Fr. Luis de Granada decía Capmany: (1) «El Altísimo anda en sus discursos, como anda en el universo, dando á todas sus partes vida y movimiento.»

Mas no por esto se permite á ninguno resucitar voces antiguas, que cayeron en desuso; á excepción de aquellas que prestan cierta dignidad á la oratoria sagrada, ó son usadas por escritores insignes, que en virtud de su

(1) *Teatro crítico de la elocuencia.*

ejemplo y autoridad las antiguas resucitan, y las nuevas son de uso común:

Multa renascentur, quae jam cecidére, cadentque
Quae nunc sunt in honóre vocabula.

Lo que merece censura, lo que se condena es el prurito de parecer anticuado, y dar arbitrariamente á la oración un carácter vetusto.

Las voces anticuadas se dicen *arcaismos:*

Los defectos de sintáxis se llaman *solecismos:*

Las extranjeras *barbarismos*, y las nuevas *neologismo.*

Los *galicismos* son en el día tan comunes y tan pésimos, que afean la limpia lengua castellana.

Las nuevas ya hemos dicho que son tolerables y necesarias, cuando expresan ideas también nuevas y se amoldan á las reglas de concordancia, régimen y construcción.

Licuit semperque licébit
Signátum praesente nota producére nómen.

Acerca del particular el venerable Granada dice: «Así como huimos de las voces extranjeras, huyamos también con gran cuidado de las frases é idiotismos peregrinos; vicio de que adolecen algunos predicadores que, ha-

blando en lengua vulgar, mezclan frases de la lengua latina ó hebrea, como en especial se echa de ver, cuando traducen testimonios de la Escritura ó de los Padres.»

Por último, acerca de esto dice con mucha oportunidad Capmany (1): «No debemos confundir la *pureza* del lenguaje con el *purismo:* hay en éste una afectación minuciosa que aprisiona el ingenio. Todos los puristas son ordinariamente frios, secos y descarnados en sus escritos.»

ARTÍCULO IV

DE LA CLARIDAD

Consiste la *claridad* en expresar la idea con las palabras necesarias y precisas de modo que no haya ninguna de más ni de menos, ni entre ellas la menor ambigüedad.

Es máxima general, que las palabras que no añaden algo al sentido de la oración, se lo quitan, es decir: que las palabras que son supérfluas, también son embarazosas; y es mucho mejor cercenar alguna cosa, que ser redundante.

(1) Obra citada.

Cuando no se puede comprender bien el sentido, aunque sea único, de una frase, se dice que tal expresión es *oscura* ó *confusa*; y *ambígua* ó *equívoca*, cuando la frase tiene á un mismo tiempo dos ó más sentidos: ambos son vicios intolerables.

La *oscuridad* es producida en ciertas ocasiones por el abuso del *tecnicismo*, esto es; de aquellos términos, que son exclusivamente propios de las ciencias y las artes. En las academias ó corporaciones científicas no cometerá el orador abuso alguno usando de términos técnicos; pero le cometerá seguramente, valiéndose de ellos en sus peroraciones dirigidas al pueblo. Mas la verdadera *oscuridad* y *ambigüedad* nacen de dos causas: ó de la mala elección de las palabras, ó de su colocación mala. Se precave lo primero usando con propiedad los términos, y se evita la coordinación viciosa, observando las reglas de la gramática. Es cosa clara que en castellano no se determinan las relaciones de unas palabras con otras por la terminación, sino por el artículo y preposición, y por el lugar que ocupan: por lo cual, la regla esencial es que cada palabra se coloque en el lugar á que haga referencia.

Los *adverbios* se deben usar con parsimonia, porque debilitan la acción: es mejor, pudiendo hacerse, convertirlos en nombres. Ellos en lo general equivalen á un sustantivo con preposición, v. g., *prudentemente*, esto es; *con prudencia*. Así ellos como las expresiones adverbiales deben colocarse siempre después de aquella palabra que modifican, que suele ser el verbo, menos los negativos que se le anteponen. Sirva de ejemplo este pasaje de Adison: «Por grandeza no entiendo solamente el tamaño de un objeto, sino la extensión de toda una perspectiva.» Aquí el adverbio *solamente* no debía modificar al verbo *entiendo:* peor estaría después de tamaño. Modifica únicamente al *objeto*, y debía escribirse así: «Por grandeza no entiendo el tamaño de un objeto solamente, sino toda, etc.» También dice nuestro Mariana: «Muchas veces el vulgo con sus malicias oscurece la verdad.» Debía decir: «El vulgo con sus malicias *muchas veces* oscurece la verdad.»

Los *epítetos* ó adjuntos se deben anteponer ó posponer á los sustantivos según que lo pida su oficio y la más sonora cadencia de la frase. Por punto general, cuando los adjuntos gradúan la calidad inherente ó inseparable

del sustantivo, á éste se anteponen, como *el fragil vidrio: el duro mármol:* y cuando designan cualidad variable ó accidental, se posponen, como *el agua dulce: el varón fuerte.* En prueba de que no es indiferente la colocación del adjetivo, véase lo siguiente: «Recibió mortal herida,» esto es, «grave y peligrosa:» diciendo «herida mortal,» es decir; «sin remedio, de muerte.» También se dice: «No se alcanza la vida buena, dándose buena vida.» la palabra *buena* es aquí un contraste. «La vida buena» es la vida virtuosa, y «la buena vida» es la vida regalada. Igualmente se dice: «papeles varios» porif la derencia de asuntos, y «varios papeles» por muchos ó algunos. Sin embargo de lo dicho, hay que reparar cuidadosamente, como indicamos al principio, á la mejor contextura y armonía de la frase, á cuyas ventajas se sacrifican las regias.

El mismo adjetivo puede ser una oración elíptica, y á veces conviene, para el ornato y abundancia, que se convierta en oración.

Los *superlativos*, especialmente compuestos, se han de anteponer á los sustantivos, á los cuales modifican en grado sumo; porque los superlativos en el fin de sus positivos

tienen significación lenta y apagada; v. g., *El más sábio de los hombres. Atrocísima maldad.* Esta regla, sin embargo, tiene muchas excepciones: se tiene que posponer el superlativo muchas veces, ó por razón de su significado, ó por ser palabra enfática, la cual se coloca donde le corresponda, ó por razón de la armonía.

Los *relativos* se han de colocar inmediatamente después de su antecedente.—«Locura es armarnos contra los accidentes de la vida, amontonando tesoros, contra los cuales nada puede protejernos, sino la benéfica mano de...» Este relativo no se refiere á *tesoros*, sino á la voz *accidentes*, por lo cual, para evitar esta y otras faltas, debía decir: «Es locura grande, amontonando tesoros, que nos armemos contra los accidentes de la vida, de los cuales, etc.»

Igual cuidado se ha de tener con los pronombres, demostrativos y posesivos: «él, ella, ellos, éste, ese, suyo, su, sus.» Es menester que se coloquen después, ó muy luego, de la persona, ó personas, á quienes se refieren: si les anteceden dos ó más sustantivos, que se ponga en el último lugar aquel á quien se refiere el pronombre, ó demostrativo y po-

sesivo. Se deben colocar, en fin, estos, lo mismo que el artículo y preposición, de tal suerte que, no solo por el contexto, sino por el lugar que ocupan, se vea claramente á quién dicen referencia.

Lo propio se ha de hacer con *Se*, modificación del pronombre él, ella, ello. Se usa para denotar que la persona regente del verbo es regida por él; v. g., La noche *se* acerca. Cuando se antepone el *se* á los me, te, les, os, nos, refiere la acción del verbo á la persona por ellos significada. Con dicha partícula *se* también suplimos la voz pasiva de los verbos, á los cuales, si están en indicativo ó subjuntivo, se antepone; y se pospone, si aquellos son gerundio ó infinitivo, como que son indefinidos é indeterminados: lo mismo se hace con *Le*. Igualmente se pospone el *se*, cuando es posesivo equivalente al *así mismo*. Tampoco se ha de confundir el artículo *le* con el *lo;* sino que tan solo se usa el último cuando se refiere al género neutro, ó á lo indeterminado.

La *conjunción*, parte mínima que junta unas palabras y oraciones con otras, también indica entre dos sustantivos, que se hace con el segundo lo que se ha hecho con el primero.

Los *paréntesis* están casi desterrados. Ellos forman una oración interpuesta dentro de la principal, que la cortan y embarazan con enorme fealdad, si son largos; pero si son breves y sentenciosos, tienen su gracia y vigor para llamar la atención, y para sembrar rasgos irónicos y hasta morales.

Los complementos, en fin, y las oraciones incidentales se tienen que colocar donde mejor expresen la idea de referencia, lo mismo que todas las modificaciones después de las palabras á las cuales modifican.

Observando estos y otros pormenores, que se irán viendo adelante, se obtiene claridad.

ARTÍCULO V

DE LA PROPIEDAD

Consiste la *propiedad* en expresar las ideas con aquellas palabras que el uso mejor establecido haya adoptado.

Las palabras más *propias* son aquellas que, no solo expresan perfectamente lo que se dice, sino que no pueden ser reemplazadas por otras más significativas. Las más *precisas* son las más claras, siendo exactas juntamente;

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

porque la exactitud indica que la palabra está de tal modo ajustada, que conviene á dicha idea solamente, y no á otra.

Por esta razón, no se pueden tener por rigurosamente propias las palabras *ambiguas* que, como tienen varios sentidos, se pueden tomar en diferentes acepciones: ni las demasiado *generales* en las cuales fluctúa el sentido; ni las que significan algo más ó algo menos de lo que decir queremos, ó cosa semejante. Tampoco se pueden llamar propias las palabras *trasladadas*, como *El plan abortó*, aunque son muy á proposito para explicar las cosas, y aclarar los cenceptos.

Los géneros, números, tiempos y personas nunca se han de alterar ni confundir en una misma oración, ni siquiera en un mismo periodo, porque de tal mezcla resultaria indefectiblemente un conjunto informe é impropio. Con igual razón se oponen á esta cualidad los grandes circunloquios, ó trastornos del lenguaje.

Entre varias palabras que ocurren para emitir una idea, solo una es buena y propia. Por esto en rigor no hay palabras *sinónimas*, que signifiquen indistintamente la idea fundamental. Es cierto que se asemejan en la signi-

ficación común; pero tienen que diferenciarse en cierto sentido particular. Es preciso, pues, elegirlas con acierto.—*Hallar* y *encontrar* parecen sinónimas, pero se diferencian en que se halla lo que se busca, y se encuentra lo que ofrece la casualidad. Lo mismo sucede con ignorancia, tontería y necedad: la ignorancia es la falta de cultura del entendimiento, tontería es la falta de cultura de la razón, y necedad es la tontería é ignorancia juntas, acompañadas también de presunción. En igual caso están las palabras «satisfacción, gozo, placer, deleite,» que parecen idénticas, y lo son en la significación común; más estudiando su etimología, cada una de ellas tiene una significación particular y propia. Esto mismo sucede con las palabras «tristeza, aflicción, abatimiento, angustia,» *et sic de caeteris*.

Desgraciadamente los gallegos solemos confundir los verbos *sacar ó quitar*. Porque se quita lo que está puesto, ó en poder de alguien; y se saca lo que se halla encerrado de alguna manera. *Se quita* el sombrero, teniéndole puesto, pero se *saca* de la sombrerera.

En igual forma suelen decir los gallegos y catalanes: «Fulano va en Madrid; Zutano va en Lugo,» por á Lugo, á Madrid. Para re-

mediar esta falta de propiedad y de sentido, conviene fijarse en que el verbo *ir* ordinariamente rige la preposición *a*, y solamente rige la *en*, cuando determina el vehículo en que se va ó camina, como *Fulano va en coche*, ó *iba en el barco*; pero no es posible que nadie vaya *en la aldea*, ó *en Orense*. Estará sí en dicha ciudad, ó habrá ido allá; pero mal puede *ir en* la ciudad; la cual, lejos de andar, se está quieta que quieta.

Con este motivo advertimos que la prensa, generalmente hablando, por huir del galicismo *ocuparse de*, emplea con frecuencia la frase *ocuparse en*, como así lo enseña Hermosilla, y es realmente esta última frase castiza. Pero no debe sustituirse la *en* por la *de* en todos los casos; sino cuando dicho verbo con la preposición *en* envuelve directa ó indirectamente la idea de acción. Si, pues, yerran los que dicen *ocuparse de un libro, de un periódico, un artículo*, etc., para significar que examinan tales escritos; no yerran menos los que dicen que se *ocupan en tal libro, periódico*, etc. Porque si los primeros usan frase afrancesada, emplean los segundos una, castiza ciertamente, pero que en el ejemplo citado significa otra cosa muy diversa; puesto

que, quien se *ocupa en el libro* ó *periódico* es el autor, el impresor y los cajistas, más no el crítico que lo examina.

En Galicia suele confundirse indistintamente el pretérito compuesto con el simple; y usarse debe la forma simple cuando la acción se presenta como ya enteramente pasada, terminada, remota, v. gr., *Caín mató á su hermano Abel:* y la compuesta, cuando la acción no ha pasado del todo, y se presenta todavía como próxima; ó cuando la época, á que se refiere el hecho, no se determina, v. gr., *El Señor ha salido á paseo: España ha producido grandes hombres en armas y en letras*, como no se designa tiempo, empleamos el compuesto, porque España puede producir otros varones célebres. Mas diciendo *en el siglo XVI*, habría que decir *produjo España grandes hombres*, porque nos referimos á época determinada, dentro de la cual ya no puede España producir otros. Tampoco se debe confundir el pretérito imperfecto de subjuntivo con el pluscuamperfecto de indicativo: *Leyera* por *había leido*. El imperfecto no expresa la idea del verbo de un modo absoluto, sino que dice relación á otros conceptos; antes bien significa la condición, posibilidad ó deseo de

que una acción fuera presente en tiempo pasado: *Si yo estudiara más, obtendría mejor nota.* El oficio del pluscuamperfecto es el indicar una acción pasada con referencia al pasado, una acción que está, digámoslo así, un grado más allá del pretérito perfecto: *Merecí buena nota, porque había estudiado mucho.* En Galicia también se emplea erróneamente la frase: *hube de caer* en el sentido de *estuve á punto de caer, por poco caigo;* cuando en castellano expresa que efectivamente caí. Dicha frase puede sustituirse con su equivalente: *tuve que caer.*

Indicamos estas menudencias, aun á riesgo de ser pesados; porque la *propiedad* es el caracter distintivo de los escritores insignes, todos los cuales, no solo evitan tales defectos, sino las palabras generales y ambiguas; porque prueban poco, ni precisan las ideas. Tampoco prueban, ni mueven, ni deleitan las sentencias incoherentes, ni menos las que se anteponen *debiendo posponérselas*, ó viceversa. Y como es más facil decir generalidades que contraerse al asunto; es facil abusar de los epítetos, que bien empleados dan fuerza y energía, pero mal aplicados desfiguran el sentido de la frase; como es más fácil echar

mano indistintamente de los sinónimos que discernir su valor; amontonar palabras y sentencias, que apreciar lo que ellas valen juntas ó separadas; por todas estas razones son pocos los oradores insignes. Con razón decía el citado Capmany: «El discurso carecerá de precisión y energía siempre que el pensamiento se anegue en aquella profusión de palabras análogas, que quitan la rapidez, y por consiguiente la fuerza de la expresión.» Todos estos se apartan de la naturaleza, divagan, no precisan sus ideas; generalizan, pero no especifican, ni se concretan al asunto; no discernen el valor de los términos, sino que amontonan broza, es decir; *palabras*, *palabras* y siempre *palabras*.

ARTÍCULO VI

DE LA ELEGANCIA

La *elegancia* se deriva de la voz latina *elígere:* escoger; porque solo es elegante lo escogido. La elegancia es la hermosura que resulta de la pureza, propiedad, buena elección y colocación de palabras y frases, cuando se habla ó escribe.

La elegancia y la elocuencia parecen voces sinónimas, porque en su aplicación se descubre una misma idea; pero se distinguen notablemente: la elegancia es el mérito de la dicción; es la gracia y belleza de la elocución, cierto aire facil y natural que nace de la exquisita elección y buena colocación de palabras, á cuyo adorno esmerado se llama *cultura*, porque su objeto es agradar. La elocuencia, como no tiene por objeto agradar, sino persuadir, consiste en la fuerza y elección de razones. Cicerón es *elegante* en sus epístolas y *elocuente* en sus oraciones (1).

Es evidente que las figuras de palabra son excelentes elegancias de lenguaje.

En este punto hay que tener muy presente que á veces el demasiado esmero que se pone para redondear y aliñar una frase, puede afeminar y enervar la oración. En esto como en todo debe reinar la mediocridad, y pasa entre los eruditos como axioma: *Nimia humilitas vitanda: elegantia nunquam spernenda.*

(1) *Huerta.*

CAPÍTULO SEGUNDO

DE LA COORDINACIÓN Y ARMONÍA DE LOS PERIODOS

ARTÍCULO I

DEL PERIODO Y DE SU COMPOSICIÓN

El *periodo* es la oración encerrada, como dice Cicerón, en un circuito: es la reunión de palabras y frases tan bien unidas y enlazadas que forman un pensamiento completo, ó sentido perfecto. Este periodo puede constar de uno, de dos, ó más miembros. El periodo, ó cláusula simple consta de un solo miembro; el compuesto puede tener dos, tres, cuatro y aun cinco miembros, de los cuales proviene la denominación de bimembre, trimembre, cuatrimembre.

No puede haber una regla fija que señale los miembros que haya de tener el periodo: los designa únicamente la naturaleza, circunstancias, desarrollo y el fin de la materia. Se puede, sin embargo, asegurar, que los periodos muy largos hacen embarazosa la pro-

nunciación, fatigan el oido, distraen y hasta confunden á los oyentes. A su vez los periodos breves interrumpen el aliento, con ellos también padece el oyente, viéndose oprimido en círculo tan estrecho, y á veces se quiebra el sentido con cortes tan menudos. Generalmente hablando se reputa el periodo cuatrimembre por el más proporcionado y excelente. Todo esto está confirmado con la autoridad de Cicerón: *Ut aures impleat, et ne brevior sit, quam satis, nec longior*. Es cosa bien sabida que la retórica reprueba los periodos que pasan de cinco miembros, los miembros que tienen muchas comas, y los que contienen varias sentencias que están embebidas, ó como encajonadas en un solo miembro.

En orden á la composición del período consiste en la recta colocación de palabras, incisos y miembros que constituyen una cláusula. Estarán bien colocadas las partes del periodo, cuando se unan y ajusten perfectamente por medio de partículas copulativas. Sin este natural enlace no hay sentido, ni relación entre las ideas: solo habrá miembros esparcidos, palabras incoherentes, arena sin cal: *arena sine calce*.

Hay tres modos de composición: el orden

lógico ó gramatical en el cual las palabras están en el lugar que piden; el orden común ó vulgar en el cual las palabras están colocadas sin estudio ni concierto, y el orden inverso, que se llama hipérbaton, en el cual se colocan las palabras con tal arte, que vá en aumento la fuerza de la oración. No se debe perder de vista que, aunque el orden último es propio y exclusivo de la oratoria, la inversión inmotivada, ó sin causa que la justifique, no dá fuerza ni vigor á la oración, antes se la quita. La libertad de invertir el orden que se concede al orador, está moderada por muchas restricciones. Mayor es la que se permite al poeta, y sin embargo no es absoluta.

En esta parte del orden también se ha de notar que, así como en toda oración gramatical hay un sujeto que rige las partes de ella, de igual modo en toda composición ha de dominar una sola idea que reuna todas las partes del periodo. Solo así no recibe el ánimo impresiones diversas, ni el periodo se recarga, ni embaraza con nombres y cosas inútiles; pero nunca se ha de faltar á la claridad. Entre los extremos es más tolerable la concisión que la redundancia; porque ésta puede disgustar y molestar la paciencia del oyente, y aquella

por lo menos no confunde, ni enmaraña las ideas.

Se evitan todos estos inconvenientes, ordenando mejor, y ampliando los conceptos.

Por último, hasta la puntuación contribuye á distinguir, clasificar y cerrar el sentido del periodo, lo mismo que ayudan los tonos y las pausas. En este particular el aliento, el oido y la memoria fijan mejor la medida que el artificio. El buen orador divide proporcionalmente los intervalos, porque en su mente tiene la puntuación natural de las ideas, y cada una ocupa su lugar respectivo en el discurso. Asimismo todo buen escritor puntúa lo que escribe, porque lo sabe sentir.

ARTÍCULO II

DE LA ARMONÍA

Todos los buenos escritores se esfuerzan mútuamente en deponer la rusticidad de la lengua que cultivan, y en pulimentarla con esmero.

La griega y la latina eran antiguamente más eufónicas que lo son ahora, no solo por la variedad de terminaciones y la libertad de

su hipérbaton, sino por la fijeza de su cantidad y sonoridad. Los que hablaban estas lenguas empleaban continuamente, además de los sonidos, los acentos, con cuyos auxiliares alzaban la voz en una sílaba, la bajaban en otra, y la bajaban y subian en una misma.

Las lenguas del norte son más ásperas que las del mediodía, según observa D' Alembert. Una lengua en vocales dulces abundante, como la italiana, sería la más suave de todas, pero no la más armoniosa; porque la armonía resulta, no solo de la suavidad, sino de la variedad; como la española que, por la mezcla feliz de vocales y consonantes, dulces, sonoras y variadas, es la más armoniosa entre todas las modernas.

Así es que la armonía en castellano, única que nos interesa, no proviene de la mezcla de sonidos agudos y graves, como en la griega y latina, sino de la combinación de sonidos lentos y rápidos por distintas articulaciones sostenidos. Por lo tanto, la armonía retórica es aquella melodía que produce la colocación y el sonido de palabras suaves y variadas, y la combinación de acentos y pausas. Esto supuesto, entremos en materia.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

ARTÍCULO III

DEL NÚMERO Y SUS ELEMENTOS

Número retórico es cierta medida de la oración con la cual agrada. Esta dimensión oratoria observa casi la misma regla que la medida del verso: tiene verdaderamente mayor amplitud, pero no es al oido menos grata que la composición poética: *Quasi quemdam número versumque conficiunt* (1). Así es que los periodos numerosos tienen fluidez y encantan como rotunda música; ellos facilitan la persuasión, excitan el sentimiento, y hacen ruido como el torrente, ó murmuran como el arroyuelo.

Los elementos del número son las letras, sílabas y palabras: la suavidad de estas depende de la naturaleza de aquellas. Las letras vocales son más dulces que las consonantes, y entre estas unas son más fuertes, ó más sonoras y fáciles de pronunciar que otras. El mérito está en la combinación (2).

En *rápida bola* es facil su pronunciación.

(1) Cicer. *De Orato. III*-14.
(2) Véase el art. I del anterior capítulo.

En *como* interrogante, y en *como* comparativa ¡qué diferencia! Las palabras largas son más gratas que las breves, particularmente monosílibas, por el tenor de su entonación musical como *dulcedumbre*. También es cosa clara que los diminutivos afeminan, y los aumentativos son vulgares. Por regla general, se deben escoger palabras dulces y sonoras, y evitar las que son ásperas y fuertes; pero en los *hechos atroces sienta bien cierto vigor y aspereza*.

ARTÍCULO IV

SUAVIDAD DE LAS PALABRAS Y NÚMEROS

He dicho en la parte anterior que se parecía bastante á la medida del verso el número retórico: tan igual le parecía esto á Isócrates de Grecia, que sujetaba los discursos á cierto número y medida. Pero si bien es cierto que hay mucha semejanza entre la prosa y el verso, entre ambos existe notable diferencia. El poeta que deja escapar una sílaba, ya estraga su verso, y es evidente que tiene más libertad el prosador. Esta licencia *supnta prudenter* del orador no le libra, sin embargo, de medir el

tiempo de la oración, preparar las pausas y cadencias, y redondear los periodos.

El cuidado de las pausas es muy necesario al orador, porque se fatigaría demasiado, hablando sin intermisión mucho tiempo. Las pausas sobre todo, deben estar á distancias tan proporcionadas, que sirvan de ayuda y no fatiguen al orador al recitar la oración. «Nosotros,» dice Craso, «no debemos dirigirnos por las leyes severas del músico y del poeta; pero debemos procurar que nuestra elocución no se corra, ni extravíe, ni se detenga en su curso, ni extienda fuera de propósito: que los miembros de la frase estén bien distribuidos y completos los periodos.» También advertimos que produce malísimo efecto la acumulación de monosílabos: v. g. *Si tú crees que el sí ó el nó no te comprometen, has de ver lo que te pasa.*

Advertimos igualmente que debemos llamar la atención hacia la palabra capital ó enfática, como la más interesante, colocándola donde produzca mayor efecto, que es al principio, y aun mejor al fin de la frase.

Por último, se redondea bien el periodo, siempre que éste no sea tan grande, que falte la respiración para recitarle, ni tan corto que desagrade. «Así acabó su miserable vida el

»grande Annibal, que tantas veces y por tan»tos años había con dudosa fortuna contendi»do con el romano pueblo, domador de las »gentes.» En este trocito de literatura hay rotundidad, y juntamente número, armonía, magnificencia.

ARTÍCULO V

ARMONÍA EN LA COLOCACIÓN

Consiste la principal armonía en la colocación de palabras; y como estas no son más que la expresión de los conceptos, su orden lógico es la primera ley á que obedecen. El número cede muchas veces al rigor de esta ley. No está bien decir: *muerte* y *pasión*, porque hay que respetar la prioridad de tiempo y de lugar, de cuantidad y cualidad.

Mas á pesar del rigor gramatical, la armonía, ley de la elocuencia, puede variar las letras (1), interpolar las palabras, escoger otras nuevas, y á veces alterar el orden que el uso tiene establecido, con el fin laudable de prestar al discurso suavidad y número, v. g.: el *terror* y *la muerte:* está bien dicho según el orden ló-

(1) Véase el artículo I del anterior capítulo.

gico, porque á la muerte antecede el terror; mas para que la frase tenga fluidez y sonoridad, armonía y número, es preciso decir: *la muerte y el terror del numantino*. En rigor y según los buenos hablistas, esta licencia solo es permitida y laudable, cuando las ideas y palabras de la oración están cercanas, y se descubre perfectamente la referencia de unas á otras. También leemos con placer la siguiente frase: *Desaparecido han las figuras de la ley antigua;* pero no recomendamos que se posponga nunca el auxiliar haber á su participio, aunque se cometa hiato; porque ambos forman un solo verbo: semejante trasposición nos parece violenta.

«Embarcáronse en Cádiz,» dice Cervantes, «y echando la bendición á España, zarpó la »flota, y con general alegría dieron las velas »al viento, que blando y próspero soplaba.» Pudo haber dicho: *Que soplaba blando y próspero;* mas esto no se lo permitió su buen oido. También pudo haber dicho: *Que blanda y prósperamente soplaba;* pero los adverbios, como ya lo advertimos en su lugar, retardan la corriente, y hacen flojo el estilo. ¿Quién no vé que: *vivía feliz, corría ligero*, son modos más breves, más fluidos y enérgicos que

vivía felizmente, corría ligeramente? El adjetivo, además, se identifica con el sujeto y determina su calidad mejor que el modo adverbial.

En fin, la inversión del orden para evitar el sonete, la cacofonía y otros vicios, es una verdadera necesidad.

ARTÍCULO VI

TERMINACIÓN DE LOS PERIODOS

Se tiene que poner sumo cuidado y diligencia en la terminación de los periodos. Nada produce tanto placer y satisfacción en el ánimo de los oyentes como los finales rotundos y con medida bien ajustados á las exigencias del pensamiento y á las fuerzas del orador. Una frase menos puede perjudicar á la claridad: una frase más puede perjudicar al orador.

Por esto el miembro más numeroso debe ser siempre el último del periodo, y nunca deben terminar por adverbio en lo general, ni por palabra corta como la partícula, pronombre, ó monosílabo, ni tampoco por sílaba larga. De regla tan necesaria se excep-

túa la palabra capital ó enfática, como se vé en este pasaje: «En la prosperidad mis amigos no me oirán hablar *jamás:* en su adversidad *siempre.*

Es increible la diferente armonía que produce al fin de la frase una palabra más ó menos larga, un monosílabo ó adverbio, una desinencia masculina ó femenina. Todos estos y otros inconvenientes análogos se vencen con la trasposición, ó cambio de términos. «Todos aborrecíanle, y le despreciaban los más:» en lugar de poner, *Todos le aborrecían: los más le despreciaban.* ¡Qué diferencia de fuerza y de armonía!

«Job estaba asido á su virtud, no con duda ó flaqueza, sino con valiente pecho y esforzado ánimo.» Fr. Luis de León no pudo sufrir el modo vicioso de esta frase, y le dió el siguiente aire de armonía: *Asido estaba Job á su virtud, no con duda y flaqueza, sino con pecho valiente y ánimo esforzado.* Tampoco se ha de decir: «Resplandor de la antigua virtud,» haciendo dura la pronunciación de la última sílaba de la frase en correspondencia con la final de resplandor, ambas fuertes, y cometiendo la cacofonía *la antigua* excusada. Debía decir: *Resplandor de la virtud antigua.*

«Perdieron el honor y fortuna» ó «su honor y fortuna,» de ambos modos está bien; pero será la frase más rotunda diciendo: «su honor y su fortuna,» y más sonora todavía con «el honor y la fortuna;» porque es mejor repetir el artículo que el pronombre.

También hay que reparar que una voz antes ó después del verbo incluye á veces mucha diferencia, v. g.: «A todos injuria y tiraniza,» como «injuria y tiraniza á todos» tiene igual significación; pero «injuria á todos y tiraniza» discreta los dos actos, y aumenta la maldad de la persona, significando de cierto modo en el citado caso: «que además de injuriar á todos, después los tiraniza.»

No se olvide nunca el orador que la variedad de terminaciones no es grata solamente al oido, sino también al ánimo: siempre que la variedad sea clara y natural, el público se complace sobremanera. No se olvide tampoco que en las finales se fija más la atención de los oyentes: los primeros miembros del periodo se borran pronto, mas los últimos permanecen. Cuando los oyentes notan que el orador marcha, como á carrera tendida, con las palabras bien colocadas y pareadas; cuando redondea y cierra el periodo con toda felicidad, con-

tienen, sin advertirlo, el aliento, y se sienten poseidos de santo y verdadero entusiasmo.

CAPÍTULO TERCERO

DE LOS PENSAMIENTOS

Es un hecho incuestionable que los pensamientos son el alma y la vida del discurso; así como las palabras son el cuerpo, y la elocución el vestido. El orador perfecto pone todo su esmero en los tres elementos que constituyen el discurso; pero con especialidad en el primero: debe poner sumo cuidado en las palabras; pero solo después de haberle puesto en las cosas, que aquellas representan. Aunque las palabras sean brillantes, si carecen de sentido, son ciertamente sonidos vanos: *aes sonans, cymbalum tinniens:* los pensamientos, al contrario, con tal que estén conformes con su objeto, aunque no se revistan con la gala de los adornos, son interesantes y apreciables; porque lo verdadero de cualquier modo que se presente es prenda de grande valía.

Mas para que los pensamientos tengan la debida consideración y aprecio, han de contener las cualidades siguientes: «Verdad, claridad y precisión; fuerza, viveza y atrevimiento; gracia y naturalidad, variedad y unidad, novedad y oportunidad, honestidad y nobleza, ó finura y delicadeza, y por último, sublimidad y grandeza.» Las tres primeras cualidades son comunes á todos los pensamientos, y las demás según y conforme lo exija la naturaleza y circunstancias del asunto.

ARTÍCULO I

DE LA VERDAD

El pensamiento verdadero es la imagen perfecta del objeto. Santo Tomás define la verdad con su acostumbrada precisión. «La conformidad entre el entendimiento y la cosa:» *Aequatio rei et intellectus*. Por consiguiente, solo habrá verdad en el pensamiento, cuando éste representa la cosa como ella es en sí: solo es fiel aquel retrato que representa cabal y perfectamente su original.

Aunque la verdad es en sí misma indivisible, los pensamientos podrán ser más ó menos

verdaderos, según que guarden mayor ó menor conformidad con las cosas. La entera conformidad se llama exactitud; de manera que no hay pensamiento verdadero que no sea exacto, como un vestido perfectamente ajustado al cuerpo. Hay, sin embargo, entre los dos una pequeña diferencia establecida por el uso, el cual tiene como *verdadero* aquel pensamiento que representa con más precisión el objeto, y *exacto* al que le representa en toda su extensión: entonces tiene lugar ese decir la cosa en toda su verdad.

De aquí también se deduce que no hay belleza sin verdad, como dijo Boileau; pero la verdad que se requiere en los pensamientos no puede ser siempre absoluta, bastando en muchos casos la relativa: la primera es la conformidad real y perfecta con la naturaleza de las cosas, y la segunda la conformidad como debían ser las cosas, admitidas las suposiciones.

ARTICULO II

DE LA CLARIDAD (1).

La *claridad* significa, propiamente hablando, aquel efecto que produce la luz reflejándose sobre los cuerpos. Aplicada esta cualidad á nuestros conocimientos también indica el efecto producido en nuestra mente por el objeto conocido con toda perfección. Visto el objeto sin sombras, el pensamiento es claro, y visto separadamente, es distinto. A fin de dar claridad al pensamiento, es menester poder señalar la relación y oposición, el conjunto y concierto que tenga el objeto conocido con todo lo que le rodee: es necesario que antes nos entendamos á nosotros mismos, y luego empleemos aquel lenguaje que no pueda menos de ser entendido por cualquiera que le oiga, ó lea.

El estilo figurado con tal que se utilice y maneje con exquisito tacto y oportunidad, lejos de aminorar la claridad, por lo contrario, la enciende y acrecienta. Las figuras pinto-

(1) Véase el artículo IV del capítulo I del tratado anterior.

rescas nos presentan los objetos, como si los viéramos: las lógicas dan vigor á las pruebas, las patéticas agitan la sensibilidad y excitan el interés, los epítetos, marcando las cualidades de los objetos, los hacen más visibles, y hasta los tropos revisten á los objetos de cierto brillo y colorido que fascina y encanta.

Los vicios contra la claridad proceden de causas diferentes, todas las cuales se reducen; ó á la elección impropia de las palabras, ó á su mala colocación (1).

Hay unos que aparecer quieren profundos en materias triviales, y cuesta mucho trabajo entenderlos. Esta falta se llama *ignorancia del asunto*.

Hay otros que, buscando brillantez, expresan en términos exquisitos, ó con figuras, lo que solo pide sencillez y naturalidad. A esta falta se la denomina *superabundancia de nociones vagas*, ó desordenado vuelo de la fantasía.

Hay otros que por afectar brevedad se hacen oscuros (2), truncando los ligamentos del cuerpo de la oración, ó haciendo de cada trozo un miembro. De este vicio adolecen algo

---

(1) Véase también el artículo V del mismo capítulo.

(2) Este precepto le expresa Horacio de este modo: *Brevis esse laboro oscurus fio.*

los franceses, y fué bastante común entre nuestros escritores del siglo XVII.

También los hay que carecen de esa virtud perspícua, é igualmente de expresión limpia y luminosa, que como visibles presenta los objetos; de manera que sus palabras no están bien ajustadas al orden recto de las ideas. Se oponen á dicha cualidad oratoria las palabras *ambiguas* ó *equívocas*, que tienen dos sentidos: las *técnicas*, que son las peculiares de las ciencias y las artes; las *peregrinas*, *nuevas*, ó *desusadas*, que no hay necesidad de usar, y finalmente las *cultas*, que se toman de las lenguas muertas, cuyo malísimo gusto, que se llama *culteranismo*, en muchos escritores de nuestra patria reinó á fines del siglo XVII y principios del XVIII.

Hay, por último, en algunos una difusión empalagosa, que ahoga las ideas culminantes en un sinnúmero de pormenores y rodeos inútiles. Téngase muy presente que la expresión corta, siendo propia y suficiente, es la más clara; y todo lo que sin necesidad se añade, perjudica.

A pesar de todo lo expuesto, en ciertas ocasiones es un mérito presentar los objetos á media luz. Hay cosas, como se dirá en su

lugar, que un orador cauteloso no debe manifestar sino cubiertas de un finísimo y trasparente velo.

ARTÍCULO III

DE LA PRECISIÓN

Consiste la *precisión* (1) en no decir más ni menos de lo que se deba decir, de modo que la expresión sea la significación exacta de la idea.

Se distingue la *precisión* de la *concisión* en que la primera expresa las ideas con las palabras más propias, y la segunda en que dice mucho con pocas palabras. El objeto de la precisión es la idea, ó lo que se dice, y el de la concisión es el lenguaje ó el modo de decir.

De San Agustín es este ejemplo de *precisión:* «¿Presumes de cristiano? muéstralo por tus obras: sean ellas conformes al nombre que tienes.» Ejemplo de *concisión:* «Si alguno quiere venir en pos de mí,» dice Jesucristo, «niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.»

(1) Véase el citado artículo V.

Puede haber precisión en el estilo abundante, como también la puede haber en el conciso y rápido. Como quiera, es menester cuidar que haya en todo precisión y mediocridad, y que no se caiga en los escollos, funestos en todo tiempo y lugar.

Siempre que recarguemos el discurso con circunloquios inútiles; si desleimos con exceso el pensamiento, ó amplificamos algo más de lo que requiere el asunto, llevando el análisis hasta el extremo, pecamos contra la precisión. Si recargamos las sentencias de palabras supérfluas, ó aquellas no están perfectamente ligadas de manera que no se conozca fácilmente el fin á que conspiran, faltamos á la concisión. Pero debemos precavernos de caer en los extremos opuestos, ya faltando á la claridad por suprimir alguna idea ó palabra necesaria, y ya desenvolviendo el pensamiento en demasía: *Nihil nec desit, nec supérfluat.* No debemos olvidar que lo difuso es tan opuesto á lo conciso, y lo extenso á lo sucinto, como lo que es prolijo á la precisión.

Nos duele ver que algunos no saben poner término á la lozanía de sus expresiones: prolijos en las definiciones, difusos en las comparaciones, y acompasados aun en sus gracias,

confunden á los oyentes con tanta profusión y redundancia. El que nunca concluye de imprimir en el ánimo de los oyentes la verdad que predica, forzosamente repite unas mismas frases: el que á menudo apura la materia, ó la desmenuza con exceso, hace desaparecer el brío y el interés. Las últimas palabras enervan á las primeras, de manera que muchos pensamientos, antes de que florezcan en la oración, se marchitan.

Corina, la célebre poetisa, sonriéndose de los epítetos, que Píndaro derramaba con profusión al principio de un poema, le dijo con picante sátira y no menor gracia: «Tú habías tomado un costal de grano para sembrar una haza de tierra; y en lugar de arrojarle á puñados, al primer paso vaciaste el costal.»

Por el otro extremo, el que se precia de conciso, tan solo presenta lo más principal del objeto, como hicieron los antiguos con todo un César que le representaron en el círculo de una medalla. Es muy cierto que la medida de los grandes varones es de hombros arriba; y á este tenor, hablar poco y decir mucho es propio de grandes ingenios. *Hizo lo que nunca: volver las espaldas:* en lugar de «Hizo lo que »nunca había hecho, que fué volver las espal-

das.» Otro ejemplo sin verbo ni régimen: *Cargos y oficios; yedra en el muro*, que engalana y al mismo tiempo destruye. Con tal parsimonia el estilo recibe, á no dudarlo, un aire de grandeza y majestad: lo que le falta de melodía y á veces de corrección, le sobra de vigor y energía. Pero también es fuera de toda duda que una composición con frases tan cortadas, siendo frecuentes, es intolerable. Por lo tanto, es gran primor del que habla reducir á corto espacio lo que otro extiende en oración prolija: con el bien entendido que ha de ceñirse solo por breve rato, para luego dejar correr la pluma y con anchura extenderse. Esta es prenda de gran valía y de rigurosa precisión.

ARTÍCULO IV

DEL ATREVIMIENTO Y FUERZA

Pensamientos fuertes son aquellos que causan en el alma las más profundas impresiones, ya porque encierran en sí un sentido grande que nos toca de cerca é interesa; y ya porque pintan con veloz y diestro pincel los afectos y movimientos de pasiones violentas.

Un historiador del tiempo de las guerras civiles de Roma escribía: «Entonces fué menes»ter arrancar á las provincias aquella sombra »de libertad que les había quedado, y entre»garlas á los prétores, sedientos estos tigres »de sangre y de rapiñas, y precisados de volver »á su patria cargados de tesoros y de crímenes.»

Un orador notable dice sobre el juicio final: «¡Oh eterno Señor! en el último día de los si»glos, cuando el vuelo del firmamento sea ras»gado; cuando tu invencible brazo al Sol de»tenga en su carrera; cuando resucitadas todas »las generaciones dependerá el destino del »género humano de una palabra de tu boca »¿podremos ver sin terror las convulsiones »de la naturaleza moribunda?»

Pensamientos atrevidos son los que despiertan la atención por la sorpresa de los rasgos y de los colores extraordinarios que al parecer salen de su regla. Sobre un pasaje de Fenelón dice el Cardenal Baunet: «Luego que las es»peranzas, que han llenado nuestra vida, se »ven desvanecidas con todos los objetos de »nuestra ambición; luego que por una deplo»rable fatalidad somos llamados á asistir á las »grandes catástrofes, que cambian la faz de los

»imperios y la suerte de las naciones; en»tonces tenemos necesidad de la mano firme »de Bosuet para sostenernos en medio de los »escombros y ruinas que dejan las terribles »tempestades de las pasiones humanas: enton»ces á la claridad sombría y majestuosa de »la antorcha que Bosuet ofrece á nuestro es»píritu, se marcha con espanto religioso en su »séquito y bajo las profundidades de esa Pro»videncia, cuyos golpes de rayo hacen mo»rir á los reinos y caer á los tronos con ho»rrendo ruido, para hacernos sentir que no hay »nada de sólido entre los hombres, y que la »inconstancia y agitación son el patrimonio »de las cosas humanas.»

Pensamientos vivos son aquellos que á manera de relámpago hieren con su luz súbita, porque presentan el objeto con pocos rasgos y con claridad refulgente. «Todo era Dios,» dice Bosuet, «excepto Dios mismo; y el mun»do que había hecho Dios para manifestación »de su poder parecía un templo de ídolos.» De Fr. Luis de León es el siguiente pasaje: «De aquí nace que la altivez, la presunción, »el desvanecimiento, la vana confianza y el »engaño común de ordinario duermen con los »ricos.» ¿Se puede buscar unión más estrecha

y expresiva entre amigos que comer y dormir juntos?

ARTÍCULO V

DE LA GRACIA Y NATURALIDAD

La *gracia* es esa cosa dulce y suave que hermosea tanto más al pensamiento, cuanto más parece que le oculta: es cierto encanto indefinible que da especial mérito á las obras del ingenio, á veces por primor particular del que perora. Es, en fin, la gracia lo más delicado de la oración, que halaga suavemente sin repararlo siquiera. Hablando un autor moderno de una mujer hermosa y al mismo tiempo sabia, decía: «Juntaba todos los embelesos de mujer con todos los estudios del hombre, y añadía, cuando hablaba, el mérito de hacer olvidar su hermosura.» Hablando también Antonio Pérez de las mercedes de un príncipe, dice: «Hace las gracias con tanta liberalidad, que abre primero la mano para hacerlas, que el que las pide para recibirlas.»

La *naturalidad* consiste en que nazca el pensamiento de las *entrañas* del asunto, y tenga con él necesaria conexión. Entre la rusticidad y afectación ridículas cabe la urbana na-

turalidad, que se manifiesta sin esfuerzo, ni adorno de ningún género.

Entre las muchas gracias de Cicerón sobresalen la facilidad y naturalidad de su estilo, y tan solo se descubre algún estudio en la colocación de palabras para que produzcan armonía. Tienen algunos la flaqueza de escribir de la misma manera que hablan; como si no fuera diferente la llaneza que es admitida en la conversación común de la diligencia que es necesaria en el orador. No cabe duda que la detenida lima y conocido estudio de pulir el discurso, quitan cierto mérito al orador; pero la negligencia y el desaliño le desautorizan por completo. *Usum loquendi*, dice Cicerón, *populo concessi, scientiam mihi reservavi.*

ARTÍCULO VI

DE LA VARIEDAD Y UNIDAD

La *variedad* debe estar regulada por la *unidad*, porque sólo del enlace de ambas resulta la armonía.

Así como la belleza de los contrastes no consiste en poner lo blanco al lado de lo negro; de igual modo no depende la variedad

de las transiciones violentas, ni de la inconsiderada mezcla de tonos y estilos, (cuyo defecto reprendía Horacio en los escritores de su tiempo:

«Qui variare cupit rem prodigialiter unam
Delphinum sylvis apingit, fluctibus aprum»;

sino en que las diferentes imágenes y movimientos á un mismo asunto se refieran como advierte San Agustín: *E pluribus unum.*

Hay estilos que parecen variados, y no lo son; y otros hay que lo son, y no lo parecen. El estilo matizado de flores multiplicadas, bordado de conceptos menudos y sutiles y de antítesis y énfasis delicados, como una tela de aljofares, oscurece y destraga el mejor discurso. Se le puede comparar á un edificio de orden gótico, que por la variedad y enredo de sus labores y la pequeñez de sus adornos encanta y embelesa, pero es un verdadero enigma. El discurso, al contrario, tejido de frases claras y elegantes, de términos propios y expresivos, de períodos llenos de sustancia y armonía, y de imágenes grandes y magníficas deleita y convence á los hombres de todas las edades y condiciones. Tal discurso, siguiendo la misma comparación, es como la arquitectura griega, que entre sus variados

pormenores hay uniformidad, y tiene las partes y divisiones necesarias, para descubrir sin fatiga en medio de su grandeza y variedad el fin á que toda ella se dirije.

Los asuntos más importantes tienen pocas divisiones, pero grandes, entre cuyos ámbitos campea la majestad oratoria; y para que brille la unidad en todas sus partes, y estas causen una sola impresión objetiva, es menester observar dos reglas:

1.ª Dentro de una cláusula nunca se debe cambiar de escena, pasando de una persona, número, tiempo y género á otros diferentes, ni menos de un asunto á otro distinto; porque debe haber en toda buena cláusula una persona, ó idea dominante, que ha de regir todas las partes desde el principio hasta su fin.—«Después que nosotros anclamos, me desembarcaron ellos, y yo fuí saludado por mis amigos, quienes me recibieron con las mayores muestras de cariño.» Aunque los objetos tienen conexión en este pasaje, se presentan de tal modo que, cambiando de persona y de lugar indeterminado, *nosotros* y *ellos*, *yo* y *quienes*, deja imperfecto el sentido y el enlace mal parado. Debía, pues, decir: «Habiendo anclado, desembarqué en *Cádiz*, y allí fuí sa-

ludado de todos mis amigos, y recibido con las mayores muestras de ternura» (1).

2.ª Nunca se han de acumular pensamientos que se pueden dividir cómodamente, v. g. «En este estado incómodo de su vida pública y privada, Cicerón se vió angustiado por la muerte de su amada hija Tulia, acaecida poco después de haberse divorciado de Dolabela, cuyas costumbres y mal genio le desagradaban sobremanera.» El objeto de este pasaje es la aflicción de Tulio por la muerte de su hija; pero la añadidura del carácter de Dolabela es ciertamente extraña é impertinente al objeto, y pide periodo aparte, para mantener la unidad del pensamiento.

ARTÍCULO VII

NOVEDAD Y OPORTUNIDAD

Pensamientos nuevos son aquellos que nos sobrecojen, y se nos presentan con palabras que despiertan la atención. Dice un orador, hablando de la resurrección: *El sepulcro restituirá su presa*. Aquí hay la novedad de la

(1) Véase el final del Art. I, cap. II.

imagen expresada con palabras que no suelen verse juntas: *El sepulcro* y su *presa*.

No basta que la composición sea nueva en su trazado: conviene que sea nueva en todas sus partes, siendo posible. El lector quiere sentir en cada período y en cada oración una impresión nueva, porque es cosa experimentada que la elegancia, la corrección y la armonía misma llegan á cansar, si no se mudan las imágenes, ó no se presentan las ideas como de nuevo.

La novedad de los conceptos y el modo de ordenarlos, y hasta el de expresarlos constituyen la *originalidad*. Todo aquel que analiza y consulta la naturaleza del asunto, raciocina por sí mismo, y convierte en sustancia propia lo que aprende y descubre: éste fácilmente se explica con *originalidad*. Mas aquel que hurta los conceptos, ó zurce los suyos con retazos agenos sin orden ni concierto, su obra carecerá de inspiración y de vida: su trabajo será muy semejante á las figuras de cera, las cuales ni duran ni agradan. A este mal ladrón alcanzan las imprecaciones de aquel cojo (Demónides), de quien refiere Plutarco que, habiéndole robado sus zapatos, decía con mucha gracia: «no sirven mis zapa-

tos sino para el pié de otro cojo.» Por esto nunca se confunde el plagiario que disgusta, con el buen imitador que agrada.

Pensamientos oportunos son los que tienen relación íntima con el asunto. Así como el rostro es el espejo del alma, el estilo es el retrato del pensamiento, y entre ambos tiene que haber mútua correspondencia. Los adornos de más precio pierden todo su mérito si no están colocados con oportunidad. *Sed nunc non erat hiis locus.*

ARTÍCULO VIII

HONESTIDAD Y NOBLEZA

Todo escritor debe ser moral, no solo en el fondo, sino también en la forma y en los más insignificantes pormenores. La belleza es hermana del pudor, y no basta la bondad del fin, para justificar la torpeza de los medios. *Bonum ex íntegra causa.....*

Mas no solo se ha de explicar el orador con honestidad, sino con nobleza; es decir, con finura y delicadeza.

Se llaman pensamientos *finos* los que representan la mitad del objeto, y dejan adivinar

el resto con facilidad. Se dicen *delicados* cuando al parecer ocultan el sentido, y tan solo le dejan entrever.—De una mujer mundana se dice: «que vive mal, ó que no vive honestamente;» y nunca se la debe llamar con su nombre propio: también se cubre la fealdad, usando de una palabra impropia, ó cubriendo con una sombra figurada la demasiada claridad como en este pasaje:—Mesalina después de haber hecho de sí plato á cuantos venían, volvió triunfante al lecho nupcial.

De aquí se colige que repugnan de tal modo las palabras *bajas*, que primero sufrimos un concepto bajo en términos finos envuelto, que con términos bajos un concepto noble. Porque si es cierto que pocos aprecian la grandeza y bondad de un pensamiento, todos, sin embargo, perciben la vileza y grosería de una frase. Cicerón faltó á la decencia y conveniencia del Senado, llamando á Verres *Stercus curiae*.

Se colige también que tampoco caben palabras familiares en la oratoria, ni las que designan cosas pequeñas, ni mucho menos las plebeyas. El orador, pues, tiene que decir: labios en lugar de boca: plantas en lugar de piés: pollino en vez de asno; cándido en vez

de blanco, y así por este estilo. Si habla de batallas, exponerlas no debe como el militar, ni descender á los pormenores como el historiador; sino que debe narrar únicamente los hechos culminantes. No dirá balazos, sino estragos: no dirá balas, sino tiros: tampoco cañonazos, sino bocas de fuego; ni bayonetas, sino aceros; ni guerrillas, sino escaramuza; ni menos atacar, sino embestir; ni sentar plaza, sino alistarse.

Hasta debe cuidar el buen orador, no solo de la honestidad y nobleza de los pensamientos y palabras, sino también de la manera de hablar: los modos de hablar generales son más dignos y nobles que los particulares, y los negativos mucho más que los afirmativos.

ARTÍCULO IX

SUBLIMIDAD Y GRANDEZA

Pensamientos *sublimes* son aquellos que llenos están de gran sentido, expresado con pocas palabras, pero de una manera viva. Solo es verdaderamente sublime aquello que por lo raro y estupendo nos admira y arrebata: aquello que inspira la verdadera pasión; que

nos eleva con su rápido vuelo, nos arranca de la orilla, y en su torrente impetuoso nos arrastra y lleva como en triunfo á la región superior. Estos efectos no provienen tanto de la grandeza del objeto, como de la forma extraordinaria con que se reviste.—De Pompeyo vencedor de Tygranes se cuenta, «que le restituyó su dignidad, juzgando tan glorioso hacer como vencer reyes.»—«Nuestros dardos formarán nubes, que oscurecerán el Sol.» «Mejor,» respondió Leonidas á Xerxes, «así pelearemos á la sombra.» El retórico Longinos pone estas palabras del Génesis (1) sobre lo más grande y elevado que puede producir el pensamiento: *Sea la luz; y fué la luz.*

Pensamientos *grandes* son comunmente aquellos que, al manifestarnos una cosa, nos hacen ver otras, descubriendo de un golpe lo que no sabríamos sino después de largas vigilias y penosas labores. Por lo general solo los hombres verdaderamente grandes dejan caer de sus lábios dichos de esta clase, como aquel de Alejandro M., cuando le ofreció Darío la mitad del Asia, si se desposaba con su hija: «Yo,» le dijo Parmenión, «aceptaría la oferta.

(1) Capítulo I-3.

Y también yo,» replicó Alejandro, «si fuera Parmenión.»—De igual calidad es la heróica respuesta que dió el Comandante de la guardia francesa en Waterló: «La guardia muere,» dijo, «pero no se rinde.»—El Criador de todos los seres,» dice un orador elocuente, «que con los mismos ojos vé perecer un insecto que un héroe, ve que se deshace un cometa como un átomo.»

Estos pensamientos grandes nos complacen sobremanera, y en especial por aquella curiosidad que todos tenemos de percibir de una ojeada múltiples y relacionados objetos. Nos gusta mucho ver un hermoso jardín; pero no nos gusta menos divisar un paisaje ameno y variado en donde se extiende la vista.

TRATADO SEGUNDO

DEL ESTILO EN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO

DEL ESTILO Y SUS DIVISIONES

Los antiguos cofundían el estilo con la elocución, y aún ahora se toman indistintamente; pero en rigor hay entre ambos diferencia notable. La elocución se extiende á las cualidades permanentes del discurso ya enunciadas, cuales son: claridad, precisión, naturalidad, etc., y el estilo se ciñe á lo variable y accidental. Asimismo, la elocución se refiere al acomodamiento de las palabras con las cosas, y el estilo á la manera de hablar propia de cada uno.

Antiguamente se llamaba estilo al punzón

con que se escribía en tablas enceradas: más el uso convirtió de seguida el instrumento en la misma palabra, y por esto define la academia el estilo «el modo y forma de hablar y escribir peculiar á cada uno.»

Por el estilo se diferencian y caracterizan los oradores y escritores como las personas por su fisonomía; porque participa del génio y talento de cada uno, de su modo de ver y de sentir. Con mucha razón y oportunidad dijo Bufón: «El estilo es el hombre.» De aquí proviene que uno es flúido, y otro duro; uno es conciso, y otro difuso; éste claro, aquel oscuro; también lo hay correcto é incorrecto, preciso y vago, enérgico y débil, noble y vulgar, nervioso, y flojo, familiar y llano: Lo hay sobre todo, vehemente, florido, elegante, adornado; y viceversa, seco, árido y desaliñado....

El estilo también toma nombres diferentes del diverso género de composiciones y materias de que trata. Se llama *didáctico* al que es peculiar de la enseñanza; *oratorio*, al que es propio de la elocuencia, y *florido*, al que se adapta perfectamente á la poesía y á los discursos en los cuales campea la imaginación. De igual modo lo hay *prosáico*, *epis-*

tolar, histórico, poético, lírico, trágico, cómico, etc.

Como los escritos presentan diferentes coloridos según las distintas cualidades que abundan en ellos; así toma el estilo diversos nombres, y estos, no solo por el giro dominante de la oración, sino por el carácter mismo del escritor. Si decimos que un orador es enérgico, nervioso y vehemente, patético, apasionado y sensible, natural ó difuso, fino, delicado, elegante y gracioso, ó ingenioso, nos referimos á los afectos que le dominan, ó á lo que le es propio y personal.

Muchas veces toma el estilo su nombre, no solo de la manera peculiar á cada orador, sino de la escuela de la cual procede. *Predica como Masillón*, decimos del que predica con mucho espíritu, y del que lo hace mal decimos que tiene un estilo *gerundiano*. Así vemos que hay estilo *ciceroniano*, *pindárico*, *gongoriano*, etc. Aplicamos también esta denominación á las bellas artes con relación á la manera de ejecutar sus obras los pintores, escultores, etc.; y así decimos: estilo de Murillo, de Miguel Angel, de Rosini.

Por último, de los pueblos orientales vino la denominación de estilo *ático*, que aplicamos

al *sencillo*, con tal que sea limpio y correcto; *asiático*, al cual llamamos lujoso y abundante, y *ródio* al que obtiene un justo medio entre los dos anteriores. De donde provino, á no dudar, la división principal del estilo: *sencillo*, esto es, ténue; *medio*, ó templado, y *sublime*, ó grave.

Decimos, para concluir, que no se debe confundir el estilo que se funda en las reglas del arte con el característico de cada uno, ni con el *peinado*, que adolece de nimiedad en los adornos y solicitud en frases rebuscadas. Tampoco la oscuridad, afectación, redundancia y languidez constituyen estilo; porque son vicios, y los lunares en la oratoria no realzan su hermosura, como en algunas mujeres. Hasta la claridad no forma estilo; porque todo estilo tiene que ser claro, puro, correcto, preciso, variado y natural. Es decir que el buen estilo es un conjunto de excelentes cualidades; y el oratorio precisa tener elegancia, decoro, dignidad y grandeza. Tanto es así, que por eso el orador se distingue del historiador y del filósofo. El filósofo sabe sentir y pensar; el historiador pintar y sentir; y el orador pensar, pintar y sentir. Como éste tiene que vagar por todas las situaciones de la vida humana, no

en uno, sino en todos los estilos tiene que ser elocuente.

ARTÍCULO I

ESTILO SENCILLO

Estilo *sencillo* es aquel lenguaje natural, claro y preciso, que se usa comunmente en la conversación familiar y en las cartas entre amigos.

El estilo sencillo es incompatible con la riqueza de adornos; pero requiere cierta elegancia y pureza de dicción, y por esto es algo más que el familiar ó humilde, el cual es llano enteramente y sin ningún adorno. El sencillo, pues, no ha de ser desmayado ni soñoliento, árido y sin vida: es preciso que tenga, como dice Cicerón, algún jugo: *Etsi non plúrimi sánguinis est, habeat tamen súcum aliquem oportet*. Así vemos que el estilo sencillo admite sentencias agudas y graciosas, para mantener vivo el interés del auditorio. Válgase, enhorabuena, el orador de palabras llanas y comunes, como dice Kleutgen: *Utetur verbis usitatissimis*, pero jamás de palabras innobles, ni bajas, ni maneras muy ordinarias: tenga sol-

tura en el decir, pero nunca excesiva, ni sea negligente, á no ser que tal aparente negligencia redunde en mayor gracia, y sea, como dice Fr. Luis de León, *el lunar del refrán*.

El estilo sencillo es á propósito para la plática, narración y prueba de todo discurso; más en ninguno de estos puntos debe usar el orador de una familiaridad excesiva: tenga siempre respeto á cosas y personas, guarde moderación y dignidad. Los asuntos que se ventilan en el púlpito son siempre graves; interesan á los fieles sobremanera, y se deben exponer también con gravedad cristiana, como dice S. Agustín, para captar la benevolencia de todos. La religión, que condena la vanidad de los predicadores aseglarados, ese vizcocho en el dia tan goloso; condena también á los predicadores temerarios, que no respetan la majestad de la cátedra sagrada con su decir trivial, ridículo é impropio, disgustando á todos con repeticiones, inconveniencias y bajezas.

Nunca se han de confundir estos defectos, que condenamos con la verdadera sencillez. Esta será siempre prenda y esplendor de ánimos nobles y generosos. Porque en la sencillez se descubre más naturaleza que arte, y en

ella se muestra más el hombre que el escritor. No es otro el motivo de que agrada tanto la sencillez, sino porque es muy conforme con la naturaleza; y además, porque en ella se cifra bellamente la brevedad. Por tener ésta última circunstancia los comentarios de Cesar, merecen de los eruditos sumo aprecio.

La sencillez es el caracter predominante de los libros Santos, hecha excepción de los profetas. Los pasajes hermosos, expresivos y brillantes nacen de la naturaleza misma de la cosa. *En el principio crió Dios los cielos* y *la tierra* (1). ¿Qué historiador hubiera comenzado el origen de todas las cosas con tanta sencillez como Moisés? Cualquiera hubiera hecho el último esfuerzo para corresponder con la pompa de la expresión á la incomparable grandeza del asunto.

Por último, hay una especie de estilo sencillo que saca todo su vigor, su lozonía y belleza de la ternura de los afectos: sencillez que se siente mejor que se explica: Ciertamente que los tiernos y sinceros afectos del alma se manifiestan mucho mejor con llaneza que con arte: el candor y pureza superan á la locución

---

(1) *Genes.* C. I.

espléndida. Sin embargo de ser esta cualidad tan propia y excelente en los sentimientos de ternura y afecto, no se olvide nunca el que habla ó escribe sin adornos retóricos, que corre mucho peligro de descender y abatirse hasta lo incorrecto y humilde en demasía: vicios indignos del decoro de la elocuencia. Esta se acomoda muchas veces con lo llano, pero nunca con lo rastrero y trivial. No cabe duda que es más difícil de lo que parece hablar con la sencillez conveniente: ésta se halla puntualmente entre lo noble y lo plebeyo, y tan cerca de este último, que se necesita mucho tino para no enredarse con él.

Modelo de estilo sencillo es el siguiente pasaje de Bosuet (1): «Si el Santo á quien voy á ensalzar hubiera tenido el espíritu del mundo, habría sido lleno de las ideas del mundo, habría seguido el camino que llevan casi todos los hombres, corriendo en busca de las delicias y vanidades; más como estaba lleno del espíritu de Dios...»

---

(1) Panegírico de S. Sulpicio.

ARTÍCULO II

ESTILO SUBLIME

Estilo *sublime* es aquel modo y forma de decir noble, majestuoso y patético, que al ánimo mueve de una manera vehemente: aquel que, sobre ser puro, elegante y figurado, se compone de palabras escogidas, sonoras, majestuosas y oportunamente colocadas. Este estilo se emplea ordinariamente para excitar pasiones fuertes, desenvolver causas muy graves, celebrar acciones extraordinarias, y describir y pintar grandes caracteres.

Lo sublime ha merecido la mayor atención y sumo aprecio de todos los eruditos, tanto antiguos como modernos. A todos ellos se les vé dando vueltas al célebre *Tratado de lo sublime* escrito por Longino, contemporáneo de Aristóteles: «libro de oro,» que se halla traducido en casi todos los idiomas, anotado con esmero, y tenido en gran estima por los sabios helenistas y comunmente por los literatos todos los cuales en tan pequeño tratado ven uno de los mejores restos de la antigüedad en materia de retórica.

Longino señala cinco fuentes de lo sublime: 1.ª La grandeza de pensamientos; 2.ª Lo patético; 3.ª La aplicación propia de las figuras, ó nobleza de la expresión; 4.ª Uso de bellas expresiones y tropos, y 5.ª La estructura y coordinación musical de las palabras. Todas estas fuentes suponen, como nota el mismo Longino, la facultad de bien decir.

Así es como la sublimidad es el sonido de las almas grandes: es la noble aspiración del espíritu hacia lo infinito, aspiración que levanta las ideas y los pensamientos al más alto grado de elevación y magnificencia; y por esto afecta tan vivamente al ánimo que como suspensas deja sus facultades sensitivas.

Aquellos que por naturaleza carecen de ese espíritu elevado y grande, son incapaces de nobles y generosos sentimientos, y no pueden apreciar, ni siquiera formar idea de tan excelente cualidad: como estos en la naturaleza no ven los objetos grandes y primorosos, ni menos las ciscunstancias y pormenores que los circundan, tampoco su imaginación se excita, ni su entusiasmo se arrebata, ni su alma se conmueve, sus palabras nacen sin fuerza y sin vida, y su estilo, en fin, no puede ser sublime. Por el contrario, cuando á la brillantez se une

la grandeza: cuando á la elevación del pensamiento corresponde lo espléndido de las imágenes, la valentía y belleza de las figuras, la riqueza y fluidez de las expresiones, la rotundidad de los periodos, y la vivacidad y proporción de los movimientos extraordinarios: en una palabra, cuando «las figuras,» como enseña Longino, «sostienen naturalmente á lo sublime, y á su vez lo sublime sostiene maravillosamente á las figuras,» entonces hay excelente y verdadero estilo sublime; entonces hay aquella elocuencia que conmueve los ánimos, que impresiona los sentidos, arranca lágrimas, gana los corazones, y roba la admiración y los aplausos. Tal es la elocuencia de grave ostentación y magnífico aparato.

El venerable Granada propone como modelo de sublimidad este pasaje del Deuteronomio (1): *Fuego se encenderá en mi furor, y arderá hasta el profundo: y tragará la tierra y sus frutos, y abrasará los fundamentos de los montes.* Este género sublime se puede contener en un solo pensamiento, en locución sencilla y en frase concisa; como en períodos

(1) Capítulo 32, v. 22.

ampulosos, en riqueza de sentencias y grandes figuras. Con sencillez admirable narró Moysés la creación del mundo; y con espléndida ostentación describió el paso de los Israelitas por el mar rojo. Aquella narración tan concisa y este cántico tan lujoso serán siempre citados como los mejores modelos de sublimidad.

También el estilo florido requiere la cualidad del ornato; pero hay mucha diferencia. El florido es suave y conciliador; mientras que el sublime tiene que ser fuerte y vigoroso: aquel mueve con blandura ó con manso ruido las ramas de los árboles, según enseña Fr. Luis de León, éste levanta piedras, derriba puentes, forma riberas, y arrastra consigo, cual rio impetuoso, todo lo que encuentra en su rápido curso. *¿Nunquid non verba mea sunt quasi ignis, dicit Dominus, et quasi malleus conterens petram?*—¿No es como el fuego mi palabra, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra? (1). La fuerza del sublime está muy bien representada por Jeremías en ese martillo que parte los corazones de piedra, y abrasa las voluntades con el fuego de la caridad.

(1) Jerem. 23-29.

Continuando con las fuentes de lo sublime señaladas tan bien por Longino, debemos advertir que los rasgos elocuentes no nacen precisamente de los preceptos del arte, aunque de ellos tampoco se desvían: nacen verdaderamente del corazón agitado, nacen de ese manantial de calor y vehemencia, que abrasa sin pensarlo al estilo. Entonces la palabra dice, ó la pluma escribe facilmente lo que el amor y el sentimiento dictan: entonces la lengua profiere con rapidez lo que el alma siente ó padece. Por esta razón, el primer precepto, la principal condición para que cualquiera se pueda trasportar á la región de lo sublime es tener herido el corazón, á fin de poder herir el de los demás; porque «lo que bien se siente, bien se dice.» Esta sensación de lo sublime, aunque no esté movida por el viento del cielo, excita con ímpetu los remordimientos, ó calma las conciencias; establece nuevas opiniones, ó arranca de cuajo las antiguas, y agita facilmente ó sosiega las tormentas populares. Alejandro dijo á las tropas que le abandonaban: «¡Marchad, ingratos! ¡huid, cobardes! sin vosotros conquistaré el mundo, que Alejandro tendrá soldados donde hallare hombres!» ¡Qué cambio y que brío no debió infundir en el

ánimo de aquellos soldados esa reprensión tan severa y tan magnánima! De igual modo, ¡qué vergüenza y emulación no debió infundir en las tropas fugitivas de Francia el heróico denuedo de su jefe, Enrique IV, gritándoles, al tiempo que miraba de frente al enemigo: «Volved las caras, y si no quereis pelear, á lo menos me vereis morir!» Cuando Napoleón se proponía castigar la traición de Austria, dijo al ejército: «Soldados... marchemos, pues, y en nuestro aspecto conozca el enemigo á sus vencedores.»

Por estos sublimes ejemplos claramente se descubre que la semilla de ellos, como de todos los pensamientos grandes, son las pasiones: como que ellas conservan en fermentación las ideas, en la imaginación se hacen fecundas, y luego se manifiestan con palabras enérgicas que fascinan y atraen los corozones. De la pasión, pués, nace espontáneamente esa vehemencia que fascina, esa ternura que ablanda, ese aguijón que despierta los ánimos de su natural reposo é indolencia; de la pasión, en fin, nace ese arranque natural, espontáneo, vivo, impetuoso que ha inmortalizado á los oradores sublimes. La escena del calvario hizo que brotasen de los labios del ven. Granada

estas palabras: «¡Quién podrá declarar, ó buen »Jesús, lo que sentiste, cuando considerabas las »angustias de aquella Santísima Madre, que »sabías que estaba contigo crucificada! ¡Cuan»do veias aquel piadoso corazón con cuchillo »de dolor traspasado! ¡Cuando tendiste los san»grientos ojos, y viste aquellos brazos en que »fuiste recibido y llevado á Egipto tan que»brantados! ¡y aquellos pechos virginales con »cuya leche fuiste criado hechos un piélago »de amargura!»

La última, y no la menos interesante advertencia en este punto es, que lo patético solo cabe en aquellos lugares que lo piden, y en aquella parte del discurso que lo reclama necesariamente; porque hay materias que no admiten tales movimientos, y lugares en que son inoportunos, es decir: que no se puede crear como á la fuerza el estilo sublime. «No se produce,» dice Blair, «andando á caza de tropos, ó de figuras y otros auxilios retóricos;» solo debe reinar el lenguaje apasionado en aquellos asuntos verdaderamente sublimes, y en aquella parte en la cual se pretende despertar á los corazones tibios, como en la peroración. Aquí para triunfar y arrancar lágrimas, el orador emplea lo más tierno y vi-

goroso del estilo patético, hasta huye de todo estudio y ostentación, y al mostrar cierto desaliño y perturbación, imita en lo posible á la naturaleza, que en su efervescencia procura para su desahogo breve y pronta salida.

ARTÍCULO III

ESTILO TEMPLADO

El estilo *medio* ó templado es armonioso, elegante y adornado de figuras, bien que menos graves y vehementes que las del sublime. El *medio*, como lo dice su mismo nombre, participa de los dos que anteceden: toma del sublime la nobleza de los pensamientos y la belleza de las imágenes; y toma del sencillo la naturalidad y la dulzura, que por esto también se llama *florido*. Es cierto que el *medio* puede tener elevación y tratar de cosas sublimes; pero de una manera blanda y suave, al paso que el sublime tiene más fuerza, brillantez y energía.

El mediano, en suma, es susceptible de los adornos del arte, de las galas de la elocución y de los primores del buen gusto; porque todo esto contribuye á persuadir, mover

y deleitar, que es el fin de la elocuencia. El placer, dice Quintiliano, ayuda mucho á persuadir; el auditorio cree facilmente verdadero aquello que le agrada. No basta que sea el discurso inteligible, claro y lleno de razones, sino que ha de relucir con cierta gracia, hermosura y esplendor: no debe dejar tibios ni tranquilos á los oyentes, sino repletos de ternura y conmoción.

El orador, ante todo, ha de persuadir con razones sólidas y oportunas, y después debe cuidar de los adornos con discreción, sobriedad y gusto; debe variar sabiamente, y subir por intérvalos en *carro dorado*, huyendo del estilo llano, como el que se cansa de andar á pié, según enseña Quintiliano. El estilo medio fluye dulcemente como el arroyo en el cual el agua es clara y pura, y le cubren por sus dos orillas con apacible sombra verdes y olorosas flores. Sirva de excelente modelo este trozo de Fr. Luis de León:

«Los Medos y los Persas,» dice, «maneja»ron también las armas, y fueron señores en la »tierra: floreció entre ellos el esclarecido Ciro »y el potentísimo Xerjes. Las virtudes sobra»ron á los griegos, y el no vencido Alejandro »con la espada en la mano y como un rayo en

»brevísimo espacio corrió el mundo, deján-»dole no menos espantado que vencido. Y los »romanos que les sucedieron en el imperio y »en la gloria de las armas, venciéndolo todo, »crecieron hasta hacer que la tierra y su seño-»río tuviesen un mismo término. Notorios »son los capitanes, guerreros y victoriosos que »entre ellos florecieron: los Escipiones, los »Marcelos, los Marios, los Pompeyos y los »Césares, á cuyo valor, esfuerzo y felicidad »fué muy pequeña la redondez de la tierra...»

ARTÍCULO IV

DE OTRAS CUALIDADES DEL ESTILO

Son tantas y tan diferentes las formas del estilo, que sería prolijo, y hasta impertinente enumerarlas todas. Muchas cualidades de esta clase hemos analizado respectivamente en los Tratados de las palabras y pensamientos, y aquí solo trataremos las restantes que más conduzcan á nuestro objeto.

ABUNDANCIA Y BREVEDAD

Profusión de palabras y sentencias, pero profusión que ilustre, embellezca y dé grave-

dad al asunto, es lo que se llama copia ó *abundancia*. Esta es una explanación rica y muy digna del asunto.

Para que pueda ser el orador en el decir abundante, necesita estudiar bien el asunto: necesita conocer á fondo la naturaleza de la cosa que trata y las partes de que consta; porque la enumeración de las partes hace que el discurso sea copioso. Debe también para ser abundante confirmar las sentencias, exponiendo las causas y los efectos, los semejantes y contrarios, y la razón de los adjuntos de personas, tiempos y lugares, que anteceden ó siguen á la idea principal.—En esta oración «La perfección moral de los hombres consiste en la práctica de la virtud.» El Sr. Muñoz Guernica (1) pone la siguiente abundancia: «La fé tiene confesores y mártires; las más heróicas virtudes imitadores celosos y observantes austeros; la moral sabios y santos intérpretes; y revelándose de mil maneras la perfección tan deseada, los que amaron el regalo prefirieron las persecuciones, y los que vivian en deleites se dieron á la penitencia. La pureza de la vida, ó las lágrimas del arrepentimien-

(1) *Retórica Sagrada*, pág. 54.

to, pero siempre la práctica de la virtud; ved aquí dónde está irrevocablemente colocada la perfección de la criatura, su santidad y su dicha temporal y eterna.»

También se amplía el período, empleando los sinónimos y epítetos, que vienen á ser partes de la idea principal. Ejemplo: «Jesucristo murió por nuestros pecados.» Abundancia: «Jesucristo, el solo santo, el inocente, el autor de la vida murió por nuestros pecados, por nuestros delitos, por la multitud de nuestras maldades: *propter scelera nostra*.

La regla principal, para emplear esta copia, consiste en que los pensamientos que se añadan sean congruentes y dignos, y las palabras con que se expresen sean escogidas y de peso; porque la copia derramar debe luz más viva, añadir algún vigor al razonamiento, y mover más fuertemente los ánimos: de lo contrario, la copia no solo es inútil, sino perjudicial.

A la abundancia se opone la *brevedad*. Aquella oración que, prescindiendo de lo superfluo, en pocas palabras dice mucho, se llama *breve*. Tiene mucho mérito la oración compendiosa, porque es muy difícil no decir algo más de lo necesario. Pero la brevedad, por más apreciable que sea, solo tiene cabida

en ciertos casos y es cosa clara que el laconismo excesivo hace oscura y poco inteligible la frase. La brevedad, pues, muy apreciable en ciertas ocasiones, nunca conviene llevarla hasta el extremo. De este defecto no adolece la oratoria de nuestro tiempo, y excusamos advertir los escollos de la brevedad excesiva; visto que es difusa y redundante hoy, así en el púlpito, como en el foro y en la tribuna.

ESTILO PERIÓDICO Y CORTADO

Con la materia precedente tiene mucha semejanza y analogía el estilo *periódico* y el *cortado*. El primero, llamado también *rotundo*, se compone de varios miembros llenos y bien distribuidos, que no cierran el sentido hasta el fin. Esta manera de hablar es la más oratoria, porque imprime al discurso cierto aire de dignidad, de pompa y abundancia. *Summa autem eloquentiae laus est amplificare rem ornando*, son palabras de Cicerón. El estilo *cortado*, viceversa, consta de proposiciones breves, completas en su línea, pero sin mucho enlace de unas con otras. Este método es más vivo y enérgico: sienta muy perfectamente en los asuntos didácticos, alegres ó de mera distracción; pero á pesar de esta ventaja y de pare-

cer más nervioso que el rotundo, es en realidad mucho más debil é imperfecto. El periódico es el propio de la oratoria: guía como por la mano al oyente, le lleva con suavidad, y le ofrece juntamente puntos de descanso en su largo viaje.

VARIEDAD Y NOVEDAD

Uno ha de ser el discurso, uno el tema, uno el fin del orador; y unidad ha de tener también el estilo: *Omnis pulcritudinis forma est únitas*, según dice San Agustín (1). Pero á esta unidad tan decantada en ninguna manera se opone la variedad: *é plúribus unum*.

El abuso de la copia insistiendo en una misma cosa sin necesidad, ni utilidad de ninguna especie, como el repetir las mismas frases, las mismas cadencias y las mismas figuras, da seguramente al discurso una monotonía insoportable. De aquí se infiere la variedad que, no solo deleita, sino que excita el vivo deseo de saber.

La variedad tiene lugar en las cosas y en las palabras. Para que se verifique lo primero, es preciso que las cosas no sean muy semejan-

(1) Ep. 18.

tes, y á veces se logra este resultado, extendiéndose el orador por el campo de la digresión.

En la elocuencia es un vicio la digresión, cuando el orador se distrae sobre cosas inconexas; pero cuando la digresión se relaciona con el asunto, es disculpable, y le servirá de adorno, y será un bello adorno. Hay más, aunque la digresión fuere atinente, si no esclarece el asunto, ó pecase de larga, tampoco tiene cabida. En esta parte hay que observar el precepto de Horacio:

Est modus in rebus, sunt certi denique fines,
Quos ultra citraque nequid consistere rectum.

En cuanto á las palabras pide la variedad que no sean todas de un mismo color: porque la uniformidad contínua de voces y hasta de letras choca y desplace al sentido (1).

La *novedad* no consiste en decir cosas extravagantes, ni en pensamientos insólitos, ni en palabras inauditas, sino en que no sea trivial, ni menos común el aspecto general de la oración: *Facies orationis sit minime communis* (2).

(1) Véase el artículo Armonía.
(2) Kleutgen, I-8.

ARTÍCULO V

CONCILIACIÓN DE LOS DIVERSOS ESTILOS

Cada composición, y hasta cada periodo, requiere su estilo propio y peculiar. El buen orador expresa con sencillez las cosas humildes, con gravedad las grandes y las mediocres con templanza. Se instruye con el estilo sencillo, se agrada con el templado, y con el sublime se conmueve. Esto mismo enseñaba San Agustín en su tiempo (1). «Aunque,» dice, «el orador cristiano debe siempre decir cosas grandes, no por eso ha de usar contínuamente del estilo grande y sublime, sino que para enseñar se ha de valer del estilo natural y llano; para vituperar ó alabar del mediano ó moderado; pero cuando se trata de una cosa que hay obligación de hacer, y se habla con los mismos que la deben hacer, entonces se ha de anunciar con el modo más propio para inclinar y doblegar los ánimos, y decir las cosas grandes con estilo grande y sublime.» El estilo pues, tiene que guardar relación con el

(1) Libro IV de doctrina cristiana.

asunto, y también con el fin que se propone el orador, y hasta con las circunstancias de personas, lugares y tiempos.

Hablando generalmente, en toda obra literaria se mezclan y combinan estos estilos y rarísimo será el discurso en el cual no se vea empleado más que un solo modo de hablar.

Cuando se pasa de uno á otro estilo, se suben ó bajan ciertas *gradaciones* á las cuales Cicerón llama *intérvalla*, cuyos intervalos avaloran y embellecen á los discursos, como á las flores los matices entre dos ó más colores pronunciados.

Así se recrea la vista y el oido, cuando pasamos de uno al otro lado por seguro puente: cuando caminamos por esas naturales *gradaciones*, para trasladarnos del estilo *cortado*, que consta de cláusulas breves y sueltas, al *periódico*, que las tiene largas y enlazadas artificiosamente:

Del *conciso*, que con pocas palabras dice mucho, pasamos al *abundante*, que amplia las ideas y fluye copiosamente:

Del *enérgico*, que produce vivas y fuertes impresiones, bajamos con descenso natural y facil hasta el *suave* ó *ténue*:

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Del *sencillo*, que sin carecer del adorno natural excluye todo lo que sea ornato pretencioso, pasamos al *elegante*, que se distingue por su gracia y delicadeza en el decir, y hasta por cierta galanura en las imágenes.

Por último, del estilo *pomposo* y *magnífico*, que sobresale por su abundancia espléndida, por su armonía, rotundidad y entonación sonora, pasamos con facilidad al sublime, en el cual la grandeza del pensamiento y colorido de las imágenes se avienen con el brillo de las figuras y la pompa de las palabras. Así es que la elevación del discurso prepara de por sí al lenguaje apasionado y vehemente, que mueve y aprisiona los afectos.

VIRTUDES Y VICIOS

Así como el estilo *natural* y *obvio* es el que con entera claridad conviene al asunto; el *difuso* le desenvuelve más de lo justo en diferentes aspectos, y el *afectado* tiene más arte del que le corresponde.

Así como el *vivo* es al que le penetra cierto calor, que se llama fuego del alma, trasmitido por medios desconocidos; el *vehemente* parece un exceso de vida, que se precipita con

la sucesión rápida de las ideas; y en el *patético* predomina la moción de los afectos, ya dulces y sosegados, ya enérgicos y fogosos.

A estos tres estilos el pleonasmo excesivo los enerva, como algún tanto se nota en la estrofa siguiente de Rioja:

Estos, Favio ¡ay dolór! que ves ahora
Campos de soledad, mústio collado...

La *gracia* del discurso es aquella expresión dulce y ligera que lo hermosea mucho: La *belleza* es aquel bálsamo del corazón que le llena de un encanto vago y misterioso: La *finura* presenta la idea medio oculta, pero se percibe facilmente: Por último, la *delicadeza* es una emoción del sentimiento. Los contrarios de estas cualidades son fáciles de conocer y evitar.

Como quiera, todo discurso tiene su índole propia, y se estima por su caracter peculiar. La principal virtud y mérito especial consisten generalmente en hacer resaltar lo interesante, y en aumentar gradualmente la idea principal; en oscurecer lo accesorio, y en cercenar lo inutil, como encargaba Horacio: *Ne quid nimis.*

ARTÍCULO VI

DEL ORNATO

Ornato es cierto culto exterior que á las cosas embellece (1). La oratoria sagrada exige imperiosamente que los discursos se revistan con nobles y decentes atavíos, esto es: con elegancia y pulcritud, para que con suavidad deleiten y con gravedad conmuevan. Cuando conmueven también deleitan, pero no siempre que la suavidad causa deleite, el ánimo se conmueve.

«¿Quién es el hombre,» dice Craso, «que hace estremecer á los que le escuchan? ¿Quién al que todos contemplan embelesados cuando habla? ¿Quién les hace prorrumpir en exclamaciones de gozo y admiración? ¿Qué oradores parecen nacidos de linage de dioses? Los que en sus pensamientos y palabras son ordenados, claros, elegantes, magníficos: los que dan á sus discursos número y armonía; los que saben hablar con todo *ornato: id est, quod dico, ornate* (2).» De aquellos oradores que se ha-

(1) Veáse Muñóz Guérnica, pág. 30.
(1) *De Oratore*, III-14.

cían admirar por su ingenio, por las grandes cosas que decían, por el colorido que daban á los objetos, y por la proporción y armonía de los periodos; de esos decía Cicerón: *Quendam número rum versumque conficiunt.*

El mejor modo de agradar y conmover con un discurso numeroso y graciosamente proporcionado consiste, á no dudar, en elegir un asunto que se preste á tales adornos y composturas. El culto de la Virgen es el tema indiscutible de las más bellas composiciones, especialmente cuando se relaciona con los encantos de la naturaleza, con las costumbres cristianas, ó con las más interesantes escenas de la vida.

Las parábolas del Evangelio también ofrecen excelentes temas para los discursos morales. A este tenor la vida que pasan los hombres, la humildad y pureza de costumbres, la virginidad perpétua y la pobreza voluntaria, los rasgos generosos, en fin, y actos de clemencia cautivan la atención, y tienen una suavidad tan pronunciada de la cual, sin advertirlo, se impregna la palabra.

Creen algunos que siendo el asunto importante, importa poco cuidar del ornato. Nosotros solo decimos que tales temas son

fecundos, y se prestan á los adornos; pero no decimos que se descuiden, ni menos que se abandonen tales prendas. Los que juzgan como innecesario en tales casos el ornato, de cierto que se equivocan; porque no basta que haya gravedad y belleza en las cosas, sino que es menester que aparezca y resalte. Al que lo dude no hay como darle un vasto y hermoso tema, la providencia por ejemplo, á ver si desprecia el ornato; de seguro que no le despreciará; se lo impediría su misma naturaleza deslumbrada por las maravillas que ve brotar á cada paso. Así lo demuestran cumplidamente las descripciones brillantes de los Padres en materia de tal índole. «¿Quién ha dado,» dice S. Cirilo, «á la rosa su color encarnado y al lirio su blancura, saliendo las flores de una misma tierra, y regándolas una misma lluvia?»

Es tal el artificio y ornato de las palabras, de tal modo agrada y recrea los ánimos, que hasta se percibe en esas mismas cosas que no tienen virtud intrínseca de agradar ni de conmover. El fondo de esos discursos sin sustancia valdrá muy poco; pero su forma produce deleite: esos discursos superficiales son como los manjares lijeros, que se presentan en la

mesa con una salsa que sienta muy bien al paladar. A estos se les puede aplicar el *Delectábar suavitáte sermónis* de S. Agustín (1).

ARTÍCULO VII

DEL GUSTO Y LA BELLEZA

Del sentido del gusto; esto es, de esa facultad que tiene la lengua y el paladar, para distinguir el buen ó mal sabor de los alimentos, se ha tomado la palabra con que expresamos ese discernimiento natural que tenemos para conocer las perfecciones y defectos en las artes y en las ciencias. El *gusto* es, por lo tanto, *el sentimiento y apreciación de la belleza.*

Dos son las propiedades del gusto: *exactitud* y *sutileza*. Es exacto el gusto que distingue perfectamente la belleza verdadera de la falsa; y es sutil cuando penetra las razones, pequeñas al parecer y escondidas, que avaloran la belleza.

Los caractéres del gusto son, según Blair, *delicadeza* y *corrección:* la primera pertenece á la sensibilidad, y al entendimiento la se-

(1) Conf., V-13.

gunda. Un pintor habil se arroba delante de un cuadro en el cual descubre mil primores, ocultos casi siempre á ojos vulgares. ¡Cuántas bellezas no contiene un paisaje, ó un trozo de poesía, que tan solo las califica el buen gusto; ese tacto fino y delicado, que es como el *microscopio* del alma, para ver y sentir las más recónditas é imperceptibles perfecciones!

LA BELLEZA

Algunos dicen que la *belleza* consiste en la exacta proporción de las formas, así como la *gracia* está ó nace de la de los movimientos. La unión en la distinción, ó sea la variedad en la unidad, es el orden en todo. Esto es la belleza.

El orden produce la conveniencia y proporción de las cuales, cuando son acabadas y perfectas, aparece y brilla la belleza. Al cristianismo más bien que á Platón, se le debe la fórmula de lo estético contenida en estas breves palabras: *Lo bello es la manifestación de lo verdadero* en las obras del Criador y de la inteligencia humana. En la teoría cristiana el arte es inseparable de la moral, según este axioma griego: *Kalon agathon—lo bello es lo*

bueno; y en todo tiene aplicación justísima el axioma latino: *Bonum ex integra causa.* Se diferencia, pues, la belleza del gusto, en que éste es la facultad de percibir la belleza.

DISTINCIÓN ENTRE LO BELLO Y LO SUBLIME

La belleza pura produce un placer espiritual sin lastimar, ni violentar los órganos; pero lo sublime arrebata el alma, suspende momentáneamente sus funciones, é inmuta sensiblemente el organismo. Lo bello y lo sublime agradan al alma, pero de modo muy diferente. Una elevada montaña, la relación de una tempestad, la descripción del infierno, etc., agradan, pero conmueven el ánimo: no así la vista de un valle frondoso y ameno, ni la salida del sol en un día de verano, etc., que agradan sin conmover.

El sentimiento de lo sublime es fuerte, el de lo bello es suave; el Quijote distrae y deleita el ánimo, un libro escrito en tono sublime cansa y fatiga. Los bosques antiguos son sublimes: los jardines con sus flores y sus árboles simétricamente plantados son bellos.

Solo Dios, belleza esencial, tiene la belleza, que es absoluta é infinita: los demás espí-

ritus creados poseen una belleza meramente relativa y finita, los cuales gozan de estas tres facultades: *fuerza*, *inteligencia* y *amor*, cuyos actos revelan la esencia de la belleza, y son tanto más bellos, cuanto más se aproximan á Dios en perfección y grandeza.

Los seres materiales no tienen una belleza esencial ó nativa, sino relativa y accidental, como manifestación de aquellas tres virtudes. Las lineas rectas ó curvas que determinan las formas ó figuras de los cuerpos son llamadas indistintamente bellas ó feas. Las rectas del obelisco de Julio César, las de la iglesia del Escorial, las de la Lonja de Sevilla y las del gran Seminario de confesores de Santiago son tenidas por bellas y sublimes; y no lo son las rectas de las fachadas de las casas de la plaza mayor de Valladolid, ni las de sus pavimentos, murallas, asientos, etc.

Por último, el amor noble, puro y generoso es la savia, el último término y complemento de la belleza. Cuando el alma siente sus encantos, también advierte que tal sentimiento es bello. La acción del niño, que reserva su merienda para el pobre sentado á la esquina, es bella; y la madre que se precipita en medio del incendio para salvar á

su hijo en la cuna olvidado, es sublime.

En suma: *fuerza*, *inteligencia* y *amor* son esencialmente bellos en la unidad sintética de las tres divinas personas: expresión de la belleza infinita de la Santísima *Trinidad*. Esta belleza se refleja y descubre, sin esfuerzo, en los espíritus creados, formados á imagen de Dios y en todas las obras del universo, y también en los productos de la actividad humana, ó sean las bellas artes.

ORIGEN DEL GUSTO

El buen *gusto* trae su origen de la naturaleza, que es la maestra, el tipo y modelo de toda perfección relativa; por esto se dice que los poetas son los *artistas* del mundo moral; y estos, los *poetas* del mundo material.

Todos los hombres, como por secreto impulso y de común acuerdo, distinguen en las artes y en las ciencias lo bueno de lo malo, lo perfecto de lo defectuoso, y este consentimiento se reputa como ley de la naturaleza. Mas á pesar de esta fuerza natural y común, y bajo su inspiración, el gusto se adquiere y perfecciona con la educación y estudio de las bellas artes, con el hábito de ver y de sentir, y con objetos de comparación. El que no ha-

ya visto más templos que las pagodas del Indostán, ni tenga idea de la magnificencia que se encierra en el Vaticano de Roma, ¿cómo podría graduar la distancia que hay de lo humilde á lo magnífico, de lo pequeño á lo suntuoso, de lo disforme á lo bello? Mas no solo la costumbre, sino también el temperamento, influyen sobremanera en este sentimiento.

Se admiten cuatro temperamentos generales: flemático, sanguíneo, nervioso y bilioso, á los cuales llaman los modernos linfático, sanguíneo, melancólico y colérico. Según los filósofos, los hombres de temperamento linfático son incapaces de todo sentimiento estético: los melancólicos tienen el sentimiento de lo sublime; en los de temperamento colérico predomina el de lo sublime pomposo y magnífico, como en los de temperamento sanguíneo el sentimiento de lo bello. Mas para tener y adquirir buen gusto, no es bastante un estudio atento, un juicio recto, ingenio sutil, sentidos delicados, vista esquisita, temperamento á propósito y ánimo tierno y generoso; sino que es menester, especialmente el amor y la práctica de la virtud. Quintiliano creía que los vicios, no solo quitaban al hombre el gusto fino y delicado, sino que hasta las diversiones

y espectáculos, distrayendo el mejor tiempo del estudio, enervaban el vigor que se debiera emplear en arte tan difícil. «Mejor hubiera sido,» dice aquel célebre orador de Roma, «haber nacido mudos, y haber perdido la razón, que emplear en su propia ruina los dones de la Providencia.»—*Mutos enim nasci, et égere omni ratione satius fuisset, quam providentiae múnera in mutuam perniciem convertere* (1). «Un buen corazón,» dice Blair, «es un requisito tan esencial para el buen gusto, como una cabeza sana» (2). «La práctica de la virtud, sobre la cual se ha de predicar, es» lo que Monseñor de la Mote, obispo de Amiens, llamaba «hacer su sermón.»

Sin embargo, de todo lo expuesto, se sostiene viva disputa entre los eruditos sobre si el gusto está, ó no, sujeto á reglas: si tocante á la belleza se puede, ó no, pronunciar un juicio cierto. Esta disputa procede, sin duda, de que los sabios miran la cuestión bajo diferente aspecto y por diverso prisma. Los filósofos miran la belleza bajo su punto de vista, y los oradores bajo el suyo, no debien-

(1) *Instit.* XII-1.
(2) *Lección sobre la Retor.* I-2.

do causar novedad la discrepancia sobre una cualidad, cuyos efectos se perciben mejor que su naturaleza. De tal discrepancia proviene la locución proverbial: «Sobre gusto no hay disputa, ó sobre gusto no hay escrito;» significando que, á quien declara su gusto por una cosa, no hay que proponerle razones en contrario. También dice un refrán: «Hay gustos que merecen palos,» es decir: que ciertas personas tienen gustos tan caprichosos, que por ellos se desvían del parecer de las demás.

Convenimos que hay en las disciplinas y artes cosas que, al parecer, no se ajustan á reglas y preceptos; cosas que apenas se pueden explicar, ni á veces darles nombre. Convenimos de buen grado que no es posible estampar, ni aun con el mejor pincel, ciertos afectos del alma, y darles aquella luz y sombra que han menester, para percibirlos con fidelidad y exactitud: ni tampoco imprimir en las imágenes aquel aire y primor, que necesitan, para ser dignas de aprecio y admiración. Pues *á pari* lo mismo tiene que acontecer en punto de elocuencia: no es tarea facil, ni mucho menos presentar un modelo, al cual se puedan ajustar tantas maneras de bien decir, y al cual

se hayan de aplicar todos los casos, tiempos y lugares. Por esto, vemos escritores que ensalzan ¡como bello un trozo de elocuencia en el cual encuentran otros cien lunares.

Esto no obstante, tanta variedad de opiniones solo acontece en puntos particulares acerca de los cuales discrepan los hombres, como varían en capacidad, índole, educación y otros respectos. Mas en los puntos cardinales del buen gusto no hay discrepancia, y por lo mismo se ha de tomar como ley la conformidad de ellos, ó del mayor número. Así lo enseña la experiencia: «El tiempo borra las opiniones y confirma los juicios, que son conformes con la naturaleza.—*Opinionis commenta delet dies, naturae judicium confirmat.* De manera que el consentimiento de los hombres capaces de juzgar en tales materias, según queda dicho en la parte anterior sobre *la belleza,* se ha de reputar como ley y voz de la naturaleza; y la opinión individual que no vaya conforme con este juicio, y choque con este acuerdo, será irracional y absurda. Convengamos, pues, como enseña Capmany, que todo lo que es correcto, puro, facil, natural y hermoso está escrito con *buen gusto;* y todo

lo que ofende á estas propiedades se ha de tener por vicio con el nombre de

MAL GUSTO

El *mal gusto* no proviene nunca de falta, sino de exceso de gusto. Por esto, en el género llano y sencillo no cabe ni el buen ni el mal gusto, y solo tiene lugar en el estilo florido y elevado.

Esto sentado, y viniendo al origen del mal gusto, éste procede y nace, ó de la ignorancia y estupidez de los sentidos, ó de una educación descuidada, ó de falta de urbanidad y cultura literaria, y á veces de sutileza estremada, ó lozanía de ingenio. Cuando el escritor se cansa de seguir la senda común del juicio recto y de la sana razón: cuando prefiere lo difícil, lo raro, agudo y afectado á lo llano, facil, natural y sólido, no puede menos de suceder que una vez corrompida la razón, el estilo se corrompa indefectiblemente. Entonces acontece, que brotan de la pluma conceptos agudos, frases enigmáticas, adornos tan pomposos como mal aplicados, que oscurecen y enervan la oración; como en las plantas útiles y flores aromáticas la lozanía de sus hojas

y la fecunda prole de sus hijos ahogan el vigor y roban el perfume de aquellas.

Esta corrupción y decadencia del buen gusto empezó en España con el reinado de Felipe IV. En la última mitad del siglo XVII los escritores dotados de talento, abusando de él, como el joven que abusa de su robusta salud, estragaron sus fuerzas y sus dones. Así acontece con frecuencia; y es condición de la vanidad y ambición de los ingenios el buscar el mérito y los aplausos, no por el camino trillado en donde los alcanzaron los Luises y Granadas, que lograron la palma de la elocuencia; sino abriendo ellos nuevas sendas, poco conformes en verdad con las de la naturaleza y común sentir. Y como es cosa clara y manifiesta, que lo que se aparta de lo bueno tiene que ser necesariamente malo, aquellos escritores perdieron la regla, y hasta la idea del buen gusto, y saborearon extravagancias ingeniosamente monstruosas. La mayor parte de los escritos y sermonarios del citado siglo XVII de todo abundan, menos de juicio y discreción: se desviven sus autores por aparecer ingeniosos y profundos á costa de la razón y la verdad; encubren con velo enigmático la moral, y con su afectación ha-

cen dormitar los afectos. Su fin es deleitar y asombrar, sin persuadir, ni mover nada. De este achaque provenían tantas antítesis simétricas, hipérboles colosales, metáforas misteriosas, alegorías sin proporción, símiles incoherentes, conceptos, de puro sutiles, falsos; rasgos, en fin, únicamente ingeniosos y follaje sin número. A estas corruptelas es mucho llamarle gusto estragado y mal estilo. Concluyamos afirmando que, así como el buen gusto se ajusta con las reglas del bien decir, el malo las quebranta, y desoye la voz de la naturaleza y de la razón.

ARTÍCULO VIII

REGLAS PARA OBTENER ESTILO PROPIO Y EXCELENTE

En este punto tan difícil nos limitamos á extractar y ordenar seis reglas, que Blair y otros preceptistas recomiendan muy eficazmente con el fin de adquirir y poseer estilo propio y excelente, dejando siempre á salvo el caracter y genio peculiar de cada uno, circunstancia que se deja ver en todo estilo.

1.ª «Debemos adquirir y tener ideas claras y precisas del asunto.» En punto del es-

tilo la regla más esencial es meditar profundamente el asunto, y sobre él recapacitar lo que sea necesario, hasta que hayamos formado idea cabal y distinta de la materia; hasta que por ella hayamos tomado interés y calor grandes; hasta que, finalmente, hayamos arreglado en la imaginación el conjunto, distribuido las partes y colocado los accesorios en lugar oportuno. Entonces, y solo entonces la materia se reviste con palabras, y estas corren de suyo, y tan ajustadamente, que son las mejores y más propias; porque se vé con claridad el asunto, y este mismo sugiere las expresiones sin tener que pesquisarlas.

2.ª «Debemos ordenar bien las ideas, y emplear para su emisión las palabras solamente necesarias.» Sobre todo, debemos colocar las ideas según su grado é importancia: primero las principales, luego las accesorias, y al fin las más fuertes. También tenemos que seguir de continuo el hilo del asunto, de modo que las ideas nazcan las unas de las otras, y se vea que salen de un mismo tronco ramas, hojas, flores y frutas. Por último, para emitir las ideas debemos emplear las menos palabras que nos sea posible; porque el camino corto y desembarazado conduce al viajero

con más prontitud y seguridad al lugar deseado: pero siempre las palabras que sean precisas y convenientes.

3.ª «El estilo se adquiere y forma con el ejercicio, el cual consiste en *leer*, *escribir* y *declamar*.» Se forma el orador, acostumbrándose á componer con calma y corregir con esmero: porque componiendo de prisa y corriendo se forma un estilo detestable. Así lo enseña Quintiliano. «Quiero,» dice, «que al principio haya lentitud y esmero.» No se desanime por las dificultades que se le ocurran al principio: «la práctica le dará la soltura: los asuntos se irán presentando gradualmente más fáciles; más á mano se hallarán las palabras correspondientes, y la composición irá saliendo, ocupando cada cosa su propio lugar, como una familia bien ordenada. Téngase muy presente que escribiendo de prisa, nunca se logra escribir bien: y escribiendo bien, se llega seguramente á escribir de prisa.»

Mas sin desviarnos del parecer y respeto que nos merece Quintiliano, declaramos que al principio tanto cuidado y esmero en la composición suele cortar el hilo de las ideas, y resfriar el calor de la imaginación. Es mejor abandonarse á las inspiraciones que ocurran,

y dejar correr la pluma ligeramente, aun á riesgo de cometer inexactitudes: luego que pase aquel calor y cariño que producen las impresiones primeras, se vuelve uno, como si fuese obra de otro, al trabajo de lima. Entonces se conocen mejor las imperfecciones, se suprime lo supérfluo, se cercena lo redundante, se añade lo necesario, y se pesa, en fin, con madurez la coordinación y enlace de las ideas. Consiste la corrección en *mudar*, *añadir*, ó *quitar*.

4.ª «Familiarizarse con los autores clásicos.» El estudio atento de los mejores modelos desenvuelve el talento de imitación, y se forma el buen gusto en punto de estilo. Una buena cualidad del arte consiste, como nota Quintiliano, en imitar lo que hay de perfecto en los clásicos, disfrazándole y embelleciéndole ingeniosamente. Virgilio se formó imitando á Homero, Cicerón se inspiró leyendo á Demóstenes, y Pindaro fué imitado por Horacio. Del Crisóstomo y S. León se ha dicho que se distinguen por su estilo ciceroniano.

La imitación se hace de dos maneras: 1.ª se imita la *invención* del modelo, trasladando sus sentencias, argumentos é imágenes cul-

minantes: y se imita lo *bueno* de la invención, tomando los tropos, las figuras, los símiles y el giro de los períodos; esto es: siguiendo al modelo paso á paso.

«Todos recojemos ideas y pensamientos, pero precisamos saber apropiárnoslas.» Cuando la imitación se reduce á trasladar las más escogidas frases y más elegantes palabras *ad pedem literae*, la imitación es pueril. Los que se dan á esta imitación servil, no solo embotan su ingenio, sino que imitan lo mismo los defectos que las bellezas del modelo: sus composiciones jamás tendrán carácter propio, en fuerza de acostumbrarse, ni acertarán á producir nada de su fondo, ni á marchar por el camino sin guía. Por el contrario, cuando imitamos el artificio, que al modelo dió justa nombradía, ó nos apoderamos de su estilo, haciéndole propio, tal imitación es útil y laudable. Cuando trasladamos ciertas ideas, sentimientos é imágenes, disfrazándolas: cuando tomamos la riqueza de los términos, la variedad de las figuras, la cadencia y armonía de los períodos, y hasta el modo de componer, dándole aire propio y personal: cuando, en una palabra, nos empapamos en la sustancia y bellezas del modelo con el fin laudable de llegar hasta

él, y disputarle la victoria, haciéndolo con soltura y libertad, esta imitación es digna de toda alabanza, como dice Quintiliano:

Altius ibunt, qui ad summa nitentur.

La elocuencia tiene mucho de común en sus diferentes géneros, y es muy lícita y noble esta apropiación que recomendamos. El estilo también tiene mucho de personal y exclusivo, y debemos respetar la ley por la que cada cual se rige.

5.ª «Debemos acomodar el estilo á la calidad del asunto y á la capacidad de los oyentes.» En orden á esta regla, que más bien es de conducta que no de estilo, cedemos la palabra con gusto al Sr. Blair. «No merece nombre de elocuente,» dice este preceptista, «lo que no es para la ocasión y personas á las cuales se habla; y es el mayor absurdo tratar de decir alguna cosa en estilo florido y poético en ocasiones en que tan solo conviene raciocinar; ó hablar con pompa y aparato de palabras á la vista de gentes que no las comprenden, y las cuales aturdidas quedan con tan inoportuna magnificencia. Estos defectos no son tanto de estilo cuanto, lo que aun es peor, de sentido común.» Sobre este punto no está menos expresivo el venerable

Granada: «Con más cuidado,» dice, «se ha de atender al auditorio, que al asunto mismo, porque el objeto y fin de todo discurso es la instrucción y cumplimiento de los deberes religiosos.»

6.ª y última. «No debemos poner tal atención en el estilo que nos haga olvidar el hilo de los pensamientos.» Cuídese de la expresión, dice el gran crítico de Roma (1), pero atiéndase con más esmero al asunto. Esta observación es tanto más necesaria, cuanto que vemos desgraciadamente que el gusto de nuestros días parece que se cuida más del estilo que del pensamiento.

El orador tenga muy presente, que es más fácil engalanar con expresiones bellas, y adornar con flores conceptos comunes y triviales, que cimentar la composición con pensamientos útiles, vigorosos y convenientes. Para esto se requiere genio, y para lo primero basta el arte. El público sensato sabe distinguir y conocer perfectamente á los oradores excesivamente frívolos en estilo, y desgraciadamente pobres en sentimientos.

No se canse jamás el sacerdote joven de

(1) Quintiliano.

meditar estas reglas. ¡Cuántos talentos no se desgracian y eclipsan por no seguir las prescripciones, que indican la sabiduría y experiencia!

ARTÍCULO ÚNICO

CONFIRMACIÓN DE LO ANTEDICHO CON LA PERFECCIÓN DE LA LENGUA CASTELLANA

Nos place confirmar lo expuesto en los Tratados anteriores con la autoridad del R. P. Mir, extractando lo atinente de su discurso, pronunciado ante la real Academia española en la recepción pública.

No se puede negar que entre los varios pueblos que se han sucedido en el curso de la historia ninguno nació con disposiciones más felices para la creación de las obras artísticas que el de Grecia en tiempo de Pericles, y el de Roma en tiempo de Augusto. Los escritores que florecieron en estas dos edades fueron los favorecidos de las Gracias, hallándose en ellos sus facultades con tan dichosa consonancia, que la forma de que revistieron sus pensamientos parece la más bella y rozagante á que aspirar puede el ingenio del hombre. Sus obras han quedado como ejemplares

de toda inspiración artística, sana y hermosa; y cuantos pueblos y naciones han aparecido en el teatro del mundo, espantados de la suma beldad que en ellas campea, han tenido á su mayor gloria imitarlas y reproducirlas.

Nunca, ni aun en los siglos más tenebrosos, faltó en España el conocimiento de tan acabados modelos. Pero era muy difícil que este conocimiento diese frutos de obras perfectas de estilo en unos tiempos en que vagas é indecisas andaban las formas del lenguaje, y cuando endurecidas con la aspereza de costumbres las inteligencias descuidaban los primores del arte, y si alguna resplandecía era por la lumbre de la *sciencia* más que por el *florear* de la lengua (1).

Estas tinieblas comenzaron á desvanecerse por los esfuerzos de aquellos varones, tales como Antonio de Nebrija, Ginés de Sepúlveda, Pinciano y Oliver, todos los cuales en el reinado de los Reyes católicos popularizaron el cultivo de las Humanidades, y lograron infundir entusiasmo grande por la antigüedad clásica. Y Ambrosio de Morales, Oli-

(1) Esto dice Fernán Pérez del Pulgar hablando del célebre Alonso de Madrigal, ó el Tostado.

va y Pedro Simón Abril se quejaban amargamente del desprecio en que se tenía el habla vulgar.

Mas entre todas estas voces merece mención especial la que salió de aquella escuela que, nacida bajo el hermoso cielo de la feraz Andalucía, empujó más que ninguna la causa del arte y del buen gusto. Aludo al brillante grupo de literatos insignes que, por los años de 1580, en Sevilla se reunieron al rededor del famoso Hernando de Herrera, el cual en las *Notas á las Églogas de Garcilaso de la Vega* dió su manifiesto, llamando á los ingenios españoles al estudio de su lengua, y á darle la alteza de perfección de que era capaz. Pocas cosas hay en castellano escritas con tan varonil elocuencia, como el prólogo con que adornó este libro Francisco de Medina.

Años antes que sonase á orillas del Betis la voz vengadora de la cultura de nuestro idioma, el ilustre Garcilaso había escrito aquellos dulcísimos poemas en los cuales ostenta el habla castellana su fluidez y gallardía en tal grado, que hacen verdadero el dicho de uno de nuestros críticos (1), es á saber, que

(1) El citado Medina.

«la lengua de Garcilaso será la lengua que las Musas escojerán siempre que hubieren de hablar castellano.» Pero el mayor impulso le dió aquel poeta insigne, á quien reconocían por adalid los más floridos ingenios de Andalucía. Pasó Herrera su vida en pulir y hermosear la lengua de su país, aquilatando sus frases y modos de decir, vistiéndola y adornándola con ropas lucidísimas, y aun poniendo miramiento especial en la ortografía, en la cual introdujo novedades que no carecen de importancia. Es cierto que su estilo se resiente todavía de cierta bronquedad y aspereza, y que no tiene aquella limpieza, claridad y armonía, que había de adquirir en las plumas de Lope de Vega y de Cervantes; pero en lo tocante á la magnificencia del lenguaje, robustez de estilo y osadía en inventar palabras y giros, no aventaja ninguno al cantor de la batalla de Lepanto.

La voz de Herrera no resonaba en el desierto, sino en medio de muchedumbres dispuestas á escuchar los consejos de la recta razón, y á enaltecer la belleza ideal en la capital de Andalucía, en la cual dieron á sus canciones y romances toda la brillantez de colorido y la pompa y exuberancia de vida, que

veian desenvolverse en la naturaleza que los rodeaba. Allí Gutierre de Cetina exhalaba en dulcísimos versos la expresión de los más delicados afectos. Allí Francisco de Medina, imitador feliz del vate de Venusa, realzaba en correctísimas estrofas las grandezas y vanidades del hombre. Allí el noble Arguijo en fáciles sonetos mostraba una grandilocuencia que suspende la imaginación y transporta el entendimiento. Allí el festivo Alcazar á manos llenas derramaba la gracia y el donaire, y enriquecía el hablar común con epígramas tan delicados como los de Cátulo y mucho más honestos que los de Marcial. Allí Pacheco, Quirós, Salinas y otros ciento ilustraban la dulzura y majestad de la lengua castellana.

La chispa del entusiasmo andaluz prendió luego en otras partes. Granada, la ciudad de las tradiciones y leyendas, vió florecer su famosa escuela, de los romances moriscos inspiradora; y en Gregorio Silvestre, Gonzalo de Berrio, Barahona de Soto, Tejada Paez y otros vió inflamarse el estro poético, hasta emular la gloria de Virgilio y de Horacio. Antequera presentaba en Pedro de Espinosa un modelo insuperable de pureza de estilo y de vivísima fantasía. Córdoba ofrecía en Pablo de

Céspedes un émulo de Miguel Angel en la cuádruple corona de pintor, escultor, arquitecto y valentísimo poeta. Salamanca saludaba en el Maestro Fr. Luis de León la más alta gloria de la poesía española y el vencedor de la antigüedad clásica. Valencia se ufanaba con el insigne Francisco de Aldana. Zaragoza con los hermanos Argensolas, Ronda con Vicente Espinél, Guadix con Mira de Mescua, y en fin, no hubo provincia, ciudad ó pueblo que no encerrase algún amante celoso de las Musas. Así ennoblecían su imaginación y hermoseaban sus sentimientos aquellos varones, que con la compostura de las palabras, con el resplandor de las figuras y adornos de las frases granjeaban belleza y majestad á los conceptos, gala y primor al estilo y extraordinaria perfección al lenguaje.

Esto no obstante, versos elegantes y armoniosos los han hecho millares en España; lo que ha escaseado siempre han sido buenos prosadores. Por esto los escritores, á quienes la posteridad ha colocado en la parte más sagrada del templo del arte, conociendo la dificultad de ennoblecer el hablar común, se dieron al trabajo de pulir su estilo, y nunca se cansaron de corregirle y enmendarle. Así

Platón, á los ochenta años de edad, corrige aún sus diálogos, habiéndose encontrado después de su muerte el principio de uno de ellos, el de la *República*, variado hasta de veinte maneras. Pascal trabaja tanto su estilo, que cambia ocho y diez veces un pensamiento. Buffón hace tantas correcciones á su libro de la *Naturaleza* que hasta once veces lo copia. Manzoni se está quince años corrigiendo su novela inmortal *I promesi sponsi*. Tales fueron las dificultades que hallaron escritores tan ilustres, para dar á la expresión de sus pensamientos aquella forma hermosa, propia y única que á la naturaleza de las cosas convenía.

No pensaron de otra suerte aquellos autores incomparables, que en la edad más gloriosa de nuestra literatura levantaron el idioma castellano á su mayor punto de perfección. «La prosa cuando se habla ó escribe como conviene,» decía Suarez de Figueroa, «mantiene indecible decoro y gravedad, siendo su artificio mucho más ingenioso que el del verso.» Y cuanto mayores son las dificultades de dicho artificio, tanto con mayor empeño se esforzaban á vencerlas. «¡Qué sabrosa me queda la mano cuando borro algo!» exclamaba

el P. Ribadeneira. Pero nadie ha puesto más en su punto éste de corregir y limar el estilo como Fr. Luis de León, el alma tal vez más hermosa que ha atravesado este suelo de España, y en quien se juntó la mayor capacidad de ingenio, al decir de uno de sus contemporáneos, con el más vivo sentimiento de la belleza, y la facultad de expresarla con la mayor elegancia y galanura. El cual respondiendo á los que le acusaban de haberse apartado en sus escritos de la llaneza del hablar común, les advierte: que «el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, ansí en lo que se dice, como en la manera como se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y á veces cuenta las letras, y las pesa y las mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que decir se pretende, sino también con armonía y dulzura.» Palabras que vivir debieran eternamente en la memoria de cuantos aspiran á la perfección del arte (1).

Emulando esta gloria los buenos escritores de nuestra edad dorada se esmeraron en ilus-

(1) Lope de Vega, en la escena III de la Dorotea, copia los versos

trar y aderezar nuestra lengua con todas las galas y primores de que la consideraban capaz. A este propósito principiaron por el buen escogimiento de las palabras, desechando aquellas que por su mal sonido, ó por la bajeza del concepto que envolvían, ó por la aplicación depravada que hacía de ellas el vulgo, podían envilecer ó abatir el estilo, y adoptando las que, siendo de solar noble y conocido, podían ilustrarle y engrandecerle. De donde provino el purificarse y como fundirse de nuevo la lengua castellana de tal manera que, casi todas las palabras que aquellos escritores reprobaron ó desecharon, han quedado definitivamente desechadas y reprobadas; y casi todas las que usaron ó introdujeron, perseveran hoy en el uso común, aunque no con igual hermosura y gallardía.

Mas purificado ya y acrisolado el tesoro de las palabras, y alcanzada con esto la propiedad, pureza y sinceridad del lenguaje,

---

siguientes, en los cuales un poeta responde á un príncipe que le preguntaba cómo componía:

—¿Cómo compones?—Leyendo,
y lo que leo imitando,
y lo que imito escribiendo,
y lo que escribo borrando,
de lo borrado escogiendo.

nuestros escritores atendieron á su orden y colocación, fiando en ella la mejor prenda de su hermosura, elegancia y gentileza; y en la serie y combinación de los vocablos, en el uso de las partículas, en la aplicación de los epítetos, trabazón y correspondencia de las cláusulas, variedad y armonía de los periodos, buscaron el mayor lustre y esplendor del estilo.

Cuán felizmente lo consiguieron, y á cuánta perfección levantaron la lengua castellana, no hay términos con que declararlo, ni enaltecerlo. Grave, severa y con una fuerza de elocuencia y persuasión maravillosa se levantó en Avila, Granada, Estella y en general en todos los ascéticos; vivacísima y espléndidamente colorida en Fr. Luis de León, Márquez, Malón de Chaide; suavísima y encantadora en Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús; briosa y llena de originalidad en Sigüenza, Mariana, Quevedo, Antonio Pérez; correcta y esmerada en la Palma, Martín de Roa, Bernardino de Villegas; harmoniosa y flexible en Cervantes, Lope de Vega, Espinél y en la mayor parte de los novelistas: nuestra lengua, pues, recorrió toda la escala ó grados de perfección en los cua-

les puede la palabra humana engrandecerse, y en todos ofrece dechados que serán eternamente dignos de admiración y estudio.

En tan grande riqueza de luz y harmonía tan bella de tonos y sonidos hay una nota que sobresale, y da caracter especial á estos escritores, distinguiéndolos, no solo de los que antes y después florecieron en España, sino también de los que han florecido en las demás naciones de la tierra; y esta nota es la *espontaneidad*, la franqueza, sinceridad y viveza del entusiasmo. Todos ellos son bellos y magníficos, pero todos son espontáneos y sinceros; todos son grandes y espléndidos, pero todos son naturales y sencillos: antes su mayor belleza y deleite inextinguible, que unos y otros producen, consiste en la sinceridad de su inspiración, en el vigor y nerviosidad de su génio, en la gala y brillantez de colorido con que bañan y revisten sus propias creaciones.

Y este es el timbre y mas glorioso blasón de los escritores de aquel tiempo; esto es lo que los levanta sobre los escritores de todas las edades; tal es la razón y fundamento que les asegura gloriosa inmortalidad y renombre perdurable. Habiendo empleado ellos las palabras, no como un vestido hecho para sujetar

ó aprisionar las ideas, sino como un traje elegante que realza la natural hermosura de los pensamientos; habiendo empleado para la declaración de sus ideas las más resplandecientes galas del idioma castellano, son ellos para cuantos hablamos esta lengua los guias y maestros del buen estilo, son nuestros modelos, nuestros *clásicos*; no precisamente por la pompa de su lenguaje, ni por la lozanía de su imaginación, ni la belleza de sus argentadas frases, sino porque representan la más apropiada expresión de nuestro genio artístico y literario, porque en sus escritos vive y florece lo más íntimo, más sano y brioso que hay en la vida de nuestra nación; y porque, en fin, la grandeza del imperio español reverberó en ellos y dejó impresa la imagen de su actividad, su entusiasmo y poderío.

CONTINUACIÓN DEL MISMO ASUNTO

SOBRE EL LENGUAJE CASTELLANO ACTUAL

Habiendo llegado á este punto, me parece muy conveniente apuntar las principales diferencias entre las palabras y frases de nuestro lenguaje corriente y el de los autores del

siglo XVI, para que se vea que, si bien debemos estudiarlos como dechados de saber y de sonoridad en la locución, no nos es permitido copiarlos tan servilmente, que pretendamos oponernos á las novedades, que en las lenguas, como en todo, ha causado el trascurso de los siglos; porque tenemos que someternos á la ley irresistible del uso.

DE LAS PALABRAS Y FRASES

1.ª Voces y frases del siglo XVI, que anticuadas están al presente, como *ayuntar*, *cabo* (por *jefe militar*), *crecer* (por *aumentar*), *holganza*, *magüer*, *obsequias*, *pláceme*, *solaz*, *topar*, *tristura*, *dar á saco*, *parar mientes*, *ponerse de hinojos*; y muchos verbales en *miento*, como *alegramiento*, *azotamiento*, *cansamiento*, *callamiento*, *pleiteamiento*, etc. A esta misma clase pertenecen varios verbos que llevaban entonces antepuesta la partícula componente *a*, la cual se omite ahora, como *abajar*, *abastar*, *aclamar*, *allenar*, *amenguar*; y las dicciones que no retienen su acepción antigua, como *haber* que ya no significa *tener*, sino rara vez; *ser* que antes equivalia también á *vivir*, v. g. *Si Homero fuera en estos tiempos*, en lu-

gar de, *si viviera: ir* ó *andar*, que valían á veces tanto como estar: *Por ir* (estar) *tan llena de lección y doctrina*, dice Cervantes; y el verbo *necesitar* (de), que activo era lo mismo que *obligar*.—*Donde*, como adverbio de lugar, solo denota aquel en que uno está ó hace algo, mientras que antes significaba también el de que procedía, ó al que uno se encaminaba; y aun suplía comunmente á los relativos, v. g. *Los ejemplos por donde* (por los cuales) *los hombres deben gobernar su conducta*.—*Cuyo* no lo usamos en las preguntas, y pocas veces como relativo, prefiriendo decir: *De quien, del cual, de él*, etc.

2.ª Muchas voces que usaron nuestros buenos escritores serían hoy miradas como verdaderos galicismos, tales son: *Afamado* (por *hambriento*), *asaz*, *atender* (por *esperar*), *averar*, *aviso* (por *dictamen* ó *parecer*), *caporal* (por *cabo de escuadra*), *defender* (por *prohibir*), *domaje* (por *daño*), *ensamble*, *entretener* (por *mantener*), *habellado* (por *vestido*), *hacer el amor* (por *enamorar*), *letra* (por *carta*), *meter* (por *poner*), *nombre* (por *número*), *otramente*, *reproche*, *sujeto* (por *asunto*), *tirar* (por *sacar*).

Algunas, aunque no fueron desconocidas á nuestros mayores, eran entre ellos tan raras

como frecuentes entre nosotros, á cuyo número pertenecen *Abocarse, aliado, atribución, beneficencia, clientela, chocante, confederar, fascinar, ensayo, inerme, morbidez, municipal, pisaverde, posición* (por *situación*), *sociabilidad*, etcétera.

3.ª Hay palabras y frases enteramente nuevas, tales son: *Acción de guerra, bello sexo, bilocar, desmoralizar, divergencia, exaltado, funcionario, garantía, inmoral, intriga, organizar, paralizar, petimetre, quincalla, quinquillero, rango*, y muchas más que sería largo enumerar.

Es también nuevo el uso de las expresiones, ya adverbiales, ya conjuncionales, con que se confirma alguna cosa; ó se saca por hilación de la que antecede, v. g.: *Así que, por eso, por lo mismo, por lo tanto, á propósito, á pesar de, erigirse en.*

Se ha fijado además la significación de ciertas palabras, que la tenían vaga. *Quien* servía para todos los números y cosas lo mismo que para las personas, y ahora solo puede referirse á las personas del singular. Con el adjetivo *éste* señalamos un objeto que está muy cerca de nosotros, y con el *ese* el que se halla más inmediato á la persona á quien dirigimos

la palabra, ó bien la cosa sobre que recae nuestra conversación con alguno; distinción que no conocieron nuestros antepasados. Ellos también usaban indistintamente de los verbos *ser* y *estar*, cuya diferencia está hoy bien marcada. Usamos del *ser* cuando la idea expresada por el predicado no denota estado, y del *estar* cuando lo denota, ya sea el estado permanente, ya transitorio. Así decimos: *Es sublime su estilo; los santos están contentos en el cielo*. Usamos del *ser* siempre que expresamos la propiedad, la procedencia de las cosas, el destino de ellas, ó simplemente el acto de existir; y del *estar* para significar la situación de las cosas, ó para regir otro verbo, ó gerundio, ó participio, v. g.: *La rosa es de ó para Luisa; Orense está junto al Miño; Estoy para salir*. De manera que *estar* equivale al reflexivo *hallarse*. Hacían más los antiguos, pues empleaban el *ser* como auxilar en vez del *haber*. Así decían: *luego que fueres salido, nosotros somos venidos*. Tampoco se cuidaban del refinamiento de mudar las conjunciones *y o* en *é u*, cuando sigue á la primera una *i* vocal, y á la segunda otra *o:* ni todos evitaban la cacofonía de dos *aa*, una en fin de dicción y otra en el principio de la siguiente; y aun ahora

se toleran, si la segunda es sílaba larga de un nombre sustantivo. La misma preposición *á* denotaba localidad en frases en las cuales se prefiere ahora la *en*, puesto que decían, *Ví á tu pecho la insignia*. Suplía la *en* á la *de* ó *sobre*, como: *Hablaba en tu negocio;* y la *por* causal casi exclusivamente para nosotros, designaba con frecuencia el objeto final en tiempo de nuestros mayores.

Hay que añadir, lo poco que se paraban en repetir una palabra en sentencias muy cortas, y acaso en un mismo renglón; lo que miramos como un desaliño, y pudiera todavía notarse como una falta, visto el ancho campo que para la variedad ofrece la lengua castellana. Usamos además de la reduplicación *se* en las oraciones en que no aparece la persona agente, y la paciente se expresa por el pronombre *él* en caso oblícuo: así decimos, *se le nombró para la embajada*, por *fué nombrado*. Muchas veces los verbos *hacer* y *poner* unidos á un sustantivo ó adjetivo suplen á los verbos simples, v. g.: *Hacer distinción* por *distinguir*, *poner en duda*, por *dudar*. Empleamos más que los antiguos los participios contractos; escaseamos por el contrario más que ellos los aumentativos, los diminutivos y superlativos;

y somos más parcos en los infinitivos sustantivadamente tomados, diciendo: *Los gemidos de la desventura* primero que *El gemir de la desventura*.

4.ª Las ciencias naturales y exactas han dado un nuevo colorido al lenguaje por las metáforas, imágenes y símiles que de ellas tomamos, v. g.: *La esfera de los conocimientos, la divergencia de las opiniones, la parálisis del comercio, una posición poco segura*, son metáforas que hemos tomado de la astronomía, de la óptica, medicina y arte militar. Meléndez ha cantado más de una vez el *cáliz* de las flores, y aludido á sus dos sexos con arreglo á los recientes sistemas de botánica.

DE LOS INCISOS Y PERIODOS

La diferencia principal en los periodos de los antiguos y los nuestros consiste en la colocación del verbo, que aquellos reservaban generalmente para el fin, según la costumbre de los latinos; particularmente si esto favorecía á la mejor cadencia: *Ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban* (1). Solían poner

(1) *Don Quijote*, p. 1.ª, cap. 8.º

también los genitivos y dativos delante de los nombres ó participios pasivos que los regían: *Dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas* (1).

No es decir que al presente no ocurra, ni deba usarse nada de esto, sino que dicha colocación era mucho más común en los antiguos; pues ahora solamente la emplean los buenos escritores para variar la dicción, ó para la eufonía del periodo.

También nuestros mayores empleaban indistintamente *le* y *lo*, *les* y *los*, *le* y *la* para los acusativos y dativos masculinos ó femeninos, y no guardaban una norma constante en las frases de negación. Sin salir del *Don Quijote* (2), leemos: *No había la fraude, el engaño, ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza;* y debió decir: *No se había mezclado la fraude*, etc., ó bien, *La fraude, el engaño y la malicia no se habían mezclado*. En la parte 2.ª, c. 56, dice: *Que nunca otra tal no habían visto;* y en el 3o, *Ni Sancho no osaba tocar á los manjares*, en cuyos lugares sobra la negación *no*. En el cap. 8.º de la primera parte, dice:

(1) El mismo, p. 2.ª, cap. 58.
(2) Cap. 11.

Contra el primero (primer) *fraile*, y en el 10· *El grande Marqués de Mántua* (1). En el 3.º de la 2.ª parte, dice: *¿Quién duda* sino *que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos*, que *el sabio que los escribiere*, no *ponga*, etc.; donde hay de más un *sino*, un *que* y un *no*, como en el cap. 15 sobra la preposición *en*, *Para darte á entender, Panza, en el error en que estás.* En el cap. 25: *Los muslos cubrían unos calzones al parecer de terciopelo leonado*, hay anfibología, y se desvanecería colocando el supuesto antes del verbo: *Unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, cubrían los muslos.* Semejantes descuidos que en nuestros clásicos ocurren á cada paso, prueban que si bien servir deben de norma en su ordinario y fluido modo de escribir, no pueden serlo en aquellos pocos pasajes en que conocidamente dormitaron: si bien hemos de evitar cuidadosamente algunas voces y frases suyas, de ellos, y no de otros, hemos de aprender el giro, la medida y el número de los periodos, que tan lastimosamente cortan los que han acostumbrado su oido y gusto á los autores franceses, todos los

(1) Cuando sigue vocal *grande*, cuando consonante *gran*.

cuales parece que clausulan con grillos, siendo su compás y monotonía extremados. Para poder evitar el giro francés, y saberle dar un aire castellano, pondré aquí el principio de la introducción al siglo de Luis XIV.

TRADUCCIÓN SEGÚN EL GIRO FRANCÉS

«No se pretende escribir solamente la vida »de Luis XIV; se propone un objeto más »grande. Se quiere hacer el ensayo de pintar »á la posteridad, no las acciones de un hom»bre solo, sino el espíritu de los hombres en »el siglo más ilustrado que jamás hubo.

»Todos los tiempos han producido héroes »y políticos; todos los pueblos han experi»mentado revoluciones; todas las historias son »casi iguales para el que no se propone más »que encomendar hechos á la memoria. Pero »cualquiera que piensa, y lo que es aún más »raro, cualquiera que tiene gusto, no cuenta »más que cuatro siglos en la historia del mun»do. Estas cuatro edades dichosas son aque»llas en que se han perfeccionado las artes, y »que sirviendo de época á la grandeza del ta»lento humano, son un ejemplo para la poste»ridad.»

VERSIÓN DEL MISMO CON AIRE CASTELLANO

«Al escribir la vida de Luis XIV, me propongo el grande objeto de trasmitir á la posteridad, no los hechos particulares de un individuo, sino el genio que desplegaron los hombres en el más ilustrado de los siglos.»

«Es constante que en todos han descollado héroes y profundos políticos; que las naciones cuentan todas alguna revolución en sus anales, y las páginas de la historia casi no se diferencian en los acontecimientos que refieren. El hombre, sin embargo, que discurre y tiene gusto, lo que no es muy frecuente, solo distingue en el vasto campo del tiempo cuatro épocas, que pueden servir de pauta á los venideros, por lo mucho que las artes progresaron en ellas, y por el rápido vuelo que tomó el entendimiento de los mortales.»

Por este pasaje, que no es ciertamente el más cortado y sentencioso de los franceses, es facil notar, cuánto tenemos que huir de ese monótono clausulado, que tan mal se aviene con la pompa y majestad de la lengua caste-

llana; y de esos modismos de locución que, teniendo á la vista un original francés, pueden deslizarse sin advertirlo (1).

(1) Véase la Gramática de Salvá, cap. IX, pág. 334.

TRATADO TERCERO

TRATADO TERCERO

DEL ESTILO EN PARTICULAR Ó FIGURADO: TROPOS Y FIGURAS

Lo que se añade á lo sustancial de la oración para su adorno y hermosura; ó aquel aliño y compostura que á la oración dan los tropos y figuras con su luz y colorido, se llama por los retóricos *exornación*.

Así como se distinguen los cuerpos por su forma exterior llamada figura; de igual modo se emplea esta misma palabra, para denotar la forma y manera con que los pensamientos se revisten y adornan; advirtiendo que tales adornos, aunque se apartan de la forma sencilla, no por eso se desvían de la natural, sino que ilustran y enriquecen más los propios pensamientos, y les confieren, como dice Quintiliano, mayor gracia y viveza: *Vim rebus adjiciant et gratiam*. Y no se crea que dicho estilo sea mera invención de las escuelas, ó resultado y consecuencia del es-

tudio, sino que es el lenguaje propio y verdadero de la imaginación y de las pasiones; la expresión viva, sorprendente y magnífica de los afectos que sienten los hombres eminentes y apasionados, lo mismo científicos que vulgares: y tan es así que las locuciones figuradas se pronuncian por la gente vulgar con tanta profusión, que más figuras se derraman en un día de mercado, que en muchas sesiones de academia.

Advertimos, en fin, que no son una misma cosa el tropo y la figura: convienen ambos en dar á la oración forma distinta de la manera común de hablar; pero se diferencian en que el tropo cambia el sentido de las palabras, y la forma de la oración la figura.

CAPÍTULO PRIMERO

DE LOS TROPOS

Por tropo entendemos el empleo que damos á ciertas palabras, tomándolas en un significado que no es el suyo propio, pero tiene con él alguna semejanza.

Este nombre se deriva del griego *tropos*, que significa vuelta, y esta mudanza siempre

ha tenido aplicación constante, porque no es arbitraria, sino efecto de la necesidad, en virtud de la cual la gramática viene extendiendo la significación de un individuo á toda su especie, y aun á clases distintas; la ideología traslada los nombres de objetos materiales á los inmateriales, y la imaginación y las pasiones comunican á las cosas el mismo fuego que aquellas sienten. Las sagradas letras están llenas del lenguaje tropológico, como aquel pasaje de Isaias (1): *Saldrá una vara del tronco de Jesé y un renuevo retoñecerá de sus raices.* Esta vara no es otra sino María, y la flor su divino Hijo.

Como quiera, no se puede hacer la traslación del sentido propio al figurado, si no hay alguna relación entre las cosas cuyos nombres se trasladan; solo así el tropo da mayor gracia, fuerza y colorido á la expresión.

Esto sentado, conviene clasificar los diferentes tropos, y analizar los más usuales y necesarios al orador. Estos son de dos géneros: de palabra y de pensamiento. Se cuentan en el número de los primeros la metáfora, sinécdoque, metalépsis, metonimia, onomatopeya

(1) Cap. 11-1.

y catacresis; y en el de los segundos alegoría, ironía, perifrasis é hipérbole.

ARTÍCULO I

DE LA METÁFORA

Metáfora, palabra griega que significa, y es justamente, la *traslación* de la significación propia de una palabra á otra extraña por razón de la semejanza. De manera que, en sentido metafórico un nombre pierde su significación propia, y toma otra nueva en virtud de la semejanza que conocemos por la comparación abreviada que hace nuestro espíritu entre ambos sentidos; aunque la comparación no es rigurosa.—Si decimos: *Este hombre es como un León*, hay comparación rigurosa: y solo hay metáfora, diciendo: *Este hombre es un León;* porque en este caso la comparación no está en los términos, sino en el espíritu.

La metáfora es el alma y el nervio de la elocuencia: ella embelesa y enternece, ó espanta y rinde al auditorio; ella, en fin, casi crea un nuevo idioma y un nuevo mundo; por cuya razón conviene precaverse de los vicios que la desvirtúan, cuales son:

1.° Cuando las metáforas se sacan de palabras ó lugares muy bajos, como aquella de Tertuliano: *El diluvio fué la legía de la naturaleza.*

2.° Cuando son forzadas, ó traidas de lejos, como algunas de Góngora, Quevedo y Lope de Vega.—*El arado desuella la tierra.*

3.° Cuando la analogía entre el signo y la cosa no es natural, ni la comparación bien perceptible, como la siguiente: *¿Quién en el «bajel» de la envidia embarca su fortuna?*

4.° Si se sacan de objetos desconocidos, ó demasiado científicos, que forman el culteranismo.—*Desde el «apogeo» de la prosperidad*, en lugar de *«la cumbre.»*

5.° Introduciendo en el discurso lo que solo es propio y exclusivo de la poesía, como decir: *Las doradas madejas de la aurora.*

6.° Sacándolas de objetos torpes, ya por significación legítima, ya maliciosa, como aquel que dijo: *Con la muerte de Cipión quedó «castrada» la república*, en vez de huérfana.

7.° Ó de objetos incoherentes y opuestos, como *un torrente que se «enciende,»* por precipita.

8.° y último. Si hacen pesada y confusa la oración por la profusión y amontonamiento

de palabras, sin que las aclare, ni legitime el correctivo *por decirlo así*.

Solamente tienen cabida las metáforas á falta de términos propios, ó para presentar la idea con más nobleza, decoro y finura, ó con más claridad, fuerza y armonía.

ARTÍCULO II

SINECDOQUE Y METALEPSIS

Sinecdoque, palabra griega, que significa *comprensión*, y ciertamente que por ella comprendemos algo más, ó algo menos, de lo que significa la palabra en su sentido recto.

Esta traslación se puede significar de varios modos:

1.° Tomando la parte por el todo, ó viceversa, como: *cien cabezas por cien hombres*.

2.° Tomando el atributo por el sujeto, ó el abstracto por el concreto, v. g.: *La heroicidad del mártir* por heróico mártir.

3.° Tomando la materia por la obra, ó por la cosa misma de que se trata. *El oro*, esto es, la avaricia, *corrompe las costumbres*. Alabando el mérito de un libro, decimos: *este es buen libro*.

4.° Mudando los números: *Los Ambrosios*, por San Ambrosio. *Cayó sobre nosotros el infiel*, por los infieles.

5.° Mudando los géneros, las especies y los individuos. Ponderando el mérito de un predicador, decimos: *es un Crisóstomo:* llamando rudo á un hombre, decimos: *es un pollino.*

6.° El antecedente por el consiguiente, ó al contrario, como: *Aquí fué Troya: los campos piden agua.*

Metalepsis. A esta figura pertenecen los tres modos anteriores, y por ella indicamos lo que sigue, significando especialmente lo que precede. Viene á ser una selecta traslación y preferencia de ideas que se relacionan, una de las cuales se pondera con más viveza. «Un histrión dió herederos á los descendientes de los emilios y escipiónes.» Aquí por el consiguiente *histrión* decorosamente disfrazado se da bien á conocer el antecedente, que es una torpe idea de las matronas romanas.

Este tropo tiene muchos modos de insinuarse muy delicados y lacónicos.—*N. tiene un pié en el sepulcro*, significando que es muy viejo.—*Cuenta pocos abriles*, ó *muchas navidades*, por muchos, ó pocos años.

ARTÍCULO III

METONÍMIA, ANTONOMÁSIA Y ONOMATOPEYA

Metonimia significa, y es, la mutación de un nombre por otro.

En rigor éste tropo comprende á los demás, si se atiende al sentido, pero está restringido á los usos siguientes:

1.° Cuando se toma la causa por el efecto, ó al contrario. *No se resiste el sol*, es decir: el calor del sol. *Muerte pálida*, por la palidez que causa. 2.° Cuando al inventor de la cosa se le toma por la cosa misma, como *Baco* por el vino. 3.° El continente por el contenido. *Se amotinó la carcel*, es decir, los presos. 4.° El contenido por el continente, como *San Pedro* por el Vaticano. 5.° El sustantivo por el adjetivo; el abstracto por el concreto; el colectivo por el distributivo; el nombre de un país por sus habitantes, y la parte, ó asiento de una cosa por ella misma.—*N. tiene un gran corazón*, por gran valor.

Por último, cuando el signo se toma por la cosa significada.

> Las armas cedan á la ilustre toga,
> Y al delicado labio el lauro ceda.

La toga es el distintivo de los honores ci-

viles, como el de los militares el laurel. A este tenor, la Tiara se toma por el Pontífice, y el cetro por el Rey.

Antonomasia es cuando tomamos un nombre común por un propio, como el *Apóstol* por S. Pablo: ó un propio en lugar del común, como llamar *Nerón* á cualquiera que sea cruel, y *Mecenas* á un protector de las letras: ó si tomamos el nombre de la patria por uno de sus hijos, como el *Mantuano* por Virgilio, y el *Nacianceno* por S. Gregorio de Nacianzo. Realmente este tropo parece una especie de sinecdoque.

Onomatopeya es cuando las voces imitan el sonido de aquello mismo que significan, como el gato *mahulla*, el buey *muge*: por irrisión también se aplican estas locuciones á una persona que habla ó canta mal, y cuando se expresa el sonido de cosas inanimadas.—El *zumbido* de las balas.--El *silbido* de los vientos.

En resumen, los tropos de palabra se reducen á tres conceptos generales. Todos significan traslación de sentido: si este es por semejanza, se llama metáfora; si por conexión de ideas, sinecdoque; si por correspondencia, metonimia; y á nuestro objeto basta y sobra que nos fijemos en estos tres aspectos.

TROPOS DE PENSAMIENTO

ARTÍCULO IV

ALEGORÍA É IRONÍA

Alegoría es una ficción cuyo artificio consiste en presentar al espíritu un objeto para darle la idea de otro: de manera que este tropo, no solo muda el sentido de las palabras, sino el de toda la oración en virtud de la semejanza. Es la alegoría un cuadro de doble vista en el cual se representan objetos muy conocidos, que nos trasladan al conocimiento de otros ocultos y más interesantes. Por esta causa, llama Cicerón á la alegoría una metáfora continuada, ó una serie más ó menos larga de rasgos figurados.—De un mártir en presencia del tirano decimos: *El cordero está en las garras del lobo.* Bosuet dice de una joven princesa: *Esta joven planta rociada con las aguas del cielo, no estuvo mucho tiempo sin llevar frutos.*

Las alegorías dan al discurso mucha fuerza, suavidad y extraordinaria hermosura, siempre que no sean oscuras, ni embarazosas, ni exageradas. Es decir: que se ha de persistir en

una misma semejanza, sin pasar bruscamente de una imagen á otra; como el comenzar por una tempestad, y acabar por un incendio.

Los proverbios, las parábolas, los enigmas y apólogos, ó fábulas son otras tantas alegorías. También á ellas pertenecen los geroglíficos; solo que estos representan dos imágenes, una que se vé, y otra que no se vé, y tiene que descifrarse. El salmo 79 es una bellísima y notable alegoría, en la cual se representa la desolación de Israel bajo la figura de una reina destrozada. Hablar, en fin, por alegorías es muy frecuente. El vulgo tiene muchas y notables.

La *ironía* oculta un sentido contrario al propio y literal de las palabras, lo cual sucede cuando se siente lo contrario de lo que se dice. El Génesis nos ofrece un ejemplo bien marcado de este tropo, cuando dijo Dios de Adan por chasco: (1) *Hé aquí el hombre: es como uno de nos sabiendo el bien y el mal.*

Para conocer si la intención del orador es irónica, es menester atender á su gesto y tono de voz; lo mismo que á los antecedentes y circunstancias de la persona de quien se habla,

(1) C. III--22.

y sobre todo, á la bondad y malicia del asunto.

El orador sagrado, animado de la admirable caridad de Jesucristo, jamás emplea la ironía contra personas determinadas, porque las heridas que causaría son incurables, y solo es lícito manejar la ironía contra los vicios y malas doctrinas, y aun así con parsimonia.

La *antífrasis* está reputada como una parte peculiar de la ironía, como llamar *pelón* al que no tiene pelo, *rabón* al que no tiene rabo.

El *eufonismo* está mirado igualmente como otra especie de ironía, como cuando empleamos palabras de buen gusto y sonido, para declarar cosas malas, odiosas y torpes. Así llamamos *desliz* ó *tropiezo* á una flaqueza, y *fragilidad* á un pecado torpe: *mala mujer* á la víctima del desamor, y *bendito* á un tonto. Todo esto es de buen *tono* y necesario; mas el bautizar con el nombre de virtud un vicio manifiesto, no es urbanidad cristiana, sino adulación perturbadora como decir, tenemos un santo orgullo (por tenemos la gloria).

ARTÍCULO V

PERIFRASIS Y HIPÉRBOLE

Perifrasis, que significa circunlóquio, es un rodeo de palabras para expresar lo que se podía decir con pocas y á veces con una sola.

Este tropo sirve para ilustrar con definiciones metafóricas cierta oscuridad ó confusión que notamos en las cosas; y también vale para hermosear la oración con las descripciones. De un filósofo insigne dijo otro, no menos célebre: «Este fué discípulo de Descartes, como Aristóteles de Platón, *añadiendo sus ideas á las del Maestro.*» La cláusula subrayada es la perífrasis.

Asimismo, sirve para nombrar á una persona indirectamente, y designar un accidente histórico.—*El padre de los creyentes*, por Abrahan.

Sirve igualmente para no herir, ó para descifrar mejor el amor propio.—A una señora, que deseaba saber cuál sería el primer capitán del siglo, le dijo el príncipe de Orange (por no expresar que lo era él mismo) *El Marqués de Espínola es el segundo.*

Por último, sirve para no ofender la modestia y el pudor.—*El triunfo importuno de la resistencia*... por no decir la violación.

Bueno será notar la diferencia que media entre la *perífrasis* y la *paráfrasis*: esta explica y desenvuelve la palabra en toda sus aplicaciones; y aquella sustituye una palabra por otra sin alterar la sustancia. En la práctica sin embargo, las dos se toman indistintamente.

Se ha de notar, sobre todo, que la perífrasis es ociosa, si no da lustre y novedad á la oración; y es viciosa, si la hace oscura, sutil ó redundante. En una trajedia pregunta Julián: «¿Qué querías que hiciese contra tres?» «Morir,» responde su padre, «ó buscar en la desesperación la última fortuna.» Después de *morir* la última frase es no solo inutil, sino perjudicial; porque quita y desvirtúa el énfasis y valentía de la primera.

La *hipérbole* abulta los objetos más de lo que permiten sus límites naturales. Tal modo de hablar tiene su fundamento en la misma naturaleza, y le vemos empleado lo mismo en los discursos de academia, que en las conversaciones ordinarias. La imaginación se encamina de suyo á engrandecer las cosas; y este giro de las pasiones predomina en los jóvenes

más que en los ancianos, en los orientales más que en los europeos, y algo más en los primeros tiempos que en nuestros dias: porque la civilización, cuanto más adelanta, otro tanto depura el modo de hablar de imaginaciones acaloradas.

El lenguaje hiperbólico es frecuentísimo en la sagrada Escritura. Cuando Dios dice que en Abrahan «serían benditas todas las naciones: que se multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo,» quiere decir: *extraordinariamente*. Cuando dice que «la tierra de Canaán manaría leche y miel;» se entiende: *fertilísima*. S. Juan concluye su Evangelio con esta frase á todas luces hiperbólica: «Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen cada una por sí, ni aun en el mundo pienso que cabrían los libros que se habrían de escribir.» (1)

Hay muchos modos de aumentar y encarecer las cosas. Al decir «por los siglos de los siglos,» significamos el tiempo sin fin. En nuestros cumplimientos cuando decimos: «Beso á usted su mano: á los piés de usted,» empleamos hipérboles bien exageradas. Por la

(1) C. XXI.

misma razón, no es facil dar una regla determinada, para poder ajustar este tropo á una medida fija, únicamente el buen gusto y recto sentido pueden hacer que la hipérbole no sea chocante ni absurda; que pasando de lo verosimil, no suba hasta lo imposible.

El predicador nunca debe prodigar la hipérbole; porque, aunque la denomina el Padre Gaichiez una mentira inocente que á nadie engaña; el camino de la exageración es resbaladizo, por no decir falso. En cuanto á los misterios son estos tan grandes, la religión tan augusta y Dios tan elevado, que no se corre riesgo de poderse exceder nunca; pero con el velo profuso é impertinente de la hipérbole se pueden oscurecer más de lo que son en sí los misterios.

En cuanto á cosas profanas, no solo hay hipérboles inverosímiles, sino disparatadas. Sirva de muestra el epitafio que cierto poeta compuso á Cárlos V.

Por túmulo todo el mundo,
Por luto el cielo, por bellas
Antorchas son las estrellas,
Y por llanto el mar profundo.

A este caballero coge de medio á medio lo que Horacio decia de los de su tiempo.....

Pictoribus atque poetis
Quilibet audendi semper fuit æqua potestas.

ARTÍCULO ÚNICO

DEL USO DE LOS TROPOS

El uso y efectos más frecuentes y sensibles de los tropos son:

1.° Enriquecer y hacer copioso el lenguaje, despertando la idea principal por medio de la figurada ó trópica, que en ocasiones nos parece la más interesante, como el *acero* por la espada: el estilo por la pluma.

2.° Dan mayor dignidad y elevación al asunto, templando y avalorando las palabras comunes, claras y desagradables, v. g.: *Corre la voz: vuela la fama.*

3.° Dan á la oración mucha gracia y hermosura, no solamente por el adorno, sino por aquel gusto de gozar á un mismo tiempo de dos objetos. Si decimos que «igualmente muere el pobre que el rico,» no damos á la frase la belleza que llevan consigo las imágenes que indican la misma idea:—«La muerte *llama* igualmente á la *choza* del pobre, que al palacio del rico.»

4.° y ultimo. Dan del objeto noción más clara, más distinta, enérgica y sensible, como

estos modos de hablar: *El celoso inflamado de cólera. El joven embriagado de deleite.*

Cuando los tropos no producen estos efectos, son viciosos: cuando las traslaciones no son fáciles, naturales y claras; graves, adecuadas y oportunas, como llevamos dicho, hablando de la metáfora, lejos de hermosear el discurso, por el contrario, le afean y le hacen detestable. Mas cuando los tropos nacen del asunto, y los pide la necesidad y el decoro, alumbran con su abundante esplendidez, dando á las plantas alma, razón á los brutos, á las piedras vida y crecimiento, á los vientos alas y cuerpo á los pensamientos.

CAPITULO SEGUNDO

DE LAS FIGURAS

Ya hemos dicho en el principio de este tratado, que las figuras son de dos clases, unas de palabra, y otras de pensamiento. También hemos anotado la diferencia de ellas en el capítulo 1.° hablando de los tropos. Aquí solo añadiremos que:

Las figuras de palabra son las elegancias

del lenguaje: son cierta compostura esmerada de palabras en la frase de manera que, con solo alterar, o cambiar el orden de ellas, desaparece su forma figurada. Estas elegancias se verifican por *adición*, *separación* y *semejanza*.

Las figuras de pensamiento son las modificaciones que les dan la imaginación y las pasiones; y estas modificaciones permanecen, aunque se inviertan ó cercenen las palabras, porque el efecto de aquellas proviene de la naturaleza.

Las formas con que se revisten los pensamientos pueden ser de muchas maneras; pero aquí las reducimos á cuatro: unas que dan á conocer los objetos; otras que comunican reflexiones y raciocinios; algunas que presentan el pensamiento con cierto disimulo; y por último las que mueven las pasiones.

ARTÍCULO I

FIGURAS DE PALABRA

POR ADICIÓN

1.ª *Repetición* consiste en comenzar la oración con unas mismas palabras.—*Siempre nos*

portamos así con el Señor; siempre la misma ingratitud, siempre los mismos pecados.

El buen juicio marca el límite que ha de tener la palabra repetida: pasando de cuatro hay pesadez y afectación.

El buen gusto enseña que se varíe la cuenta cuando es larga, como hizo Cervantes con las cualidades del caballero. «Al caballero pobre,» dice, «no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso, no soberbio, no arrogante, ni murmurador.»

De esta figura se derivan las demís por adición.

2.ª *Conversión* es cuando la palabra se repite al fin de varias oraciones. S. Bernardo dice: (1) *Si insurgant venti tentationum, respice stellam, voca Mariam. Si jactaris superbiae undis, respice stellam, voca Mariam.*

3.ª *Complexión*: esta comprende á las dos anteriores, porque al principio y al fin repite una misma palabra. «¿Quién ha roto los tratados? Cartago. ¿Quién ha desolado la Italia? Cartago. ¿Quién la puso en el mayor riesgo? Cartago.»

(1) Hom. II. *Super.*

4.ª *Conduplicación*: es cuando la palabra se duplica consecutivamente. —*Temed, temed, no la muerte, sino la tremenda cuenta del juicio.* Bellísima es la siguiente de Cervantes: «El eco repite el nombre de *Leandra*.... y *Leandra* resuenan los montes; *Leandra* murmuran los arroyos, y *Leandra* nos tiene suspensos.»

5.ª *Concatenación* es una gradación de palabras entre una y otra oración enlazadas.—«Numa fundó las costumbres romanas en el trabajo; el trabajo en el honor, y el honor en el amor de la patria.»

6.ª *Traducción* es cuando la palabra se repite con diversas terminaciones ó régimen distinto.—«Llenos están los libros todos, llenas las máximas de los sábios, llena de ejemplos la antigüedad.» (Cicerón).

7.ª *Polisindéton* es la repetición de las conjunciones

Acometen con ánimo inhumano,
Y degüellan al padre,
Y á la madre, y al hijo, y al hermano.

POR SEPARACIÓN

1.ª *Disyunción* ó *asindéton* suprime las conjunciones. Así como la polisindéton multiplica las conjunciones para recalcar y agravar la

fuerza de lo dicho, la asindéton las suprime para darle más ímpetu y rapidez, como aquello de César: *veni, vidi, vinci*. Es también muy notable la estrofa de Fr. Luis de León sobre la profecía del Tajo:

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros ma'es,
Entre tus brazos cierras.

2.ª *Adjunción*, en griego *zeugma* se comete cuando un mismo verbo rige á varias oraciones.—Caballos produjo Córdoba, Jarama toros feroces, Castilla jefes insignes y Aragón famosos reyes.

POR SEMEJANZA

1.ª *Sinonimia* es la que dice casi la misma cosa con diferentes palabras; tal es la siguiente de Cicerón: «No lo sufriré, no lo toleraré, no lo consentiré:» *Non feram, non patiar, non sínam*.

2.ª *Paranomasia* se comete cuando dos ó más voces muy semejantes en el sonido tienen diferente significación en cada parte. El Quijote contiene muchas y todas graciosísimas: «No se *curó* el arriero de estas razones (y fuera mejor que se *curara*) porque fuera *curarse* en salud.»

El poeta Sr. Alcazar señala esta figura en el final de la redondilla siguiente:

Con dos tragos del que suelo
Llamar yo nectar divino,
A quien otros llaman *vino*,
Porque nos *vino* del cielo.

Estas dos figuras, lo mismo que los equívocos ó retruécanos, solo tienen lugar en obras pueriles y jocosas.

3.ª *Cadencia* y *desinencia* se cometen cuando en la terminación de periodos próximos concurren palabras semejantes en número, caso y sonido de sílabas, ó verbos homólogos, de lo cual resulta una intolerable asonancia ó cacofonía.—«El soldado *acampó*, el enemigo le *siguió*, y éste le *alcanzó*.» Guevara también cayó en esta falta, escribiendo: «Haciendo todo lo que *podian*, y lo que *querian*, vinieron á hacer lo que no *debían*.

ARTÍCULO II

FIGURAS DE PENSAMIENTO

PARA DEMOSTRAR LOS OBJETOS

1.ª *Descripción*, en griego *hypotyposis*, es la ilustración del asunto, con la cual se pintan

las personas y las cosas como si se vieran ó sucedieran á presencia del auditorio. Así como la definición se ciñe á dar á conocer la esencia y naturaleza de la cosa, la descripción la pinta menudamente en todas sus partes; la individualiza en sus propiedades y circunstancias; anima los seres abstractos, y pone los sucesos pasados y futuros como si estuvieran presentes. Por esto en lo posible usa del verbo en tiempo presente.

«Sin la descripción,» decia el Obispo de Cambrai, (1) «todo es seco, lánguido y encojoso.» Pero así como es necesario esclarecer todas las circunstancias é imágenes que mejor pinten y representen los objetos; así también es preciso eliminar aquellos pormenores minuciosos é insignificantes, que no los aclaran, ni les dan orden y unidad, ni conducen directa y eficazmente al punto favorable ó impresión que se intenta.

Bosuet nos presenta una bellísima descripción, hablando de los últimos momentos de la duquesa de Orleans: «Ella,» dice, «pide el »crucifijo sobre el cual habia visto espirar á la »bella reina, su buena madre, como para reco-

(1) Fenelón.

»ger las impresiones de confianza y de piedad, »que aquella alma verdaderamente cristiana »había dejado con los últimos suspiros. A la »vista de este objeto no espereis de esta prin»cesa discursos estudiados y magníficos: una »santa simplicidad forma en este momento to»da su grandeza. Ella exclama: ¡Ó Dios mio! »¿por qué no hè puesto siempre mi esperanza »en vos?.... Llama primero al sacerdote que á »los médicos: ella misma pide los sacramen»tos; la penitencia con mucha compunción, »la Eucaristía con temor y luego con confian»za, y la santa unción de los moribundos, con »diligencia. Bien lejos de asustarse, quiere re»cibirla con conocimiento; escucha la explica»ción de las santas ceremonias, de esas ora»ciones apostólicas, que por una especie de »divino encanto suspenden los más violentos »dolores.»

El mismo Bosuet hace la pintura de Cromwel en estos términos: «Se halló un hombre »de increible profundidad de espíritu; hipó»crita tan refinado como hábil político, capaz »de empredérlo todo, y de ocultarlo todo; tan »activo é infatigable en la paz como en la »guerra; que nada dejaba,» ni por pienso, «á «la fortuna de cuanto le podía quitar por con-

»sejo y previsión: por lo demás, era tan pron»to y vigilante para todo, que jamás perdió »ninguna ocasión de cuantas la fortuna le pre»sentó. Era, en fin, uno de esos espíritus dis»colos y osados que parecía nacido para tras»tornar el mundo.»

Nuestro Cervantes hace una descripción no menos perfecta y acabada de Maritornes, y sobre todo graciosísima: (1) «Servía,» dice, «en la venta una moza de Asturias, ancha de »cara, llana de cogote, de nariz roma, de un »ojo tuerta y del otro no muy sana. Es verdad »que la gallardía del cuerpo suplía las demás »faltas: no tenía siete palmos de los piés á la »cabeza, y las espaldas, que algún tanto le »cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo »que ella quisiera.»

Los retóricos dividen la descripción en varias especies: división bien inútil en la práctica para nuestro objeto.

2.ª *Etopeya* consiste en la expresión viva del carácter, vida y costumbres de una persona. Esta figura tiene su aplicación especial en los panegíricos de los Santos y en las oraciones fúnebres, en cuyo género Bosuet no tiene competidor.

(1) Quijote, part. 1, c. 16.

3.ª *Enumeración*, ó *distribución* de las partes que componen un todo. Cuando se recorren las partes de un discurso, dando á cada una la razón que la justifica, se llama *disposición*: Así lo hace Cervantes en el siguiente pasaje: «Cortada la rosa del rosal ¿con qué brevedad y facilidad se marchita? Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja, y finalmente entre manos rústicas se deshace.»

ARTÍCULO III

FIGURAS DE REFLEXIÓN Ó RACIOCINIO

1.ª *Simil* ó *comparación* que consiste en la cohesión de dos objetos semejantes, para dar al pensamiento mayor viveza y esplendor. Bajo tres aspectos se puede presentar la comparación: 1.ª *De más á menos.—Vosotros me llamais Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy: Pues si yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros piés, vosotros también debeis lavar los piés los unos á los otros* (1). Aquí el objeto comparado es muy superior al otro con quien se compara. 2.ª *De menos á más.—Mirad á las*

(1) S. Juan, c. XIII, v. 13 y 14.

aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? (1). Aquí la cosa comparada es muy inferior á la otra. 3.ª *De semejante á semejante.*—«Las riquezas,» dice S. Clemente Alejandrino, «son como astuta serpiente, que se puede coger por la cola; pero que se revuelve, y puede herir mortalmente al que ignora el arte de encantarla.» Excelente símil es este de Rioja:

> Como los rios, que en veloz corrida
> Se llevan á la mar, tal soy llevado
> Al último suspiro de mi vida.

2.ª *Antítesis* es cuando se contraponen palabras á palabras y conceptos á conceptos. Así como la base de la comparación es la semejanza, la de la antítesis son los contrarios; á la manera que en la música sucede con los sonidos graves y agudos, y con la luz y la sombra en la pintura.—*Nosotros locos por amor de Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros flacos, y vosotros fuertes: vosotros nobles, y nosotros viles* (2).

3.ª *Concesión* es cuando concedemos la ob-

(1) S. Math. VI,-26.
(2) I. á los Corint. IV-10.

jeción seguros de la bondad de la causa y de mayores ventajas.—«Concedemos,» dice el ven. Granada, «á los ambiciosos que deseen la honra; mas la verdadera y sólida, no la fútil y vana. De la misma manera concedemos á los avaros que adquieran riquezas; pero no las frágiles y caducas, sino las que han de durar eternamente.»

4.ª *Corrección* es una retractación aparente, ó la explicación de una cosa mal apreciada, poniendo otra más idónea.—*¿Qué salisteis á ver? ¿un profeta? También os digo, y más que profeta* (1).—«Quiero que sepas,» dice Don Quijote á su escudero, «que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes: no he dicho bien, fué el solo, el único, el señor de cuantos hubo en su tiempo.»

5.ª *Amplificación* es el desenvolvimiento de una misma idea bajo diferentes aspectos y con distintas palabras, para que sea más perceptible á todos los talentos, y más interesante á los corazones todos. Esta figura es el mejor recurso en todos los géneros de elocuencia, y en ella consiste la habilidad de los ora-

(1) S. Mat. XI-9.

dores. *Summa laus eloquentiae amplificare rem ornando* (1). «Podrá usar de ella,» dice el venerable Granada, «cuando desea imprimir en el ánimo de los oyentes alguna verdad muy necesaria para la salvación; á fin de que repitiéndose lo mismo muchas veces, comprendan la dignidad é importancia del negocio.» También ordena el Apóstol á Timoteo que *inste oportuna é importunamente.*

Será viciosa esta figura cuando no es sino una mera profusión de palabras, que en lugar de amplificar la idea, la oscurece y embota, por no añadir nada.

6.ª *Anteoposición* previene un argumento, que hacérsele puede, y anticipadamente le contesta. Es un giro diestro, para eludir y allanar los reparos que oponerse puedan, y suele ocurrir en el exordio.—«No os quejeis del castigo que tomó el padre para con su hijo; porque no tanto fué castigar el hecho, como impedir que se cometiera.»

7.ª *Preterición* ó *pretermisión* es cuando el orador aparenta pasar en silencio, ó no tocar sino ligeramente lo que ya está manifestando en realidad. Así como la reticencia es un si-

(1) Cicer. *De orat.* 4-3.

lencio absoluto, la preterición dice indirectamente mucho más que lo indicado. Tal es lo que habla Cicerón contra Verres: «Nada diré de su lujuria, nada de su insolencia, nada de sus torpezas y modales; solo hablaré de sus concusiones y usuras.» Masillón en uno de sus sermones presenta un trozo admirable de esta figura: «¡Vosotros,» dice, «os figurais amarguras en el camino de la virtud! Pero sin hablar de las consolaciones divinas, que prepara Dios aquí abajo á los que le aman: sin hablar de aquella paz interior, fruto de la buena conciencia, que llamarse puede anticipada delicia y garantía de felicidad; sin deciros con el Apóstol, que todo lo que se puede sufrir sobre la tierra no es digno de compararse con la recompensa que os espera.»

8.ª *Reticencia* es la interrupción repentina de una frase, que muy fácil es de adivinar, dando á entender con el silencio algo más que con la palabra, y dando que pensar al auditorio. Conmovido el ánimo del orador, se detiene como aterrado al borde de un abismo, y aquella suspensión inesperada también conmueve á los oyentes.—*Mi lengua se resiste, ó no sabe articular lo demás, ó no quiero contristaros hasta el extremo.* A veces ni tales

frases se dicen, como la siguiente del Rey profeta (2): «Y mi alma está muy conturbada; y tú, Jehová, ¿hasta cuándo?... Esta de Cicerón es notable: «Te atreves á hablar ahora de ésta tú, que poco há en casa agena... no me atrevo á proseguir por el temor de proferir alguna cosa indigna de mí.» El *Quos ego*... de Virgilio es magnífica.

Hay ciertamente alguna semejanza entre la reticencia y la *suspensión*; pero se diferencian en que aquella nunca expresa las últimas palabras, y esta las declara luego que pasa un momento de expectación. Así lo hizo Bosuet en la oración fúnebre de Enriqueta: «En sus últimos años dá gracias á Dios por dos grandes favores: el uno por haberla hecho cristiana, y el otro... ¿Qué esperais? ¿acaso por haber restablecido los negocios del rey, su hijo? No; por haberla hecho reina desgraciada.» El *Énfasis*, también se parece á la reticencia. Él dá tanto valor á las palabras como á las cosas, que lo merecen, y hace mucho aprecio de la *elocuencia* del silencio. *Así* es, que un discurso elevado, pronunciado sin *énfasis*, pierde

(2) Salm. 6-4. *Et anima mea turbata est valde;? sed tu Domine usquequo?*

la mitad de su mérito: y un discurso sencillo dicho con tono enfático aparece ridículo.

9.ª *Sentencia* es una reflexión profunda y luminosa expresada sucintamente. Si es puramente especulativa, se llama *principio*: si se dirige á la práctica, se dice *máxima*; si el dicho se refiere á otra persona diferente del que habla, toma el nombre de *apotegma*; por último, si alude á un suceso, se denomina *refrán* ó *adagio*.

Las sagradas letras abundan en sentencias, como ésta de los Proverbios (1): *Mejor es adquirir sabiduría, que oro preciado, y adquirir inteligencia vale más que la plata*. Sin embargo de tan frecuente uso, y de que se adaptan perfectamente á los escritos morales y panegíricos, advierte Capmany que las sentencias suelen cortar el enlace de la oración: su forma es ordinariamente fría, y es menester colocarlas y mezclarlas con arte. A veces sirven para hacer suaves las transiciones.

10.ª *Epifonema* es una especie de corolario, ó deducción sentenciosa de un hecho notable. Se distingue de la sentencia en que ésta es independiente de la proposición, y á

(1) Cap. XVI, v. 16.

ella se refiere la epifonéma. «Solamente,» dice Fr. Luis de Granada, «se llama epifonéma» «todo» «aquello que contiene admiración, ó amplificación de la cosa que se trata.» Inimitables son estas de Virgilio....

Auri sacra fames,
¡Tantœne animis cœlestibus iroae!

Sulpicio Severo refiere aquel razonamiento que dirigió á Dios S. Martín: «Señor, si todavía soy necesario á tu pueblo, no rehuso el trabajo: cúmplase tu voluntad.» Severo añade luego este epifonéma tan justo como admirable: «¡O varon inefable, á quien no venció el trabajo, ni pudo vencer la muerte; pues no temió morir ni rehusó vivir para padecer!»

Un célebre orador decía del perseguido duque de Sully: «Sus ojos, al fin, se cansan de ver tantos males: renuncia sus empleos; abandona para siempre la corte; sale de París para sus estados, y le hacen escolta más de 300 caballeros: *este es el triunfo de la virtud que parte para el destierro*. En las citadas epifonémas hay novedad, interés y grandeza. El orador que no procure las mismas oportunas cualidades será, no solo un mal orador, sino un pedante, que hacer pretende reflexiones, y aducir sentencias sin motivo ni fundamento sólido.

ARTÍCULO IV

FIGURAS PATÉTICAS

Siendo las pasiones aquellos ímpetus exuberantes del alma, que la trasportan como fuera de sí misma, y á veces la enajenan enteramente, el lenguaje por ellas empleado tiene que ser precisamente impetuoso, vehemente y como fuera de las reglas ordinarias. Tal es el lenguaje de las figuras patéticas ó de las que mueven las pasiones, cuales son:

1.ª y principal la *apóstrofe* que se comete cuando el que habla dirige la palabra ó el razonamiento á una persona, ó cosa presente, ó pasada; ya para reconvenirla, y ya para invocar su testimonio. Es quizá esta la más viva y eficaz de todas las figuras: la más elocuente, á no dudarlo, y más arrogante; porque con ella se muestra tan conmovido y apasionado el ánimo que, cesando de raciocinar, se dirije á los muertos, como si estuvieran vivos, y á los mudos, como si pudieran oir y responder: invoca lo mismo á los ángeles del cielo, que á los moradores del infierno; á las cosas animadas como á las que no lo son.

Es admirable Cicerón en el uso de esta fi-

gura, y es cosa corriente que á sus atinados apóstrofes son debidos los triunfos de su poderosa elocuencia. El Cicerón de Francia, Bossuet, los derrama también con gracia y oportunidad en sus oraciones fúnebres, y nosotros tenemos entre otros un bello ejemplo en la siguiente oda de Fr. Luís de León:

¿Y dejas, *pastor* santo,
Tu *grey* en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto?...

Mas por lo mismo que el apóstrofe es en la elocuencia lo que en poesía es lo maravilloso, es menester emplear esta figura con tino y con reserva. También es menester notar que, cuando el apóstrofe se dirige á seres inanimados ó abstractos, se llama *personificación* ó

2.ª *Prosopopeya*, y es cuando se finge que hablan las personas ó cosas á quienes se dirige el orador. A primera vista parece esta figura una extravagancia, pero no lo es, ni mucho menos, sino vivo producto de la fantasía, la cual tiene la generosa persuasión de ver animada toda la naturaleza. Por otra parte, estando poseida de pena ó alegría busca naturalmente á quién comunicarlas; y no teniendo á mano testigos de su congoja, ó alborozo, propende á entablar conversación con los objetos

que le rodean. El real profeta dice á este propropósito (1): *Los rios batan las manos, y juntamente hagan regocijo los montes delante de Jehová.* Es verdad que la prosa no tiene tanta libertad como la poesía; pero en las grandes emociones el orador puede tomar las alas del poeta, no para volar como éste, sino para subir á su altura y destino, conmoviendo los ánimos.

3.ª *Interrogación* es cuando hablamos preguntando, no porque dudemos, ni para que nos respondan, sino para declarar con más fuerza lo que decimos, ó para estrechar al contendiente. Es como una llamada que despierta la atención, á fin *de hacer* la prueba más fuerte y aceptable, y esto solo debe tener lugar en materias claras y por todos admitidas. Cicerón confundió á Catilina con la acumulación de interrogaciones: «¿Hasta cuándo has de abusar, Catilina, de nuestra paciencia? ¿Cuánto tiempo hemos de ser el juguete de ese furor que te agita?»

A veces el orador á sí mismo se interroga, y entonces tiene que responder: ó pone la pregunta en labios del auditorio, y también

(1) Salm. 98-8.

tiene que dar la respuesta: «¿Quién soy yo para dirigir la palabra en este día solemne á tan ilustrado y piadoso auditorio? Por mí nada soy, ni valgo nada; pero el Señor que me ha enviado; él pondrá en mis labios palabras de sabiduría.»

De todas las figuras, dice Maury, la que nos ocupa es la más dominante y rápida, y tiene lugar en la exposición del asunto; mas en el desarrollo de los principios produce cierta vaguedad y hasta disgusto.

4.ª *Dubitación* es cuando nos dirigimos á nosotros mismos una especie de consulta; ó cuando por la gravedad y complicación del asunto titubeamos qué camino entre dos ó más hemos de seguir. Fr. Luis de Granada dice sobre la redención: «Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? ¿callaré ó hablaré? Ni debo callar, ni puedo hablar. ¿Cómo he de callar tan grandes misericordias? y ¿cómo he de hablar de misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento, y hablar parece temeridad.»

5.ª *Atenuación* es todo aquello que disminuye ó mitiga las buenas ó malas cualidades de otro; como de uno á quien no se le ama,

se dice: que no se le aborrece. Propiamente hablando, se *atenúan* los delitos, esto es: se aminoran; y se *mitigan* los dolores, esto es: se calman.

6.ª *Exclamación* es la ponderación viva y rápida de la grandeza de cualquier efecto y de cualquier pasión vehemente. Es el grito de la sorpresa, de la admiración, del dolor, la cólera, la indignación y alegría, expresados con las interjecciones ¡ah!, ¡oh!, ¡ay! Mas como el sonido de la exclamación desaparezca veloz, le debe acompañar y sostener, ó bien la repetición, ó bien la interrogación. Dice á este respecto Fr. Luis de Granada: «¡Oh! amor no criado, que siempre ardes, y nunca mueres! ¡Oh! amor que siempre vives, y siempre hierves en el divino pecho!» Aquí se ven dos bellas figuras que sostienen la exclamación: la repetición de *amor* y de *siempre*, y el contraste de *vivir* y no *morir*.

Cicerón exclama contra Catalina: «¡O tiempos! ¡o costumbres! El Senado entiende estas cosas; el Cónsul las vé, ¿y no obstante vive este hombre? ¡Vive!!...»

«¿Y te atreves, ó pérfido asesino
De un hijo idolatrado
Presentarte ¡oh furor! ante la madre
En su sangre bañado?

7.ª La *optación* expresa el deseo vehemente de una cosa; la *Execración* es la maldición execrable del pecado, y la *Obsecración* implora la misericordia de Dios.

8.ª y última: El *dialogismo*, especie de prosopopeya que se comete, cuando uno se hace á sí mismo preguntas y respuestas, como si estuviera con otros hablando.

El *diálogo* y el *coloquio* conservan su idea común de conversación entre dos ó más personas que alternativamente discurren; pero se diferencian en que el coloquio es una conversación familiar y libre, sin sujeción á ninguna regla; y el diálogo es la conferencia seguida que por esto mismo se sujeta y conforma con las reglas. Así decimos propiamente *coloquios* de Erasmo: *diálogos* de Platón. A entrambos son opuestos el *soliloquio*, cuando habla la persona consigo misma, y el *monólogo*, que aunque idéntico, está consagrado exclusivamente al teatro.

La ficción de los interlocutores dá entera libertad al orador para referir minuciosamente un hecho lastimoso, reprender con energía el vicio, inspirar con cierta gracia la virtud, y dar á la oración un colorido, tanto más vivo, cuanto que más de cerca se describe la natu-

raleza. Esta es la razón de que pertenezca el diálogo á las tres secciones en que hemos dividido las figuras de pensamiento; porque el diálogo á la vez que señala los objetos, instruye, deleita y mueve las pasiones.

En el sermón del niño perdido pone en los labios de su Madre el venerable Granada estas palabras: «¿En dónde estais, hijo mio? ¿en dónde reposais? ¿estais, por ventura, al sereno y al frio, tratando con vuestro eterno Padre? ¡O sol, que con tus rayos descubres todas las cosas, descúbreme al Señor de ellas!»

ARTÍCULO ÚLTIMO

DEL USO DE LAS FIGURAS

Es innegable que las figuras dan á la oración vida, gracia y movimiento, y es menester usar con prudencia y acierto de estos adornos, para que no degeneren de su valor y estimación, teniendo presentes las siguientes reglas:

1.ª Las figuras se han de emplear con medida, parsimónia y discreción. No es más bello y pintoresco un campo, porque esté cubierto de flores sin orden ni concierto; sino

que tan solo será bello y agradable, cuando las flores que lo matizan están distribuidas con cierta regularidad y armonía. Del mismo modo, cuando las figuras se multiplican con profusión en el discurso: cuando en vez de adornar y de hacer más vivo el pensamiento, le oscurecen y ocupan todo su lugar, las figuras están fuera de su órbita, y tal estilo forzosamente tiene que ser oscuro, hinchado y confuso. Con razón llama Quintiliano á las figuras *ojos del discurso*, y es cosa clara que los ojos no ocupan todo el cuerpo.

2.ª Las figuras deben ser tan naturales y apropiadas, que parezca que el orador las encuentra como de paso y sin pesquisarlas. Nacidos para dar luz y colorido al discurso estos adornos, solo caben donde los pidan el lugar y la materia: estas galas solo deben vestir á ciertos miembros de la oración, como si para ellos nacieran únicamente.

3.ª Las figuras se deben preparar y regular con arte y oportunidad. La naturaleza, en medio de ser tan pródiga, jamás presenta de repente lo más agradable. El crepúsculo antecede á la aurora, y ésta precede al sol. Así deben preceder ciertos preparativos para colocar las figuras en su lugar correspondiente,

como las flores de un prado, cuya entrada no debe ser repentina, ni violenta, ni complicada; sino fácil, sencilla y desembarazada.

TRATADO CUARTO

LOCUCIÓN PÚBLICA

Entramos ahora de lleno en el punto más esencial é interesante de la Oratoria sagrada. Cuanto dejamos expuesto en los tratados anteriores á este cuarto se ordena, y en él aplicación rigurosa y fecunda tienen aquellos preceptos. Debemos, por lo tanto, en el examen y desarrollo de este punto proceder con pulso seguro y método exquisito.

PARTES DE LA ORATORIA Y DE ESTE TRATADO

Las partes de la oratoria son las cinco ya indicadas: invención, disposición, elocución, memoria y pronunciación. Todas ellas tenemos que examinarlas detalladamente en este tratado, en el cual nos vemos precisados á dividir la disposición en general y particular por su gran extensión; á exponer la memoria

por su brevedad en un solo artículo, y la elocución entra como se deja ver por su nombre en las demás partes. Por todo lo cual dividiremos este tratado en cuatro partes: Invención ó preparación remota, disposición general ó preparación próxima, disposición en particular y pronunciación ó elocuencia exterior.

PARTE PRIMERA DEL TRATADO

DE LA PREPARACIÓN

Ninguno debe atribuirse el papel de inspirado, ni presumir de profeta máxime en un ministerio tan sublime como es el de la predicación. Por consiguiente, siendo el alma de la oratoria un discurso perfecto en todos los detalles, antes de entrar y examinar su mecanismo, debemos comenzar, como en toda operación larga, por los preparativos, debemos analizar y clasificar los elementos del discurso.

En tésis general el orador necesita de una doble preparación, remota y próxima: llaman los retóricos á la primera extrínseca y á la segunda intrínseca. Los lugares intrínsecos, á

quienes Aristóteles llamaba *sedes*, son: la definición, el género y la especie, las causas y efectos, la enumeración de partes, las circunstancias de personas, cosas, tiempos y lugares, los antecedentes y consiguientes y la comparación, la semejanza y los contrarios. Los lugares extrínsecos, llamados también *fuentes*, son: los testimonios y ejemplos, argumentos comunes en todos los géneros de elocuencia; pero en la sagrada los más propios y especiales son: La Escritura, los Padres, la Teología, la Filosofía y la Historia.

CAPITULO PRIMERO

PREPARACIÓN REMOTA, Ó DE LA INVENCIÓN

ARTÍCULO I

DEL ESTUDIO

El orador ha de poseer necesariamente cierto caudal de conocimientos relativos á la sublime misión que tiene por fuerza que desempeñar. En rigor no debería ignorar nada de lo que hay de sustancial é importante en el asunto; porque se le ofrecerán ocasiones de

predicar sobre materias muy diversas; y no se puede hablar bien de lo que no se conoce perfectamente. Los antiguos maestros eran tan exigentes sobre este particular, que solo tenían por orador perfecto aquel que hubiere oido mucho, visto mucho, leido, pensado y meditado mucho. Así lo enseña Cicerón (1). *Sit boni oratoris multa auribus accepisse, multa vidisse, multa ánimo et cogitatióne, multa etiam legendo percurrisse.* Pero no se extendía esta exigencia de los antiguos á todos los conocimientos, sino á los propios y peculiares de la profesión de cada uno; y los del orador sagrado se limitan y extienden á la grandeza de su misión sublime.

Contra esta ignorancia en los ministros de la palabra santa han escrito todos los maestros pasados y presentes: contra ella clamaron con vehemencia los Padres, y contra la misma los concilios formularon terribles penas. Mas hoy esa ignorancia es doblemente perjudicial; porque ha desaparecido en gran parte aquella sencillez de espíritu y la sumisión de la voluntad, que tan comunes y vivas eran en épocas de fé: en las campiñas lo mismo que en

(1) *De Oratore* I-50.

las ciudades el sacerdote encuentra hoy la incredulidad, inspirada por la corrupción de costumbres, y ambas descansan en los brazos viles de la ignorancia.

Así es que los oradores jóvenes nunca se deben lanzar con punible precipitación y sin la preparación suficiente á la cátedra sagrada; de otro modo téman, como dice S. Gregorio (1), porque se asemejarán á los tiernos pajarillos que, al emprender un vuelo demasiado alto sin tener aún alas bastante fuertes para sostenerse, fatigados caen á tierra, se lastiman y á veces perecen. Para obviar tan lamentables males deben los predicadores, como encarga también S. Bernardo, hacer acópio antes de repartir, y llenarse ellos mismos antes de dar á los demás: *infunde, ut effundas.* El Espíritu Santo, sobre todo, recomienda que sean depositarios de la ciencia los labios del sacerdote, para que de su boca los pueblos aprendan la ley: *Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem resquirent ex ore ejus.* Mas qué materias debe abrazar esa ciencia tan necesaria, y la extensión que ha de tener, será el objeto del articulado subsiguiente.

---

(1) *Pastor*, L. III, c. 25.

ARTÍCULO II

DE LA SAGRADA ESCRITURA

La S. Escritura tiene incontestablemente derecho al primer lugar en los estudios preparatorios del predicador. Ella es, como dijo muy bien San Gregorio Magno, la manifestación que hizo Dios de su voluntad á los hombres: ella encierra la palabra, que el predicador está encargado de anunciar, como decía el Apóstol: *Praedica verbum;* y solo ella lleva en sí la eficacia de la verdad: *sermo Dei vivus et eficax.* Así como la palabra del hombre es muerta, é incapaz de producir frutos para la vida eterna; la palabra de Dios, al contrario, en sí misma tiene la virtud y el poder de persuadir y de mover: es un «fuego que» á los más frios «calienta: un martillo que rompe» las almas empedernidas, y una «espada que penetra» los más recónditos pliegues del corazón. Ella, en fin, embalsama y constituye ese aroma especialísimo de la peroración sagrada de tal modo que, para mover los afectos, nada se vé más eficaz, ni más dulce, ni más tierno y patético que los pasajes de la Biblia.

El profeta Ezequiel oyó la voz de Dios que le decía (1): *Fili hominis, comede volumem istud, et vadens loquere ad filios Israel.* «Hijo del hombre, come éste envoltorio, y vé, y habla á la casa de Israel... Y le comí, y fué en mi boca dulce como la miel.» Cualquiera que comiere como Ezequiel de ese divino libro adquirirá seguramente erudición copiosa, preciosas noticias, abundancia de sentencias, imágenes y figuras eficacísimas para toda clase de personas; porque la Escritura es, como ella misma dice, «leche para los párvulos y pan de vida para los fuertes:» *Lac est credentibus, cibus est intelligentibus.*

Aunque no se busque en la Biblia el ornato de las palabras, será siempre, como dice el incomparable Audisio (2), por la belleza de sus sentidos, por la virtud de sus afectos, y la propiedad y dignidad de sus imágenes el más poético, el más elocuente libro del universo. ¿En dónde sino en la meditación de los libros Santos descubrieron los Padres esos rasgos tan sublimes de elocuencia cristiana, que forman la corona y admiración de los siglos? ¿En dónde sino en las sagradas le-

(1) Cap. III-1.
(2) *Educatione morale é fisica del clero.*

tras encontraron aquellos santos doctores ese manantial fecundo é inagotable de doctrina sustanciosa y de arrebatadoras bellezas? Allí, pues, en la lectura y meditación de los mismos libros ha de tomar el predicador la sólida y sabrosa doctrina para instruir y atraer al pueblo: allí, en ese abundante manantial tiene que beber inspiraciones tan sublimes como felices, para reglar las necesidades peculiares de su época, y adquirir gran perfección de dotes oratorias.

Mas ¿cómo se han de citar y aplicar las Sagradas Escrituras? ¿Cuál es el mejor método para sacar utilidad y provecho de la palabra divina? Es evidente que no conviene en ningún discurso hacer alarde de una erudición confusa é indigesta, hacinando y amontonando textos sin orden, ni concierto, ni oportunidad. Tampoco es lo bastante citar uno que otro texto aislado y de tarde en tarde, ó por mero adorno, sino que haber debe la debida moderación, á cuyo fin, y para precaver ambos extremos, anotamos:

1.ª Toda predicación tiene que estar basada en la S. Escritura, y de ella se deben tomar las pruebas principales. Siendo los predicadores legados de Jesucristo, deben hablar

en su nombre, y usar las mismas palabras del Príncipe á quien representan, como de ello se gloriaba el Apóstol: *Pro Christo legatione fungimur* (1).

2.ª En la prueba no se deben citar sino aquellos textos cuyo sentido literal establezca y demuestre la tésis de que se trate.

El sentido místico solamente sirve para excitar y alimentar la piedad. Si alguna vez se alega en la prueba, se ha de apoyar ó confirmar con otros pasajes de la Escritura ó tradición: y aun entonces hay que exponer primero el sentido literal: «de lo contrario sería» en sentir de S. Francisco de Sales, «hacer el techo de una casa primero que los cimientos.»

El sentido acomodaticio no dá sino adorno, rara vez fuerza y vigor. Se refiere generalmente á otras cosas ó personas, y se debe utilizar con mucha circunspección. Al trastorno que hoy conmueve á la Europa se le puede aplicar el «*Conturbatae sunt gentes, et inclinata sunt regna*, que se dijo de los antiguos imperios.

3.ª No es necesario repetir el libro, capítulo y versículo: una vez que estos se hayan

(1) 2.ª ad Corint. V-20.

citado, basta indicarlos: *como dice la Escritura*. También conviene que los Textos se traduzcan al lenguaje vulgar, procurando siempre que en la versión conserven su sentido y belleza originales. Asimismo deben ser claros y breves: porque los muchos aburren, y los muy extensos causan aridez.

4.ª Sobre todo, los textos deben ser propios del asunto y oportunos. Ingerirlos de lejos, ó traerlos, como se dice vulgarmente, por los cabellos, no es lícito. El orador cuide de proponer, y jamás omitir, aquellos pasajes que, por más conocidos y vulgares que sean, confirman directamente la doctrina que se predica. El *Tu es Petrus* tan sabido no puede ser más oportuno, cuando se trata de las prerrogativas del Sumo Pontífice. Tales textos no hay duda que se han hecho vulgares: pero son clásicos, y por esto los Padres no se cansaban de repetirlos.

5.ª Entre varios textos que al asunto se refieren, aquel que prueba se ha de preferir al que afirma. Predicando contra la incredulidad, el *Iustus ex fide vivit* afirma que la fé es la vida del alma; pero este: *qui non credit jam judicatus est; quia non credit in nomine Unigéniti Filii Dei*, no solo afirma la misma vida,

sino que la demuestra, y es preferible al primero.

6.ª Cuando el asunto está probado suficientemente, los buenos oradores saben hacer más interesante la doctrina que predican con alusiones oportunas, que agradan siempre, y realzan el mérito de su discurso. De esta clase de alusiones recomendamos la de Masillón sobre la constancia en orar: «Habeis orado,» dice, «y os habeis detenido como aquel Rey de Israel, después que hubo herido por tres veces la tierra con su dardo. Mas ¿por qué no habeis continuado, á mi vez os diré, como respondió Eliseo á aquel príncipe imprudente? Si la hubiérais herido cinco veces habriais acabado con la Asiria, y conseguido una completa victoria. Dios había señalado el momento de su gracia en una nueva petición, y os habeis desanimado, cuando estábais para recoger el fruto de todas vuestras súplicas. *Si percusisses quinquies*. Tened todavía esperanza, y obtendreis lo que pedís: dad otro golpe á la puerta, y ésta se os abrirá.»

7.ª Es necesario interpretar la S. Escritura, como la interpreta la Iglesia: El concilio de Trento así lo prescribe resueltamente (1).

(1) Sesión 4.ª Canon 4.º

Cualquiera interpretación que no coincida con la tradición apostólica, se destruye por sí misma, y corrompe la S. Escritura.

Unas veces se comenta cada palabra. San Jerónimo enseña que, no solo las voces, sino que hasta los ápices y puntos están llenos de misterios.

Otras veces se interpreta el sentido, que es lo más común, y esto se hace de varias maneras:

1.ª Cuando se comparan unas sentencias con otras semejantes: como *Regnum Dei vim patitur* con *Non coronabitur nisi qui legitime certaverit.* La semejanza de ambos lugares prueba la analogía de la fé.

2.ª Oponiendo á ciertos lugares sus contrarios, cuyo resorte produce buen efecto: como al *Venite ad me benedicti* el *Recedite á me maledicti.*

3.ª Exponiendo los lugares adjuntos de cosas, tiempos, lugares y personas. En el *Quoniam ipsi possidebunt terram* (1). Si nos fijamos en las personas: *Mansueti haereditabunt terram:* (2) si en la cosa, esta es la tierra de los vivientes, el paraiso de las delicias: esa tierra, dice

(1) S. Mat. 5.
(2) Salm. 36-11.

San León, es la carne de los santos: *caro sanctorum* (1). ¿Quién dará esa posesión? el Señor, otro adjunto. ¿Y quién le moverá? su misericordia, otro adjunto.

8.ª y última. Es mucho mejor hacer girar el discurso sobre pocas y escogidas sentencias, explicándolas bien, que acumular muchas, sin explicarlas bien ni mal. El afán de parecer erudito y el amor á las sutilezas suelen producir este desorden.

ARTÍCULO III

DE LOS SANTOS PADRES

«Después de la S. Escritura,» dice San Gerónimo en carta que dirigió á Furia, «leed los escritos de los sábios,» es decir, de los Padres: *Post Scripturas sacras doctorum hominum tractatus lege*. La razón de esta preferencia es clara y manifiesta. Los Padres son intérpretes tradicionales y guías seguros, para explicar é introducirnos en el santuario misterioso de la Escritura. Si esta es una fuente de vida, los Padres son los canales por donde corre el agua de tan copioso manantial; por

(1) *In festo Sanctorum.*

cuya razón les llama el Concilio Efesino: «Luz del mundo y maestros de la vida eterna.» *Luminaria mundi, sermonem vitae continentes.*

Ellos, en fin, son aquellos varones de la antigüedad eminentes en virtud, santidad y erudición declarados por la Iglesia como testigos y órganos de la doctrina de Jesucristo: así los define Natal Aragonense. *Sunt qui antiquitate, sanctimonia et doctrina in asserendis vindicandisque Ecclesiae dogmátibus famam et célebre nomen adepti sunt.*

Para negar á los Padres sabiduría, genio y literatura; convicciones, inspiración, virtud y autoridad es menester, ó no haber leido sus obras, ó proceder contra ellos con la mala fé de los protestantes. El que no los admira, dice Fleuri, no por eso los perjudica, pero á sí mismo se perjudica seguramente.

La mayor parte de los Padres, hasta como oradores, son modelos de primer orden: sus escritos parecen manantiales fecundos de elocuencia sublime, arrebatadora y enteramente cristiana; son genios que se elevaron á las célicas alturas, en donde se empaparon de nobles y generosos sentimientos. Esta unción celeste unida con el conocimiento que ya te-

nían del corazón y sus inclinaciones, é instruidos en las reglas de hablar bien, como San Gerónimo en las de Donato, dejaron á sus sucesores trazada la senda que habían de seguir en la predicación.

Es muy cierto (1), que los Padres en su mayor parte alcanzaron tiempos de literaria decadencia; pero solo ellos la retardaron. Nadie les puede negar la gloria de haber cerrado las academias del paganismo: de haber atraido sus mejores y últimos oradores, y haber fundado escuelas y cataquésis, como la de Alejandría (2), con las cuales afirmaron y extendieren el cristianismo.

La crítica, exigente y susceptible con frecuencia, señala en las obras de los Padres ciertos lunares muy comunes en aquel tiempo; pero asimismo ellas pueden competir con las obras magistrales de la venerable antigüedad. A Tertuliano se le acusa del uso que hacía de metáforas duras; y no se tiene en cuenta, ni al primer escritor que usaba el idioma latino, ni al enérgico y elocuente defensor de los cristianos. A San Cipriano se le imputa hinchazón

(1) Muñoz Garnica. «*Retor. Sagra.*» pág. 99.

(2) Panteno fundó la escuela de Alejandría: le sucedió S. Clement. Alejandrino, y á este Orígenes con notable aplauso, el cual fundó también la escuela de Cesarea.

en sus periodos; y en ellos encuentra Fenelón magnanimidad y vehemencia como en las oraciones de Demóstenes. Del Obispo de Cartago decía San Agustín, «que peleaba con espada guarnecida de oro y pedrería.» En el mismo San Agustín se censura el abuso de sutiles y rimadas antítesis; pero es sublime y profundo cual ningún Padre, y á la vez claro y familiar. Predicando al pueblo en forma de diálogo, por fuerza tenía que usar de repeticiones y de los gustos de su tiempo. «Hablaba familiarmente al pueblo,» dice Muratori, y «usaba de un estilo conciso con apóstrofes y figuras que todos entendían.»

Generalmente hablando, los maestros de los Padres eran malos retóricos. Hasta en la culta y célebre Atenas habían decaido notablemente los estudios, cuando San Basilio y el Nacianceno, tan admirados de todos, recibieron allí sus lecciones. «En un siglo bárbaro,» dice con mucha verdad Fenelón, «San Bernardo es un prodigio.» También se ha dicho de Cicerón que cuidaba del ornato con excesivo esmero; pero dado que fueran justos tales reparos ¿qué importan entre las innumerables bellezas que caen de la bien cortada pluma de tan esclarecidos varones? A pesar

de los lunares Cicerón será siempre Cicerón, y San Agustín será siempre San Agustín.

Para formar juicio recto sobre la doctrina de los Padres se ha de tener en cuenta que ellos no hablaban precisamente como retóricos, sino más bien como pastores de las almas y con la solicitud é interés de amigos afectuosos. Los ejemplos de que se valían, los símiles que empleaban, los diálogos que introducían, y las exclamaciones que salían de su ardoroso pecho; todo eso, en fin, tenía por objeto el bien y salvación de las almas. Bajo este prisma se debe juzgar á los Padres, y no con esa crítica mordaz de los protestantes.

Mas no solamente los hijos de la reforma pugnaron contra la tradición, sino que muchos literatos, sobre todo en el siglo XVIII, declamaron contra la venerable antigüedad; por la misma razón miraron con desprecio á la Edad Media, y como era consiguiente cayeron en olvido los Padres con evidente perjuicio de la oratoria sagrada. Pero ya que la antigüedad se va rehabilitando, y la edad media recobrando el crédito que merece su gigantesco esfuerzo; ya que van cediendo tantas preocupaciones y tan ancha corriente de ideas en nuestra época, es llegada la ocasión de renovar y en-

carecer la doctrina y el sabor de los Padres, para nutrir y fortalecer con sus escritos esos sermones pobres de doctrina y sin jugo, ni sabor espiritual. El P. Ventura de Ráulica en nuestros días ha sido uno de los que con mayor franqueza y resolución ha devuelto á la cátedra sagrada su majestad y esplendor purísimos, echando mano de los Padres, y hablando su propia lengua. Ya mucho antes nuestros grandes oradores del siglo XVI manejaron mucho á los Padres, y otro tanto hicieron los franceses de la siguiente centuria. Menester es que nosotros bebamos el agua de la doctrina de las mismas fuentes. Maestros más insignes, más piadosos é instruidos que los Padres no han aparecido después. Ni en la fuerza del raciocinio, ni en la elevación del pensamiento los ha habido superiores. Su apacible unción y su fé viva encantan y enagenan siempre. En ninguno de los más ilustres escritores de nuestros días se encuentra tanto vigor, tanta sencillez, naturalidad, dulzura y abundancia tanta como en los Padres; ni menos esa flor virginal del cristianismo, tan cándida y fresca, que parece la del siglo de oro de la Iglesia; si bien ellos forman por sí solos el siglo de oro de la elocuencia.

En medio de tantas riquezas y preciosidades tantas, el orador escoger debe aquellos pasajes y giros de los Padres, que convengan mejor á su objeto. No se puede dudar que fueron hombres de su tiempo esas figuras gigantescas, y para seguirlas con acierto hay que tener presente las reglas, que se anotan:

1.ª Los jóvenes no deben abandonar el estudio de la Teología por el de los Padres; porque estos no se propusieron ordenar un cuerpo de doctrina completo, ni de nociones precisas y bien definidas, ni menos un conjunto en que todo se liga y encadena, como lo hace cumplidamente la Teología. El estudio, pues, de los Padres no ha de preceder, sino seguir al de la Teología, para fortalecerla, vivificarla y ampliarla.

2.ª Las citas de los Padres deben ser cortas, variables en lo posible y oportunas siempre. Las largas cansan, ni hay tiempo de parafrasearlas: las variadas no solo agradan, sino que surte buen efecto la confirmación de la autoridad de un Padre con la de otro.

3.ª Las citas se deben hacer con mucha discreción; máxime en aquellos pasajes en los cuales hablan los Padres prescindiendo del rigor didáctico, y sin precaver los torcidos

argumentos que había de preparar la impiedad. Es seguro que se hubieran expresado de otro modo después que aparecieron las herejías: por lo tanto, hay que atender al fin que se proponen, y al móvil y á las circunstancias en que se encuentran.

4.ª En los lugares difíciles no se han de explicar los claros por los oscuros, sino al contrario, estos por aquellos; y entre los claros se han de preferir los que fueron tratados con detenimiento, y convengan mejor al fin propuesto por los mismos Padres.

5.ª y última, Cuando se aduce como prueba el texto de un Padre, se ha de tomar en sentido literal. En la explanación se usan los demás sentidos. Es cierto que algunos como Orígenes multiplicaron las alegorías, que por esto se han de leer con cautela; pero generalmente hablando, la exégesis de los Padres contiene mucha sustancia, y distingue «el signo de las cosas que significa.» La exégesis moderna, viceversa, es frecuentemente seca, estéril y depresiva de la autoridad de los Padres.

¿Cuáles y en qué asuntos merecen la preferencia?

San Juan Crisóstomo es sin duda el prime-

ro y más grande de los oradores sagrados: es el más afluente y grave de todos. «Su juicio, es» dice Fenelón, «exquisito, sus imágenes nobles y su moral sencilla y amable.»

A la altura del Crisóstomo, llamado *boca de oro*, se aproxima San Gregorio Nacianceno. Las oraciones de este Padre son muy correctas, y es observador diligente de las reglas del arte.

A estos varones siguen San Basilio y San Efren entre los griegos, y entre los latinos San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín, San Isidoro de Sevilla, el Crisólogo, Gregorio el Grande, León Magno y San Bernardo.

Para el sentido literal de la Escritura es su mejor intérprete San Jerónimo. Los mejores guías del sentido místico son Orígenes, San Agustín, San Ambrosio y San Gregorio Magno. Multiplican las alegorías Orígenes, San Gregorio Papa y San Bernardo.

Ciertamente que se han de preferir aquellos, que mejor se adopten á la índole y genio de cada uno. Los que gusten de magnificencias imiten al Crisóstomo: los que prefieran un estilo vehemente tomen á San Cipriano, San Basilio y á Tertuliano. Los que intenten exponer los misterios en estilo ciceroniano no

dejen de la mano á San León M. Profundidad de pensamientos como la de San Agustín, dulzura como la de San Bernardo, bellezas de lenguaje como las de S. Ambrosio y literatura clásica como la de S. Jerónimo y de S. León M. no se hallan con abundancia tan espléndida en los demás Padres.

ARTÍCULO IV

DE LA TEOLOGÍA

En la Escritura y tradición se encuentra el depósito de la fé y de todas las verdades religiosas, pero en esos lugares no están dichas verdades tan perfectamente clasificadas, definidas y expuestas con términos tan formales y precisos como en la Teología, según acabamos de indicar en el artículo precedente.

La *Teología* es la ciencia que trata especialmente de Dios, de las cosas divinas y de la religión. El objeto, pues, de dicha facultad es Dios, y lo que con Él se relaciona: las fuentes ó principios de donde saca sus argumentos son la Escritura, tradición y demás lugares *teológicos*, y las materias de su enseñanza son las verdades reveladas y como tales propues-

tas por la Iglesia; ya estas se refieran á Dios, ya se dirijan á los ángeles y al bien de los hombres. Una ciencia que recorre un campo tan vasto, y tan antiguo como el mundo, debía ser expuesta con orden particular y excelente método en virtud del cual se divide en *positiva*, *escolástica y moral*.

En la Teología encuentra el predicador todo lo que necesita, para llenar su misión sublime. Él es el doctor del pueblo, y como tal tiene que permanecer seguro, así en la esfera de lo cierto en cuanto al dogma, como en los límites de lo justo respecto á la moral. Es preciso que el orador conozca bien á fondo las bases inmortales del edificio cristiano: que sepa distinguir lo dogmático de lo que pertenece á la opinión, lo que es de riguroso precepto de lo que es de mero consejo, lo eterno de lo temporal; y hasta debe no solo estar seguro de que no yerra, sino de que su ciencia es superior a toda duda. Siendo estos dotes tan necesarios al orador, también éste los necesita procurar en la única ciencia que los facilita: la *Teología*.

El orador debe además estar iniciado en el secreto de las sutilezas y argucias de los enemigos, y adivinar sus planes y complós, para

poder deshacer hábilmente la trama, y saber hacerse dueño del campo de combate. Estas armas ninguna ciencia las facilita, ni las maneja como la Teología escolástica. Ella concilia con habilidad grande la fé con la razón, la religión con la filosofía: Ella con su método pasa, con algun rodeo pero rectamente, de lo general á lo particular, de lo simple á lo compuesto, y de lo conocido á lo que no se conoce. Ella, en fin, apoyada en la Lógica y Metafísica desbarata los argumentos de los herejes: de aquí proviene, á no dudarlo, el odio de estos contra la *escolástica* tanto en sus principios de revelación, como en su método.

No ignoramos que á la sombra del *escolasticismo* se cometieron algunos abusos, y los condenamos, como los condenaron San Bernardo y Gregorio IX. Tales abusos por punto general consistían en tratar cuestiones inútiles, hacer ostentación de sutileza de ingenio, apasionarse desmedidamente por Aristóteles, y en las discusiones sostener el pro y el contra, estragando de este modo el gusto literario, y corrompiendo la oratoria. Fuera de estos inconvenientes, harto frecuentes en las cosas humanas, la utilidad del *escolasticismo* es imponderable; ya para mantener el vigór y pre-

cisión tan necesarias en las discusiones, y ya para vislumbrar las maravillas de la fé, y descubrir las armonías entre lo temporal y eterno. «Hay oro en abundancia,» decía Leibniz, «oculto bajo el lodo de la barbarie escolástica: —*Aurum lego ex stercore*. «Las que parecían,» dice Balmes, «á los ojos de una filosofía ligera sutilezas y distinciones vanas, para eludir la dificultad, eran observaciones profundas, que vienen á demostrar el análisis de la realidad y del fenómeno.» Esta verdad resplandece más en nuestros días. Los principios con su brillante luz resucitan: el *escolasticismo* renace, y su mérito se vuelve á mirar con aprecio. Basta para demostrarlo la reciente condenación de la proposición 13.ª del *Syllabus:* «El método y los principios,» dice, «con que los antiguos doctores del escolasticismo cultivaron la Teología no responden á las necesidades de nuestro tiempo, ni convienen al progreso de las ciencias.»

Menos ignoramos que muchas escuelas confunden, de caso pensado, lo que llaman *gerga escolástica (forma escolástica)*, y escolástico lenguaje, con los principios, doctrinas y verdades de la ciencia cristiana; y á nadie se le oculta, que tales academias desechan

con la forma que llaman ininteligible, las doctrinas que son sólidas; y con el lenguaje que denominan bárbaro, las verdades que son inmutables como Dios. Si escuchamos á los filósofos modernos por el protestantismo inspirados, Santo Tomás y los escolásticos no son más que un rebaño mudo y estúpido: *Mutum et turpe pecus*. Ellos llaman á la filosofía cristiana servil, porque no es licenciosa, la denominan esclava, porque no se mofa de la religión, y la designan crédula, porque no es escéptica. Condenan, en fin, á la filosofía cristiana en la persona de su jefe y representante, el Angel de Aquino. ¿Y esto por qué? porque Sto. Tomás elevó la razón católica desde luego á la mayor altura: Él ensanchó el horizonte de la razón humana, y abrió nuevos caminos al genio de la invención y de las investigaciones, enriqueciendo la ciencia con esos tesoros de luces, que son la admiración del mundo. Santo Tomás es, á no dudar, con San Agustín la expresión de la razón del hombre á su más alto grado de potencia elevada. Su genio poderoso, reflejando sobre su siglo y sobre los siguientes, difunde en ellos la luz y el orden científico, y derrama sobre la ciencia y la religión un resplandor que jamás palidece.

León XIII así lo comprende, y recomienda eficazmente, ordenando que en las escuelas se sigan y enseñen los principios y doctrinas del doctor angélico.

Pero si bien es cierto que los principios, doctrinas y método de las escuelas proporcionan al orador copiosa luz, solidez, orden, energía y claridad; si es cierto que ellas le dan armas para combatir á los herejes; de ninguna manera debe hacer uso frecuente, ni caudal grande de la escolástica, sino valerse del método *expositivo* y propiamente oratorio.

En orden á la Teología *moral*, como ya indicamos al principio de este artículo, el predicador debe distinguir perfectamente lo que es de riguroso precepto y de simple consejo, de obligación y de perfeción; lo que se puede tolerar, y lo que se ha de prohibir, para no falsear la conciencia de los fieles con decisiones demasiado suaves, ni tampoco amedrantarla con principios excesivamente severos. ¿Y cómo ha de poseer el orador esta ciencia tan extensa y complicada, y ofrecer garantías de una enseñanza sólida y ortodoxa sin un fondo de conocimientos morales bien ordenados? Cualquiera puede aspirar á la fama de teólogo, sin ser predicador; pero nadie será predicador,

ni siquiera mediano, sin ser buen teólogo. Hasta en un auditorio rural se requiere la teología; porque en ninguno puede el orador dejar de ser claro, preciso, cabal y sólido en la exposición de la doctrina y desarrollo de los principios. El orador, pues, se ha de aplicar con empeño á la teología, sobre cuyo estudio hacemos dos advertencias:

1.ª Es necesario metodizar los estudios de la juventud. En esta edad se suelen recorrer las materias con poco encadenamiento y menos orden: por lo general se recogen nociones aisladas y superficiales. Al concluir los estudios, es preciso fijarse bien, por lo menos, en los principios y saber aplicarlos, únicos que derraman la luz y la vida en todo el espacio científico; y luego familiarizarse con las distinciones, en virtud de las cuales se hacen aplicaciones felices y decisivas.

2.ª Se ha de precaver ese aparato inútil y vano de erudición, que no esté al alcance de los oyentes. El orador cuide más de ser claro que de parecer docto. Así el vulgo comprende, y el sabio se conmueve, quedando todos edificados.

ARTÍCULO V

DE LOS AUTORES ASCÉTICOS

La misión del predicador es anunciar, no solamente lo que Dios tiene ordenado, sino también lo que Jesucristo forma continuamente en el corazón cristiano, como encarga el Apóstol: *Quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis*. Es decir: que el orador también ha de imbuir á los fieles en la vida espiritual, y dirigirlos en la vida interior: les ha de revelar las inclinaciones secretas de su propio corazón y el veneno sutil de las pasiones, que ponen á la virtud en peligro, y ordinariamente la corrompen. Misión augusta, que tiende á coronar la obra del Salvador, y con Él á preparar la consumación de las almas en uno: *Ut sint consummati in unum*.

¿Y en dónde encontrará el orador ese talismán, norte de todos los corazones? En los autores ascéticos, mucho mejor que en los sermonarios, se encuentra ese conocimiento verdadero del corazón humano: el de esas pasiones que sin cesar inquietan al espíritu, y esos detalles prácticos de la vida humana, que derraman viva y copiosa luz en un discurso sagrado. Tan solo en los principios

y ocupaciones del ascetismo se encuentra ese santo y místico comercio del alma con su Dios: esa unción suave, verdadero perfume de la piedad de la cual toda predicación debe estar embalsamada, para conmover y vivificar. Pero piedad y unción que no se adquieren con la simple lectura, buena siempre, sino por «caminos muy subidos de oración,» como enseñan Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Solo por la oración se alcanza ese atractivo y embeleso, que elevan y fijan en Dios las facultades todas del espíritu: solo, en fin, contemplando ese piélago de inmensa luz, y anegándose, como el Serafín de Asís, en el foco del amor: *in amore annegamini*.

San Buenaventura, enseñando un crucifijo á Sto. Tomás, le decía que de aquel Señor tomaba la ciencia; y bien podía replicar el Doctor angélico que sacaba la suya del mismo copioso é inagotable manantial. El ven. Avila decía resueltamente que su principal librería era el Stmo. Sacramento del altar. Tomás de Kempis, en fin, miraba con tal aprecio la ilustración, que se recibe directamente de Dios, que hasta tenía tedio á los doctores: *Taedet me saepe multa legere et audire: in Te est totum quod volo et desidero. Taceant omnes docto-*

res..., *tu mi loquere solus* (1). Una prueba del conocimiento experimental, que se recibe de Dios por la oración, es nuestro moderno apóstol, Fr. Diego de Cádiz. Era éste tan rudo al principiar su carrera, que no podía entrar en el latín, y en un examen sencillísimo fué reprobado. Mas luego que Fr. Diego se consagró a la oración fué iluminado, y adelantó de tal modo, que fué un varón esclarecido, de facil palabra y copiosa erudición.

Y en vista de dones tan preciosos y de ventajas tan considerables, como las que trae consigo la Teología mística, ¿es por ventura, ésta la única senda, y esencial conducta, que adoptar deben los oradores? De ninguna manera, lo decimos con noble franqueza. Los casos extraordinarios no pueden servir de regla común. Ejercítese la juventud en la oración, que es muy laudable y necesario medio para recibir de Dios inspiración, ciencia y óptimos dones; pero no se dispense por esto del trabajo, del estudio y del arte, como hicieron los varones citados, y enseñan todos los místicos. «Esta Teología mística,» decía Leybniz, «es á la Teología ordinaria lo que la poesía es á la

(1) *De imit.* 1-3.

elocuencia, es decir: mueve más; pero es necesario que se contenga en sus límites: en todo ha de haber moderación.» Este género de elocuencia es impetuoso y á la vez suave: tiene arranques fortísimos é imágenes de color muy subido; pero á veces demasiado sencillas y débiles. Los discursos, en fin, de la mística contienen ese carácter ígneo, el más propio para destruir los vicios, é inflamar las almas, que no tienen nada de místicas; pero á la generalidad de ellas no las inflama, ni conmueve. A fin, pues, de obviar los inconvenientes, y utilizar las ventajas, anotamos las reglas que siguen:

1.ª El predicador lea con interés las obras de los mejores místicos, para entrar en vida muy cristiana, y adquirir sabor espiritual y copia de máximas excelentes; pero en el púlpito guárdese de imitar el modo y forma de los místicos. *Sed cavendum est oratori, ne in tractatione eos imitetur. Aliud enim est de virtute christiana conscribere, quae pii hominis cum fructu legant et meditentur; aliud ad multitudinem verba facere* (1).

2.ª No conviene al orador, para el ejercicio de la predicación, la lectura de los mís-

(1) Kleutgen. *Ars dicendi*, 4-4.

ticos mediocres, que son en gran número: y mucho menos la de los ínfimos, que son innumerables. Todos estos proponen generalmente cosas útiles, pero no las prueban. Los oradores que se engolfan en tales autores, suelen perder la fuerza del raciocinio y la eficacia de la persuasión.

3.ª La lectura de los místicos superiores aprovecha mucho, y asimismo ha de ser moderada y sin mezcla de unos con otros. Si en ellos se busca el argumento del sermón, será mejor hojear la Biblia ó los Padres, en los cuales se hallará más sustancia. Si se buscan ejemplos, tómense pocos y únicamente apropiados al asunto. Algunos confirman la doctrina y deleitan siempre: los muchos estragan la oratoria.

4.ª Úsese con sobriedad la mística; porque el común de las gentes no entiende cosas tan subidas, y solo á pocas las dispensa Dios. En esta materia váyanse con tiento los predicadores: sean espirituales, mas no visionarios, ni lo echen todo por la vía de la contemplación. «De donde diere,» decía Santa Teresa.

5.ª y última. Nunca presuma el predicador que no necesita de la ciencia y del arte,

bajo el pretexto de que basta con la ilustración superior. Esta enseñanza celestial es más que suficiente; pero el que uno se crea dotado de ella, bien puede ser presunción, ó error lamentable. Además de que tal enseñanza, como don gratúito y transitorio, solo se da en casos extraordinarios.

Nadie haga profesión de predicar sin reglas bajo el pretexto de que las despreciaban los más fervorosos místicos. Por humildad y solo en apariencia hablaban así esos varones; porque sus escritos enseñan lo contrario. Eran ellos hombres de mucho estudio, de profundos conocimientos, hábiles retóricos y muchos de ellos preceptistas. San Basilio estaba muy versado en la retórica: con Libanio la estudió el Nacianceno, S. Gerónimo con el célebre Donato, y S. Agustín la enseñó. El P. Segneri, célebre predicador italiano, dió preceptos en el *Cristiano instruido:* Fr. Luís de León escribió *El perfecto predicador*, el ven. Granada su *Retórica Eclesiástica*, y San Juan de la Cruz hizo lo mismo. S. Francisco de Sales, San Alfonso de Ligorio, Bosuet, Avila, y Ravignan hicieron otro tanto. ¿Y no fueron buenos hablistas nuestros místicos del sigloXVI, que formaron el siglo de oro de nuestra literatura?

ARTÍCULO VI

DE LA HISTORIA

El que conoce la historia de una ciencia, conoce también la ciencia misma; por esto la historia de la Iglesia es el complemento de la teología, y fuente de argumentos para el orador.

Se divide la historia en *sagrada*, *eclesiástica* y *profana*. Constituyen la primera las Sagradas escrituras; la segunda los anales y crónicas religiosas, los martirologios y santorales, ó vidas de los santos; y componen la tercera los anales de los pueblos.

En la historia *sagrada* está contenido el verdadero espíritu de Dios, y á éste se ha de atener lo mismo el orador que el pueblo (1). Acerca del espíritu de Dios en el gobierno de los pueblos hace Bosuet el análisis y aplicaciones muy acertadas en su obra: *Política sagrada*. En ella hace ver el Obispo de Meaus que Dios reprueba y castiga las arbitrariedades del poder público: «Achab», dice, «caminaba de crimen en crimen, y fué precipitado de su-

(1) Véase el artículo II sobre la *Escritura*.

plicio en suplicio. Tal castigo recibieron los que introdujeron en Israel el poder arbitrario.» «Dios,» añade Bouset, «no autoriza las rebeliones, ni quiere que nadie dé ocasión á que estallen; pero el Señor permite el espíritu de rebelión, cuando quiere derribar á los tronos y castigar unos crímenes con otros crímenes, que castiga también á su tiempo; porque es siempre terrible y siempre justo.»

Es igualmente un gran auxiliar para el orador la historia eclesiástica, la cual tiene por objeto el desenvolvimiento del reino de Dios sobre la tierra, y refiere los hechos en la Iglesia ocurridos. De ella se valían los Profetas y Jesucristo mismo en sus peroraciones; y con mucha verdad decía Fenelón «que en religión todo es antigüedad, tradición é historia.» Ciertamente que por medio de la historia se reconocen las maravillas de Dios sobre los hombres y los pueblos, los combates y triunfos de la santa Iglesia, el origen y curso de las herejías, la admirable y sabia legislación de los concilios, y ella revela la feliz dirección imprimida por el genio cristiano á la ciencia enseñada por los Padres, que son los grandes pensadores, los verdaderos filósofos de su época, y la dirección dada también por las atrevidas con-

cepciones de los escolásticos. En una palabra, la historia eclesiástica con esplendoroso brillo revela todo lo que hay en la religión cristiana, en sus dogmas, moral y disciplina de unidad, encadenamiento, razón, poder, vida y perfección. Es por lo tanto, ella una especie de ámplia y vigorosa Teología.

En orden á la historia profana, su importancia está por todos los eruditos reconocida. «*Historia vero,*» dice Cicerón, *testis temporum, lux veritatis, vitae memoria, vitaeque magistra, nuntia veritatis.* Definición clásica que todos repiten. No son menos notables las palabras de Diodoro sobre la Historia, á la cual le llama: «El auxiliar de la providencia, sacerdotisa de la verdad y madre de la filosofía.» «*Si haec monumenta,*» dice Tito Livio, «*te non móvent, nulla te movebunt.*» Cicerón citaba con frecuencia las memorias de la antigüedad y los hechos de los mayores, para probar lo que asentaba. Si, pues, tanto enseñaban, y movían tanto los testimonios y símiles que aducía el orador romano en sus arengas, de igual utilidad y persuasión servirán á los predicadores. Los hechos históricos son, á no dudar, como pruebas sensibles, que instruyen y convencen, agradan y deleitan juntamente.

Conviene citar los hechos históricos con oportunidad y acierto teniendo á la vista las reglas que siguen:

1.ª Que no se aduzcan hechos dudosos, ó que se presten á interpretaciones siniestras: cuando más, tales como son, presentarlos.

2.ª Lo que se refiera descansar debe en el testimonio de autores fidedignos. Este discernimiento es obra de la crítica, de la cual dice el ilustre Audisio, «que difunde desde algún tiempo más vivas luces sobre las historias; y no aplicarla con esmero á los fastos de la Iglesia y á los hechos de los santos, sería defender á la Iglesia con armas de papel.»

3.ª Los sucesos que se aduzcan deben conducir al fin propuesto.

4.ª La narración de los hechos ha de ser clara y ligera; una exposición pesada no solo distrae del objeto principal, sino que á los mismos hechos quita fuerza.

5.ª Las citas profanas se han de justificar por su evidente utilidad. Por punto general las anécdotas y los dichos de los poetas en los sermones no sientan bien: se deben citar rarísima vez, sin nombrarlos siquiera.

ARTÍCULO VII

DE LA FILOSOFÍA

Si el orador cristiano debe de adquirir el buen gusto y discernimiento en el pensar y el decir, los escritores profanos le ofrecen modelos excelentes de la bella literatura.

El estudio de las humanidades, dice Hamón, refina el gusto, despeja el entendimiento, enseña mucho á sentir, y á trasmitir mejor lo que se siente. La palabra y la razón, dice Agustín Valerio, distinguen á los hombres de los animales, y la retórica distingue á los hombres, que poseen tan noble distintivo, entre sus semejantes. No se concibe, pues, un orador que no sepa las reglas de la composición y buen gusto.

Es igualmente un gran auxiliar para el orador el estudio de la lógica, por cuyo medio se aprende á distinguir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, y lo evidente de lo probable: por este mecanismo se forman ideas claras y precisas y del mismo modo se expresan.

Mas sobre todos estos auxiliares sobresale,

y á todos los comprende la *filosofía* que, según S. Agustin. «es el desarrollo de la razón:» *Ratio mentis motio est.*

Este desarrollo tiene lugar: 1.° Cuando investigamos argumentos de *razón*, á lo cual se llama discurrir ó *filosofar*; 2.° Cuando nos apoyamos en la autoridad de los sábios, y 3.° Cuando añadimos á la luz de la razón, que á todos alumbra, la luz indeficiente de la revelación, que ilumina solo á los creyentes. En este triple sentido consagraba su fecunda vida San Agustin á la *filosofía*: *Huic investigando inservire proposui.* Esa era la sabiduría que con afán buscaban los griegos, como atestigua S. Pablo, y esa la que debemos predicar: *Groeci sapientiam quaerunt, nos autem praedicamus.* Se eleva la razón á la mayor altura, cuando la fé viene en auxilio de aquella como á recompensar sus esfuerzos, y aumentar las luces naturales: *Ratio perveniens finem suum.* De manera que, sin el refuerzo de la fé, como decía Kleutgen, el discurso no tendrá fuerza ni calor para mover y persuadir: *Frigebit oratio.* «La razon natural,» dice S. Francisco de Sales, «es un buen árbol, que Dios, ha plantado en nosotros: sus frutos tienen que ser buenos; comparados con los de la gracia son muy in-

feriores en mérito; pero algún mérito tienen.» Si tanto vale la razón, si son apreciables sus frutos, y Dios recompensa sus méritos, no debe despreciar el orador tan importante recurso, para ilustrar el entendimiento, ganar la voluntad y tocar el corazón. Pero ha de cuidar principalmente de que su discurso sea cristiano, é informado de sabiduría celestial: ha de procurar, en fin, que su discurso solo conserve las apariencias naturales; preciosa industria con la cual la razón á la fé se acerca y á la gracia la naturaleza.

Este recurso de la razón podrá ser utilísimo y hasta necesario en aquellas naciones descreidas, que bajo el prisma del racionalismo pretenden arrancar del corazón humano las creencias católicas. Mas como es facil abusar en este punto, se indican las reglas que siguen, muy en consonancia con las del artículo anterior,

1.ª Que el orador se aplique á la filosofía profana, muy enhorabuena, pero secundariamente: solo para conocer el mundo y sus tendencias, sus preocupaciones, pasiones y locuras. San Ambrosio se reprendía á sí mismo por el mucho tiempo, que había consagrado al estudio de la *filosofía*. S. Geronimo también se

lamentaba de su afición excesiva por Marco Tulio; y estos Padres vivian en tiempos bien tristes. La afición desmedida por las bellas composiciones no conviene á las almas, que se consagran enteramente á Dios.

2.ª Se ha de preferir la lectura de aquellos autores, cuyo prestigio y autoridad en punto á literatura y buen gusto sea reconocida é incontestable.

3.ª El predicador ha de ser muy sobrio en citas de autores profanos, para no quitar al discurso su color evangélico. «Son buenos,» dice S. Francisco de Sales, «pero es preciso servirse de ellos como de los hongos, muy poco, tan solo para despertar el apetito; y aun entonces deben estar bien condimentados.» El único fruto que se podrá utilizar de los autores profanos será con el fin de avergonzar á los cristianos tibios, que descuidan las máximas por los mismos gentiles inspiradas.

4.ª y última; que nunca es lícito mentar en el púlpito personajes fabulosos, ni proponer como modelo de salud virtudes paganas, que la Iglesia no reconoce. *Non in Socratis aut Platonis, sed in Christi Schola edocti sumus.*

SEGUNDA PARTE DEL TRATADO CUARTO

PREPARACIÓN PRÓXIMA Ó DISPOSICIÓN EN GENERAL

Acabamos de puntualizar las reglas de la *invención*, y á conocer minuciosamente los *lugares oratorios*, que así los llamaba el citado Aristóteles (1), de los cuales tiene que sacar el orador sus argumentos, y ahora procede que dispongamos el discurso. Esta *disposición* es *natural*, cuando en el discurso se colocan las cosas según el orden, que pide su naturaleza; y es *artificial*, cuando se distribuyen según el plan que forma el orador.

Advertimos por segunda vez, que esta parte y la siguiente son ambas de la misma índole y naturaleza: las dividimos únicamente por su importancia, y porque en esta segunda parte consideramos el asunto en general y con brevedad, mientras que en la siguiente le examinamos en particular y con extensión.

(1) Él trataba de los lugares profanos, y nosotros de los sagrados.

CAPITULO SEGUNDO

DE LA PREPARACIÓN PRÓXIMA

La preparación próxima no es otra cosa que la composición misma del discurso. Por consiguiente, vamos á entrar de lleno en el gabinete del joven orador, á quien tenemos que acompañar en su penoso trabajo de composición. Esta consiste en designar el asunto y formar bien el plan, meditarle mucho y explanarle convenientemente; por último redactar el discurso y revisarle con esmero. Tales actos pueden ser consecutivos ó coetáneos, es decir; se pueden realizar cada uno por su orden, ó constituir una operación continuada; pero el orador necesita estar impuesto en este mecanismo, para lograr felices resultados.

ARTÍCULO I

ELECCIÓN DEL ASUNTO

El éxito feliz de la predicación pende mucho de la buena elección del asunto. En este punto la religión ofrece al orador anchísimo campo: todas las materias del cristianismo son

grandes y sublimes; pero no son igualmente necesarias y oportunas. La gloria de Dios, la necesidad y utilidad del pueblo indican el asunto más conveniente.

El orador ante todo ha de reparar las costumbres que predominan en la población: ha de ver si en ella reinan insólita incredulidad, ó funestas preocupaciones: si la fé se mantiene, pero sin acción y sin obras; si, en fin, son frecuentes los escándalos y enemistades: Ó al contrario, si se practican actos de piedad, y el nombre del Señor es bendecido. Este conocimiento previo es utilísimo y hasta necesario, para elegir asunto adecuado á la capacidad, índole y necesidad del auditorio.

Después de hacer esta indagación analítica del carácter popular, no por esto el orador elegir debe otros asuntos que los comunes y ordinarios. En estos cabe todo, y se llaman justamente comunes por su necesidad y utilidad reconocidas. Y entre los temas comunes ha de preferir los que convengan al mayor número de oyentes. La saludable comida de la predicación es casi siempre la misma: el mérito está en la salsa de la forma ó composición: *non nova, sed nove.* También ha de contar el orador consigo mismo. El asunto ha de guar-

dar relación con su talento. Tratar de salir alguno de su esfera es caer en presunción, castigada ordinariamente con un descalabro. Así lo canta Horacio:

Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam viribus.....

Hay además, cierta clase de asuntos, como el matrimonio y la impureza, que solo un orador encanecido en el ministerio la puede tratar, y aun este con reserva y delicadeza; porque las susceptibilidades de lenguaje están en razón directa de la corrupción de costumbres.

Por último, el orador evitar debe aquellos asuntos, que por su sencillez no dan materia suficiente para un sermón, y aquellos que por su extensión fatigan.

ARTÍCULO II

MEDITACIÓN DEL ASUNTO

Meditar el asunto es mirarle por todos sus lados, y estudiarle con sumo cuidado. No basta una ojeada rápida ó superficial, sino que es menester considerar la materia en todas sus fases, para presentarla de manera que instruya, convenza, edifique y conmueva.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Para instruir hay que tener ideas muy claras y precisas del asunto y de los accidentes con él relacionados; y luego hay que procurar la forma más adecuada para emitir las ideas.

Para convencer es necesario elegir y pesar los más sólidos argumentos, ó pruebas decisivas, que interesen y persuadan juntamente.

Para edificar hay que exponer la parte doctrinal de la manera más práctica, buscando los mejores toques, y mejores retratos de costumbres.

Se pasa desde luego á la parte del sentimiento. Para esto se averiguan los mejores medios de herir los corazones, y se procuran los mejores recursos oratorios, enterneciendo con ellos, y conmoviendo á las mismas *piedras*.

La meditación del asunto es, como se vé, de la mayor importancia y necesidad. Por su medio el entendimiento escoje las mejores pruebas, el corazón los más bellos impulsos, la imaginación las más ricas figuras, y el estilo sale fluido, terso y natural, brotando sin violencia bellas flores del fondo de cultivado prado.

ARTÍCULO III

PLAN DEL DISCURSO

Luego que la meditación y el estudio han proporcionado los materiales, hay que coordinarlos y en su respectivo lugar colocarlos, es decir: es menester formar un *plan*, que abrace y armonice toda la materia del discurso. El plan es tenido por Maury como el alma y fundamento del sermón. «Si el plan,» dice, «está mal concebido, si es oscuro, indeterminado é incompleto, por fuerza tiene que haber en las pruebas inevitable confusión, divagación molesta y movimiento sin progreso.» Por el contrario, si el plan es claro, preciso y bien diseñado, los argumentos se ofrecerán fácilmente con orden y enlace; por su armonía duplicarán la fuerza, y producirán esos impulsos que trasportan el corazón, y aseguran el triunfo de la verdad.

Es necesario, pues, adoptar un plan, que derrame luz, unidad y método en el discurso. Algunos sacan del texto el plan, que á veces sale bien; pero generalmente hablando, esta clase de planes no son propios y naturales. Por esta razón Maury censura el plan, que

Masillón saca del Texto para su discurso sobre la *confesión;* y no hay duda que dicho plan, aunque ingenioso, es muy rebuscado. Con más razón y justa dureza censura el Padre Aquaviva el error *grosero* de aquellos, que de antemano forman en su cabeza cierto plan, y solo recurren á los autores, para buscar apoyo en su propia y libérrima concepción.

De cualquier modo, ya se saque, ó no, del texto, el plan ha de ser fruto del estudio y meditación, y ha de nacer de la naturaleza del asunto: *Ex visceribus rei.*

ARTÍCULO IV

DESARROLLO DEL ASUNTO

Coordinada la materia bajo un plan general en consonancia con el principio de unidad, está hecho el discurso, pero en esqueleto, árido y sin vida. Con esa frialdad y pobreza podrá servir, cuando más, para una inteligencia clara y un corazón recto; pero siendo cosa clara y manifiesta, que á las verdades religiosas se oponen siempre la ignorancia y la pasión; y contra la práctica de la virtud cunden tantas dificultades, preocupaciones y desór-

denes; el predicador no debe limitarse á una exposición breve, árida y sencilla, sino que ha de aducir pruebas convincentes, y entrar en explanaciones minuciosas y oportunas. En una palabra, tiene que desarrollar el asunto, para que en él resalte aquella vida, calor y gracia; aquella unción, valor y entusiasmo necesarios para edificar á los buenos y triunfar de los renitentes y protervos.

Asegura Quintiliano (1) que la fuerza y mérito de la elocuencia estriba en el desarrollo del asunto, dirigiéndole con habilidad; precepto que así le han comprendido todos los oradores, y en su mejor aplicación han empleado su talento.

¿Y cuales son los elementos y las fuentes á las cuales ha de acudir el orador, para desarrollar el asunto? Primeramente á los lugares comunes, cuya exposición hemos hecho en la *preparación remota*. También se cuentan en este número los recursos que ofrece la retórica, y por último los pormenores de las costumbres.

1.° Son fuente inagotable de desarrollo los *lugares comunes* y las grandes y asombro-

(1) Libro VII, cap. III.

sas verdades de moral; como la eternidad, la muerte, juicio, infierno y gloria; los remordimientos, desengaños y las mil situaciones de la vida. El mérito está en que tales lugares se acomoden de manera que no parezcan comunes, sino indicados propiamente para el asunto, sacando de cada cosa el mayor partido posible.

2.° Las *explanaciones oratorias*, que adornan, realzan y derraman la claridad y belleza en todas las partes del discurso: que de lo que antes era un esqueleto descarnado, forman un cuerpo repleto de animación y robustez. Estos recursos de la oratoria no son otra cosa más que los principios, causas y efectos del asunto; las contradicciones, analogías y circunstancias de modo, lugar y tiempo: medios que se expresan con las palabras: *Quid, quis, quibus auxiliis, cur, quomodo, quando.*

3.° *Los pormenores de las costumbres* son otra fuente de desarrollo; es decir: las descripciones y detalles que ponen á la vista de los fieles las obligaciones relativas á la materia, las faltas que la violan, y los medios de corrección.

En el número de estos pormenores entran las *suposiciones*, como aquella de Masillón so-

bre el *corto número de los elegidos*, en cuyo discurso, trasportando el auditorio al tribunal del Juez supremo, le mostró palpablemente la distinción de buenos y malos. Pasaje sublime con el cual Masillón logró turbar á los oyentes, y es ciertamente, según el mismo Voltaire, uno de los más bellos rasgos de elocuencia.

Por último son fuentes fecundas de animada explanación las comparaciones, ejemplos y parábolas. De cada uno de dichos elementos se dijo lo esencial en el *Tratado de las figuras*. Y aquí solo debemos ampliar su noción en lo que atañe á la práctica.

COMPARACIÓN

La *comparación* tiene muchos puntos de semejanza con la *metáfora*. Si decimos de un Ministro: «es la columna del estado,» hacemos una metáfora; y diciendo «que sostiene la carga del estado, como la columna el peso del edificio,» hacemos una comparación. Más dejando estas nociones puntualizadas en su lugar respectivo, (1) aquí solo nos cabe mirar la com-

(1) *De las figuras.*

paración como un adorno, este *bello adorno* conviene á todo género de elocuencia; cual brillante luz que á cualquier asunto embellece. Mas éste brillo solo luce con las precauciones, que anotamos:

1.ª Que las comparaciones se saquen de objetos muy conocidos y comunes, como las de Jesucristo que las tomaba del cuerpo humano, de la vid, siega, mosquito, hormiga, pastor.

2.ª Que no se saquen de objetos despreciables, bajos, ni tampoco indecorosos; porque la dignidad del púlpito requiere mucho tacto y discernimiento.

3.ª Que sean en lo posible cortas: que se prefieran las de la Escritura y las de los Padres las cuales, además de que son hermosísimas, están consagradas por el uso y la piedad.

EJEMPLOS

Ejemplo es un hecho acaecido en otro tiempo que se propone y refiere, ó para que se imite y siga siendo bueno y honesto, ó para que se huya y evite siendo malo. Los ejemplos tienen poder secreto y maravilloso para convencer y aclarar puntos dudosos: son argu-

mentos en acción, que afectan á los sentidos; por cuya razón los usaron con frecuencia el Salvador, los Apóstoles y los Padres.

PARÁBOLAS

La parábola es la narración de algún suceso, que se supone ó finge, del cual se saca cierta moralidad ó ilustración del asunto. Este medio á todos gusta y embelesa, y á todos dá lecciones saludables bajo una forma que no exaspera ni amarga. Ciertas verdades demasiado duras sin este suave artificio presentadas ajarían á cualquiera sin convertirle. Nada más tierno y edificante que la del *Hijo pródigo*, y otras mil usadas por Jesucristo. A veces son más decisivas que los mejores argumentos, como la siguiente de Bosuet sobre la vida: «La vida humana,» dice, «es como un camino que termina en un es»pantoso *precipicio*, el cual conocemos desde el »primer paso; mas según las leyes de la natu»raleza es preciso marchar siempre *adelante;* »y aunque quisiéramos volver atrás, hay que »seguir *¡adelante!* Un peso irresistible y una »fuerza insuperable nos arrastran, y nos obli»gan á avanzar incesantemente hacia el *precipi»cio:* mil trabajos y contratiempos nos fatigan

»é inquietan durante el camino ¡y si con esto »pudiéramos evitar el *precipicio!* Mas no, no, »es preciso marchar, es preciso correr, tal es »la velocidad del tiempo. Nos consolamos, no »obstante, porque de cuando en cuando en- »contramos objetos que nos divierten, aguas »que corren, flores que pasan: quisiéramos »detenernos; pero *¡adelante! ¡adelante!* Y ve- »mos que todo lo que ha pasado perece de- »trás de nosotros: ¡espantoso fracaso! ¡ruina »inevitable! Nos consolamos, porque cogemos »al pasar algunas flores, que vemos marchitar »entre nuestras manos desde la mañana hasta »la tarde; y algunas frutas que al tomarlas se »pierden: ¡todo es encanto! ¡todo ilusión! »Arrastrados siempre hacia lo *adelante*, nos »aproximamos al espantoso *precipicio:* ya prin- »cipia todo á querer alterarse; los jardines es- »tán menos floridos, las flores menos brillan- »tes, los colores menos vivos, las praderas »menos risueñas, las aguas menos claras; todo »se oscurece, todo se borra; las sombras de la »muerte se presentan, y se divisa el abismo »fatal. Pero es forzoso adelantarse hasta la »orilla: un paso más, y el espanto turba los »sentidos, la cabeza se desvanece, y la vista »se ofusca. Sin embargo, hay que ir *¡adelante!*

»Quisiéramos volver atrás; pero ya no es po-»sible: todo ha desaparecido, todo ha huido »de nosotros.»

REGLAS DE LA EXPLANACIÓN

Todos los recursos elementales, que van indicados, poco importan, de nada valen, si no se ciñen á las reglas de la buena explanación, cuyas reglas hemos encarecido en el *Tratado de la predicación*. Aquí solo apuntamos las más triviales.

1.ª No conviene explanar el asunto más allá de lo necesario, para que salga el discurso claro, sólido é interesante. Cuando el desarrollo pasa de sus límites justos, produce alguna confusión; porque lo supérfluo ahoga lo bueno, de lo cual resulta que una gran facilidad se convierte en un gran defecto.

2.ª Disponer el desarrollo de manera que la «oración vaya siempre creciendo,» es decir: que la explanación sea cada vez más clara, más animada y victoriosa. Masillón imaginaba que tenía de frente á su adversario, y le estrechaba más facilmente con toda la fuerza del razonamiento y el más ardoroso celo.

3.ª Ampliar siempre, sin aumentar frases

inútiles: multiplicar el sentido, añadiendo algo de nuevo. Lejos del púlpito el *charlatanismo*, esto es: la repetición de una misma idea con palabras diferentes. Sirva de modelo la siguiente de Bordalouve:

«La recompensa que prepara Dios á sus es»cogidos es segura: *Ecce*, vedla. Es Dios el »que os la promete; y si la quereis de buena »fé, vuestra será: *Ecce merces vestra*. Es tan »abundante recompensa, que no tendrá más »límite que la magnificencia de Dios, y col»mará todos vuestros deseos: *Ecce merces ves»tra copiosa*. Ella es, en fin, una recompensa »eterna, que jamás perdereis, pues os está re»servada en el cielo, donde no sufrirá cambios »ni alteraciones: *Ecce merces vestra copiosa est in coelis*.»

ARTÍCULO V

REDACCIÓN DEL DISCURSO

Después de tener formado el plan, y pensado el desarrollo que conviene darle; solo resta tomar la pluma, y redactar el discurso. Tarea decisiva, que reclama el cuidado y aplicación de los preceptos del arte, de tal modo

que, faltando esta etapa, todo se ha perdido.

Hay ocasiones en las cuales la inteligencia parece muerta, ó sin recursos de ningún género, de modo que cada idea y cada palabra cuestan «un ojo de la cara.» Entonces se asemeja la facultad intelectual del orador á una fuente que no brota con abundancia, y necesita del rocío del cielo que aumente las aguas, para que estas vuelvan á correr diáfanas y trasparentes. En esta situación el escritor no debe tirar la pluma con despecho, sino dejar su tarea para hora más favorable.

Pero así como la fuente necesita del rocío del cielo, que haga subir sus aguas; así también la imaginación fatigada del compositor precisa la inspiración del cielo, para recobrar la energía y fecundidad necesarias. Muchas veces á los piés de un crucifijo y en los momentos de oración fervorosa una luz repentina enciende el corazón é ilumina la mente del orador. Entonces debe tomar la pluma y verter sobre el papel cuanto le sugiera su alma en aquel momento de feliz inspiración. Entonces no debe cortar el vuelo de la mente, ni preocuparse por las reglas del arte, sino abandonarse al fuego de la pasión y del sentimiento. Además de esto, nunca olvide el orador

que mientras escribe, la imaginación funciona, y lo que no suele ocurrir reflexionando, suele ocurrir escribiendo.

«Todos aseguran,» escribe M. Parennes, «que tienen ciertos momentos felices y de inspiración, en los cuales la pluma no puede seguir la rapidez con que concibe la mente: entonces se escribe sin interrupción, como si el escritor estuviera bajo el dictado de un ser que le alumbra.»

Mas, nunca se ha de confundir la predicha *esterilidad* con la frecuente *pereza:* ésta se ha de combatir con energía y decisión; ya volviendo á meditar sobre el asunto, ya repitiendo la lectura, ora buscando materias variables y conexas, ora suscitando la discusión del punto con personas discretas. La experiencia demuestra feliz resultado en dichos estímulos, con los cuales cesa paulatinamente la inercia y sequedad del ánimo.

Por regla general, lo que mal se siente, mal se dice; y lo que se dice mal, ni persuade, ni agrada, ni conmueve. Con razón, pues, dice Horacio que las palabras se ofrecen por sí mismas á los que han meditado bien el asunto. De aquí parte la regla, y entiéndanla bien los oradores, de que ninguno trate de es-

cribir sin estar inspirado: *fervente cálamo*, esto es sin estar lleno del asunto. Convienen todos en la necesidad que tiene el corazón de trasmitir con facilidad y abundancia lo que le abrasa y hace latir.

ARTÍCULO VI

CORRECCIÓN

Las observaciones que venimos haciendo en este articulado, son todas referentes al fondo de las cosas. Ahora y por último, tenemos que ocuparnos del *estilo* y *corrección*, en la seguridad de que las formas influyen mucho más de lo que se piensa en el éxito de la predicación. Por cierto que semejante tarea no es tan facil y rápida como parece á primera vista. Dice el Padre Rapin (solo en casos ordinarios estamos conformes con su paternidad) «que para inventar se necesita menos genio que para coordnar.» Creemos que tanto para la invención de los conceptos, como para su coordinación es menester igual genio y habilidad.

Y volviendo á nuestro intento, es indudable que en la redacción primera se cometen

faltas aun por la pluma más ejercitada en el oficio. Es menester, por lo tanto, volver sobre lo andado: es preciso corregir las construcciones, las figuras y expresiones impropias ó incorrectas; es necesario acortar lo que sobra, suplir lo que falta, y trasladar lo que no está en su sitio, procurando que haya en todo el discurso unidad, enlace, orden y armonía. Sacando copia del discurso, se conocen muy bien sus lunares, y se conocen mejor cuando aquel se aprende; porque ambos ejercicios despiertan la atención y afinan el gusto. Hasta conviene retocar el discurso, después de predicarle, y es mucho más conveniente revisarle, pasando cierto tiempo; porque de este modo enfría el cariño que ciega durante la composición: además de que la experiencia madura el juicio.

A estas correcciones minuciosas alude, sin duda, Quintiliano, cuando dice: «Corregid, corregid esto; creedme, corregid de nuevo, corregid más» (1). Todos los más grandes y distinguidos escritores se formaron en el curso de semejante labor, y algunos, como San Agustín, se ocuparon en revisar sus escritos hasta

(1) Véase el Artículo único del Estilo.

su muerte. ¿Cómo es posible que tantos oradores que carecen de igual saber y talento se hayan de creer libres de emplear el mismo esmero y diligencia?

En casos urgentes, sin embargo, y hasta ordinarios, no hay necesidad de hacer tantos reparos; teniendo en cuenta que, si á primera vista gusta el discurso al orador, gustará igualmente al público.

ESTILO

Entre las correcciones la principal es la del estilo. Acerca de esto dejamos dicho lo bastante sobre las *cualidades de los pensamientos* y de las *palabras*, y sobre todo en el *Tratado del Estilo*. Aquí solo puntualizamos lo esencial á guisa de un oportuno recuerdo. La redacción de un discurso sagrado se ha de distinguir por cuatro propiedades:

1.ª La *claridad*, que según Quintiliano es la primera y fundamental virtud: *Prima virtus perspicuitas*. ¿Cómo el orador ha de llevar el convencimiento al alma, el interés al corazón y la corrección al auditorio, si éste necesita poner sumo cuidado, para comprender un pensamiento que se le escapa? Por esto quería

San Próspero un lenguaje tan claro, que hasta los más torpes le comprendieran: *Ut ab intelligentia sui nullos etiam imperitos excludat.*

2.ª *La sencillez*. Es un error manifiesto la creencia de que la sencillez consiste en vaciar los pensamientos según y conforme se presentan en la mente, ó se oyen vulgarmente. Todo lo contrario, la sencillez es el fruto del estudio y reflexión: es aquella gracia y unción naturales, que no excluyen la exactitud y armonía. La sencillez es lo bello sin ostentación, lo noble sin afectación alguna, lo común sin trivialidad ni bajeza, y es propia, en fin, de almas cándidas.

3.ª *La nobleza*: *Oratio sit plena gravitatis et pónderis*, decía S. Ambrosio. Siendo la predicación la palabra misma de Dios, parece muy justo que la forma, con que ésta se haya de revestir, sea un cúmulo de nobleza, dignidad y majestad.

4.ª y última. *Pureza* y *variedad*. Será pura la redacción, cuando se ajusta enteramente al lenguaje de los más reputados escritores y castizos hablistas del país: será la redacción variada, cuando modifica las ideas y el estilo, modulando á la vez la entonación conforme la requiere la materia eufónica. La variedad, no

solo se desarrolla con el estudio, sino especialmente con la inspiración; cesando ésta, no existe aquella, y el estilo es forzosamente frío y monótono.

TERCERA PARTE DEL TRATADO

DE LA DISPOSICIÓN EN PARTICULAR Ó EN SUS PARTES MAS MINUCIOSAS

CAPÍTULO TERCERO

DE LAS PARTES GENERALES DEL DISCURSO

Las reglas que guiar deben al orador en el penoso mecanismo de la composición, ó son generales de modo que se adaptan á todo discurso, ó especiales según sea el género de la oración. Las reglas generales del discurso están basadas en la misma naturaleza, la cual reclama que, hablando de cualquier asunto, se preparen los ánimos, para inclinar su atención y entrar en materia. Esta se ha de exponer con claridad, confirmar, y resumir necesariamente. Tal es lo más esencial del discurso; y tales partes se designan con estos nombres: *exordio*,

proposición, *división*, *narración*, *confirmación*, *refutación* y *peroración*.

De las citadas siete partes solo son necesarias cuatro, á saber: exordio, proposición, prueba y peroración: las tres restantes solo tienen cabida, cuando las pide la materia; pues no hay siempre asuntos que dividir, ni hechos que narrar, ni tampoco dificultades que resolver.

Hay ocasiones en las cuales la narración hace las veces de exordio, como luego veremos: ni al mismo exordio miraba como necesario Aristóteles, cuando eran buenos los jueces: *Aristóteles quidem in totum id necessarium apud bonos judices negat* (1).

La proposición y división se incluyen de tal manera en el exordio, y á veces en la misma narración, que tal uso es general. En ocasiones las dos citadas partes no se declaran explícitamente, ni conviene declararlas. En orden á la refutación es rigurosamente una especie de prueba.

Queda, pues, demostrado, que son necesarias las siete partes, y en ocasiones dadas bastan las cuatro referidas; pero son tan nece-

(1) *Quint. Inst.* 4-1.

sarias en todo discurso sus partes esenciales, que sin ellas, y sin estar cada una colocada en su lugar respectivo, aquel sería ciertamente, por lo que atañe á la elocuencia, un absurdo. Porque todo discurso pide por su propia naturaleza persuadir, agradar y conmover; cuyos fines no se llenan sin las partes necesarias y su buena disposición. Solo así se complace y convence el auditorio, como se convence y complace cualquiera en la fachada y proporciones de un bello y magnífico edificio.

ARTÍCULO I

DEL EXORDIO

El *exordio* es la introducción del discurso, en la cual se prepara con buen modo á los oyentes, para que reciban con atención, docilidad y benevolencia lo que se les vá luego á decir: *Reddere auditores benévolos, atentos et dóciles* (1).

Se deriva el exordio de la palabra latina *Exordium*, comienzo, y aquí está la dificultad: el que mal comienza, nunca bien acaba,

(1) *Cicer. De Invent.* libr. 1-15.

y el que comienza bien, tiene adelantado mucho. El orador, pues, empezar debe hablando de sí mismo con modestia, y mostrando respeto á los oyentes, para poder granjear su *benevolencia*, *docilidad y atención*, cuyas cualidades son el fin del exordio.

La benevolencia se obtiene, si el orador es un sacerdote virtuoso y digno: si muestra interés grande por el bien espiritual de sus oyentes: si, en fin, le mueve solo el amor de Dios y de la verdad, al defenderla contra los errores, ó al denunciar los abusos.

La *atención* se concilia, proponiendo asuntos de gran interés, ó que le tengan en tales circunstancias: También se capta, indicando el asunto con brevedad y claridad, y especialmente conmoviendo los ánimos de tal modo que no puedan menos de prestar atención suma.

La *docilidad* de los oyentes, ó su gusto en prestar atención, se consigue, definiendo bien las cosas, dividiendo con método exquisito, y explanando con claridad, sin abrumar la memoria con múltiples y diversas especies, ni aglomerarlas de tal suerte que asemejen un laberinto.

No es posible preceptuar una forma invariable para ésta parte del discurso; porque aquella tiene que someterse á la naturaleza del asunto y á las circunstancias del momento. Mas por punto general el exordio debe ser sencillo, ingenioso y proporcionado; unas veces insinuante, otras pomposo y algunas vehemente ó exabrupto. Detengámonos un momento en cada una de estas especies.

El exordio *sencillo*, que también se llama templado y legítimo, es aquel que principia con suavidad, atrayendo la benevolencia del auditorio, é indicando facil y naturalmente el asunto. En la situación tranquila en que todavía se halla el auditorio, le conviene un lenguaje pacífico: una exposición clara y breve sobre la materia, sin pompa ni ostentación de ningun género. Si el asunto pide algunos adornos, estos deben ser dulces y apacibles. El más hermoso día no principia con un sol brillante, sino con una claridad tan tíbia que aún participa de la oscuridad de la noche. Mucha dignidad y poco brillo, tal es, según Cicerón, el caracter del exordio: *Gravitatis plúrimum, splendoris mínimum* (1).

(1) *Ibidem.* 25.

Ingenioso quiere decir importante en el fondo y correcto en la forma. Lo primero que ha de llegar al oido del pueblo ha de ser muy escogido. Ninguna parte del discurso es atendida con más ahinco, ni mayor sangre fría que el exordio: por él se juzga del mérito del orador, concepto que influye mucho en el resto del discurso. Esto nadie lo debe extrañar, propendiendo la naturaleza del hombre á dejarse llevar de las primeras impresiones.

Debe guárdar tanta *proporción* con el discurso, como la cabeza con el cuerpo. Un discurso corto precedido de un exordio largo sería tan monstruoso, como lo es un enano con cabeza de gigante. El exordio, pues, ha de tener relación íntima con el asunto, del cual ha de salir como la flor de su tallo. Toda idea que no conduzca directamente al asunto, sobre inoportuna, es perjudicial; porque en vez de fijar la atención, la extravía. En verdad que tan solo se ha de indicar la materia muy someramente, sin pormenores agenos, ni digresiones inconexas, ni siquiera pensamientos accesorios. Una prueba que se apunte en el exordio, se le quita su gracia y novedad: se le quita sobre todo la fuerza; porque la impresión de la prueba es mayor, siendo esta ente-

ra y en su lugar. Y como íbamos diciendo, sobre la regla de proporción; el exordio largo fatiga y previene á los oyentes contra el resto del discurso, adivinando con justa razón que será interminable; pero también se ha de precaver, y no es menos dañosa, la excesiva brevedad.

El exordio *insinuante* solo tiene cabida y es necesario en ocasiones peligrosas y difíciles, como cuando el auditorio está prevenido contra el orador, ó contra su clase, ó contra la doctrina que vá luego á exponer. En tales casos el orador se ha de *insinuar* con mucho tacto y disimulo, se ha de introducir blanda y suavemente, comenzando á caminar por rodeos ingeniosos, empleando formas agradables, levantando muy poco á poco el velo que oculta su propósito, y desbaratando con prudente tiento la prevención de los ánimos.

En nuestros días de tanta incredulidad é indiferencia tanta, en los cuales las personas y asuntos religiosos son objeto de injurioso desprecio y á veces de picante sátira, el orador no debe comenzar acometiendo de frente, ni con áspero desdén, sino de soslayo y á retaguardia, brotando espontáneamente de sus lábios la persuasión y la dulzura. Debe comenzar

por una circunstancia imprevista y especial, nunca vaga, sobre la doctrina ó personaje contrarios: ó por la persona del orador mismo la cual mostrándose agena, tiene interés y amor á la verdad que se discute. Lo cierto es que precisa evitar el choque repentino entre la doctrina, que trata de proferir, y las preocupaciones, que piensa desarraigar; no cayendo de sorpresa sobre un auditorio prevenido en contra. Tales exordios de *insinuación* están hoy en boga, lo estuvieron siempre: con ellos se anda como á escondidas, se descubre la verdad solo á media tinta, se llega tarde; porque antes se desvanecen ciertas preocupaciones; pero al fin se llega, y con seguridad, al asunto.

El exordio *insinuante* de Cicerón sobre la ley agraria es quizá en este género el más acabado modelo: no lo es menos el que pronunció á la caida de la revolución francesa el Obispo de Hermópolis: «Yo no vengo,» decía este, «á exponer nuevos planes de educación, »á examinar métodos de enseñanza, ni á depri»mir lo presente y elogiar lo pasado. No, se»ñores: Trato únicamente de presentar algunas »reflexiones morales y religiosas, que apli»carse deben á todo sistema de educación, y

»que deben tener presentes siempre los padres »y maestros. No temais que en el curso de es»ta discusión me salga de los justos límites, ni »que me propase á decir cosas poco comedi»das: conozco mis derechos y también mis »deberes. Tengo derecho á decir la verdad en »lo perteneciente á mi ministerio, y la diré »sin acrimonia y sin ofender á nadie. Si al »mismo tiempo debo ser circunspecto, lo »seré también, pero sin pusilanimidad, y espe»ro que después de haber oido mi discurso, »quedareis tan satisfechos de mi moderación »como de mi franqueza» (1).

No es menos *insinuante* y magnífico el que pronunció S. Pablo en Atenas (2). «Estando, »pues, Pablo en medio del Areópago, dijo: »Varones Atenienses, en todo os veo como »más supersticiosos: porque pasando, y miran»do vuestros santuarios, hallé también un altar »en el cual estaba esta inscripción: *Al Dios »no conocido*. Aquel, pues, que vosotros hon»rais sin conocerle, á este os anuncio yo.

»El Dios que hizo el mundo, y todas las »cosas que en él «son,» este como sea Señor

(1) *Conferenc. sobr. la educac.*
(2) *Acta apost.* XVII-22 y siguient.

»del cielo y de la tierra, no habita en templos »hechos de manos; ni es honrado con manos »de hombres, necesitado de algo: pues Él á »todos da vida, y respiración, y todas las co»sas...»

El exordio *solemne* ó *pomposo* desde el primer momento despliega toda la galanura de que es capaz, y da de sí un asunto grandioso, un tema brillante conocido de todos; como el panegírico, la oración fúnebre, ó una doctrina de suma importancia. También ha de ser *apasionado* y *patético* el exordio, cuando el auditorio está conmovido. Sería gran defecto comenzar de una manera pequeña un asunto de vivo interés y valor grande para los espectadores, defraudando sus esperanzas.

Como hemos de ofrecer modelos de toda clase más adelante, aquí solo presentamos en calidad de pomposo y patético el de S. Juan Crisóstomo en favor de Eutrópio, favorito del Emperador, que caido y amenazado de muerte, se acoje al santo, que dice:

«Si alguna vez he debido exclamar: *Vani»dad de vanidades y todo vanidad*, nunca como »en la ocasión presente... ¿Dónde está el an»tiguo esplendor de las más altas dignidades? »¿En qué han venido á parar tantos honores y

»distinciones? ¿En qué los aplausos, danzas y »banquetes? ¿Dónde están las coronas y broca»dos? ¿Dónde la alegría de la ciudad, las excla»maciones del circo y las lisonjas de los es»pectadores? Una sola ráfaga de viento ha bas»tado para separar las hojas del arbol, para »quebrar sus raices, y derribarle en tierra... »¿Dónde se fueron, dónde están ahora los fa»voritos y amigos del poderoso? ¿dónde sus »viles aduladores? Todo ha desaparecido como »un sueño, como una flor, como una sombra. »No puedo, ni quiero dejar de repetiros estas »palabras del Espíritu Santo: *Vanidad de va»nidades y todo vanidad*. Esta sublime senten»cia debiera estar grabada con caracteres inde»lebles, con caracteres de oro en las plazas »públicas, en las puertas de las casas, en las »mismas habitaciones, pero principalmente en »los corazones, para ser objeto constante de »meditación y estudio.»

Advertimos al orador que produciría malísimo efecto, y sería un contrasentido, empezar con tanta galanura y magnificencia, y desmayar luego, acabando, como se dice, *por los suelos*. Así es que, si el orador no domina el asunto, ni maneja bien la lengua, ni sabe tocar las fibras del corazón; si no es, en fin elo-

cuente, déjese de esos rasgos de subida elocuencia, para no languidecer, y quedar completamente rebajado. Los buenos oradores nunca se remontan al principio, para no crearse la gran dificultad de continuar bajo la misma cuerda.

Exórdio *vehemente* ó *exabrupto* es aquella entrada encendida y vigorosa del orador ante un auditorio vivamente conmovido, cuya entrada le causa cierto extremecimiento. Suelen dar lugar á tales exórdios acontecimientos felices, como el fin de una epidemia; ofensas grandes que excitan funciones de *desagravios*; ó la victoria que salva el honor y el engrandecimiento de la patria.

«¡Al calvario! Este es el día de los gran«des misterios del Dios de Jacob: *Ascendamus «ad montem Dei Jacob.*» De esta manera empezaba el P. Ventura su sermón sobre la pasión y muerte de Jesucristo.

Cuando Catilina se presenta en el Senado, siendo ya notorios sus crímenes, se levanta el Cónsul, y dirige contra aquel malvado este terrible apóstrofe. *¡Quousque tandem abutere, Catilina, pacientia nostra!....*

En orden al exordio *vehemente* señalan los preceptistas dos reglas: 1.ª Que se maneje con

mucha moderación. Es precepto de Tulio: *Exordium dicendi vehemens et pugnax non saepe esse debeat*. Esta calidad es inherente al carácter sacerdotal.

2.ª Que no se prolongue con exceso la exaltación de la palabra y el arrebato del ánimo: *Neque tamen his motionibus dictius inhaerere* (1).

Concluimos este punto de la misma manera, que le hemos comenzado. El buen sentido debe dirigir al orador, para reparar el exordio con particular detenimiento; porque del modo de comenzar pende mucho mérito: *Dimidium facti, qui coepit, habet*, dijo muy bien Horacio. El exordio presentaba tanta dificultad á Cicerón, lo mismo que á Pascál, que era lo último que componía. Pero á pesar del respeto que merece el más grande orador de Roma, y de que Tulio es, á no dudarlo, el más acabado modelo en toda clase de exordios, nos parece sencillo y lógico comenzar por la cabeza como punto de partida, suponiendo la verdadera preparación del asunto.

(1) Kleutgen. *Ars dicendi* 4-2.

Como puedan ser muchas las fuentes de las cuales se puede tomar el exordio, en obsequio á la brevedad, las reducimos á cuatro: Los argumentos del cuerpo del discurso, los adjuntos, la exposición de la materia y las ilustraciones. Diremos algo de cada una.

Traer el exordio del fondo de los *argumentos* es como sacarle de las entrañas de la cosa; *Ex visceribus rei.* Este será el mejor exordio, y el que mejor indicará el asunto; porque contiene el gérmen, que en el discurso se desarrolla. Todas las pruebas, digresiones y movimientos del discurso en tan preciosa semilla se encierran, ó á ella se refieren. Tratándose de la generosa oblación de Jesucristo; entrar hablando de la misericordia del Señor, será traer el exordio del corazón del asunto.

Bueno será también aquel exordio, que se derive de los *adjuntos* de personas, tiempos y lugares.

Adjuntos de personas: «Hombres criminales habían de condenar al Justo por excelencia. Sacerdotes, fariseos y escribas, tigres ávidos de sangre, un discípulo traidor, un po-

pulacho frenético y un Proconsul corrompido habian de perseguir con feroz encono al inocente y dulcísimo Jesús!»

Adjuntos de tiempos: Llegaron aquellos dias anunciados por los profetas, predichos por los oráculos y tan esperados por el mundo: llegó, en fin, la plenitud de los tiempos...»

Adjuntos de lugares: «Vió la Judea el nacimiento de aquel Niño, celebrado por los ángeles, festejado por los pastores y por los Magos adorado. Vió Belén la claridad de la Estrella, el júbilo de los hombres y maravillosos acontecimientos. Vió Jerusalén...»

Por último, se puede tomar el exordio de las *ilustraciones*, Esto es; de las sentencias, ejemplos, símiles y parábolas.

BELLEZAS Y VICIOS DEL EXORDIO

Acabamos de indicar que, como regla general, el exordio tiene que ser *sencillo, ingenioso y proporcionado*. Ahora tenemos que añadir y contar entre sus dotes y bellezas la *propiedad, el esmero, modestia y brevedad*: por el contrario, debemos notar como defectos más notables, que sea *vulgar, común, separado y conmutable*; ó que sea también *pusilánime y arrogante, afectado y largo*.

Será *propio* el exordio, cuando se adapta tan perfectamente al asunto, que no sirve para otro: el exordio *vulgar*, al contrario, lo mismo se puede acomodar á uno como á diferente asunto.

El orador huya siempre del exordio *común*. Este así se llama, porque tan bien se puede ajustar á la causa propia, como á la contraria: lo mismo sirve para defender la religión, como para combatirla con ligeras alteraciones.

El *esmero* estriba en escojer las mejores sentencias y bellas expresiones, y proferirlas también con su gracia relativa. Por el contrario, las licencias poéticas, la afectación en los adornos, la pulcritud nimia, y ese trasporte que al orador enagena con las pretensiones de su entrada estupenda; todo esto hace entre los inteligentes que dicho exordio sea *extravagante*.

El exordio debe formar un todo compacto con las demás partes del discurso, á las cuales sirve de entrada, y ha de tener el mismo mérito artístico que el vestíbulo de un templo entre quienes, templo y vestíbulo, hay la debida proporción. Por el contrario, si el exordio no guarda conexión con la materia: es decir: *separado*, en tal caso *non est ad rem*

con todo rigor. De aquí parte la *brevedad* como una virtud, que observaba siempre Bosuet en todos sus exordios. Entre los doctos se considera como defecto notable un exordio largo; ya lo sea por tomar más de lo necesario de los argumentos, y ya por dar vueltas inútiles antes de llegar al asunto.

La última virtud del orador sobre todo en el exordio es la modestia. La jactancia y el arrojo ni agradan nunca, ni captan la benevolencia. Es cierto que algunas verdades se pueden inculcar con firmeza, redarguir y reprender con valor; pero la arrogancia y el descaro son inadmisibles é intolerables.

La modestia, pues, tiene que ser laudable siempre, con tal que no degenere en temor. El exordio no luce, cuando el predicador está temiendo romper el hilo del discurso; porque entonces, además de que no piensa en lo que dice, titubea, repite, tiembla, y al fin se pierde facilmente. No hay duda que un orador pusilánime teme subir al púlpito, como el que no es marino teme meterse en el mar; y aunque este temor en ciertos casos es acto de prudencia, el orador, una vez embarcado, persuádase que sin remedio tiene que llegar al fin. Si la nave se mueve, si sale del puerto, si sur-

ca las olas, ¿á qué viene mirar atrás ó á los lados? El predicador, pues, que ha salido del puerto de su exordio, para entrar en el mar de su discurso, no se debe acobardar, ni temer los escollos contingentes, puesto que, para eso se ha embarcado, para llegar al término de su viaje feliz y contento.

Concluimos este punto, el más difícil quizá del discurso, con el sábio consejo de Cicerón, cuyo dictamen observaba el mismo escrupulosamente en todas sus oraciones, á saber: El exordio no se ha de pensar, ni menos se ha de aprender hasta que los materiales del sermón estén acopiados, hasta que el espíritu pueda entrever con claridad todo lo que se haya de anunciar. *Quod primum est dicendum, postremum soleo cogitare. Nam si quando id primum invenire volui, nullum mihi occurrit, nisi exile, aut nugatorium, aut vulgare, aut commune* (1).

DIVISIÓN DEL EXORDIO

El exordio debe contener cinco partes: el sagrado *texto*, la *introducción* con la cual se

(1) *De Oratore* 1-77. Lo mismo se dice pág. 309.

principia, la *indicación* del asunto, brevísima *invitación* é *invocación* á la Virgen.

El uso del *Texto* viene de los Padres, que encabezaban siempre sus instrucciones con algún pasage del Evangelio. Los maestros de Israel también apoyaban sus enseñanzas en los Profetas, costumbre que fué sancionada por Jesucristo, y se ha hecho general en la Iglesia con toda razón; porque la palabra divina, según el Crisóstomo, es como el incienso, que despide siempre buen olor, y cayendo sobre ascuas, á mayor distancia difunde su aroma. De igual modo el Texto es como el tema por el cual se prevee la materia ó idea dominante del sermón, y se ha de buscar á propósito y de manera que no sea demasiado largo, ni demasiado corto. Un orador empezó con este Texto: *Siluit: calló,»* y los oyentes se miraron unos á otros con extrañeza.

La *introducción* es una ó más consideraciones, con las cuales el orador abre su entrada, para irse acercando á la proposición. Bourdaloue fué observador fiel de esta regla.—«Texto.» *Et in peccato vestro moriemini.*—«Introducción:» *No hay dos males más grandes que la muerte y el pecado...*

Después de formular la *proposición*, algu-

nas veces, no siempre, conviene hacer una sencilla *invitación*, prometiendo ser claro y breve. Solo á continuación cabe un saludo de cortesía, dirigiéndole al personaje que preside la función. Considerando que no es el púlpito como la academia, se pueden omitir buenamente semejantes cumplidos. «No quiero tributaros alabanzas,» decía un célebre orador á Luis XIV, «porque no las hallo en el Evangelio.» Prescindiendo de tal cumplido indirecto, la etiqueta exige á veces formular un elogio, y éste cuando más se debe hacer tan comedido y breve, que á nadie ofenda; ni tampoco excite la vanidad, ni menos contriste al personaje aludido.

Por último, la *invocación* es una costumbre digna del cristianismo. Consiste la invocación en principiar con la señal de la *cruz*, como que todas las gracias nos vienen por los méritos de Jesucristo crucificado, y en concluir el exordio implorando la gracia por la mediación de la Santísima Virgen.

Si los historiadores y poetas comienzan ordinariamente sus obras por una invocación á la divinidad, ¿con cuánta más razón no debe comenzar su obra el legado de Dios, implorando el socorro celestial?

En orden al orígen de la *salutación angélica* en el fin del exordio no se puede fijar; pero se sabe que en el siglo XV era de práctica constante. También se puede sustituir el *Ave María* por la *Regina coeli* en la pascua, y en los sermones de la Cruz ó de pasión por la estrofa *O Crux ave...*

Y volviendo á la *invocación* en sí misma, dos modos hay de arreglarla; el uno ingenioso y vehemente, y el otro breve y sencillo. El primero adereza con cierto esmero el remate del exordio, cayendo con gracia estudiada en el *Ave María*. En tales conclusiones llenas de arte, como así las llama Fenelón, son inevitables la afectación y el amaneramiento. Mas en ocasiones será muy del caso y sentará perfectamente una invocación de esta índole, con tal que sea natural y fervorosa. La sencilla, sin embargo, es la general y mejor.

ARTÍCULO II

DE LA PROPOSICIÓN

La *proposición* es la declaración del asunto: es el plan del discurso en abreviatura. Con estas palabras la define Fenelón (1): «El discur-

so es la proposición desarrollada: la proposición es el discurso en abreviatura.»

Ciertamente que con la proposición comienza el discurso; en ella terminar deben las ideas dominantes del exordio á manera de líneas convergentes, y con ella han de guardar la misma correspondencia los conceptos culminantes del discurso; porque la proposición comprende con brevedad, como enseña Fray Luis de Granada, el estado y suma de toda la causa.

La proposición se ha de formular en términos claros, breves, precisos é interesantes, sin rodeos, tropos ni figuras. Es un error pretender decirlo todo con delicadeza. El placer que causa en el auditorio un asunto, que se le propone con claridad y sencillez, excede á todos los primores imaginables. No es, por lo tanto, bajeza sino necesidad decir: «Este es mi objeto: tal es mi designio: hé aquí mi idea: ved aquí lo que me propongo demostrar.» Es tan importante proponer con claridad la proposición, que algunas veces se repite, al comenzar el cuerpo del discurso, si bien con alguna variación de palabras, ó explicación de su sentido, y esto para que la proposición se fije más en el ánimo de los oyentes. En ocasiones

conviene repetir el asunto después de la narración; pero lo general es asentar la proposición al fin del exordio. En los informes forenses se repite al fin de ellos en forma de petición.

San Juan Crisóstomo establece la siguiente proposición en uno de sus buenos sermones: «La oración es el manantial de todo bien. Trataremos esta materia para empeñar á los que viven cristianamente á orar con más fervor, y para que conozcan los que hasta hoy han despreciado este medio de salvación, y privado sus almas de tan útil socorro, cuánto les importa reparar este tiempo perdido.»

Con mucha razón advierte Quintiliano que se puede omitir la proposición cuando ésta se halla suficientemente declarada en el exordio. También está fuera de duda que á veces basta formular la proposición de una manera general, y no *definida*, como enseñan los retóricos, indicando la materia sin circunscribirla, v. g., *Voy á tratar de la Providencia*. Es aún más indudable que en los casos críticos de actualidad no se ha de formular la proposición en términos claros, sino de una manera vaga é indeterminada. Hablando de los ataques y expoliaciones que ha sufrido la Iglesia en nues-

tra época, no se debe formular la proposición con estas palabras: «Los actuales gobiernos liberales, que sostienen la omnipotencia del Estado hasta en las cosas religiosas; son unos impíos, y en despojar á la Iglesia de sus bienes unos expoliadores.» El orador que plantease la cuestión con esta claridad y dureza, de seguro que faltaba en parte á las más rudimentales conveniencias, y en parte á la justicia misma; porque algunos por ignorancia, más ó menos culpable, habrán ofendido á la Iglesia, sin saber ni pensar que por eso eran impíos ni expoliadores.

Grandísimo mal hacen á la religión los periódicos revolucionarios; sin embargo, haría muy mal el orador que anunciase la proposición con esta claridad: «Voy á tratar de los periódicos que son grandemente dañosos y perjudiciales á nuestra santa religión.» Con decir: «Voy á tratar de los malos escritos que aborta la prensa contra la pureza de las costumbres,» era lo suficiente para que todos entendieran que se condenaban los periódicos impíos, sin que ningún autor de ellos se pudiese dar por aludido. Demóstenes y Cicerón envolvieron muchas veces proposiciones duras entre adornos y circunloquios. Al pacien-

te que necesita de una operación cruenta, no le muestra el cirujano su limpio acero, sino que le esconde compasivo.

ARTÍCULO III

DE LA DIVISIÓN

Consiste la división en distribuir el asunto en ciertos puntos, á la manera que el cuerpo está repartido en sus miembros, para examinarlos sucesivamente.

Autores de justa y reconocida nombradía se han declarado enemigos de toda división; al paso que otros, no menos exagerados, han llegado con sus divisiones minuciosas é impertinentes á esclavizar el talento, y embrollar el asunto. Entre los primeros Segneri, La Bruyere y Fenelón han sostenido que la división era de invención moderna, y que databa de la introducción de la metafísica en las escuelas. Añadían que la partición quitaba la libertad al orador; cortaba las alas al genio, entorpecía sus movimientos, y rompía la unidad y energía que debe tener todo discurso.

En medio de estas y otras razones, como Fenelón echase mano de la división en sus

mejores sermones, se colige á tiro de ballesta que este gran maestro reprobaba el abuso, más no el buen uso de las divisiones. Que tal era el sentir del ilustrado escritor se infiere también de que no ignoraba que las divisiones eran demasiado útiles, para que pretendiera su abolición completa. La práctica constante les da tanto peso que, aunque no hubiera otra razón á su favor, como dice Blair, sería peligroso desviarse del camino trillado.

Pero tan lejos está de ser perjudicial la práctica de la división que, por el contrario, nos parece muy fundada. La buena división es un gran recurso para componer con orden y guardar facilmente en la memoria toda la composición. Con una división bien hecha no es tan fácil la divagación, ni el extravío del orador; porque con ella marcha más recto y desembarazado hacia su objeto: hasta el genio necesita ser conducido en su elevado vuelo. Es, sin embargo, cierto, y lo declaramos con franqueza, que la división esclaviza un tanto al entendimiento; corta el vuelo á la imaginación, y con su aparato didáctico hace frio, ó menos oratorio, el discurso. Mas en cambio con la división el discurso es más claro, más instructivo, y con mayor regularidad inspira

los movimientos oratorios. A su vez los oyentes con las particiones disfrutan de iguales ventajas: el conjunto se les presenta más visible con la relación de partes, se fija mucho más su atención, y también les gusta tener sus paradas de descanso en su larga jornada; les gusta, en fin, saber el camino que han de recorrer: la inteligencia se resiste de caminar á ciegas. La división, pues, tiene ventajas ostensibles.

En asuntos *complicados* todos los oradores antiguos y modernos, sagrados y profanos hacen uso constante de las divisiones; porque dan luz y esplendor al discurso según los grandes maestros de la antigüedad, Cicerón y Quintiliano. Entre los modernos dice resueltamente Maury: «Dejemos que algunos condenen el método de las divisiones, como si fueran un impedimento á la elocuencia, y sigamos ese método sin temor de que entorpezca la rapidez de los movimientos... sin él la confusión de las pruebas es inevitable.» «La ciencia de dividir y partir,» dice S. Agustín, «no ha sido inventada por los hombres, sino que proviene de la misma naturaleza de las cosas:» *Scientia dividendi atque partiendi, neque ab hominibus instituta, sed in rerum ratione comperta.*

Se nos dirá que en nuestros dias el uso general no es la división, y que esta se opone al torrente de actualidad que invade todo el campo político y religioso. Este último no tanto, por lo demás bien sabemos que hoy se formula una proposión simple, ó general y vaga, en la cual todo cábe, y para todo hay licencia, ó elasticidad grande. Ya no está en boga, ni es costumbre aquel *clasicismo* de nuestros mayores, en cuya virtud se partian los discursos con tanta severidad, y se marcaban los descansos y otras particularidades con tal rigor, que hasta los abogados en el foro y los diputados en el parlamento (se olvidarian de cosas concernientes al asunto) pero nunca del «*estoy en mi segunda parte*, y otras *muletillas* de esta clase. Convenimos en que desaparezca un *clasicismo* tan riguroso, que tampoco está en armonía con el modo de los Padres; pero hay que mantener la sustancia del *tecnicismo*, ó sea lo *ideal*. Tal vez se habla hoy con más facilidad y desembarazo, eso sí; pero con menos orden y mesura que antes; porque se sabe poca retórica, poca gramática, menos filosofía, y se hace uso de mucha libertad.

Con todo, opinamos que solo se ha de dividir el asunto, cuando hay verdadera nece-

sidad, esto es: cuando buenas razones abonen este procedimiento. A veces conviene disimular la división, como hacían ordinariamente los Santos Padres; ya para ocultar el arte, y ya para no desagradar con la dureza de ciertos puntos. Sobre todo se han de precaver las divisiones prolijas, inútiles y artificiosas. «Lejos del orador cristiano», dice el citado Maury, «esos planes en los cuales no se distingue más que una singularidad sofística, una estéril antítesis, ó paradoja sutil... Sobre todo absténgase de *subdivisiones* correspondientes y simétricas, que forman con las partes una oposición pueril.» Por estas breves palabras se vé la *subdivisión* impugnada por un crítico de bastante nota. También nos parece, no solo impropia, sino perjudicial la partición prolija y simétrica. Mas no por eso condenamos en absoluto la subdivisión, como creemos que en este sentido tampoco la reprobaba Maury; es decir, que solo la condenaba, cuando adolecía de algún vicio. En esta parte seguimos al sabio Kleutgen: *Repudianda non est, cum sese offert sponte.*

Generalmente hablando, en asuntos complicados y en aquellos cuyo fin principal es la instrucción hay necesidad de dividir y hasta

subdividir. No gusta que se digan cosas importantes en el discurso, que no hayan sido indicadas, al asentarse la proposición. En la moción de los afectos cualquiera división es un embarazo, por no decir impertinencia.

CUALIDADES DE LA DIVISIÓN

El célebre Quintiliano, á quien cita en esta parte con respeto el venerable Granada, compara la división al cuerpo humano por el orden y proporción en que tiene sus miembros. A este tenor la división ha de ser primeramente *sencilla* y *natural*, de tal manera que parezca el asunto dividido por sí mismo. Algunos predicadores, cuidando menos de la edificación de las almas que de un aplauso pasajero, forman planes nuevos con divisiones intrincadas: de manera que, dejando la vía recta, común y ordinaria, idean un verdadero laberinto en el cual ellos mismos se precipitan. Semejantes al viajero inexperto que, abandonando la carrera pública, se lanza por veredas escabrosas en las cuales forzosamente se fatiga, y cansa sin remedio al infeliz que le siga. Tales son esas divisiones ingeniosas, deslumbradoras, ó demasiado teológicas, que

solo revelan ostentación de ciencia, y en último resultado vienen á ser una sequedad escolástica, una singularidad sofística, ó ridícula paradoja.

2.ª *Justa* y *distinta*, es decir: que la división abrace todo el asunto (justa) y que un miembro no esté contenido en el otro (distinta). Faltando la primera condición, el auditorio se confunde; porque se le presentan consideraciones que no se le habian anunciado; y faltando la segunda se disgusta igualmente por las repeticiones continuadas de unos mismos conceptos. La división, pues, como llevamos dicho, debe formar un todo armonioso, de manera que se venga descendiendo de la unidad á los miembros, y resultando al fin aquel *componendo* y *dividendo*, de que habla Santo Tomás.

3.ª *Corta y progresiva*. Ordinariamente hablando, el discurso no debe constar sino de dos partes, de tres rara vez y nunca de cuatro. El número de partes excesivo es más difícil de retener, y no solo produce embarazo y mal efecto, sino que al discurso quita fuerza y le desflora.

También ha de ser *progresiva* la división de forma que vaya creciendo en interés, sien-

do el primer extremo como preparación para el segundo, y éste la confirmación de aquel.

4.ª y última. La división ha de tender á la práctica. Faltaría el orador á su deber, limitándose únicamente á la teoría, y desatendiendo por entero las necesidades de los fieles. Hablando de la *humildad*, no solo se ha de exponer su naturaleza, sino los actos que la constituyen. Hablando de la *salvación*, no es bastante manifestar su necesidad é importancia, sino los medios eficaces para conseguirla.

Concluimos este punto con las palabras del gran maestro de nuestra edad, sobre que la división, lo mismo que el plan debe partir del *Texto*. «Aquel sumo y universal pensamien»to,» enseña el predicho doctor Audisio (1), «que abraza todo el Evangelio, formará la pro»posición del argumento. Si hay *partes* que le »constituyan y tengan relación evidente con »el Evangelio, siendo como otros tantos gra»dos de la narracion evangélica, estos serán »los *puntos* del discurso. Finalmente todo el »discurso no debe ser otra cosa que el des»arrollo oratorio de estos puntos; y si no los »hubiere, será el desarrollo de la proposición

(1) *Eloquentia sacra*. P. 2. C. 6.

»en la cual se encierra y compendia todo el »*Texto* del Evangelio.» F. Luis de Granada recomienda este mismo método, añadiendo: que á dividir enseña la prudencia mucho más que las reglas.

Cicerón nos ofrece una división bien hecha en la defensa que hace de la ley *Manilia*.

ARTÍCULO IV

DE LA NARRACIÓN

La *narración* es la exposición de algún hecho con las salvedades convenientes para la mejor comprensión del asunto.

La narración oratoria prepara el ánimo para las pruebas, y antes de comenzar con estas, se ha de intercalar aquella.

Como la narración debe ayudar á persuadir, se ha de sacar, como las pruebas, de la naturaleza del asunto, ilustrándole no solamente con el mérito de lo que se narra, sino con la destreza ó habilidad en referir ó contar las cosas, en virtud de la cual se dice: *tiene gran narrativa*. S. Isidoro de Sevilla encargaba esto mismo: *Narrandum est ita, ut breviter atque aperte loquamur*. De todo lo cual se coli-

gen las cualidades de la buena narración, á saber: clara, breve, precisa é interesante.

Narramos con *claridad*, si exponemos primero lo que primeramente acaeció, guardando el orden de tiempo, de naturaleza y costumbre. «Narramos una cosa con *brevedad*,» dice Fr. Luis de Granada, «si empezamos á referirla desde donde fuere necesario, y no desde su principio: si no la continuamos hasta el fin, sino hasta donde convenga, y si no usáremos de transiciones ni pormenores inútiles.» También Quintiliano enseñaba que á la brevedad no se habia de sacrificar la relación de cosas necesarias; pero que no se habia de referir más que lo debido: *Quantum opus sit*. Será la narración *interesante*, si contiene cosas graves y nuevas, grandes é inesperadas. Será, en fin, *precisa*, si relata los hechos con exactitud, sin desfigurarlos. Esto no obstante, el orador tan solo debe ofrecer el lado favorable á su causa, como así lo hizo Cicerón en las narraciones de Roscio, Milton y Ancerino.

En el género *demostrativo*, es decir: cuando se trata de aplaudir ó vituperar á un personaje, viene á ser el discurso un tegido de narraciones biográficas en armonía con las reflexiones de moralidad y alabanza, que de aque-

llas se desprenden, y todas ellas han de encaminarse al objeto que el orador se propone. Una relación simple sin hechos ni reflexiones no solo es fría, sino un cuerpo descarnado. Es menester intercalar entre los hechos algunas consideraciones oportunas: es menester disimular la relación, salpicarla con algún hecho histórico en consonancia con el asunto, y combinar y hermanar unos y otros con gracia y oportunidad. Tal es el panegírico del Nacianzeno en alabanza de su antiguo condiscípulo y grande amigo, S. Basilio de Cesaréa: en dicho discurso los diversos accidentes del santo producen otras tantas flores de moralidad, encaminándose todo esto al fin principal. En estos casos suelen durar las narraciones biográficas tanto, como el discurso.

Se comienza el exordio con una breve introducción, que prepara el camino para entrar en la vida compendiosa del santo: ésta es una somera narración, y luego se asienta la tésis. El señor Muñoz Garnica en el panegírico de S. Juan de Dios adopta este método, y empieza su narración como sigue:

«Al más alto grado de santidad, vemos ele»vado un hombre oscuro, nacido en humil»de cuna, pobre pastor, soldado mercenario,

»sentenciado á una horca, mercader necesita»do, escarnio del vulgo, reputado por necio y »y encarcelado por loco. Todo esto no se pu»diera entender, si no viéramos todos los dias »cómo saca la Providencia de las tinieblas la »luz, y cómo á las mayores honras ensalza lo »que descansa en ruines y vilísimos fundamen»tos. Cuando considero la materia de que es»tán labradas las más firmes columnas de la »Iglesia, exclamo con alegría...»

Por lo expuesto y lo que sigue, se vé que constituyen la narración las parábolas y hechos históricos de la Escritura, lo mismo que las explicaciones de la doctrina dogmática y moral. Se vé también que la narración no es una biografía completa, sino un extracto de los hechos culminantes, que se relacionan con el punto en cuestión.

Pide, por lo tanto, la narración un estilo limpio y selecto, y también exige algunas figuras que amenicen y aclaren lo que se narra. La proporción agradable de los periodos da igualmente cierta frescura é ingenidad á la narración. Es muy cierto que presta el auditorio peculiar atención á los pasajes históricos; pero no es menos cierto que la exposición de estos, si es larga, y no está embellecida, no

produce interés, sino al contrario, cansacio y tédio.

ARTÍCULO V

DE LA CONFIRMACIÓN

Aquella parte principal del discurso en la cual se desenvuelven los argumentos, se presentan y alegan las razones para probar y persuadir la tésis, se llama *confirmación*.

Hasta este punto el discurso viene á ser como un plano excelente sobre el cual se ha de construir sólido edificio; más aquí se pone el fundamento del mismo edificio. En esta parte el orador es el atleta que está destinado á someter los más rebeldes espíritus y los más endurecidos corazones. Las armas de tan singular combate son las pruebas, y el discurso que carezca de ellas es un cuerpo sin alma, ó un edificio sin cimiento. Todo discurso que no descanse sobre una série de pruebas fuertes y bien coordinadas, aunque se recite con el más admirable arte, no será más que un globo lleno de viento, una masa de carne sin músculos ni huesos. Es, por lo tanto, necesario mirar con mucho detenimiento esta parte inte-

resantísima de la oratoria, examinando el orden más conveniente de las pruebas, y los medios más fáciles de persuadir, agradar y conmover.

I

DISPOSICIÓN DE LAS PRUEBAS

La naturaleza del asunto indica la buena colocación de las pruebas, y el talento del orador entra por mucho en el acierto. Debe comenzar ordinariamente por las pruebas más débiles, y subir por grados hasta las más fuertes, según encarga Quintiliano: *Semper augeatur et crescat oratio*. Esta progresión ascendente facilita paulatinamente más sólida instrucción al oyente; á la manera que al enfermo se le propinan primeramente alimentos simples, para llegar luego á sustancias más nutritivas. Esta misma conducta recomienda Cicerón, cuando la causa es clara, y el orador está seguro del triunfo; más cuando la causa es dudosa, y hay que combatir preocupaciones ó pasiones fuertes, se invierte este orden. Entonces se hace necesario entrar en las pruebas abriendo brecha, como el gefe que codicia

la plaza: es necesario entrar venciendo dificultades, y arrollando estorbos. Es menester, en fin, que el orador empiece por una prueba sólida é importante: que reserve la más poderosa para lo último, y entre las unas y las otras, intercale y deslice las endebles. Tal orden señala el citado Quintiliano: *Fortiora, fortia, fortissima*. Á este orden llama Cicerón *homérico*, aludiendo al orden con que Nestor colocaba sus tropas en la pelea, á saber: las más fuertes á vanguardia y á retaguardia, y las más débiles en el centro.

En confirmación de este método se deben citar las palabras siguientes de Montaigne (1). «Yo quiero discursos, que den la primera carga en lo más fuerte de la duda: yo busco razones buenas y firmes desde luego.» Este deseo de Montaigne es también el de todos los oyentes. Desde que se formula la tesis todos tienen curiosidad y están inquietos por verla confirmada, y con nada se satisfacen ni sosiegan sino con pruebas sólidas. Así es que la expectación general queda defraudada, si el orador empieza con pruebas débiles, que además ofrecen el grave inconveniente de no

(1) *Instit.* 7-1.

satisfacer desde el principio. Es, por lo tanto, necesario, que en todo asunto interesante se comience por una prueba sólida, y se reserve para el fin la más poderosa. Entonces la demostración será concluyente, y nada mejor se podrá decir *Non potest melius* (1).

Maury en su estilo apasionado aconseja que se ponga en primer lugar el más fuerte argumento, á fin de sacar al auditorio de su indiferencia, y de arrollar su resistencia desde un principio. Pero á continuación dice el citado Maury: «No me cansaré de repetir que, cuando el auditorio es elevado á tan grande altura, el resto del discurso ha de ser digno de ser escuchado.» Á esto diremos con el Sr. Muñoz Garnica (2) *Hoc opus, hic labor est*. Si la elocuencia tiene que ser, como inculca Cicerón, *Motus animae continuus*, no sabemos cómo se pueda continuar ese movimiento del alma, no siendo posible que crezca el interés. Excitado el movimiento del ánimo desde el principio en el más alto grado, es forzoso que decaiga después de tan soberbio arranque. ¿Qué vendrá después del más fuerte argumento? Ven-

(1) Cicer. *De Orat.* III-26.
(2) Pág. 165.

drán, sin duda, los menos fuertes, los débiles y al fin los levísimos. La naturaleza enseña que no es tal el modo de convencer, y la experiencia indica que así no se persuade. El *cavendum autem, ne á potentissimis illis ad levissima decrescat oratio* debe ser regla universal y constante. La decadencia es inevitable, colocando al principio el más poderoso de los argumentos. Esta marcha no conviene á ningún género de oratoria. Se debe, pues, comenzar con un argumento sólido, eso sí; pero lo mejor se deja siempre para las últimas impresiones, que son las permanentes, y deben ser por consiguiente las más vivas y poderosas.

II

ELECCIÓN Y FUERZA DE LAS PRUEBAS

Para colocar las pruebas según la fuerza que tienen y el orden que les corresponde, hay que distinguir el orden *lógico del oratorio*. Uno y otro investigan y prueban la verdad; pero no usan de los argumentos del mismo modo. El orden *lógico* se conforma con el de la naturaleza de las cosas, y el *oratorio* las dispone según el fin que se propone el orador. De manera que los argumentos no solo

toman su fuerza de los lugares respectivos, sino de la naturaleza y circunstancias de las cosas.

Esto supuesto, para el orden y fuerza de los argumentos anotamos las reglas siguientes:

1.ª «No se deben presentar sino aquellas pruebas que un espíritu recto y reflexivo no pueda rehusar,» de otro modo se debilitaría, y hasta se perjudicaría la verdad, y se daría ocasión al triunfo y risa de los impíos. Una razón no es verdaderamente buena, sino prueba toda la verdad, y nada más que la verdad que está señalada. Claramente lo dice aquel adagio tan repetido como frecuentemente olvidado: *El que prueba demasiado nada prueba.* También perjudican las razones que refutarse ó retorcerse pueden contra el orador, é igualmente son inútiles y perjudiciales las nociones metafísicas y sutiles, por no estar estas al alcance de la generalidad.

2.ª «Las pruebas deben ser propias y variadas según lo permita el asunto.» Todas las pruebas pertenecen, ó al orden religioso y racional, ó al orden sentimental é histórico. Es evidente que tan diversos órdenes no convienen á toda clase de asuntos. En punto de controversia y de doctrina las pruebas senti-

mentales son enteramente impropias é impertinentes; más cuando la fé subsiste viva y es común, aún en esas materias tienen lugar las pruebas, no solo de autoridad y de razón, sino las de sentimiento, como refuerzo á las anteriores.

3.ª «No se deben acumular todas las pruebas posibles.» El que lo quiere aprovechar todo da señal infalible de indigencia: el que no desprecia las razones fútiles, da bien á conocer que no las tiene sólidas: porque la fuerza y eficacia de las razones no pende del número, sino del peso: *ponderantur, non numerantur*.

Es defecto muy común en los predicadores jóvenes poner todas las razones que se les ocurran, sin reflexionar que algunas pruebas sobresalientes y bien desarrolladas bastan para producir la convicción y el asenso. Cuiden siempre de no mezclar pruebas de naturaleza distinta. Pongan las fuertes con la debida separación, porque redobla su fuerza el aislamiento. Las que no son concluyentes, sino de aquellas que se llaman presuntivas, se deben reunir y aglomerar, para que se presten mútuo apoyo, y de un golpe causen más impresión. Hágase, en fin, honor á la perspica-

cia del oyente, dejando algo á su reflexión, y haciendo así el verdadero oficio del orador cual es *hacer querer*, como es propio del lógico *hacer conocer*.

III

CAUSAS QUE DISMINUYEN LA FUERZA DE LAS PRUEBAS

No todos los predicadores saben sacar partido de los argumentos que emplean. En las manos de algunos los fuertes valen muy poco y los débiles casi nada. Los vicios de que adolecen tales discursos, al parecer buenos, pero que no producen resultado, suelen ser los siguientes:

1.° Cuando los discursos contienen alabanzas en demasía.

2.° Cuando abundan en reprensiones excesivas, ó inoportunas.

3.° Cuando se intercalan raciocinios falsos, ó alusiones ofensivas más ó menos disimuladas.

4.° Cuando por falta de prudencia y exceso de presunción se predica de lo que no se debía predicar, como del epicureismo entre pobres aldeanos.

5.° Cuando se desvirtua un ramo de la oración por falta de ejemplaridad, como predicar de la limosna el avaro, de la humildad el soberbio y de la modestia el orador dado á la magnificencia.

6.° Cuando, en fin, se ponderan con exceso las objeciones, y con insistencia se repiten, como haciendo gala de pulverizar y confundir á la impiedad ó herejía en aquel discurso.

IV

MEDIOS PARA CONVENCER

El orador ha de hallarse bien persuadido del fin á que se dirige, y de los medios eficaces que conducen á su ejecución. No basta un conocimiento superficial ó aislado, sino que se ha de elevar hasta los principios cardinales de la ciencia: no basta una noción vaga é incompleta de la verdad que propone, sino que es necesaria la intuición de ella; es menester contemplar la verdad por todos sus lados, apreciar sus circunstancias, y prevenir las dificultades que puedan ocurrir. En una palabra, es preciso *juzgar*, *analizar*, *generalizar*, *calcular*.

Es menester *juzgar*. Los pensamientos se

componen de juicios, los cuales por la reflexión comparados forman la oración. En esta obra simultánea del alma hay un sujeto que juzga; un predicado producto del juicio, y un nexus que enlaza estas dos ideas. Tal es el procedimiento *lógico* de los conocimientos.

Es menester *analizar*. Se analiza un discurso, cuando se divide en todas sus partes, para examinarlas separadamente, y por este examen se vé perfectamente la relación y el valor que entre sí tienen: enseguida se vuelven á unir dichas partes para volver á observarlas en conjunto. En esta operación el predicador procede á la inversa del abogado: aquel desciende de lo general á lo particular, y luego sube de lo particular á lo general, enlazando en su partida con habilidad suma los hechos y las máximas. El gran maestro de Hipona enseña, que si el predicador estudia y analiza el asunto bajo todos sus aspectos y en todas sus relaciones hallará fácilmente pruebas convincentes y decisivas: *Scribendi recte sapere est principium et fons*. Si el orador no desciende á estos pormenores nunca formará más que discursos fútiles y vacíos de sentido: su facundia le ofrecerá ideas placenteras, pero ni serán persuasivas ni eficaces; porque si bien

un afeite incoherente fascina y remueve á los inhábiles é ineptos; jamás convence, ni mueve á una razón recta é ilustrada.

DIALÉCTICA

Para este análisis científico necesita el orador de la *dialéctica*, que es la disciplina de las disciplinas: la ciencia de los medios más propios y legítimos para conocer la verdad, y saberla enseñar: *Docere et discere docet.* La *lógica*, pues, no solo es util sino necesaria; porque es la verdadera y segura llave de todas las ciencias; porque no hay ciencia sin raciocinio, ni raciocinio legítimo y convincente sin reglas y principios que la lógica suministra: porque ésta, en fin, es el instrumento general de todas las operaciones del entendimiento: *Verum scientiarum organum.* De aquí se infiere que la dialéctica es el nervio de la oratoria, y que no es posible contender con brio, ni refutar victoriosamente al adversario, sin conocer á fondo el mecanismo del raciocinio, y la táctica que emplearse suele en los ardorosos combates del pensamiento.

Así es que la argumentación procede de dos maneras: por *deducción* partiendo de prin-

cipios ciertos hacia sus legítimas consecuencias; y procede por *inducción* subiendo de los hechos á los principios. En el discurso se deben combinar estos dos métodos, teniendo en cuenta que el análisis con la síntesis son la fuente de la *invención*, y el alma de ellas es la noción plena y perfecta del asunto.

La razón humana procede también en la investigación de lo desconocido de otras dos maneras: el silogismo y la inducción. El *silogismo* deduce por vía de *identidad* de un principio dado lo que en él se contiene; y la *inducción* de una noción singular sube á las verdades generales. Por la inducción, decía Aristóteles, se hallan los principios, y por el silogismo se sacan las consecuencias.

Mas el orador no debe usar en el púlpito de las argumentaciones de escuela formal y materialmente, sino que las debe ampliar y diluir, para que pierdan su forma y sabor escolásticos; porque no es lo mismo la forma de la escuela como la práctica de la oratoria. La *dialéctica* es concisa en sus formas, la *elocuencia* es ámplia en su expresión: *Haec latior... illa contractior*, decía Zenón. La dialéctica es al discurso lo que son al cuerpo los nervios y huesos, y la elocuencia es como la sangre que

le anima, y la piel y carne que le revisten. Un discurso, pues, sin dialéctica carece de fuerza, y sin el adorno de la oratoria no tiene vida ni gusto. *Verus disputator, si late diffuseque faciat, eloquenter facit:* son palabras de San Agustín.

V

MEDIOS PARA AGRADAR

Se agrada cuando se combina el elemento artístico con el científico, bebiendo el orador sus aspiraciones en la fuente purísima de lo bello. El orden produce la conveniencia y proporción, y cuando estas son acabadas y perfectas se destaca la belleza como un reflejo de la verdad eterna. Al cristianismo, más bien que á Platón, se debe esta fórmula de lo estético: *lo bello es la manifestación de lo verdadero:* porque en la teoría cristiana es el arte inseparable de la moral, y esto mismo pasaba entre los griegos como axioma: *Kalon agathon*, es decir: *lo bello es lo bueno.*

Por consiguiente, agrada solamente aquel discurso en cuyas partes hay conveniencia y proporción enteramente conformes con la

verdad y bondad. Agrada sólo aquel discurso cuyo plan está ordenado artísticamente: cuando se excitan emociones gratas y tranquilas, que se difunden ocultamente por todo el discurso como la sangre por el cuerpo; cuando, en fin, las transiciones son lentas y naturales. Si el auditorio está tranquilo le conducirá gradualmente el orador hacia los movimientos rápidos y apasionados; porque excitándole de improviso, más bien se parece al declamador áspero y desaliñado. Pero si el auditorio está entusiasmado, el orador deberá corresponder del mismo modo, sin descender inopinadamente á un estilo sosegado y lánguido, que le haría irregular é insoportable.

Lo que más contribuye á obtener estos resultados agradables es la elección de asuntos dignos y fecundos. Si los temas son vagos ó generales, los oradores no pueden salir de los lugares comunes: hablan mucho, y apenas dicen cosa de provecho; si el asunto es árido y esteril, el orador no hace más que apurar generalidades, y si es frívolo ó debil, cuando más cubre esta desnudez el orador con el ropage de flores que se marchitan en sus mismas manos.

VI

MEDIOS PARA CONMOVER

«Se conmueve,» dice S. Agustín, «cuando el auditorio se decide á desear lo que se le promete, á temer las amenazas, aborrecer lo que se reprueba, y abrazar lo que se le recomienda.» Se conmueve, cuando la voluntad se somete gustosa, y cuando ésta se determina resueltamente á huir el mal y adoptar el bien.

Este punto es muy delicado y difícil. Hombres de mediano talento, pueden exponer la verdad, desarrollarla, y hacer que la reciba el alma; pero excitar la sensibilidad con resortes secretos, apoderarse del corazón con ataques bruscos ó sutiles artificios; enternecer al hombre, y arrancarle sus lágrimas; dominarle, sofocar sus pasiones, y atraerle hacia el bien: todo esto es el gran secreto del arte, es el gran poder de la elocuencia. ¿Y en dónde hallará el orador esas inspiraciones y resortes, que penetren y exciten el corazón de su auditorio? Ciertamente que la gran habilidad del orador está en saber discernir y agitar las fibras impresionables de su auditorio, y convertirle en dócil instrumento de la voluntad divina. Entre

los innumerables medios que hay para obtener tan feliz resultado, el principal y el más eficaz es el propio corazón del orador; porque solo el corazón habla bien al corazón, y al oido la lengua. Decía ingenuamente el Cardenal Pirrón, que se encargaba él de convencer á los incrédulos; pero la conversión de estos la operaba mejor S. Francisco de Sales, dando bien á entender con esta frase que S. Francisco tenía en sí mismo la llave del corazón humano. Asimismo, contribuyen á este feliz resultado la fé, el temor, la esperanza y la caridad; sentimientos que dormitan en el fondo de los corazones todos, y nunca á ellos se apela en valde. Mas no me refiero á la fé meramente intelectual, que es el asentimiento á la verdad revelada, sino á la fé del corazón que suspira con vehemencia por las cosas del cielo, y es el principio de la justificación: *Qui operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones*. Tampoco hablo de aquel temor que está grabado en el fondo del alma por el pecado, sino de aquel que, vivificado con rasgos briosos y penetrantes, excita el aguijón de los remordimientos: de aquel temor, en fin, que es el principio de la sabiduría. También hablo de aquella esperanza con la cual el pecador forma buenamen-

te votos y deseos de obtener la misericordia y el perdón. Por último, el amor es el primero y más noble sentimiento del corazón humano, que á todos los demás fecundiza y anima. El sacerdote halla en el amor el más eficaz y poderoso resorte para excitar y conmover, si sabe hacerle obrar, y si él mismo se halla envuelto y abrasado por esa llama misteriosa, que Jesucristo vino á encender entre los hombres. ¡Feliz el sacerdote que habla el purísimo lenguaje del amor! porque, segun aseguran los santos, es el lenguaje de Dios. La violencia nogana ni persuade á ninguno, antes al contrario, desvía y repele.

Más antes de empezar su tarea el orador, se ha de poner á los piés de un crucifijo: ante él meditar las verdades que está encargado de anunciar, y asi mismo hacerse aplicación de ellas, é invocar con fervor aquel espíritu divino que ruega por los suyos con *gemidos indescriptibles*. Lleno entonces el orador de afecciones vivas y amorosas, verterá sin trabajo y con facilidad esos rasgos fogosos, esas palabras ardientes, que penetran en el corazón del oyente, y le hacen docil á las impresiones de la gracia.

Y como íbamos diciendo, *est modus in re-*

bus: sobre la mejor manera de agitar las emociones anotamos las reglas siguientes:

1.ª «Las emociones deben estar en relación con las ideas que avaloran el asunto.» Las grandes verdades y los negocios importantes son susceptibles de los mayores impulsos y más fuertes emociones. Imposible y hasta ridículo sería producir en todos los casos idéntico efecto. De aquí proviene la segunda regla, que no es más que la continuación de la que antecede.

2.ª «Las emociones se han de promover en justa proporción,» es decir: no deben ser demasiado prolongadas, porque ninguna cosa, como Cicerón observa, se disipa tan fácilmente, ni seca tan pronto como las lágrimas. Tampoco deben de ser excesivamente cortas; ya por no extinguir de repente el fuego una vez encendido, y ya porque nadie corre tras de una emoción fugitiva. Ni menos han de ser muy frecuentes, porque lo duradero deja de conmover: ni por último, violentas, porque lo patético en demasía produce tibieza y hasta enojo. El corazón quiere enternecerse por sí mismo: es debil, y no puede soportar el exceso de agitación.

3.ª «Las emociones han de nacer de los

pensamientos.» Lo que no es un rayo de luz para el entendimiento, tampoco puede ser un rayo de fuego para el corazón.

4.ª «La unción es el caracter principal de las emociones.» Es la unción ese aroma exuberante y fecundo de piedad y de virtud: esa elocuencia dulce y apacible, que sin esfuerzo se insinúa en el alma, y en ella despierta vivas y perseverantes afecciones; la unción, en fin, es una serie de sentimientos patéticos y suaves, los cuales derramados en abundancia sobre un corazón dócil, á manera de rocío celestial, le hacen olvidar pronto al que los inspira, para observar la fuerza secreta de la gracia. Esta dichosa unción es la que forma el encanto de los escritos de Kempis, de Granada, Teresa de Jesús y S. Francisco de Sales.

Tal unción se traduce por interrogaciones, apóstrofes, exclamaciones, cuadros y figuras de atrevido y agradable color. Como ella es un sentimiento ardiente, no rebusca el artificio, ni sufre más galas que las suministradas por el corazón.

5.ª ya indicada. «De ninguna manera se mueven los ánimos, si primero no se conmueve el orador.» No hay en punto de retórica, una máxima tan común y repetida, como esta

de Horacio: *Si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi.* S. Jerónimo decía (1) *Lacrymae auditorum laudes tuae sint.* Cicerón (2) repetía que no le animaba tanto el ingenio como la pasión; y que si él no ardiera, no se abrasaría su auditorio. Quintiliano (3) aseguraba que si el orador no estaba bien poseído de lo que decía, sería en su imitación ridículo; aseguraba que los verdaderos afectos hacen elocuentes á los mismos hombres indoctos, y que nada quemaba tanto como el fuego. San Pablo, en fin, modelo de predicadores, decía de sí mismo: «¿Quién enferma, y yo» con él «no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?» De manera que los santos, lo mismo que los poetas, están acordes con los preceptistas en este particular.

Persuádase el predicador que el amor de Dios y el celo por la salvación de las almas promueven eficacísimos y fervorosos resortes. Si el *zelus domus tuae* no conmueve al auditorio, no se desanime por eso el orador. Capte de nuevo la benevolencia: toque con suavidad

(1) Ep. 24 a Napociano.
(2) De Orat.
(3) Inst. 6-2.

las emociones; levante poco á poco el espíritu público, caliéntele con fervor y envuélvase á sí mismo en el peligro común: hágale ver en su fisonomía y en sus maneras que no le engaña, y que así lo siente. Si aún no surte efecto la industria del celoso ministro, abandónese, por último resorte, á los impetuosos arranques de su inspiración y del poder de Dios, que «toca los montes y humean:» *Tangit montes et fumigant*.

ARTÍCULO VI

DE LA REFUTACIÓN

Para conseguir victoria completa es tan necesario el ataque como la defensa; por esta razón se mira como parte integrante de la prueba la refutación, ó sea la contrariedad á las objeciones.

Estas objeciones nacen, ó de la naturaleza del asunto, ó del desarrollo que tengan las pruebas, y se deben refutar según se presentan. Así es que la refutacion tiene cabida, ó antes, ó después de la confirmación, y en la confirmación misma. Cuando las dificultades son breves y esclarecen la materia; ó cuando

el auditorio está prevenido contra la doctrina que se trata de exponer, en tales casos las objeciones se deben anticipar á la prueba; ya para obviar inconvenientes, y ya para hacerse oir con más interés, convertiendo en precepto retórico este pasaje de la Escritura: *Destruam et aedificabo*. Mas cuando las objeciones son de alguna duración, ó de solución difícil, se deben contestar después de la prueba. Si de lo mismo que se está diciendo y probando brotan dificultades, en el acto se han de refutar, y sirven á la vez de robusta prueba; pero cuidando que dicha refutación no sea con detrimento de la unidad, para que, al tomar de nuevo el hilo de la oración, no parezca una novedad extraña.

CUALIDADES DE LA REFUTACIÓN

Tres cualidades, según Audisio, se requieren en el predicador para refutar con ventaja y acierto, á saber: *Verdad, destreza y urbanidad*. El púlpito es la cátedra de la *verdad* por excelencia, y la profanaría el orador que, aun para desvanecer objeciones, echara mano de las armas vedadas de la falsedad y mentira. La verdad es, como enseña Sto. Tomás, la ecua-

ción entre el entendimiento y su objeto: *equatio rei et intellectus:* es un rayo de la divina esencia, y por consiguiente brilla con espléndida luz en el fondo mismo de las tinieblas, sin necesidad alguna de adornarla con agenos atavios.

También necesita el predicador de sagacidad y *destreza*, para deshacer los obstáculos que obstruyen el paso á la verdad religiosa. No se trata, en verdad, de ese arte capcioso que, como arma de mala ley, se emplea para defender causas perdidas; sino que se trata de esa habilidad penetrante, que desbarata las mañosas arterias del error y de las pasiones, y las pulveriza con copia de razones poderosas y convincentes, ganando al mismo tiempo para el cielo á sus descarriados seguidores.

El orador, en fin, necesita de *urbanidad*. Desde luego protestamos que ningún hombre sensato puede transigir con los extravíos y desórdenes en materia de fé y de moral. En esta parte confesamos que haria traición á su ministerio aquel sacerdote, que no mostrara el error y el vicio en toda su fealdad y consecuencias. No obstante, en esta lid gloriosa nunca debe perder de vista su caritativo ministerio, condenando el vicio, y compadecien-

do á la persona, que de aquel se halla poseida.

Si el predicador combate á sus contrarios de un modo ácre, destemplado, ó inconveniente, lejos de ganarlos para Dios, por el contrario, los espanta y aleja de la fuente de todo bien. Quédense los denuestos é insultos, armas innobles, para los impíos, que los hijos de la cruz usan siempre de formas suaves, cultas y llenas de caridad: *Fortiter in re: suaviter in modo.*

MODOS DE REFUTAR

Tres son los modos de refutar: *negando*, *distinguiendo* y *retorciendo* el argumento (1).

Cuando el orador pone la objeción en boca de los oyentes, debe hacerlo con salvedades moderadas, para que su piedad y religión no se ofendan, pues no todos han de ser descreidos y depravados.

Cuide asi mismo el orador de que la dificultad respire aquella forma y energía de que la revisten sus autores, sin rebajar ni aumentar su fuerza: no hacer lo primero es un fraude; y omitir lo segundo es debilitar la confutación.

(1) Kleutgen: *Ars dicendi* P. 4. lib. 2.

Por regla general, se refutan las objeciones, haciendo ver que están fundadas en principios falsos, ó deducidas maliciosamente de los verdaderos. La respuesta, sin embargo, se verifica de varias maneras.

Á veces conviene conceder aparentemente toda la objeción, mientras que la vá despojando el orador del aparato y artificio con que se presenta, haciéndola servir de este modo para confirmar la verdad.

Es muy frecuente conceder el principio y negar la consecuencia, y solo se puede obrar de este modo, si ésta no se deduce rectamente de aquel.

Otras veces se niega por completo el principio fundamental de la objeción, cuando es realmente falso; mas cuando el principio tiene dos fases, se niega la falsa, y se concede la verdadera, es decir, se distingue. El auditorio vé con gusto una garantía en este respeto imparcial á los fueros de la verdad.

Sobre todo, produce un efecto cabal y sorprendente *retorcer el argumento* (1) contra el adversario: redarguirle con sus propios principios y razones; herirle con sus mismas ar-

(1) En las escuelas se dice: *Retorqueo argumentum.*

mas, y poner al descubierto sus contradicciones.

Por último, en la refutación hay que hacer dos advertencias, primera: cuando la objeción es muy fuerte, y presenta razones insolubles para el orador éste omitirlas debe, ó reducirlas á una sola, y á la cual pueda contestar victoriosamente: ó bien debilitarlas todas por medios indirectos, que reforzar puedan las razones propias, y concitar juntamente los afectos. Es preferible omitir una objeción poderosa, contra la cual no cuenta el orador con razones suficientes; porque una refutación debil é imperfecta da más brio al antagonista.

La advertencia segunda es que los sofismas y artificios de los adversarios se pueden tomar por el lado *ridículo*; si bien observando con ellos cierta gracia y delicadeza. *Ridiculum acri fortius ac melius magna plerumque secat res.* No obstante, la ironía y el chiste, por muy decorosos que sean, apenas sirven más que para distraer la atención, y desconcertar algo al adversario.

Ejemplos. El P. Ravignan refuta á los que como filósofos ensalzan el cristianismo, y le niegan de paso su caracter sobrenatural: el sabio jesuita lo hace concediendo las premisas,

y negando la consecuencia. «Habladme,» dice, «cuanto querais del cristianismo bajo el »punto de vista de las altas consideraciones: »decidme que es la razón soberana y la más »noble filosofía; que es el más sublime per»feccionamiento de la inteligencia humana, y »que al genio se le revela con caracteres tan »grandes y tan bellos, que le arrebatan. Con»vengo en ello... Pero sin aquella Cruz como »base y tipo generador del cristianismo, no »me ofrecereis un pensamiento divino, ni me »hablareis un lenguaje divino. Dios no sería »para mí Dios» (1).

A los que dicen que se convertirían, si tuvieran predicadores como los deseaba S. Pablo, les *retuerce* el argumento Bourdaloue de este modo (2): «Si esto fuera verdad, si faltaran »los buenos predicadores, ¿á quién si no á vos»otros mismos podríais imputar tan triste fal»ta? Porque el Señor en su cólera por los pe»cados de los hombres dice: «Se quedarán sin »maestros y doctores, que les enseñen mi »ley:» *Absque sacerdote, doctore et absque »lege.»*

(1) *Conferencias.*
(2) *Serm. sobre la palabra de Dios.*

ARTÍCULO VII

DE LA AMPLIFICACIÓN

Ya hemos dicho en el tratado de las figuras y en otros lugares, que la *amplificación* era una propiedad característica de la oratoria, y aquí debemos puntualizar esta forma tan apreciable.

La rigurosa precisión, ó rápida concisión de la frase impiden á veces que sea ésta bien percibida; por consiguiente se requiere un incremento, que produzca mayor fuerza, y de amplia explicación á la sentencia precedente: se requiere que se muestre la verdad en toda su extensión y en sus varias relaciones, para que deje en los oyentes impresiones duraderas. Tal es el oficio de amplificar, vicioso si se quiere para la lectura, pero conveniente para la inteligencia y el ornato. En este sentido Aristóteles decía que «abreviaba los raciocinios la dialéctica, y la retórica los extendía.»

CÓMO SE HA DE AMPLIFICAR

«Para dilatar,» dice el maestro Audisio (4),

(4) *Eloquenţa sacra.* P. prima, c. 10. art. 3.º

«el discurso con acierto, se requiere un espí»ritu analítico muy sutil, que junte y separe, »engrandezca y adorne los elementos de la »proposición, para recogerlos nuevamente al »fin en un cuerpo de fuerte y bella estructu»ra.» Hay, por lo tanto, una dilatación que pide sutileza de ingenio; hay otra que pide multitud de palabars, como dice Granada, y otra, en fin, que consiste en la sublimidad y altura, como afirma Longino. Estos tres modos están contenidos en la división que daban los antiguos: *Amplificatio rerum*, y *amplificatio verborum*. El mismo Audisio en el lugar citatado hace ver la sutileza del espíritu analítico, diciendo que, así como de la semilla enterrada sale el tronco, las ramas, las hojas, flores y frutos del arbol; así también del esqueleto del discurso salen sus ramas, sus flores, bellezas y todos los primores que le dilatan y adornan. Todo esto estaba en el embrión del exordio, como el arbol en la semilla.

Ejemplo de amplificación copiosa es el siguiente del V. Granada: «Cuanto había here»dado de sus padres, cuanto le tocó por muer»te de sus parientes, cuanto había recibido del »Príncipe, cuanto caudal recogió en la guerra,

»todo el dinero, vasos, ropas, campos y here»dades, de tal suerte los consumió y devoró »en pocos dias, que no le quedó cosa ningu»na.» Con decir que disipara toda su herencia, estaba dicho lo bastante; pero esta frase tan lacónica ni conmueve tan hondamente el ánimo, ni por ella se vé lo que se consume en toda su extensión.

Ejemplo de amplificación sublime ofrece S. Basilio en la descripción que hace del suplicio de los 40 mártires que perecieron en un estanque de agua helada. «Se había escogido,» dice, «una noche de invierno: fué muy horro»roso el tormento de estos mártires. Si un cuer»po se expone á tal inclemencia, se pone cárde»no, y se hiela la sangre. Después se calienta »y hierve. En aquella terrible noche las aguas »de los rios, blandas por naturaleza, se habían »petrificado. El cierzo quitaba la vida á todo »viviente. Estos bravos soldados oyeron en »aquella hora el edicto del tirano, y animán»dose los unos á los otros, fueron gozosos á »recibir la muerte, como si fuesen á recoger »los despojos de sus enemigos» (1).

El estudio y admiración de tales ejemplos,

(1) Hom. 19.

el buen sentido y gusto literario son los que forman á los grandes oradores. Y descendiendo á ciertos pormenores, añadimos: que se amplía comunmente, dividiendo y subdividiendo la proposición. Estas particiones demuestran la sutileza del ingenio y las ramificaciones de la idea principal. También se amplifica con abundancia de palabras, con circunlóquios, repetiones legítimas y enumeración de miembros. Mas no consiste la ampliación en la superfluidad de palabras frívolas, sino en la abundancia de pormenores interesantes, que se toman de las cosas, lugares, tiempos y circunstancias. Solo y cuando el orador abulta los hechos, exagera las expresiones, agranda los pensamientos, y enciende las palabras con aquel fuego y vehemencia, que sabe sentir y sabe comunicar el mismo: entonces la dilatación trasciende á lo sublime. El talento, pues, amplifica las cosas, y la elocuencia las palabras: *Amplificatio rerum: amplificatio verborum.*

LA AMPLIACIÓN NO ES LA PRUEBA

Estas dos calidades, las más apreciables y necesarias, se distinguen por razón de la *ma-*

teria: La confirmación á todas las cosas se aplica, y la ampliación á las grandes solamente. Se distinguen por razón del *fin*: la confirmación demuestra la tésis, y la ampliación mueve la voluntad: aquella precisa las razones, y las estrecha en un punto dado: y ésta las dilata y engrandece. De aquí tomaron nombre *los ríos de la elocuencia*, como á los grandes oradores bautizó la antigüedad. Esta también decia del poeta que hablaba el lenguaje de los dioses, y del orador que hablaba como hombre superior por su talento y virtudes. Y no cabe duda que, así como el artista vive y obra en el mundo ideal, el orador vive y medita en el mundo positivo de los hechos, que precisa desenvolver é imprimir en los ánimos: *Ad commovendos animos acommodata*, son palabras de Kleutgen.

ARTÍCULO VIII

DE LA DIGRESIÓN Y TRANSICIÓN

La *digresión* es una parte añadida y extraña, si se quiere, al orden natural del discurso, pero util á veces para su esclarecimiento. Cuando sin necesidad se distrae dicha parte á

cosas inconexas con el asunto, es un vicio; pero es disculpable la *digresión*, cuando justa causa mueve á cometerla. Aun en este último caso se comete de dos maneras: ó es una desviación pasajera del asunto, para volver á él luego, ó es una descripción ó narración que se intercala en el discurso.

Como quiera que sea, en estas excursiones jamás se ha de perder de vista el asunto; por el contrario, se ha de cuidar mucho de que la digresión tenga con él secreta relación. Por lo cual, están proscriptas las narraciónes vagas, forzadas, inútiles y largas, como vicios de la elocuencia. Solo, pues, en casos raros se autoriza la licencia de la digresión, aplicando á este respecto lo que decia Horacio: *Sumpta prudenter*. Y por esto mismo al final de la digresión se suele hacer una salvedad del tenor siguiente: «Algo me he separado de mi asunto inadvertidamente. ¡Ojalá que sirva esta pequeña digresión para, etc.

Sirva de ejemplo el siguiente trozo: «Está juzgada esa filosofía de falacias, como la llamaba S. Pablo, está verdaderamente inspirada por el orgullo: sus armas son el sofisma, y su fin la seducción y pérdida de las almas. Dejo á un lado (digresión) esa otra filosofía, la filo-

sofía verdadera, corona de los sábios que admira el mundo, antorcha de la civilización que nos alumbra. Me complazco en ensalzar su gloria, y en ponderar sus beneficios. ¿Qué sería de nosotros, ó cuál sería nuestro estado de cultura sin las obras admirables de tantos filósofos, en quienes se descubre á una simple ojeada el amor á la sabiduría?

La *transición*, es el paso de un pensamiento á otro: es el lazo que une los diversos miembros del discurso.

En este particular el estudio detenido de los buenos autores hace más fructífero el trabajo que la ostentación de reglas, en lo general, arbitrarias. Por cuya razón nos ceñimos á decir que verdaderas transiciones oratorias son aquellas que de tal modo encadenan las partes del discurso, y le encadenan con tan buena suerte, que preservan al orador de hilvanar una especie de exordio para cada parte ó subdivisión: son, aquellas cuyas partes se corresponden por una conexión natural y propicia, y no por encuentro imprevisto, ni menos forzado. Tampoco el enlace ha de consistir precisamente en el mecanismo de las palabras, sino en la homogeneidad de los pensamientos, que se presten ellos mis-

mos á transiciones tan fáciles como felices.

El arte de las transiciones de un punto á otro, de una división á otra, que están en mútua dependencia, es industria difícil en la cual grandes maestros han encallado. Así como por un anillo mal unido se rompe la cadena, así también se desflora un discurso por transiciones torpes. Las piezas bien talladas, dice Cicerón, se unen ellas mismas sin auxilio de cincel.

ARTÍCULO IX

DE LA PERORACIÓN

Hay en toda lucha ese momento supremo, ese último golpe que decide la victoria, ó marca la derrota. Tal es la peroración, ó conclusión general del discurso en la cual el orador trata de mover con más eficacia, ó exhortar, ó hacer alguna deprecación á Dios.

Esta pequeña parte no admite nada que sea lánguido, ni menos frio: en este corto periodo los tiros van derechos al corazón, y el orador con variedad de expresión y gallarda elocuencia tiene que alzarse gigante, para excitar la parte sensible, llenando con su ardiente pala-

bra los ámbitos del templo. Ya no se trata de pruebas, ni de razonamientos precisamente, sino de hacer sentir, y conmover grandemente la voluntad con desenvoltura maravillosa y con graciosa popularidad. Aquí es menester que la pasión se inflame: que se sucedan unos á otros los impulsos rápidos y ardientes; aquí es, dice Quintiliano, donde tienen que desbordarse todas las fuentes de la elocuencia: *Totos eloquentiae aperire fontes licet.* (1). Para este último instante encargaba Cicerón que debian reservarse los giros animados, las expresiones enérgicas, las figuras atrevidas y las imágenes patéticas: *Quae excellunt serventur ad perorandum* (2). Aquí, por último, necesita el orador de más vida, más calor y voz enérgica, para poder arrancar lágrimas de conpunción, hacer formar resoluciones generosas, y obtener conversiones sinceras y durables. Si en este momento el auditorio se arrodilla maquinalmente, si suspira y se siente frio, no cabe dudar que el orador ha herido las cuerdas sensibles de los ánimos, y ha llenado sus deberes.

---

(1) *Inst.* 4-1.
(2) De *orat.* lib. 2-314.

La peroración debe contener, si no siempre, por lo menos en ocasiones solemnes, cuatro partes, cuales son:

Enumeración brevísima de las cosas principales que se hayan tratado, añadiendo, cuando más, algunas sentencias oportunas y, hasta pudiendo, variarlas con figuras convenientes. Es necesario que tal recapitulación de lo más selecto de las pruebas sea corta y rápida; por que á los oyentes no les gusta recorrer el camino andado: bastan ligeras indicaciones, para refrescar la memoria, como dice Cicerón: *Ut memoria, non oratio, renovata videatur* (1). Compara el mismo Tulio al orador volviendo sobre sus pasos á las contorsiones de la serpiente, que termina sus giros mordiéndose la cola. También conviene que el epílogo sea variado; porque á pesar de ser el mismo manjar, lo es con otro condimento; y solo es permitida cierta novedad de modo que no parezca la misma, sino una nueva oración. Tampoco parece bien la tan manoseada frase: *Hé concluído;* porque paraliza de algún modo la atención, é indica manifiesto artificio que, aunque lo hay realmente, debe ocultarse.

---

(1) *De inventione* 1.º-100.

2.ª Consecuencias prácticas y aplicaciones morales que se deriven del discurso. En este punto el orador debe descender de la doctrina precedente á la práctica de ella, y de lo general á lo particular: debe hablar con sus oyentes francamente, sondear sus conciencias, y dirigirlas por el camino de la vida, poniendo el dedo en la llaga, que será la de la sociedad en que vive, ó la del auditorio que le rodea.

3.ª A la resolución práctica debe seguir una exhortacion vehemente y patética, que vaya directamente al corazón, y decida la voluntad. San Ligorio encargaba que se terminase con el acto de contrición pronunciado con el acento del más vivo dolor. Algunos avisos espirituales, ó la recomendación de prácticas piadosas también son digno remate de un sermón nutrido de doctrina y de afectos abundante.

4.ª Una invocación ó súplica fervorosa. La costumbre de dirigir plegarias al final del discurso es muy antigua. Las *constituciones apostólicas* así lo determinan; el Concilio IV de Toledo también lo aconseja: *Clara voce omnem populum postularae* (1): los Santos Padres lo

(1) Can., 7.º

practican ordinariamente, y en España viene de muy antiguo rezar ó cantar en común.

Por último, la paráfrasis de algún versículo del Salterio en relación con lo antedicho, ó la de algún himno breve prestan gracia y unción especiales á los últimos acentos del ministro de Jesucristo, que acaba su tarea prometiendo la bienaventuranza. Si aquel toma en sus manos el Santo Cristo, debe crecer su fervor, y de su pecho encendido deben salir expresiones tiernas, patéticas y vehementes, para que el pueblo caiga de rodillas deshecho en llanto.

En el final de las Epístolas de S. Pablo hay modelos de conclusiones llenas de unción y caridad. En este género Masillón es incomparable, particularmente en su sermón sobre el corto número de los escogidos, y en la homilía de Lázaro. Tournelli parafrasea el *Dies irae* admirablemente sobre el juicio final. El abate Boulle lo hace igualmente del *Laetatus sum*, y Bosuet en la oración fúnebre de Luis XIV. En las oraciones profanas la peroración de Tulio por Milón es muy notable.

CUADRO SINÓPTICO DE UN DISCURSO

1.º: EXORDIO

1.º Texto.
2.º Introducción general tomada del mismo texto.
3.º Enunciación del asunto.
4.º División.
5.º Invocación, y *Ave María*.

2.º: CUERPO DEL DISCURSO

1.º Introducción particular.
2.º Narración.
3.º Primera parte de la división.
4.º Pruebas, conclusiones, aplicaciones y transiciones...
5.º En la segunda división se observa la misma marcha con la oportuna transición á la otra parte.
6.º Si tiene tercera parte se guarda el mismo método que en la parte anterior con transición á la peroración.

3.°: PERORACIÓN

1.° Recapitulación brevísima de las pruebas.

2.° Fruto especial, ó consecuencias prácticas.

3.° Exhortación ó impulsos patéticos.

4.° Invocación, ó conclusión propia del asunto.

CUARTA PARTE DEL TRATADO

Elocuencia exterior

La elocuencia escrita es, como la música en el papel, letra muerta, y es necesario que la voz y el accionado le trasmitan el espíritu y la vida. En el papel todo es tranquilidad y silencio: entendémos pertectamente, y leémos al mismo orador; pero no le vémos, ni oimos; de manera que no nos satisfacen ni arrebatan aquellos mudos caractéres. Asi es que solo en el púlpito el orador es la verdadera luz que á todas las inteligencias ilumina: solo desde allí parten esos secretos encantos que atraen y ganan los corazones; esos ardientes acentos de fé y de amor que mueven el alma sin fatigarla, la encadenen sin violentarla y la inmólan al pié del altar, sin exhalar ella un suspiro.

Demóstenes y Cicerón dieron á este ejercicio importancia incomparable. S. Bernardo

dice á este respecto: (1) «Suele ser más acepto el sermón vivo que el escrito, y más eficaz la lengua que la letra. El dedo que escribe no expresa tanto el afecto como el semblante: no suelen atender tanto los hombres á lo que dices, ni á las palabras de que te vales, como al rostro y acción con que lo dices.» Ciertamente que un gesto expresivo con una pronunciación límpia revisten á la verdad con sus própios arréos.

A ésta elocuencia exterior debieron la ilustre fama que se grangearon muchos oradores, aunque algunos sermones de ellos, una vez publicados, se hallaron frios, desaliñados y hasta incorrectos. Bien conoció esta diferencia el célebre Pericles, quien, á pesar de haber conmovido á toda la Grecia con sus arengas, ninguna de ellas quiso publicar; porque sin el socorro de su voz y de su acción hubieran perdido aquel mérito y celebridad.

Esta última parte de la oratoria, tan interesante como que forma la fotografía del orador, merece, en verdad, ser tratada en dos puntos principales, uno general y otro par-

(1) Carta 55.

ticular, siguiendo aquella línea de conducta que venimos observando en las partes anteriores de este mismo tratado.

PUNTO I

DE LA ACCION ORATORIA EN GENERAL

ARTÍCULO I

Medios que facilitan previamente la acción.

Sabemos por experiencia que muchos defectos se perpetuan en los predicadores, ó por mala educación de escuela, ó por no tener una persona caritativa que se los advierta. Si bien es cierto que todo el mundo nota los defectos del orador descuidado, tambien lo es que, preocupado este consigo mismo, no los advierte; y los demás ó por no herir su delicada susceptibilidad, ó por causas fáciles de adivinar, no hacen llegar á sus oidos las faltas que, sin pensarlo siquiera, comete.

Entre los diferentes medios que señalan los preceptistas para evitar los vicios natu-

rales, los de escuela y provinciales, el principal es leer en voz alta trozos de los clásicos en aquellos puntos, donde campéan las imágenes y figuras, para saberles dar el sentido y tono convenientes. Este ejercicio se ha de tener á presencia del maestro, ó de algun amigo de confianza, que sepa conocer y advertir tales defectos. Las mujeres delicadas y los músicos notan con rara perfección estas faltas, y los últimos enseñan al mismo tiempo á bocalizar, esto es: á emitir la voz con fuerza y sonoridad. Igualmente enseñan á marcar las comas y puntos, las pausas y la modulación de la voz en las interrogaciones, admiraciones, ironías, reticencias y en las palabras enfáticas. El jóven orador debe procurar éste medio tan eficaz leyendo, y recitando con entusiasmo ante personas competentes, que noten sin rebozo sus defectos.

El aprendizáje no se debe limitar á la lectura, sino que alcanzar debe á la acción misma. El buen escritor compone un discurso elocuente, pero el orador le tiene que dar espíritu y vida con su palabra y acción. Si pues, el orador se contenta con la simple lectura,

falta todavía lo principal que es la acción, y por consiguiente la gracia y la vida. En los artículos siguientes se amplían estos medios, como luego verémos.

ARTÍCULO II

Importancia de la acción

Tulio define la acción «la elocuencia del cuerpo.» *Est áctio quasi quaedam córporis eloquéntia, cum cónstet mótu et vóce.* Definición tan exacta como completa por lo mismo que comprende la pronunciación y acción propiamente dicha, cual es la voz, el gesto, la mirada, movimiento de brazos, posición de cabeza y hasta el traje y la manera de llevarle. La definición se completa con la palabra *elocuencia;* porque ésta, ó sea la verdadera vida, resulta del acertado empleo de los actos antedichos: y con tales prendas será verdaderamente el orador lo que pedia Cicerón: *Vir bonus dicendi peritus.*

La importancia de la acción está basada

en la naturaleza de tal modo, que todos los pueblos la proclaman como parte esencial de todo discurso. Los antiguos se ocupaban de la educación oratória con tal esmero, que tenian académias para dirigir lo exterior, y de tales enseñanzas procedian los mejores oradores de Atenas y de Roma. Tan alta idea habian formado de la parte que nos ocupa que, preguntando hasta por tres veces á Demóstenes cual era la cosa principal en la oratória, en todas ellas contestaba la *acción*. Del mismo parecer era Quintiliano segun el cual «al discurso la acción presta una fuerza maravillosa,» y Cicerón dice que «la acción es el lenguaje y la vida del cuerpo.» Sobre esto tambien Fr. Luis de Granada enseña, «que muchos predicadores tienen erudición para profundizar la materia de que tratan: elocuencia para escribir y componer, celo y piedad para edificar con su buena vida; parecen, no obstante, tan fastidiosos y cansados en sus sermones, que no hay quien no se moleste al escuharlos; lo que solo proviene del defecto ó falta de la facultad de pronunciar bien.» «Decir maravillas, y no saberlas decir, no es nada: decir

poco y bien, es decir mucho.» Tal es el sentir de S. Francisco de Sales, como el de los grandes maestros; porque la palabra sin la acción es letra muerta, solo buena para ser meditada. Si las ideas no se revisten del colorido que les da el accionado: si éste no les imprime aquel *claro oscuro*, se esterilizan la energía, la ternura, la expresión, y el resultado de la palabra seca será nulo.

El poder de la acción, dice á este respecto el Sr. Bravo, es un hecho cuya razón es fácil de comprender. Siendo los sentidos el medio de hacer llegar la verdad al entendimiento, es claro que la inculca poderosamente la acción hablando á lo exterior: y cuanto más perfecta sea, y más revele la convicción del que habla, tanta mayor impresión hará en los ánimos, y más duraderos serán los resultados. En efecto, el accionado verdaderamente oratório halága con suavidad al oido, á los ojos deslumbra, convence al entendimiento, y pasa de allí al corazón. «El placer,» dice Cicerón, (1) «conmueve al alma, y del placer nace la persuasión.» Una prueba de tan

(1) A Bruto. 250.

poderoso influjo fué Hortensio, el cual, si bien era muy inferior al grande orador romano, fué, sin embargo, su rival por el mérito de su pronunciación y su manera de recitar. Es cosa clara y manifiesta que la acción buena ganó en todos tiempos muchas causas. Los varones apostólicos, si obraron siempre efectos grandes, se deben estos, no solo á su celestial unción, sino á su particular tono de voz: sus discursos leidos hubieran dejado tíbios á los oyentes. ¿«De qué proviene,» pregunta un escritor contemporáneo, «que de tantos discursos como admiramos en el púlpito hay tan pocos, que merezcan ser imprimidos? Proviene de que la acción les comunica un mérito que desaparece, cuando falta la vida exterior, capaz por sí sola de ocultar grandes defectos.»

De lo dicho, que justifica bastante la importancia de la acción, se colige la necesidad que tiene todo predicador de estudiar y poseer bien ésta parte de la elocuencia. ¿No dicta la conciencia de cada sacerdote, que no le es lícito descuidar un arte del cual depende el mérito y el fruto de su predicación? ¿No es, por ventura, extraño que un cómico tenga

más célo por perfeccionarse en el arte de seducir y perder á las almas, que un sacerdote en el modo de atraerlas y ganarlas para Jesucristo? Esto seria á todas luces una mengua para el Sacerdócio y un ultraje á la palabra santa.

No se diga jamás, que tal arte es inútil, y que lo enseña todo la naturaleza: si esto es verdad hasta cierto punto, frecuentemente es el pretexto tras del cual se oculta la negligencia. Pocas inteligencias hay bastante ricas y afortunadas, que no tengan que aprender mucho, y que no les sea muy necesario: *Nihil esse perfectum*, decia resueltamente Quintiliano; *nisi ubi natúra cura jubátur*. Todos los talentos permanecen ocultos, como el marmol en la cantera, si el arte y los preceptos no los sacan á luz, y no les dan aquel perfil y bruñido, que forman su mérito y valor. Llevamos ya dicho, que Demóstenes habia recibido de la naturaleza pocas disposiciones, y para corregir el órgano defectuoso de su habla, tomaba en su boca chinitas del mar, arengando asi á las embravecidas olas. No pretendemos que todos necesiten, ni hagan

igual sacrificio; pero queremos que todos pongan igual esmero en corregirse y ejercitarse. Porque una buena declamación hace excelente un discurso mediano, y uno sublime, viceversa, parece detestable en lábios balbucientes ó desabridos. El gran Moisés se escusaba del desempeño de la misión para que el cielo le destinára; porque era tarda é impedida su lengua, y Dios le prometió poner en sus lábios lo que habia de hablar al pueblo.

No se diga tampoco que los Apóstoles no aprendian las reglas del bien decir; porque aquellos santos varones tenian el don de hacer milagros, don sobradamente capaz de suplir á la elocuencia humana, y además el Espíritu Santo les inspiraba lo que habian de hablar: *Prout Spíritus Sánctus dábat elóqui illis.* La confesión ingénua con que se reconoce el Apóstol, «aunque sábio, orador imperito,» *Et si imperitus sermóne, non tamen sciéntia,* esto nada decide sobre la rusticidad de su dicción, sino que indica su modestia; pués en medio del Areópago no hubiera sido escuchado siquiera, si por la sublimidad de su lenguaje y la belleza de su acción no

hubiera sabido cautivar la atención de aquel pueblo, educado por los más perfectos oradores. A su vez la Iglesia, lejos de reprobar el arte en la predicación, por el contrario, la engrandece, coronando con laureles á los que en dicha arte no buscan su propio interés, sino la mayor gloria de Dios y el mejor esplendor de la verdad.

ARTÍCULO III

EL PRINCIPIO DE LA ACCION

Elocuencia muda

El gran principio, que inspirar debe la acción, no puede ser otro sino el *sentimiento* de lo que se dice, aparte de los auxilios sobrenaturales de los cuales jamás se puede prescindir. En éste punto el arte está reducida brevemente á que el orador trate de encender en su pecho aquella llama, que intenta prender en el de sus oyentes. El verdadero acento patético, el eficaz, el poderoso es hijo,

no del artificio, sino de la frágua del corazón tierno, que á los lábios envía los impetus de su ardor. «Una acción verdaderamente oratoria.» dice Amón, «no puede ser producto del arte y de la industria humana: solo la puede inspirar y formar el sentimiento de un alma llena y muy penetrada del asunto.» El *sentimiento* es quien da las reglas, y él solo quien puede dar á cada cosa la acción que le pertenece. Ved sino á un hombre apasionado ¡que tono! ¡qué variedad en la voz! ¡que vivacidad en los ojos! ¡qué movimientos tan animados en todo el cuerpo! ¡como su exterior fija nuestro interés y atención! Y sin embargo; él no estudia su acción: se entrega resueltamente al sentimiento que le domina, y que lo expresa con toda perfección.

No cabe, pués, dudar que, sentir lo que se dice, es el principio y el secreto de la declamación perfecta: es lo que da, sin pensarlo, á la voz el tono propio, al cuerpo el ademán mejor, á los ojos el movimiento, al semblante la expresión, y á la cabeza y á las manos la postura conveniente. De manera que tal principio parte del corazón: *Péctus est quod dis-*

sértos fácit. El sentimiento, en fin, podrá suplir la falta de talento, pero aquel por nada ni por nadie puede ser suplido.

ELOCUENCIA MÚDA.

En el punto que nos ocupa merece ser notada particularmente la explosión del *sentimiento*. Acontece muchas veces, que aquello que con vehemencia se siente, con mucha dificultad se expresa, y no por esto deja de ser la acción menos elocuente. ¡Que circunlóquio no sería menester para manifestar lo que dice una *seña*, un movimiento de ojos, una palmada, un cruce de manos, una vuelta del rostro, una lágrima! El silencio mismo es á veces mucho más elocuente que la palabra y el accionado. En ciertas ocasiones la congoja es tan fuerte, que no deja desplegar los lábios del orador, en cuyo caso se grangéa toda la ternura del oyente, viendo éste aquel repetido ademán de querer y no poder abrirlos. Entonces el corazón queda ahogado entre los lábios.

Es, por lo tanto, misteriosa la fuerza de la

elocuencia muda. En el lastimoso caso de Julio Cesar ¿no hubiera consumido los lugares comunes un orador rutinario, para concitar la venganza con una pintura patética de aquella catástrofe? Marco Antonio, sin embargo, se ciñió á clavar sus ennegrecidos ojos en el cadáver ensangrentado del grande Emperador. ¡Qué retórica tan sublime! ¿La serenidad de Augusto no enotrpeció la mano de aquel galo, que ya estaba para despeñarle en los Alpes? En el mero hecho de mirar el semblante agradable de Alejandro los conjurados contra su vida ¿no se les cayeron las armas de sus manos? ¿no apacigüó Julio Cesar con una sola mirada dos legiones amotinadas?

Esta elocuencia particular está confirmada con el sermón del V. Tanlero. Cierto dia que predicaba en Colonia el citado orador. no pudo articular una sola palabra: el sentimiento que le dominaba enteramente, ahogaba su voz, y prorrumpió en copioso llanto desde el mismo púlpito. Entonces conmovieron al auditorio las lágrimas de Juan Tanlero mucho más que su elocuentísima pieza; y desde

allí se viene denominando aquella elocuencia muda *sermón de las lágrimas.*

ARTÍCULO IV

Cualidades de la acción

La acción tiene que ser *natural, edificante, variada, expresiva* y *acomodada* lo mismo al asunto que al auditorio. Estas cualidades se reasumen todas en la primera: la *naturalidad.* Porque la acción ha de ser siempre la expresión del pensamiento; y así como cada pensamiento tiene su término própio para ser significado por él, todo término imprime á su vez en el alma el sentimiento adecuado, que tambien se refleja en la correspondiente acentuación. Ahora pasemos á examinar separadamente las predichas cualidades.

1.ª *La naturaleza*, dice Tulio, ha dado á cada pasión su fisonomía particular, su acento, su expresión. El hombre afectado de una pasión, ó en el acto de una sorpresa sin pensar acciona, y sus movimientos son natural-

mente expresivos. La naturaleza es majestuosa y bella hasta en su inmovilidad, elocuente siempre hasta en las pausas que dicta ella, y los oyentes siguen con creciente ansiedad los movimientos que vienen en pós del natural reposo.

Pero si es cierto que el orador debe seguir á la naturaleza, no debe olvidar que el arte la corrige y enmienda en aquellos cuyos sentimientos no están bastante bien desarrollados. Nunca olvide que el arte forma y perfecciona el gusto, volviendo al camino recto al que se extravía. Tampoco debe olvidar el orador que nunca parece bien dejar traslucir en su acción ni arte ni torpeza. En suma, el mérito y secreto del artificio consiste en acertar á conocer las bellezas y encantos de la naturaleza, y expresarlos con movimientos espontáneos, libres é hijos de las vivas sensaciones del corazón. No hay, pues, cualidad tan esencial é importante como la *naturalidad*.

2.ª Que cuide el orador de que su acción sea *edificante*, es decir: que necesita ostentar un exterior grave y modesto: respirar ese aire evangélico, esa unción cristiana

que santifica todos los modales, y sorprende y habla secretamente al corazón. Con este sencillo resorte convertía San Carlos, á pesar de su voz débil, á pueblos enteros; y en este sentido no era menos notable San Francisco de Sales.

3.ª La acción ha de ser *variada:* no solo se ha de manifestar diferente, sino que ha de crecer y elevarse poco á poco; á medida que va teniendo más vida y elevación el pensamiento, así ella tiene que ser más animada y seductora. Por la misma razón se ha de calmar y aquietar con oportunidad. Decir la oración en igual tono y con el mismo gesto, es dar la lección como un estudiante: es atraer hacia sí el ridículo de aquel *tocador de arpa*, que tocaba siempre una misma cuerda: *ut citharoedus*
Ridetur, chorda qui semper oberrat eadem (1).

De muy distinta manera se ha de afectar el orador. Cuando instruye ó refiere, su acción debe ser modesta y apacible; cuando expone el dogma ó prueba la doctrina, su ac-

(1) *Horal.* Art. poet.

ción ha de tener algo de firme y decidido, y cuando el discurso se aviva, ó con las amenazas, ó con las reprensiones, ó bien con los encantos de la virtud, la acción se debe mostrar viva, impetuosa y patética. En este terreno *variante* acontece lo mismo que con la música: toda su belleza consiste en la variedad de los tonos que se van acomodando á diferentes sonidos.

4.ª La acción ha de ser tan *expresiva*. que parezca el reflejo de los afectos del alma y de las pasiones diseminadas por el discurso, lo mismo que de las figuras que le adornan. Debe ser tan exacta y caracterizada, que la comprendan todos; y tan clara y manifiesta, que supla en ocasiones aquello que ó no se puede, ó no se quiere decir. En este particular cada movimiento ha de tener una significación dada, como la palabra su sentido propio. Entonces y solo así la exactitud y riqueza de las actitudes y movimientos adquieren y añaden nuevo vigor y gracia, el pensamiento tiene más fuerza, el sentimiento mayor encanto y el oyente conmovido abandona su ánimo

con los prestigios de una actitud tan halagüeña como persuasiva.

5.ª *Acomodada* debe ser al *asunto*. *Is est eloquens qui magna graviter, humilia subtiliter, et medocria temperatè potest dicere.* La acción debe ser sencilla en las cosas pequeñas, templada en las medianas, en las grandes sublime y majestuosa, y en todas ocasiones natural y verdadera.

Si se trata de una *plática* ó instrucción familiar, el predicador exhortar debe como un padre á sus hijos, y hablar de una manera fácil, sencilla y cariñosa, que indique, sin hacerla sentir, su autoridad. Si habla de las *postrimerías*, que sea con acción firme, con vehemencia y con el aire de un profeta. Si predica sobre la corrupción de costumbres, que lo haga ya con aire vivo é insinuante, y ya de un modo tierno y compasivo. En la pasión y muerte de Jesucristo conviene un accionado lento, triste y abatido; mas en el exceso del dolor debe ser interrumpido con cierto desorden, para excitar la compasión y gemidos. Al panegírico corresponde acción suave y

brillante: á la oración fúnebre, grave y seria, de modo que inspire hacia el héroe dolor y al mismo tiempo veneración. En los misterios, en fin, es menester que sea variada y sostenida. Si alguna vez el orador hubiere de tomar en sus manos el crucifijo, antes deberá estar seguro de que sus oyentes se han de anegar en lágrimas; que no siendo así, se cae fácilmente en lo trivial y ridículo.

6.ª y última. La acción se debe *acomodar* á la capacidad de los oyentes. El predicador, sin avergonzarse nunca del Evangelio, como no se avergonzaba el Apóstol, ha de ajustar y conciliar su actitud y maneras con el respeto y consideración que todo auditorio merece, máxime si le componen personas de alto rango. Entre estas habrá muchas que buscan más bien al orador que al sacerdote, y este á su vez se puede avenir y acomodar á los primores y bellezas que con afán buscan y esperan del orador, sin transigir nada en lo necesario, ni faltar en la severidad conveniente como sacerdote. Ante los grandes se requiere dig-

nidad, y algo de autoridad ante el pueblo. En las aldeas conviene un acento animado y vigoroso: el pueblo se conmueve más con una voz fuerte y ademanes impetuosos, que con la fuerza del razonamiento y flores oratorias. En las campiñas es útil la naturalidad, franqueza y estrépito; más en las ciudades se requiere mayor reserva y moderación: en estas se pide voz clara y sonora, exterior afable y respetuoso, acción noble y culta, variada y grave al mismo tiempo.

RESUMEN Y CONCLUSION.

Concluímos este punto, como le comenzamos: la *naturalidad* es la gran cualidad de la acción. Si ésta es oscura ó ambigua: si no guarda relación ni armonía con lo que se está diciendo; si, en fin, carece de toda *expresión*, queda paralizado el fruto del discurso, y los oyentes aburridos de tan negligente orador. «Nada es más chocante, dice Fenelón, que un hombre que se atormenta para decirme cosas frías; mientras

que él suda, me hiela la sangre. Hace algún tiempo que me quedé dormido en cierto sermón, y al despertar, el predicador se agitaba extraordinariamente. Pensé que sería por una cosa muy importante, cuando advertí que anunciaba predicar al día siguiente sobre la penitencia. Esta violencia me hubiera hecho reir, si el respeto al lugar sagrado no me hubiera contenido.»

Nada, pues, desagrada tanto, como el desacuerdo entre la acción y el pensamiento. Esto hizo ver Cicerón á Calidio en una ocasión solemne. Acusaba Calidio de envenenamiento á Gélio; pero aquél dirigía su ataque con voz tan lenta, aire frío y gesto tan desaliñado, que le respondió el Cónsul: «Si estuvieras convencido de lo que supones, lo hubieras dicho de ese modo? *Tu nisi fingeres, sic ageres?*

Pero no hay necesidad de apelar á testimonio de ningún género, que basta y sobra el auditorio para conocer y apreciar por instinto la cualidad que nos ocupa. Si los oyentes andan vagueando con la vista, si tosen, ó se mueven con impaciencia, si

les dejan fríos ó indiferentes las palabras y actitudes del orador; bien se deja ver que aquella manera de recitar es pobre y defectuosa. Por el contrario, si los oyentes tienen su vista clavada en el orador; si todas sus ideas persiguen con ansiedad creciente; si en fin, permanecen inmóviles en sus puestos, dan con esto señales ciertas de estar satisfechos é impresionados. El público es juez supremo en esta materia.

ARTÍCULO V

Obstáculos

Los obstáculos, que impedir pueden la perfección del accionado son muchos y de diversa índole entre los cuales apuntamos los siguientes:

1.º La falta de *memoria*. Cuando el orador no sabe bien su sermón, no atiende más que á recitarle del mejor modo que le fuére posible. El temor de perderse le embaráza de tal modo, que casi yace paralizáda su acción, y sin aquella soltura que

tan necesaria le es y conveniente. Hasta cuando el orador no posée bien la materia, carece de aquella energía, flexibilidad y desahógo tan igualmente necesario.

2.° La *timidez*. El orador tímido y encogido nunca puede ser natural en sus movimientos, ni espansivo en su acción. El orador tímido no es dueño de si mismo: su acción es torpe, su voz entrecortada ó balbuciente, y algunos han llegado al extrémo de no poder articular una sola palabra, inhabilitandose completamente para el desempeño de su ministerio.

En algunos la timidez nace del riesgo en que se ven de perder su reputación. Estos deben despreciar ese temor pueril y terreno, recordando que Dios les llama para inculcar su palabra de vida eterna, y no hacer caso de los juicios, á veces insensatos, de los hombres á ejemplo de S, Pablo: (1) *Mihi autem pro mínimo est, ut á vóbis júdicer... qui autem júdicat me Dóminus est.*

En otros dimana el temor del respeto que inspira un auditorio distinguido, Tal recelo

(1) Ep. 1.ª á los Corint. c. 4.

es muy laudable; pero llegar no debe hasta el punto de que el orador pierda la serenidad. Reconozca que la mayor parte de sus oyentes no son capaces de apreciar el mérito del discurso; y sobre todo recuerde que constituido está por Dios para instruir, reprender y anunciar sus testimonios. Se debe persuadir tambien de su misión altísima, y asi tendrá la seguridad de ánimo suficiente.

Por último, en varios se origina el temor de la cortedad de su talento. Estos deben recurrir á Dios, para que les conforte con su gracia, como alentaba á los profetas y apóstoles, diciendo con S. Pablo: *Omnia pósum in eo qui me confortat.*

3.º La carencia de *sensibilidad*. Este defecto es muy grave y perjudicial; porque aquel orador que no siente lo que dice, tampoco puede interesar á sus oyentes: su acción resultará tan fría y languida, como lánguido y frío está su corazón. Difícil es ordinariamente remover éste obstáculo, y nos limitamos á decir al orador frío por temperamento, que evite todo movimiento repentino y exagerado; porque la voz violenta y

el gesto forzado, lejos de prestar vigor y gracia al sentimiento en evidencia ponen la escaséz de tan preciosa facultad. La fé viva, la persuasión íntima de la sublimidad del ministerio, y la gloria que reserva Dios al operario fiél y asíduo coadyuvan á facilitar y adquirir ese calor santo y vital.

4.º El *amor própio* que, ambicionando los aplausos, ó temiendo las humillaciones, es quizá el mayor escollo. Aguijoneado el egoísta por el deseo de alabanzas, se precipita en movimientos desmedidos: la sola idea de quedar rebajado turba su voz, y altera su acción de tal manera que en vez de alabanzas se conquista vituperios. Para evitar tan grave obstáculo, el orador no solo debe ser humilde de corazón, y manifestar la modestia de un varón de Dios; sino que debe alejar de sí todo aspecto amanerádo, y hasta de ligeréza, cual es tomar el pañuelo con aire muy elegante; arreglar el vestido con demasiado esméro, y llevar los cabellos ensortijados y bañados de pertúmes.

El pueblo que tiene mucho de verdad en su critério, no puede comprender que ten-

ga, ni respire el espíritu de Dios el sacerdote ligero en sus maneras, afeminado en su lenguaje, intemperante en sus modales, acicalado en fin, y engalanado como un paraninfo, cargado de aceites y encages en la manga y ocupado exclusivamente de su persona. Mucho menos se puede persuadir el pueblo, que el espíritu de Dios reine en aquel orador, que se presenta con aire altanero, frente altiva, mirada desdeñosa y modales presuntuosos: que lo mismo adopta un tono de mando, como de filósofo desprocupado, ó declamador de teatro.

Pero al reprobar en el orador sagrado un exterior mundano, tampoco queremos autorizar el exterior desaliñado y repugnante de aquellos pocos que, imaginando que revelan mayor austeridad y virtud, se presentan en el púlpito notablemente sucios, con la barba crecida, despeinados como un gato espeluzado, dejando ver el mayor descuido y desaliño en su persona. Tal exterior supondría, por lo menos, una educación abandonada, y una devocion mal entendida. La falta de aseo y de miramien-

tos, que la buena sociedad exige, no es propia, ni es el reflejo de las virtudes del sacerdocio. A este propósito dice un escritor contemporáneo, que un alma bella y virtuosa no puede habitar en un cuerpo vil y grasiento. Los mismos Padres de la Iglesia miraban la negligencia exterior como indicio del interior desarreglado, y querían que el orador se presentase siempre aseado sin afectación, y natural sin abandono.

ARTÍCULO ACCIDENTAL

De la memoria

Este artículo pertenece á los dos puntos que estamos tratando, y es tan interesante esta cualidad, que sin ella no hay orador.

La *memoria* es la conservación y la reproducción de un pensamiento, ó noción anteriormente habida: *Recordatio prateritórum.* Por esta facultad *aprendemos* lo que estudiamos, y *reproducimos* lo que hemos aprendido. Así es que *mandar á la memoria* es

aprender: reproducir lo que hemos aprendido es *recordar*.

Las virtudes de la memoria, según Quintiliano, son dos: aprender fácilmente, y con tesón guardar: *Memoriæ virtus est fácile recípere, diù retinére.*

La memoria se llama *pronta*, cuando retiene y reproduce con facilidad y presteza; se llama *grande*, cuando retiene muchos y vastos conocimientos; *firme*, cuando los retiene por largo tiempo; *fiel*, si los reproduce sin alteración alguna; y será *feliz*, cuando reuna todos estos caracteres.

La memoria es más ó menos aventajada en los hombres, según las condiciones de su organismo, pero sujeta en todos á crecer ó menguar según la edad, el estado de salud y otras causas, ora externas, ora internas. Como quiera, observa Celio, que los que tienen gran memoria, no suelen tener gran entendimiento.

UTILIDAD DE LA MEMORIA

Sentados estos preliminares, puede ase-

gurarse que sin buena memoria el orador no se puede abandonar á expontáneos arranques, ni dejarse llevar de su fecunda imaginación. Con mucha verdad decía Masillón que su mejor discurso era el que mejor sabía; y ciertamente que un sermón bien aprendido, aunque sea mediano, parece bueno, y si es bueno, excelente parece. La razón es clara y manifiesta. Cuanto mejor se sabe un sermón, tanto más se anima el orador, y con más gracia y naturalidad le recita. Por el contrario, si lo estudia mal, preocupado con lo que ha de hablar, no se cuida de lo que está diciendo, vacila, tartamudea y cae.

Hay pocas memorias felices que no estén expuestas á infidelidades y contratiempos. Un ruído cualquiera, la más leve distracción, la indisposición del ánimo ó del cuerpo bastan para perder al predicador, y desagradar á los oyentes. San Francisco de Asis se perdió en el único sermón que, por complacer á su amigo el Cardenal Ugolino, trabajó con esmero y aprendió de memoria. Bourdaloue á menudo sacaba su papel por-

que tenía mala memoria. Una vez se perdió Masillón á presencia de Luis XIV, y este gran Monarca, sin duda para sosegarle, le dijo: «Tranquilizaos, padre mío, es muy justo que nos deis tiempo para saborear las excelentes cosas que nos acabais de anunciar.» A semejantes fracasos están expuestos más ó menos todos los predicadores: muchos pasaron por esta humillación, y exclamar pudieran al Señor: *Bonum mihi quia humiliasti me.* Por evitar tales contratiempos dejó de predicar antes de tiempo Masillón, y decía que ya estaba cansado de aprender la lección como un estudiante.

De la memoria, pues, necesitan, así los que han de recitar sus discursos al pié de la letra, como los que solo toman apuntes, y aun los que improvisan. Mayor es el peligro de los primeros, menor el de los segundos, y los últimos tambien padecen distracciones. Todos corren peligro. Para evitarle y prevenirle apuntamos algunas reglas, que enseñan á cultivar y perfeccionar la memoria.

MEDIOS PARA CONSERVAR
Y AUMENTAR LA MEMORIA

La naturaleza es la dueña y señora de esta como de todas las facultades del hombre: *Hujus boni naturam esse principem;* (1) pero el arte de la elocuencia puede, sino crear la memoria, por lo menos educarla y perfeccionarla. No hay memoria tan feliz, que con fidelidad pueda retener todo lo que se aprende, y que no burle los mejores deseos y esperanzas; cabalmente en las ocasiones más críticas y comprometidas, sobre todo en el púlpito: *Memoria quo pretiosior, eo magis injuria obnoxia* (2). Pero tampoco hay memoria tan mala que no se mejore con el ejercicio y con el arte: «No hay cosa,» dice Quintiliano, «que tanto crezca con el cuidado: ninguna se disminuye y apoca tanto con la negligencia:» *Nihil enim æque vel augetur cura, vel negligentia interci-*

(1) De orat. 11-87.
(2) Erasmo.

dit (1). Para su ejercicio obsérvense las siguientes reglas:

1.ª La memoria nace de la atención. La claridad y precisión, y la oscuridad y confusión en los actos de la memoria tienen por causa principal la diferente atención que se presta en las percepciones primitivas. Se estudia pronto y bien, si la atención es constante y sostenida; de donde proviene: *Scribere est bis légere.*

Toda diversión ruidosa y violenta y toda fuerte agitación hacen luego difícil, si no imposible, la concentración del espíritu, ó sea la atención, que es la causa y condición de la memoria.

2.ª Todo recuerdo, ó acto de la memoria supone necesariamente otro que la ocasiona por la ley de asociación. Esta conexión tiene por fundamento la relación que hay entre ambos fenómenos, cuya relación puede ser de semejanza, oposición y analogía, como la de un puente con otro puente; como la de un puente con un ár-

(1) Inst. 5.

bol próximo, ó un puente con el tren: también puede ser de lo verdadero con lo falso, ó de lo bueno con lo malo, como el gobierno patriarcal de Tito con aquel tan cruel de Nerón. La relación, en fin, puede ser de tiempo y lugar, y últimamente de causalidad, como Cervantes y el Quijote.

Según esto, el mejor modo de grabar en la memoria lo que se la confía es dar orden á la composición, y hacer que las ideas nazcan unas de otras, para que la sucesión las traiga fácilmente: esto se consigue únicamente con la división de las cosas y la armonía de las palabras. Una vez que se divida la cuestión en varias partes, fácil es pasar de la primera á la segunda y así sucesivamente, sin que el orador se pierda. Hacer también de manera que nada se pueda quitar de una parte, para ponerlo en la otra, y esta razón, que separa las partes, une los pensamientos y las cosas que á cada una de ellas corresponden.

De igual modo la armonía de las palabras las enlaza, y relaciona íntimamente. Así como el verso se aprende con mayor

facilidad, así también se aprenden y retienen las palabras armoniosamente ligadas en la prosa, teniendo ambas, prosa y verso, sus cadencias y números. La razón es la misma.

Los oradores de poco talento ven muy pocas relaciones entre las ideas y las cosas; por cuya razón se ven obligados á estudiar sus discursos al pie de la letra: mas sucede que una palabra que se les olvide, al punto se despeñan; no la pueden sustituir, y si lo intentan, se les olvida toda la frase; pierden el hilo, se ofuscan, y sobreviene la catástrofe.

3.ª El trabajo y el ejercicio aumentan la memoria. Es muy cierto que pensar mucho, trabajar mucho, y ejercitarse todos los dias, conservan la memoria y aumentan su poder. Más en esto mismo cualquiera debe aplicarse á los estudios hacia los cuales tiene aptitud y predisposición marcadas (1): No conviene que se dedique al estudio de muchas cosas simultáneamente (2), ni me-

(1) Tu nihil invicta dices faciesve Minerva (Horat).
(2) Non multa sed multum legere (Plin).

nos sin orden ni constancia en su trabajo (1). El amor á la ciencia y la pureza de costumbres hacen suave y ligero este labor.

Anacephaleosis: Memoria excolendo augétur, sive exercitatione acquiritur, attentione fit diuturnior, desuetúdine deliberatur, rerum multitudine obtúnditur, cum córpore fatigatur, vel virescit.

El mejor método de aprender con poco trabajo un largo discurso es aprenderle por partes. Dichas partes no deben ser muy pequeñas: *non sint peresignæ*, dice Quintiliano; y se ha de aprender hasta donde la parte concluye: *ut quisque finietur locus;* repasando desde luego ambas partes antes de pasar á otra.

No conviene aprender en tono declamatorio, sino en voz baja; el interés de la salud exige semejante precaución. Las mejores horas para el estudio son las de la mañana y de la noche; porque la naturaleza y el reposo hacen prosperar aquella simiente.

(1) Ordo maxime áfert memoriæ lúmen (Cicer).

Las notas y números marginales auxilian mucho á la memoria. Utilísimo es no dar á los párrafos el mismo principio, porque la repetición de unas mismas entradas confunde. También conviene reducir á pocas hojas el discurso, empleando con tal idea caracteres diminutos y abreviaturas: parece más corto, y no causa desaliento.

Si á pesar de estas precauciones y otras que la práctica va enseñando, la memoria llegase á faltarle al orador, descorazonarse no debe por tan ligero contratiempo, sino suplir la falta con palabras equivalentes, ó con las primeras que se le ocurran, ó bien recapacitar sobre el hilo del discurso al tiempo que se limpia con el pañuelo. Lo esencial es no pararse, ni fijarse en el corazón que dice LUCAS LUCAS, y disimular el embarazo en la seguridad de que el mayor número de oyentes, como está distraído, nada nota.

Oh, dios inmortal!

Esto sentado, no siendo los hombres iguales en ingenio, en ciencia, ni en memoria, ¿que método convendrá seguir en este ejercicio? Será mejor aprender á la letra, ó bastará

estudiar la fuerza del sentido y el orden de las cosas? Quintiliano, que estaba imbuido en todos los rigores del clasicismo, dice que la cuestión, no se puede resolver en absoluto: *Sine dubio non potest in universum pronuntiari;* (1) pero se inclina por la afirmativa. Tambien opinamos de igual modo; porque un orador poco diestro improvisando suele fatigar á los oyentes con repeticiones frecuentes, ó con inexactitudes de doctrina, ó con groseras incorrepciones de lenguaje.

Pero al aconsejar á los principiantes y poco diestros esta rutina, los oradores de talento se deben ir soltando poco á poco: fijándose tan solo en las entradas, y sujetando los puntos principales, las divisiones y los textos. Sobre todo deben aprender la fuerza del sentido y el orden de las cosas. De no hacerlo así, ¿cuando podría improvisar el predicador sin más provisión que algunos apuntes? nunca. ?Qué harían los oradores, al decaer su memoria, que tan pronto se dibilita? nada. ¿Qué harían los prelados con tantas obligaciones fatigados,

(1) Inst. 11-5.

y con amarguras tantas inherentes á su oficio pastoral? muy poco.

No se puede, por lo tanto, ni se debe observar el parecer de Quintiliano en todas ocasiones. Y no solo en los casos que acabamos de apuntar, sino en los ardorosos combates de la Iglesia: ésta tiene que organizar su milicia con presteza, observando aquel precepto del Apóstol: *Prodica vérbum, instá oportune et importuné árgüe; obsecra increpa.* Cuando los muros de la Iglesia son combatidos por sorpresa, de improviso es menester rechazar el brusco ataque. La tropa pesada es muy buena en tiempo de paz, pero en un dia de parada se presenta mucho más ligera y vistosa. Por este tenor se puede lucir el sacerdote, aprendiendo bien su sermón para los dias solemnes; pero váyase soltando para los dias de apuro y compromiso, en los cuales se recíta lo que suele inspirar la necesidad, las circunstancias, los objetos presentes y los oyentes mismos: así encarga Fenelón que se haga siempre.

PUNTO SEGUNDO

Partes singulares de la acción

Las partes singulares de la elocuencia exterior son la pronunciación, la voz y el accionado del cuerpo. Pero antes de poner estos actos en ejecución, el orador luego que sube al púlpito, se arrodilla y en el entretanto pide brevísimamente que descienda sobre su palabra la bendición de Dios. A continuación se levanta, y pasea su mirada tranquila y modesta sobre aquel auditorio, para familiarizarse con lo que le rodea. En seguida, inicia en alta voz: *Ante todas cosas bendito y alabado sea etc.* Si antes se anuncian las indulgencias, ó se da otro cualquier aviso, no se dice *ante todas cosas*, sino que en lugar de ellas se principia: *Sea por siempre, ó sea por eternidades de gloria bendito...* se recita en voz baja lo restante de la oración, arrodillándose al mismo tiempo hácia

el altar. Luego que se levanta, santifica su frente con la señal de la cruz, cuya virtud es, como escribe S. Cirilo, el mérito y la corona del Apostolado. Hay en estos preparativos cierta fuerza de persuasión, que predispone al recogimiento y elevación del ánimo hácia Dios.

ARTÍCULO I

Pronunciación

La pronunciación es la manera de recitar el discurso, ó de articular las letras y sílabas con el sonido de la voz.

La buena pronunciación tiene por objeto conciliar los ánimos, persuadir, mover y deleitar. Su fin es el mismo que el de la oratória, menos el de enseñar, que á esto no alcanza.

Sumo cuidado se debe poner en esta parte que, siendo de por sí la más importante de la acción, y obrando directamente sobre el oido, cuyo sentido es de una extremada de-

licadeza, lastimarle equivale á desconocer los atractivos de la elocución.

Prescribir muchas reglas para la buena pronunciación sería trabajo tan inoportuno como vano, siendo algunas de ellas fútiles y pueriles. El ejercicio frecuente y la viva voz de los buenos maestros son las mejores reglas. Parece no obstante muy necesario indicar las principales cualidades, cuales son:

1.ª La pronunciación ha de ser *clara* y *distinta*, es decir: qne la palabra salga entera y completa de letras y sílabas. Se expresa el orador con *claridad* no hablando con demasiada prontitud, y con *distinción* no hablando con demasiada precipitación ni tardanza. No debe ser la palabra tan veloz, que no dé tiempo de producir la devida impresión; ni debe ser tan pausada que cause impaciencia ó sueño.

Es menester articular con claridad las sílabas según su cantidad: las largas con cierta lentitud, y las breves con alguna viveza. Es preciso detenerse en cada sílaba el tiempo que su expresión exija, para poder producir el sonido que le sea propio. Tambien es preciso

separar las palabras, y á veces ciertas sílabas y letras, que con su choque puedan producir mal sonido, y sostener principalmente las finales.

El que articula exageradamente las palabras, se expone á caer en un vicio muy repugnante, cual es el *amaneramiento*. Este consiste en articular como quien cuenta las palabras y las letras, lo cual molesta mucho al que habla, y no fastidia menos al que oye. Parece que busca tal orador con trabajo las palabras, y que se va oyendo á sí mismo, lo cual es de pésimo gusto. Cicerón se pone en lo justo, observando esta regla con moderación: *Nolo exprimi litteras putidiùs, nolo obscurari negligentiùs* (1).

Será *distinta* la pronunciación, cuando se comienza, se suspende y acaba en los lugares convenientes, que llamamos *pausas*. Con estas se da lugar á que la palabra santa, semejante al rocío vivificador, caiga gota á gota de los lábios del orador en la mente del auditorio. Llamamos *pausas* de sentido los

(1) De orat. 3-2.

descansos que hacemos para distinguir un pensamiento de otro.

En virtud de ella la coma no autoriza sino una ligera pausa; el punto y coma la permite un poco prolongada; los dos puntos un poco más, y el punto exige pausa completa y también caída de voz un tanto caracterizada. Todo escritor marca estas distancias con signos ortográficos.

A fin de no molestar el juego de los pulmones, el orador no debe articular sino diez ó doce sílabas de un golpe, cuidando de no separar las palabras que están unidas por un mismo sentido y armonía. Debe tomar al principio de la frase el aliento que sea necesario para recitarla. Es un error el creer que no se puede respirar hasta el fin del periodo, faltando entonces la voz enteramente. En el curso mismo del periodo se puede recoger algún aire, haciendo una ligera suspensión sin caída de tono. Hacer bien las pausas es arte difícil, y solo el sentido las arregla. A veces basta una ligera suspensión; otras veces se requiere algo de cadencia, y al fin

de la oración es menester aquel tono y cadencia peculiares.

Entre la primera y segunda parte del discurso el orador debe tomar un descanso razonable, y el correspondiente al fin de cada cláusula; siquiera por demostrar que conviene dar allí un corte al discurso. Con tal descanso también se reparan las fuerzas, y se preparan ciertas mudanzas de tono, que agradan al oído; si no son tales que destruyan la igualdad general del tono, ó la cuerda que se haya tomado.

Por último, hay que notar la pausa *enfática*, la cual consiste en aquel sonido fuerte y lleno que damos á una palabra, ó pensamiento notable; y queremos que sobresalga, porque expresa nuestro pensamiento más que los otros. Del buen manejo del *énfasis* depende, según Blair, todo el espíritu y vida del discurso. Esta pausa, no obstante, se debe usar con discernimiento; porque tiene que ser el efecto de aquella delicadeza exquisita con que sabemos sentir. Así resulta del ejemplo siguiente que pone Blair y repite Audisio: «¿Volverás hoy á la ciu-

dad?» Si se esfuerza la voz sobre el *volverás*, se puede responder: no volveré. Si se esfuerza la voz sobre el *hoy*, podrá ser la respuesta: no volveré hasta mañana. Si sobre la *ciudad*, se podrá decir: no, que voy á otra parte.»

3.ª La pronunciación debe ser *pura y correcta*, esto es: conforme con las reglas de la gramática y las prescripciones de la buena sociedad. En ella no se debe advertir aquella ingrata rusticidad de la voz que ofende tanto á los oídos, ni advertir acento alguno vicioso, cual le usan las gentes sencillas y extranjeras.

No nos proponemos tratar aquí de la *pureza* y *corrección* del lenguaje, que ya lo tenemos hecho en su respectivo lugar; sino de aquellos vicios de pronunciación más marcados y repugnantes, que á tan buenas cualidades se oponen.

Y desde luego que no se ha de llevar al púlpito ese *acento* que por el roce con los extranjeros se contrae la mala costumbre de hablar como ellos. Ni tampoco se ha de llevar al púlpito el acento provincial que,

por poco caracterizado que sea, no gusta, en especial si difiere mucho. Es, sin embargo, mucho más repugnante y fastidioso ese modo de predicar en el cual abundan las maneras descorteses del vulgo y los vicios más sobresalientes de un dialecto. Tal es en Galicia el *deje* ó *tonillo* de las gentes sencillas. San Agustín trabajó bastante, como el mismo dice con su acostumbrado candor, para perfeccionarse en este punto; mas á pesar de su esmero, los italianos le censuraban por cierto *deje* ó *tonillo* que tenía. «A mi vez,» decía el Santo, «tampoco encuentro su pronunciación libre de vicio; que una cosa es poseer el arte, y otra estar exento de lo que es peculiar á cada pueblo.»

Quitar ó añadir letras, cambiarlas, dar á otras más ó menos valor del que en sí tienen, hacerlas indebidamente fuertes ó suaves, y acentuarlas donde no les corresponde. La gente sencilla de algunas provincias tienen estos vicios desde la infancia, y aun á personas de estudio alcanza la dañina influencia. Estos defectos no chocan tanto en

el trato familiar; pero en personas de carrera son siempre reparables, en público agravian, y en la sagrada cátedra son altamente reprensibles (1).

¿Y qué diremos de esas maneras feas, chispeantes y groseras del populacho? *Nec nominentur in vobis.* El orador hable enhorabuena de modo que le entienda el vulgo, y acomódese á su estilo y sencillez, pero sin las maneras groseras y torpes del vulgo.

ARTÍCULO II

De la voz

La *voz* humana, ó el sonido que se forma en el órgano bocal, se convierte en palabra, la cual sirve para expresar el pensamiento del hombre; de manera que no hay palabra, si la voz, al propio tiempo que lleva el sonido á los oídos, no lleva también el pensamiento al alma.

---

(1) Véase el art. sobre la *propiedad* de las palabr. en el *Trat.* 1.º.

Solo en este sentido la voz es el mejor resorte que juega en la predicación, pero resorte que depende poco de la voluntad. Hay ciertamente voces fuertes, sonoras y vibrantes que conmueven al auditorio: las hay menos robustas y vigorosas, pero dulces é insïnuantes, que penetran como un dardo en las almas; y tambien las hay opacas, broncas, ágrias y gangosas ó nasales que disgustan. Las primeras son apropósito para los grandes concursos, las dulces y melodiosas gozan de ascendiente mayor entre las personas ilustradas de las ciudades, y las últimas no sirven para la predicacióu.

Hemos de reconocer que un timbre de voz simpático y armonioso es un don de la providencia, que nunca el arte puede otorgar, pero lo puede corregir, y más ó menos hacer disimular los defectos de la naturaleza, los de provincia, ó de la educación. Demóstenes, entre otros, es un ejemplo de semejante corrección y disimulo. Era su voz áspera é ingrata; su articulación tardía y embarazosa; pero tales vicios desaparecieron,

merced á su constancia y labor inspirados por el amor á la gloria. Confesamos que los defectos del orador ateniense eran susceptibles de mejora. ¿Y cuántos no hay en el mismo caso, que por indolencia y descuido ni se corrigen nunca, ni enmiendan? Confesamos, no obstante, que aquellos vicios que se tienen por razón del organismo son totalmente incurables. «Si uno tiene mala voz,» decía Santa Teresa, «por mucho que se esfuerze á cantar no se hace buena.» (1) Prescindiendo de esta falta que nace con el indivíduo, las demás se pueden arreglar y corregir con la industria y disimulo: así el orador de voz mediana puede sacar aun más provecho que otro ricamente dotado de tan excelente don cuyo caudal desperdicia. Un poco de agua distribuida con órden aprovecha mucho más que los veneros abundantes, que corren libremente por inculta selva.

Supuestos estos preliminares sobre las diversas clases de voces, entremos ahora en sus buenas *cualidades*, para poder hablar bien, y hacerlo con gracia y utilidad.

(1) *Vida de Santa Teresa.* C. 22.

Consiste la perfección de la voz y su requisito más esencial en ser fácil, sonora, suave ó flexible y conveniente.

La locución será *fácil*, cuando es pronta y completa, cuando se contiene en su medio justo, tan distante de la lentitud, como de la precipitación. Por el contrario, la expresión dura de las palabras, el esfuerzo gutural, ó el arranque violento hacen ingrata ó áspera y difícil la pronunciación. La voz *sonora* y *llena* emite un sonido libre y abundante, que dura más ó menos tiempo.

Las malas condiciones acústicas de los templos apagan pronto el sonido, y las buenas le prolongan. El orador que tiene voz *clara* y *fuerte* tiene que hacerse cargo de las condiciones del local, para regular su torrente de voz. Si el templo repite los ecos, no debe dar á su voz rienda suelta; y si alguna vez emplea todo su lleno debe hacer con disimulo una ligera pausa, para evitar la confusión de las resonancias.

Las malas condiciones de los templos son debidas generalmente á su extensión, á su fábrica y á la riqueza de su

pavimento, de sus paredes bruñidas y desnudas y á la construcción de su cúpula. Todo esto contribuye más ó menos á que los sonidos se repitan: cada piedra parece un *tornavoz*, y el choque del eco de las palabras alarga las resonancias. La misma colocación del púlpito, bien ó mal estudiada, desperdicia, ó aprovecha la voz. De igual modo el *tornavoz*, según que sea más ó menos grande, plano ó cóncavo, produce un resultado favorable, ó adverso. Conozca el orador las predichas condiciones, para saber esforzar su voz, ó moderarla, segun convenga. Por la misma razón se ha de dar á la voz aquella *proporcionada* intensidad al local y al número de oyentes. Con mayor esfuerzo peroraba Cicerón en el foro que en el senado.

La voz *profunda* no tiene fuerza; y en un vasto recinto apenas se percibe. La de masiado *grave ó hueca*, se hace oscura, y tiene cierto aire de afectación. Por el contrario, la *chillóna*, ó la que grita desaforadamente, destroza los oidos, y hace perder al orador algunas sílabas. Por último, la muy

alta tambien molesta, sobre todo en un local reducido, á los oyentes: fatiga infrutuosamente al orador; hasta le hace faltar á la dignidad de su ministerio que pide gravedad y dulzura, y no da lugar á las necesarias inflexiones. La voz *alta* solo es buena para el *énfasis*, esto es: para ponderar, aterrar y reprender.

Entre ambos extremos de altos y bajos sirven de moderadores los sonidos medios con los cuales se levanta y deprime la voz según convenga. La elegancia pide la *variedad* conveniente de sonidos: la *conveniencia* es la última condición que se nos exige.

Es su contraria esa pesada y enojosa *monótonía*: ese compás uniforme que resulta de la falta de variedad en los tiempos, cadencias y sonidos: una voz, en fin, siempre igual, disgusta al más atento y fervoroso de los oyentes. Tomar una cuerda y seguirla unísona y constantemente, más bien parece pregón de plaza que discurso de orador.

Entretanto cuide el orador que, al evitar la fastidiosa monotonía, no caiga en el exceso contrario, que tanto advertía Hora-

cio: *In vitium ducit culpæ fuga: si caret arte.* Las transiciones repentinas de un tono grave á otro agudo y las salidas bruscas del tono dominante producen un efecto tan desagradable, que más bien parecen canto de aldea que mudanzas felices de tono. A esta clase de variedad y conveniencia pertenecen, y merecen tenerse muy en cuenta, no solo los *descansos naturales* al fin de cada oración, sino también los *expresivos* durante la excitación de un pensamiento importante. Estos sirven y se necesitan para fijar la atención, para dar tiempo de gustar lo más notable que se está diciendo, y aliviar, en fin, la respiración. *Intérvalla vocem confirmant, et auditori spatium cogitándi relínquunt* son palabras de Cicerón.

EJERCICIO DE LA ENTONACION

De lo que acabamos de exponer se colige que hay tres tonos de voz: alto, mediano y bajo. El alto es aquel esfuerzo que hacemos cuando llamamos al que está

distante; el bajo le empleamos como cuando hablamos al oído de alguien, y el mediano el que comunmente usamos en la conversación.

Algunos observan que el tono común es en *fá*, el alto en *lá* y el bajo en *ré*. Por encima del *lá* resulta una voz falseada y desagradable, y por debajo del *re* tan oscura que apenas se oye.

La elocuencia tiene su *tónica*, lo mismo que la música. El órgano de la voz produce, como las cuerdas de un instrumento, sonidos graves y agudos, altos y bajos, vivos y lentos, y en fin, ordinarios ó comunes. De aquí proviene el acento dulce ó áspero, débil ó vigoroso, entrecortado y patético, remiso é impetuoso; y el orador se ha de plegar y ajustar á los afectos y á las cosas que pronuncia: ha de evitar la insoportable monotonía, variando las inflexiones de la voz, como el pintor los colores de su paleta.

Es menester comenzar el discurso con voz sumisa, extenderla poco á poco, y reservarla toda entera para las ocasiones pre-

cisas, sobre todo para la conclusión. Comenzar en voz alta un discurso, y continuarle todo en el mismo tono, es insoportable; porque no hay pulmones que resistan tanto brío.

En el exórdio debe ser la voz tranquila, moderada y respetuosa. Empezarle gritando es, según Cicerón, necedad intolerable: *¿Quid insaniús quám clámor in exórdio?* Enardecerse de repente, ó indignarse de improviso es contra la naturaleza, que no se acalora sino por grados.

Cuando se anuncia la proposición y división es necesario ser doblemente claro: también es preciso evitar toda precipitación y confusión de sonidos, porque no debe agitarse en esta parte el orador, sino dejarse entender bien.

Las definiciones, sin embargo, y explanaciones piden exactitud de lenguaje y alguna fuerza.

En la narración ó exposición la voz debe ser un poco más elevada que en el exordio, al referir un acto generoso algo más animada, y en el hecho tierno y candoroso afectuosa y patética.

Las pruebas fuertes y sólidas se han de anunciar con tono también fuerte y decisivo, las débiles con acento menos acalorado, y con enérgico las concluyentes.

En la refutación es menester aquel aire de victoria que arrastra consigo al oyente, y hace imposible la réplica.

Por último, en la peroración hay que desplegar esa voz persuasiva, vehemente y poderosa, que vaya derecha, é imprima su potente huella en los ánimos y corazones todos. Este momento es el decisivo: las impresiones que aquí se reciben son permanentes, pues las anteriores ya están casi borradas. Este momento es, en fin, el canto de triunfo, y reclama ostentación.

Téngase muy presente que, siendo tan variadas las afecciones del alma y análogas sus sensaciones, la naturaleza da también á cada una su fisonomía, su sonido y movimiento, como Cicerón observaba. Si el orador exhorta, su voz será fuerte y apresurada; si ruega, dulce y sumisa; si consuela, tierna y compasiva; si promete ó aconseja, grave y sostenida; llena y un tan-

to enfática, cuando refiere un acto de bondad ó de virtud; áspera, viva y entrecortada en la indignación; consternada y jadeante á la vista del peligro y del espanto; llorosa en la congoja; impetuosa cuando amenaza; pesada cuando confunde, apresurada cuando interroga; en la exclamación, entrecortada, y lánguida en el arrepentimiento; en el temor ó vacilación, voz lastimera, y débil y entrecortada en el dolor y debilidad. Para producir impresiones profundas, conviene tono grave y hasta imponente, y para inspirar resoluciones generosas, voz alta y firme: cierta especie de audacia para gravar pensamientos atrevidos, y para los grandes y sublimes, énfasis y majestad.

MEDIOS ÚTILES

PARA MEJORAR LA VOZ Y SABERLA EMITIR

Ya indicamos, hablando de la memoria, que la voz es como un instrumento que se fortifica con el uso y se debilita con el abandono; pero el exceso de hablar y can-

tar no la perjudican menos. Desde luego que se tiene por abuso estudiar en voz alta los sermones, y predicarlos muy largos; en ambos casos se resiente y fatiga el pulmón. Sucede otro tanto, y la voz se aminora, cuando en el trato social se habla con exceso, se disputa con vehemencia, ó se canta frecuentemente en voz alta.

En el acto de predicar importa mucho dirigir la voz hacia el centro, ó á la columna que diga frente al púlpito, á fin de que, verificándose la repercusión por todas partes, no se pierda cantidad alguna del sonido. Dando vueltas muy inclinadas á derecha é izquierda, el sonido se divide y disipa en la parte que dice á la espalda, y se hace con tal evolución una especie de injusticia; porque la verdad se debe á todos. Tampoco conviene dirigir la voz á las personas que se hallen próximas, sino á las más distantes para ser mejor oído de todas.

En orden á la conservación de la voz, los médicos aconsejan un buen régimen alimenticio, paseos moderados, acostarse temprano, y observar las severas leyes de la hi-

giene. El *abstinere venere et vino* del inmortal Virgilio, viene aquí oportunamente. Asimismo, los profesores del arte de curar, reputan muy contrario al buen metal de la voz el uso frecuente del tabaco, de las nueces, queso, aceite, bebidas alcohólicas y alimentos picantes y ásperos para la garganta.

No conviene subir al púlpito lleno ni desfallecido. Mas cuando al orador se le seca la boca, generalmente por el miedo, tocando en la lengua una piedra salitrosa, le devuelve al instante la saliva. Para evitar estos efectos, sobre todo predicando de muy tarde, conviene tomar ántes una jícara de chocolate con un vaso de agua bien azucarada.

Si á pesar de tales precauciones el orador experimentase la pérdida de la voz *(afonía)*, se remedia dejando disolver en la boca un pedacito de boráx de 15 á 20 centígramos, el cual produce una salivación abundante, cuyo tratamiento usan algunos cantantes para hacer desaparecer sus ronqueras accidentales.

En esta clase de remedios varía su aplicación según la índole del sugeto.

Y cuando los oradores tengan que hacer uso inmoderado de la voz, les conviene tomar en la víspera un vaso de agua en la cual hayan disuelto un poco de nitrato de potasa: pueden asimismo hacer gárgaras con la siguiente mixtura:

Cocimiento de cebada.	200	gramos.
Alumbre.	5 á 10	»
Miel rosada.	20	»

Otro medio del cual no conviene abusar, porque debilita mucho, es tomar por la mañana una infusión poco concentrada de *jaborandi*, que produce traspiración abundante. También producen excelente resultado las píldoras de acíbar tomándolas tres días antes.

Comprendemos bien la dificultad de retener las advertencias (en algunos innecesarias) que van consignadas en este artículo, sin embargo, es conveniente darlas, y por más áridas que sean, hijas son de la experiencia.

El orador, pues, debe imítar á los hombres

elocuentes; observar como hablan las personas cultas y hasta las rudas, y así expresará perfectamente lo que saben sentir en semejantes casos; y dará, sin pensarlo, á su voz, la entonación adecuada, que á su vez, será eco fiel de la naturaleza. Entienda, en fin, que no se ha de imitar todo, ni copiarlo todo, ni menos dejarse arrebatar inmoderadamente de la pasión que retrata para ser elocuente, sino lo necesario: *Est módus in rébus.*

ARTÍCULO III

Accionado del cuerpo

El orador, que no hace caso del accionado del cuerpo, olvida el arma más útil, y desprecia la palma victoriosa de la elocuencia; porque la acción exterior es el lenguaje de los sentidos, y este lenguaje es poderoso. La impresión que causa la palabra por si sola es muy débil y pasajera; más la impresión que causan los signos es más

viva y natural: ellos pintan mejor los movimientos del alma, y por las *acciones* más que por las palabras, se descubren los sentimientos del corazón. Por cuyas ventajas llamaba S. Agustin á los gestos palabras visibles *verba visibilia*, y á los movimientos del cuerpo voz del alma: *Vox quædam ánimi est córporis motus.* De manera que la acción es un lenguaje común é inteligible para todos. Al colérico, por ejemplo, basta verle, como le deiscribe gráficamente Descuret en su *Medicina de las pasiones*. «Al colérico,» dice, «se le ven dilatar las narices; los lá»bios, estirados por el músculo labial, dejan »al descubierto los dientes; la voz se vuel»ve ronca, el oído se obtunde, y la palabra »es entrecortada.» «Por último se desarro»llan las fuerzas de un modo prodigioso, y »la contracción muscular que á este trastorno »acompaña, es violenta.»

Estos síntomas expresan más perfectamente que las palabras el estado agitado del alma; mas el orador, como no está en este caso, tampoco debe mostrar los propios síntomas del colérico, sino pintarle gráficamen-

te, sin imitarle al vivo; y como es difícil hacerlo sin ladearse á uno de los extremos, ó por exceso ó por defecto, de aquí proviene la dificultad de acertar con los movimientos más convenientes. Así lo reconocen los retóricos; entre los cuales confesaba ingenuamente Fr. Luís de Granada: «No ignoro cuán grande negocio haya emprendido, intentando expresar los movimientos del cuerpo con palabras y las voces con la pluma. Pero ni he confiado que esto se pudiese hacer de manera que de estas cosas se podría escribir con exactitud bastante, ni porque acaso esto no se pudiera hacer pensaba que fuese inútil lo que hice.» Bajo la misma dificultad de acertar con los movimientos más convenientes, y á vista de su reconocida necesidad, vamos á puntualizar los más indispensables pormenores en tan delicada materia.

1.º

DEL CUERPO

El orador, dice Blair, cuide mucho de

conservar la posible dignidad en la actitud de todo su cuerpo. Un continente digno y exento de toda presunción impresiona desde luego á los oyentes. Así es que ha de mantener una postura recta, y en ella estar firme, para que manejarse pueda con desembarazo: *erectus et celsus* dice tambien Cicerón. No obstante, no ha de permanecer tan recto que parezca una estátua, como esos hombres inflexibles de quienes dice Epiteto *incedunt quasi veru deglutissent*; ni menos tan erguido que revele altanería ó menosprecio al auditorio. Por lo contrario, no ha de balancearse tan frecuentemente á derecha é izquierda, que muestre negligencia ó descuido; ni ha de agitarse con exceso, que rebaje la dignidad del púlpito. No se eche hácia atrás de repente y con altanería; ni se doble sobre el púlpito, como si hubiera de nadar sobre el auditorio; ni en él apoye los codos como hombre cansado. Está, sin embargo, en uso y parece bien inclinarse algo hácia adelante para una expresión de interés, é inclinarse suavemente á los lados para que la acción no resulte fría ni mo-

nótona. Se requieren otros movimientos, en en el cuerpo, que se irán diciendo en su lugar.

Asimismo, es costumbre, y hasta infunde más respeto, predicar teniendo cubierta con el bonete la cabeza: esta no parece tan bien con el solideo que achica y cae fácilmente, y solo le es pirmitido á los Prelados. Pero no se debe cubrir el orador, sino después de tener recitado el texto, y dirigido al personaje que preside, ó al público, el debido tratamiento. Tiene que estar descubierto siempre que esté manifiesto el Señor; y descubrirse al pronunciar los sagrados nombres de Dios, de Jesucristo y de la Vírgen, y al hacer de estos ó de los santos invocación particular. Tambien conviene que se descubra en la conclusión, y en ocasiones muy especiales en el mismo exordio. En todos estos casos se tiene el bonete en la mano izquierda y se acciona, con la derecha.

2.º

DE LAS MANOS.

Todas las partes del cuerpo contribuyen al lenguaje de acción; pero las manos hablan, como dice Quintiliano, ó poco les falta. ¿Qué hay que no digan las manos? con ellas pedimos, con ellas llamamos, prometemos, interrogamos y respondemos, amamos y aborrecemos, detestamos y perdonamos, suplicamos y concedemos, aprobamos y repetimos, nos admiramos y sorprendemos y queremos, y no queremos. De ellas nos servimos para expresar el gozo y la tristeza, el júbilo y el temor, la seguridad y la duda; el arrepentimiento, la penitencia, la confesión, la esperanza, el perdón... Todo esto les cuadra y es peculiar. ¿Es menester indicar el número, la multitud, el lugar, tiempo, ó persona? Difícil sería encontrar pronombre ó adverbio que lo hiciese mejor que las manos. Asi es que, en medio de tanta diversidad de lenguas como habla el

linage humano, la acción de las manos parece una especie de lenguaje que tiene la naturaleza aniversal y comun en todos los paises.

Más en medio de tantas prerogativas y preciosidades como tienen las manos ¡qué templanza no es menester para no escederse! ¡Que discreción y tacto para conocer lo que se ha de señalar expresamente, y lo que se ha de señalar á medias, ó de ningun modo! lo que basta indicar, y lo que adivinarse debe! Muy difícil es dar reglas con exactitud y acierto en esta materia tan delicada y variable; pero es necesario darlas.

REGLAS
PARA LA ACCIÓN DE LAS MANOS

El primer precepto es que vale más abstenerse de accionar que accionar muy mal; «es mejor hacer poco que hacer demasiado.» Por esto se dice vulgarmente: «Hacer mucho y bien—hay muy poco quien.»

Los ademanes son por su naturaleza la expresión del sentimiento; y como este no

existe, ni conviene manifestarle vivo é impetuoso al principio del discurso, tampoco existir debe el accionado en el principio, y hasta corre riesgo de ser entonces un contrasentido. Los ademanes al principio de la oración deben ser muy escasos, ó casi tibios, y solo han de tomar animación y colorido, á medida que el sentimiento se vaya despertando y creciendo.

De la regla que precede, proviene la siguiente: La *sobriedad* es siempre laudable en los ademanes. Toda persona ingénua y de mérito es digna y comedida en su acción. Decirse deben las cosas ordinarias con tranquilidad, y agitarse y moverse según y conforme lo pida el pensamiento que se está emitiendo: ya porque es contra la naturaleza gesticular mucho, al decir cosas sencillas; y ya porque tampoco hay nada que expresar, no habiendo en el relato interés ó importancia notables. Bastará entonces mover ligeramente las manos, ó tenerlas en reposo sobre los bordes del púlpito, y accionar solamente con el antebrazo,

Como quiera que sea, el accionado ha

de preceder, y no ir detrás de la palabra. Así como se siente una cosa primero que hablarse pueda, de igual modo se ha de formar el ademán. Sin embargo de tal precedencia del gesto, éste tiene luego que ir dando lugar á que la palabra vaya llegando paulatinamente al oído, y ambos, gesto y palabra, se han de armonizar de tal modo, que han de caer juntos al fin de la oración.

Entrando ahora en detalles, advertimos que la mano derecha es la que dirije y domina la acción, y la suele formar describiendo una línea curva, más ó menos arqueada, de derecha á izquierda, y á veces vice-versa. Los movimientos perpendiculares que, según el parecer de Shakespeare, cortan el aire con la mano, raras veces son buenos: los oblícuos se reputan por más graciosos y convenientes.

Generalmente, cuando la mano derecha está en acción, la izquierda estar debe apoyada en el púlpito, ó estendida sobre el pecho, rara vez á lo largo del cuerpo. Los antiguos condenaban todo movimiento eje-

cutado por la mano izquierda sola, y aunque tal práctica es la más natural y frecuente, hay ocasiones en las cuales acciona la izquierda sola, como cuando se designa el lugar de los réprobos, ó el desprecio de los placeres y vanidades, y se muestra repugnancia de cualquier cosa. En estos casos se alza un poco la izquierda sola, y con su dorso se dirije hácia la puerta de la Iglesia, en ademán de querer desviar fuera de sí aquel objeto, al paso que vuelve el orador un tanto el rostro hácia el lado derecho. En el día notamos que la mano izquierda funciona con bastante frecuencia; pero á pesar del uso la izquierda solo debe intervenir acompañando á la derecha, y obedeciendo los impulsos de ésta. La numeración de ciertos nombres y en general las conmociones ardientes piden la acción de las dos manos correspondiéndose mútuamente.

Asimismo, cuando acciona el orador tiene ordinariamente hácia sí vuelta la palma de la mano; pero al terminar la acción dicha palma tiene que caer sobre los bordes

del púlpito. También se pueden juntar los dos pólices, entreabriendo los tres dedos, cuya postura tampoco mal parece. Conviene variar estas posturas según sean los pensamientos, como luego se dirá. En los pasajes vivos é interesantes, las manos deben estar abiertas; los dedos ni estendidos excesivamente, ni juntos con violencia. En todo es laudable la mediocridad.

Sobre los ademanes queremos ser sobrios, porque ellos participan mucho de la educación é índole de cada uno, y especialmente porque en materia de gestos no importa tanto observar las reglas como evitar los defectos. Por estas razones nos ceñimos á decir que los movimientos sean *naturales, fáciles, desembarazados, nobles y graciosos.* Tales son las buenas cualidades de la acción.

VICIOS DE LA ACCION

El vicio más notable es el *solecismo de la mano,* como así se llamaba en los juegos

olímpicos el señalar á la tierra v. g., cuando del cielo se está hablando.

Es vicio alargar la palma de la mano volviéndola hácia muy arriba y estendiendo los dedos al modo de los que piden limosna: vicio que reprueba Fr. Luís de Granada, como los siguientes:

Apretar ó encorvar los dedos con violencia, esto es: presentar el puño cerrado; el abrir los dedos demasiado y moverlos con ligereza; el doblar los dedos con violencia, menos el índice y el pulgar; ó contar los argumentos por los dedos, ó con estos señalar á una persona determinada; pero en general se puede.

También es vicio golpear el púlpito con las manos ó con los piés; ó frotar las manos como se hace en confianza; ó ponerlas en la cintura como un fanfarrón; ó levantar ya una mano, ya la otra con cierta simetría, como si fuesen movidas por un resorte; ó llevar el compás en ciertas y notables cadencias con la voz, con la cabeza, con las manos y los piés. Lo mismo que cubrir el semblante con las ma-

nos, y enjugar la boca ó el rostro con los dedos.

Es gran defecto cruzar las manos sobre la cabeza: Masillón las cruzaba con mucha gracia, pero no las pasaba del rostro arriba, y solo así se debe hacer. Hasta parece mal cruzar las manos sobre el pecho, por ser posición algún tanto violenta. Bourdalouce lo hacía con frecuencia, y este cruce es permitido en las exclamaciones, admiraciones y sentimientos fuertes, observando un descanso momentáneo. Es, en fin, vicio feo levantar las manos más arriba de los ojos, ó bajarlas más abajo de la cintura.

Como quiera, y volviendo algo sobre las buenas cualidades; el movimiento de las manos ha de nacer del hombro, y no del codo. Los codos no han de estar pegados al cuerpo, ni de él separados con exceso, sino que han de tener cierta flexibilidad en relación con el impulso del hombro y el de la mano. Los brazos tampoco han de estar tan quietos, que se asemejen á una estátua; ni moverlos con tanta frecuen-

cia que parezcan los de un autómata; ni estenderlos con vehemencia como un luchador, ó estirarlos tan bruscamente como para dar una estocada; ni menos dejarlos caer por su propio peso, ó colgar con descuido; más este último ademán se puede tolerar en un caso raro y con un solo brazo.

Nunca los ademanes han de ser una copia exacta de los hechos que se relatan: basta indicarlos de manera que se conozcan solamente. Queremos decir que los oradores no deben imitar los hechos, aunque sean religiosos. *ad pedem litteræ;* como estender tanto los brazos que representen muy al vivo el *crucifijo:* ó apretar las manos para significar el perdón de Jesucristo en la cruz, ó señalar fijamente con el dedo á San Juan, para decirle: *Múlier écce filius tuus.*

Con más justa razón no se han de imitar con toda su propiedad los actos profanos, como al médico que pulsa, pulsándose el orador á sí mismo; imitar al músico, fingiendo con las manos una tocata; ó al hombre ébrio, ó á la mujer enfure-

cida. El predicador ha de tener respeto á su ministerio, que le prohibe ser como un comediante, para volar con el águila, galopar con el caballo, arrullar con la paloma, ó mecerse con las olas. Nada es más indigno de un doctor de la Iglesia que hacer como los bufones toda suerte de posturas, y remedar las maneras de obrar de todos indistintamente. A esta clase pertenecen los palmoteos, encogimiento de hombros, torcerse á los lados, ó hacer signos de menosprecio. También pertenecen, aunque no tanto, á esta misma clase: travesear con el pañuelo, ó sacarle de intento para mostrar el rostro del Señor estampado en el lienzo de la Verónica, ó para otra cosa. El afán de componer el traje, de arreglar el cabello, y como de acepillarse; estas y otras acciones más ó menos indeliberadas, más ó menos indecorosas son defectillos, que corregir debe todo predicador.

Convenimos en que un ademán regularizado enteramente es una falta en los puntos notables, y no solo la es mayor en los patéticos, sino que en estos se requie-

re una especie de desorden; pero de esto á los gestos *enérgicos*, *forzados*, *bruscos* é *indecorosos* hay enorme diferencia. ¿Y no ha de haberla, cuando hasta nos parece una falta tirarse atrás de sopetón, ó pasear en el púlpito como hacen los franceses é italianos, ó sentarse al final de cada periodo y levantarse luego, como hacen los últimos? Esto en España, que en esos paises haríamos como ellos.

Escribiendo el V. Granada sobre tales defectos dice con mucha verdad: «No me sorprende ver que los oyentes aplauden muchas veces esa especie de imitación, sabiendo que aprecian y gustan de lo que les divierte y hace reir... cosa que vituperan todas las personas ilustradas y piadosas.»

Apesar de todo lo que llevamos dicho, que tan necesario es y sustancioso, la mayor parte de tales defectos se pueden convertir en grandes virtudes y bellezas incomparables, sabiéndolas hacer, y quitándoles aquella rusticidad y acritud que las presenta tan repugnantes.

ACCION PECULIAR

QUE PIDEN CIERTOS PASAJES

Estender alargando la palma de la mano hacia abajo es la expresión de lo positivo y afirmativo: Asi se hace, cuando se establece un principio, ó se declara un axioma: es como la acción del arquitecto que pone el fundamento del edificio. En las exclamaciones y admiraciones se levantan las manos agitadas y temblorosas. Para designar el abandono, la negligencia y el desprecio se dirige la izquierda sola hácia la puerta de aquel lado, inclinando al opuesto un tanto el semblante; ó se deja caer la derecha con indiferencia, ó se lleva negligentemente del lado derecho al izquierdo. Para expresar la maldición ó el anatema, se tiene levantada la derecha con la palma hácia abajo; y se estiende inmóvil para pedir atención, ó imponer silencio: cuando el orador replega la mano hácia si mismo es para señalar la reflexión, ó el remor-

dimiento, y atraer y ganar los corazones: cuando la pone sobre el corazón invoca el testimonio de la conciencia, ó expresa el amor, ó el sentimiento: cuando la baja indica sumisión grande ó adoración suma; respeto y súplica cuando la eleva; y dolor cuando la pone por delante. Las manos se encogen para significar pudor y verguenza; y en las operaciones de la inteligencia se levanta la derecha en dirección á la frente.

Un brazo tendido é inmóvil caracteriza el poder y la fuerza; y los dos brazos semiestendidos denotan expansión, ora en el orador, ora en Dios y sus santos; ya en los hombres que son expansivos, y ya en las mismas cosas que desea el orador ver estendidas entre sus oyentes. Si el índice se estiende solo, replegándose los tres dedos sobre el pulgar, se dice algo de seguro, vivo y fuerte, lo cual sienta bien y es apropósito en los razonamientos y argumentaciones severas. Si el orador habla de Dios ó de cosas divinas, y hasta de un objeto imponente ó maravilloso, las manos se dirigen moderadamente y con respeto bien hácia el cielo.

bien hácia el altar, ó á una imágen cercana. Si el orador se ocupa de sí mismo, de su ministerio, ó de su clase, hácia sí propio dirige las manos, y si de sus oyentes se ocupa directamente, hácia ellos las estiende. Más si trata del mundo, y de sus injusticias ó miserias, no debe dirigir, al increpar tales desórdenes, la mano hácia sus oyentes, para no inferirles una injuria, sino que debe dirigir la mano hácia la puerta de la Iglesia con ademán despreciativo. El orador, en fin, con las manos tiene que manifestar é individualizar lo que dice con suavidad y gracia siempre, con viveza y energía en ocasiones y con devoción y reverencia sobre todo.

3.º

CABEZA, SEMBLANTE Y OJOS

Así como la *cabeza* ocupa el primer rango entre las partes del cuerpo, así tambien le ocupa en la acción del discurso,

y á su adorno contribuye mucho en sentir de Quintiliano. Para este resultado la cabeza debe conservar una postura recta y natural, armonizándose, no obstante, con la pronunciación y el ademán. Se levanta con modestia, cuando se habla de Dios, de los santos, del cielo y de todo lo que respira júbilo y bienandanza. Se há de mostrar firme, cuando se afirma, exhorta y reconviene; y se inclina un poco hácia un lado, para mostrar oposición, desvío, repugnancia y horror, al tiempo mismo que con la mano se repele algo.

Ante todo, y segun íbamos diciendo; cuando se levanta la cabeza se debe hacer con suavidad, sin imitar el movimiento *rápido* de las áves: ni se ha de mantener demasiado alta, señal evidente de orgullo y petulancia; ni demasiado baja, que seria muestra de indolencia; ni moverla con frecuencia como un maniático; ni ocultarla entre los hombros como un pobre hombre; ni menos sostenerla con la mano como un fátuo. En tales actos, más ó menos indeliberados, el orador daría de si un aire de *abandono*.

El *semblante* es el espejo del alma en el cual se pintan con su fiel colorido las pasiones dominantes, como nota Cicerón: *Sunt in óre ómnia.* Siendo, pués, el semblante á manera de lienzo en el cual se graban los fuertes latidos del corazón, ha de tener forzosamente su lenguaje tan propio y peculiar en el cual puedan leér, y con seguridad reconocer los hombres de todos tiempos y lugares la tristeza y alegría, la cólera y compasión, la humildad y la soberbia, la devoción, en fin, como la vida disipada:... *Tristia mœstum vúltum verba décent, irátum pléna minárum.* (Horat).

Un aire imperioso y excesivamente severo, no solo predispone á formar desfavorable concepto del orador, sino que repele, ambicionando todos esé bizcocho de amor y consideración. Por el contrario, un semblante cándido y modesto y una frente límpida y espaciosa en la cual brillen la magestad y la virtud interesan siempre, y asimismo inspiran profundo respeto. Por esto encargamos tanto la conveniencia de que el orador se muestre al principio afable, dulce y

tranquilo; es mejor, siempre que no se indique una conmoción especial, un mirar apacible, serio y grave.

Ludéntem luscivia, severum seria dictu. (id.)

Más no tan solo hay que cuidar del rostro, sino en particular de los *lábios*. Quiero decir, que los lábios se han de mover naturalmente, sin morderlos nunca, ni pasar sobre ellos la mano; tampoco conviene tenerlos muy cerrados, ni tan abiertos que dejen ver los dientes, ni menos caidos con negligencia; porque ayundan mucho á la buena pronunciación.

Tambien ha de cuidar el orador de no arrojar con fuerza la saliva, ni escupir amenudo, bostezar, hinchar las mejillas, ni respirar como fatigado atleta. Para estas operaciones hay que hacer uso del pañuelo; lo contrario, en sentir de Quintiliano, es *indecoroso*.

Siendo el semblante el espejo del alma, los *ojos* son el límpido espejo en el cual se refleja el alma toda entera: son los ojos la lengua del corazón, y en ellos se reproducen fiel y maravillosamente las emo-

ciones, *Óculos natura nobis ad motus animórum declarandos dédit.* asi lo dice Ciceron. Hay ciertamente en la mirada del hombre un poder mágico, un no se qué fascinador que, aun despues de la degradación, somete á su dominio los seres todos á él inferiores. Hasta el león, si su furor no le domina, se suaviza y tiembla, cuando el hombre le mira de frente.

Mas el arte de jugar con los ojos se tiene que armonizar con el discurso, que tal es uno de los grandes secretos de la elocuencia. Decimos mal: el arte apenas ordena nada en los ojos, que obran ellos de por si naturalmente. La alegría los pone vivos y animados, la tristeza los empaña y amortigua, la indignación los enardece é inflama, el temor los abate y estravía, el horror y desprecio los distráe y desvía: si el orador reconviene, se ponen severos; si amenaza, terribles aparecen, arrojan rayos; cuando deplora la triste miseria del pecador, se muestran compasivos, y derraman lágrimas, y en el arrepentimiento estan bajos y casi oscurecidos. Todo esto lo hacen los ojos, repito,

naturalmente: con ellos no se puede fingir, sin que se aperciba, una emoción que no se sienta; de manera que bajo la influencia del sentimiento los ojos, sin auxilio del arte, se inspiran por si mismos.

Las principales faltas del orador en sus ojos, cuando predica, son: tener la vista errante, como sin cuidarse nada de lo que dice; ó tenerla fija é inmóvil sobre un pilar, sobre cierto lado, ó persona determinada. Tambien es falta tener los ojos cerrados, ó dormientes, privando con tal postura de mucha vida y animación el discurso. Es igual falta, por la inversa, mantenerlos demasiado abiertos, como queriendo arrostrar por todo; ó mantenerlos ligeros é inconstantes, ó trémulos, despavoridos y en agitación contínua. Mirar, en fin, sin ver da cierto aire de estupidez al orador; como el mirar fijándose, es faltar á su ministerio y perder el hilo fácilmente. El orador debe pasear la vista simplemente y sin afectación por todo el auditorio, para con él familiarizarse, tomando aquélla las formas y alteraciones que requiera el discurso.

4.º

LOS PIÉS Y EL TRAJE

La libre y natural actitud del orador depende mucho, como nota oportunamente Maury, de la posición que tengan los *piés*. Los jóvenes muy lejos estan de conjeturar que de la postura llana y uniforme y del movimiento imperceptible de los piés provengan la seguridad, el aplomo, la facilidad, nobleza y gracia del cuerpo y de la acción.

En órden al *traje* nos detendremos muy poco, porque cada país tiene su práctica, y nos parece justo y conveniente llevar aquel traje que se usa en el punto donde se predica: singularizarse no parece bien. De tal regla están exentas las personas de marcada categoría.

Afuera de esto, todo predicador se ha

de presentar en el púlpito aseado sin afectación, y natural sin abandono. No ha de subir al púlpito sin peinarse, como un gato espeluznado; ni con barba crecida; ni con peluca tuerta, ó corrida hasta los ojos; ni con el bonete introducido muy abajo, ó de medio lado, ó moviéndole con facilidad. Mucho menos conviene ir elegante como un paraninfo, ni dejar ver la punta de la camisola en el cuello, ni siquiera en las boca-mangas muy visiblemente.

Tales son las reglas principales con respecto á la elocuencia exterior. Las lecciones y experiencia de un buen maestro podrán corregir las que van dadas, y sobre todo completar las que no es facil decir en un libro sin acción y sin vida. En este punto suele dejar algún vacío el más docto maestro en vista de que la declamación se aprende mucho mejor con presencia de buenos modelos que con lecciones puramente teóricas (1). Así lo reconocía el P. Renand, tan notable por su acción noble y

(1) Véase el artículo sobre el *orador*, pág. 15.

expresiva, que no dejaba imprimir sus sermones diciendo: «Yo consentiría de buen grado, si al mismo tiempo se pudiera imprimir al orador.»

Fin de la primera parte.

ULTIMA PARTE DE LA ORATORIA

De los varios gèneros de discursos.

En la primera parte del tratado hemos expuesto las reglas y principios generales de la Oratoria, y todo lo que es menester para dar al discurso modo, forma y perfección: ahora nos resta trazar ultimamente algunas reglas peculiares, que digan relación á los diferentes géneros de elocuencia y á las variables formas de instrucción. No basta, pués, conocer y manejar las reglas cardinales del discurso y de la acción; sino que es menester saberlas aplicar y variar segun las múltiples y diversas especies en que la predicación se estiende y ejercita. Tal es la segunda y última parte: materia vasta, que vamos á tratar con suma brevedad.

ABTICULO PREPARATORIO

Naturaleza y necesidad de la instrucción

En esas horas de callado reposo se pregunta uno asi mismo con amarga inquietud y la terrible alarma de un célo ardiente ¿como es que la religión se observa y practica muy fria y superficialmente por el mayor número de personas distinguidas? ¿Porqué prevalece tanto el interés de las pasiones, y el encanto de la virtud no cautiva sino á hombres secundarios, por no llamarles nunca simples? La razón que se alega, y se dice con mucha verdad, es la visible decadencia moral y la espantosa corrupción de costumbres. Pero si bien es cierto que la decadencia y corrupción de nuestro siglo producen este inevitable fenómeno, no es menos cierto que la *ignorancia* le produce en

mayor escála y de una manera mucho más lastimosa. Porque ¿Cuál es el principio que engendra esa corrupción y decadencia? Cuál es la causa que desvia las vivas afecciones del corazón humano de las cosas religiosas? La causa primera y última es una misma, es la de todos los siglos, paises y la *ignorancia*.

El corazón va por instinto natural trás de lo que ama, y ama con preferencia lo que mejor le parece, ó aquello en que piensa encontrar mayor cantidad de bién, visto que á todo precio quiere y busca su felicidad. Siendo fuera de toda duda que la religión es el vínculo y la expresión de la verdad esencial y de la vida divina, y en consecuencia el principio y el medio de la felicidad soberana; si el hombre no tiene amor y apego grandes á esa religión, que le proporciona el sumo bien y suprema felicidad, proviene ante todo de que no la conoce, ni medita bastantemente, procede, en fin, de la ignorancia. Fleuri lo dice con noble entereza: «Raramente la depravación del corazón es tan grande que resista franca y

abiertamente á la luz de la verdad y de la justicia... El libertinaje mismo y el desprecio de la religión no provienen más que de la *ignorancia*, porque es imposible conocer la doctrina cristiana tal cual es, sin admirarla, y amarla.»

Esto sentado, se deduce, como la legítima consecuencia de su verdadera premisa, que para remediar el mal que tanto se deplora, para curar el cáncer venenoso que corroe las entrañas de la sociedad, el verdadero medio, el remedio heróico y singular es la *instrucción: Docete.* El catecismo siembra la semilla, y la instrucción posterior la fecunda, estiende y aplica. Es necesario, pues, enseñar solidamente al pueblo la religión: darle de cada cosa nociones exactas, y mostrarle el encadenamiento y armonía de las partes. Un punto aislado no puede producir convicción profunda y general: es menester remontarse á los principios cardinales de la religión, y mostrar la economía de la providencia sobre los hombres. Es preciso describir y pintar con sublimes y vivos colores los beneficios y portentos del Señor, la be-

lleza de los dogmas y la justicia y equidad de las leyes morales. Es preciso, en fin, señalar el carácter de la religión en la regularidad y armonía de todas sus partes. «No hay,» dice Fenelón. «arte ni ciencia en el mundo, que los maestros no enseñen de una manera consecutiva por principios y con método. Solo la religión se deja de enseñar de este modo á los fieles: Se les da en la infancia un pequeño catecismo, que aprenden de memoria, sin comprender el sentido, después de lo cual no reciben ya más instrucción que sermones vagos y sueltos. Quisiera yó que se enseñase á los cristianos los elementos de la religión, y se les condujese por orden hasta los augustos y sublimes misterios.» No hay que hacerse ilusiones sobre la importancia y necesidad de la instrucción. El ilustre Arzobispo de Cambrai pone el dedo en la llaga, y el voto, que aqui forma, expresa la obligación de todo pastor; segun aquel precepto: «*Docéntes servâre quæcúmque mandâvi vóbis.*

Por último, la razón y la experiencia corroboran la necesidad de que tratamos. Na-

da vemos tan bello y atractivo como el desarrollo de ese pintoresco cuadro de verdades religiosas, que no solo instruye, sino que excita vivamente la curiosidad. La primera instrucción hace desear la que sigue; ya para resolver la dificultad pendiente, y ya para esclarecer una palabra oscura. ¿Y quién no desea reconocer el fundamento sobre que descansa la creencia que profesa?

En vista de un dato, que dejamos comprobado suficientemente, tenemos justificada y esclarecida esta parte de la oratoria, que no comprende más que las varias y más importantes clases de instrucción, que usa la Iglesia. Comenzarémos por la más simple enseñanza, cual es la del *Catecismo;* luego continuarémos con otras *instrucciones* más ámplias é interesantes; después trataremos de la predicación solemne, y por último de la más sencilla.

CAPITULO 1.º

Naturaleza del catecismo

La palabra *catecismo* viene de las voces griegas *kata ekon* que significan instrucción de viva voz.

Como en la primitiva Iglesia regia la ley del secreto en orden á los misterios, para que estos no fueran adulterados por los gentiles, la instrucción de los catecúmenos se solía dar de viva voz, y de tal enseñanza se deriva el nombre de *catecismo* ó *catequésis*. Es por lo tanto el catecismo «una instrucción familiar de viva voz sobre los elementos de la doctrina cristiana.» Tambien se llama Catecismo aquel libro en el cual estan contenidas las verdades rudimentarias de la religión, escritas por lo general en forma de diálogo. El uso de libros de tal clase cuenta lo me-

nos trescientos años época en que S. Ignacio hacia renacer la costumbre antiquísima de catequizar á los niños.

ARTÍCULO I

Importancia del catecismo

Es un error mirar la función del catequista como humilde, ó poco digna un hombre de talento: al contrario, en el ejercicio del ministerio eclesiástico quizá no haya otra más excelente y honorífica. ¿Qué función puede haber superior á la practicada por Jesucristo? Él no bajó del cielo para pronunciar discursos elocuentes, sino que vino para enseñar su santa doctrina. El Evangelio nos refiere que deseaba sobremanera el Señor verse rodeado de niños á los cuales entre sus brazos estrechaba y luego los bendecía: *sinite párvulos ve-*

nire ad me... et complexens eos, benedicébat eis.

Habiendo seguido el ejemplo de su divino Maestro los Apóstoles, conquistaron el universo, no precisamente con discursos elocuentes, sino con explicaciones sencillas sobre los principales elementos de la doctrina cristiana, y se mezclaban con los hijos del pueblo, enseñándoles amorosamente como á niños pequeños: *Facti sumus párvuli in medio véstrum, tamquam si nútrix fóveat filios suos.*

Se puede asegurar que por espacio de muchos siglos la enseñanza en forma de catecismo fué el único y mejor modo de instruir y edificar que los pastores emplearon. San Cirilo y San Agustín, no solo se consagraron con ardor á esta tarea, sino que sobre ella escribieron obras notables. Después el santo Obispo de Ginebra, el gran Belarmino y el docto Gersón se gloriaban de tan noble y útil desempeño. San Ignacio de Loyola reunía en torno suyo grupos de niños; y diciéndole, para desviarle de tan asídua ocupación, que la frecuen-

cia de reunir niños los alejaría, contestaba el Santo: «Uno solo que venga es un auditorio bastante grande.» Apenas era elegido general de la Compañía, inauguraba el ejercicio de su cargo con la explicación del catecismo en una iglesia de Roma durante cuarenta días seguidos. Clemente XI se detenía en las calles de Roma preguntando la doctrina, y distribuyendo medallas á los niños que mejor respondían.

En realidad de verdad, no se puede dar cosa más útil é importante á la religión y á la sociedad, como inculcar en el alma sencilla de los niños los rasgos culminantes de la bondad divina: enriquecer su naciente inteligencia con las inspiraciones del cielo; hacer gratas á sus tiernos corazones las sabrosas perfecciones de Dios; mantener en la inocencia esas almas por el bautismo puras, y preparar para la primera comunión esos templos, cuya limpieza y primicias quiere para sí el Señor.

El tiempo de la infancia es, á no dudarlo, el más propicio para corregir malas inclinaciones, y contraer hábitos de virtud, que

hasta la tumba llegan. «Es un proverbio,» dice el Espíritu Santo, «que el adolescente seguirá en su ancianidad el camino que haya emprendido en su juventud.» *Proverbium est: adolescens justa viam suam, etiam cum senuerit, non recédet ab ea.* De aquí el refrán: «Lo que se toma en la cuna,—ello es que siempre dura.» Y es tan apropósito la infancia para el catecismo, que por este medio se populariza la sabiduría, y en poco tiempo sabe un niño más verdades prácticas y especulativas que todos los amantes de la sabiduría guiados por la luz de su razón.

En suma, la importancia y excelencia del catecismo es tal, que la Iglesia prescribe con rigor esta institución, la caridad la recomienda y ordena, la justicia la impone como deber anexo á todos aquellos que tienen cargo de almas, y la recompensa es grande.

La Iglesia siempre ha observado esta institución sagrada, y el concilio de Trento en la sesión 24 cap. 4.º impone á los obispos la obligación de velar, para que los

pastores expliquen el catecismo á los niños. por lo menos los dias festivos, y en caso necesario que compelan con censuras á los curas perezosos, *Episcopi saltem dominicis et aliis festivis diebus pueros in singulis parrochis fidei rudimenta diligenter ab hiis ad quos spectábit docére curábunt.... et si opus sit, etiam per censuras ecclesiásticas compéllent.* Benedicto XIV añade que, aun cuando no exista más que un niño, el catecismo ya obliga. S. Cárlos Barroméo manda que los párrocos se presenten por si mismos en aquellos parages, á los cuales por la distancia ó intemperie los niños no pueden concurrir.

De que es un deber de justicia se conoce, no solo por lo que se acaba de indicar, sino por las predicaciones ordinarias las cuales suponen, y por esto no se explican, las verdades primarias que se contienen en el catecismo, y se deben saber desde la niñez.

Asimismo la caridad cristiana requiere la enseñanza de lo necesario que se ignora. ¿Y qué más sublime y excelente enseñanza

puede haber, que la de las verdades necesarias. de las cuales pende la felicidad posible en esta vida y en la otra la eterna dicha?

Por último, Benedicto XIV concede á los catequistas por cada vez siete años y siete cuarentenas, y al mes una indulgencia plenaria. Más en el cielo, segun el Espíritu Santo, la recompensa de los celosos catequistas es magnífica: *Qui ad justitiam erúdiunt multos, fulgebunt quasi stellae in perpétuas aeternitates.*

ARTÍCULO II

Cualidades del catequista

Las cualidades que adornar deben á todo catequista, se reasúmen con las cinco siguientes. *ciencia, celo, dulzura, piedad* y *prudencia*:

No necesita el catequista poseér la *ciencia* de un teólogo profundo, por más que

se la requiere para componer un catecismo: le basta una instrucción regular sobre la materia, es decir: ideas claras, firmes y exactas acerca de los puntos esenciales del dogma y de la moral. Es menester que los misterios principales y las verdades preceptivas le sean familiares. Precisa, en fin, no solo saber bien las materias del catecismo, sino tener nociones variadas, para entretener á los niños con histórias, comparaciones, símiles y ejemplos. El catequista que no logre tener este grado de ciencia, se expone á enseñar errores y herejías, y alterar, sin sospecharlo, el depósito de la fé, dando ideas falsas á los niños, que acibararán acaso el resto de su vida.

Tambien debe estar animado el catequista de *celo* evangelio para instruir con fruto, celo que nada le haga desanimar, ni la rusticidad de los niños, ni su travesura, ni su malicia. Más el celo, si ha de obtener completo triunfo, ha de llevar consigo la dulzura y la prudencia juntamente.

En primer lugar la *dulzura:* esta cualidad es el único medio, y sobre todo el

más eficáz, para conseguir el fin de la instrucción. Debe. pues, comenzar el catequista por hacerse amar, y dejarse querer de los niños; porque llegando ellos á tomar aversión al maestro; bien sea por multiplicar los castigos, bien por exagerar las faltas. ó por no dominar su genio áspero y colérico: por cualquier causa que sea mal querido el catequista de los niños, ni aquel logrará triunfar plenamente, ni se borrará de los niños la impresión primera. La dulzura es la llave de oro que abre los corazones, y el imán que los atrae, como dice S. Pablo: (1) *Instruite in spíritu lenitátis.*

Y en segundo lugar la *prudencia;* porque si la dulzura no es dirigida por la virtud de la prudencia, facilmente aquella degenera en debilidad. Como el niño es observador minucioso, y no se cansa de descubrir el lado flaco del catequista, para explotarle sin reparo, conviene que la prudencia temple la dulzura por medio de una suave y equitativa firmeza; de tal modo

(1) A los Galat. 8-1.

que no se vea en el castigo el más leve átomo de ira ni exageración, y en el disimulo y perdón no se vea miedo, ni flaqueza, ó falta de autoridad.

Por último, el catequista tiene que ser un modelo de piedad, para inspirar á los niños don tan excelente. En los niños, esencialmente observadores, hace más profunda mella la autoridad del ejemplo, que el ruido fugaz de la palabra. El catequista solo adquiere la piedad, como S. Francisco, á los piés del crucifijo; esa unción celestial que revela desde luego á un varón divino: esa unción que inspira palabras penetrantes y conmovedoras, y hasta el tono, el ademán y la mirada indican la misma virtud. La piedad del catequista no puede menos de ingerirse en el alma candorosa de los niños. Por el contrario, el catequista poco y nada piadoso no tiene vigor ni gracia para persuadir y conmover, cumple su misión sublime de una manera puramente humana. Ni se une con el espíritu de Dios, ni por él es dirijido. El precepto, en fin, mundano habla de por si, habla con

frialdad, y como nunca está movido por el viento del cielo, los niños tampoco se conmueven, ni siquiera se animan, máxime dando aquel señales de cansacio y disgusto.

ARTICULO III

Cualidades de la instrucción

Las cualidads ordinarias de la instrucción se pueden reducir á cinco: *Brevedad, solidez, claridad, interés* y *piedad.*

Brevedad. Quintiliano (1) encargaba que á los niños en cada vez se les enseñasen pocas cosas. S. Francisco de Sales (2) repite la misma sentencia, la cual confirma con el símil de las lámparas, que se apagan luego con el mucho aceite; con el de las plantas que se pierden con excesivo riego, y el de la vid que produce me-

(1) Lib. 1 cap. 3. *De scholis.*
(2) *Guía de...*

nor fruto con múltiples sarmientos. En la cabeza de los niños, dice Fenelón, (1) no se deben introducir muchas cosas; porque un depósito tan pequeño no puede contener sino un cierto número de cosas esquisitas. A esa edad solo se ha derramar aquello que ha de ser permanente: solo aquello que atañe directamente á la fé y costumbres, absteniéndose completamento de cuestiones sutiles, ó de mera curiosidad, de opiniones y dificultades, menos las que son vulgares.

Solidez. «Aunque el catecismo,» dice Fleuri, «contenga lo que se necesita saber, hay en él, como en todo compendio, cosas que jamás se pueden comprender bien, á no estudiarlas en otra parte con más extensión. Para comprender, pues, y retener lo poco que contiene el catecismo, es preciso meditar todas las palabras, y penetrar la profundidad de la doctrina que contienen.» Salta, pues, á la vista que todo catequista tiene la obligación de explicar el texto en ciertos lugares con *solidez*, clari-

(1) *De la educación.*

dad y precisión, y tiene que apoyar su explicación en pruebas breves, sencillas y perentorias. Si las pruebas que presenta el catequista son superficiales, inexactas é incompletas, no pueden ofrecer al niño ese fondo sólido, que tan necesario le será el dia en que llegue á ser hombre, y hasta puede suceder que con el andar del tiempo el adolescente se ria de una doctrina con tales incoherencias é imperfecciones presentada. Ninguna explicación es permitida que no sea sólida, exacta y verdadera: ninguna que no sea própia de personas sábias y discretas, ninguna, en fin, que no sea digna de la majestad divina, en cuyo templo se catequiza.

Claridad. Nada es tan importante como la *claridad* en las ideas y expresiones para enseñar con fruto á los niños; porque la inteligencia de ellos poco desarrollada no puede alcanzar, ni suplir lo que faltare. Precisa tener el catequista claridad en las ideas; porque las generalidades y abstracciones pasan sobre las cabezas de los niños, sin comprender nada de ellas, como

nubes sin agua. Y tener claridad en las palabras; porque son enteramente inútiles y confusivas para los niños las palabras *técnicas* ó de escuela, las equívocas, peregrinas y los giros oratórios ó figurados; en esa edad solo conviene un lenguaje sencillo y familiar. También precisa *claridad en el método*, cuidando que haya en los tratados é ideas mútuo enlace y armonía, y reparando que á veces lo que parece natural y fácil al hombre de estudio es inacesible á la inteligencia de los niños.

El *interés*. La instrucción debe ser interesante, mezclándola con parábolas, comparaciones, ejemplos é historias: medios eficaces que favorecen la inteligencia de los niños, y cautivan poderosamente su atención. «Aunque las historias,» dice Fenelón, «parezca que dilatan la instrucción, la abrevian sin embargo mucho, y quitan su aridez á los catecismos, en los cuales se presentan los misterios haciendo abstracción de los hechos. Este admirable método que tanto recomendaba San Agustín, era el método y práctica universal de la Iglesia.»

El objeto que se toma por punto de comparación excita vivamente el interés de los niños, fascina su imaginación, agita su curiosidad de saber, y detiene su constante movilidad. En los semblantes de los niños se advierte una sensación particular de sorpresa y júbilo.

También interesa bastante la variación en el modo de preguntar, sobre todo notándose distracción ó escaso adelanto. Así como así, multiplicando las preguntas sucesivamente á los niños, y aun dirigiéndolas á los mismos que se les acaban de hacer, se mantiene á todos en constante espectativa y vigilancia. *Idèntitas est mater tocdii.* Hasta interesa mucho más hablar en primera ó segunda persona, por lo cual no se dirá: «Dios manda que los niños obedezcan á...» sino: «Dios nos manda (ú os manda) obedecer á...»

La *piedad*, en fin. El catequista no debe limitar su acción á instruir á los niños, sino que tambien debe inspirarles al mismo tiempo el amor y la práctica de la piedad y santificación. «Expresaos de tal modo,»

dice S. Agustin, «que el auditorio, al escucharos, crea verdaderamente, que espera creyendo, y que esperando ama.»

El mejor modo de asegurar el triunfo de la piedad es inspirar á los niños profundo horror al pecado y á su castigo el infierno, como asi lo hacía la Madre de S. Luis: «Dios me es testigo, hijo mio, de cuanto te amo, pero más quisiera verte morir» en gracia, «que saber que habias ofendido á Dios con un pecado mortal.» Asi es que el catequista que se ciñe á instruir niños, sin hacerles virtuosos, no desempeña más que la mitad de su deber: al paso que ilustra su inteligencia, debe formar y abrir su corazón al bien y á la piedad.

ARTÍCULO IV

Vicios de la niñèz y su remedio

Es muy triste, y bien digno de ser notado, que los niños ya desde los albóres de su razón estan llenos de vicios nacientes, demasiado comunes y vivos en tan tierna edad.

1.° Se desarrolla muy pronto el *orgullo* y *egoismo*. El niño todo lo refiere á si mismo: quiere, y no se cansa de querer que á sus caprichos nadie resista; y la menor negativa ó demora le irrita, y hace llorar copiosamente.

2.° La *avaricia*. El niño codicia con vehemencia las riquezas: se aficiona con exceso visible á todo lo que le agrada ó conviene, y de ello nunca consiente ser privado.

3.° La *envidia* le atormenta de tal mo-

do que desea y quiere todo lo que ve en los demás. y solo porque lo ve en los demás.

4.° La *gula*, porque come sin medída ni discreción; devora con la vista cuanto ve sobre la mesa, y llora si le niegan hasta lo que mal le haria.

5.° La *ira* con la cual se enoja pronto y fuertemente. y devuelve sin reparo los golpes que recibe, si él no es el primero en darlos, y se pone contento con haber hecho daño.

6.° y último, la *pereza*. Los niños no conocen otras reglas y miramientos que la frivolidad, la inconstancia, la curiosidad, el capricho; se valen de mil vueltas y artificios por no molestarse; á otros echan la culpa de sus faltas; se escusan de ellas con mentiras, y procuran, en fin, sobremanera las caricias y los aplausos.

Ciertamente que asusta la función del catequista, si su obra, viendo tantos y tan enormes vicios en la niñez, no fuera una obra de celo y abnegación, una obra tan útil á la religión como á la sociedad.

MEDIOS DE APLICACION

El catequísta que ha de curar radicalmente el corazón enfermo de los niños: el habil podador que ha de cortar los sarmientos perjudiciales de plantas juveniles, se ha de persuadir que estas son tan dignas de compasión, como de ser tiernamente amadas. Solo así comenzará su noble acción de conquista, sembrando en terreno vírgen la preciosa semilla de la virtud, y arraigando en aquel sentimientos de modestia y de vergüenza.

Prescribir reglas acerca de la corrección, sería exponerse á modificarlas segun la índole de personas, y circunstancias de lugar, edad y de cada caso. Los medios particulares se dejan á la prudencia y tacto del catequista. Unicamente le recomendamos, como punto de partida general, el buen ejemplo, que es, á no dudar, el mejor alimento para fomentar la piedad en la

cual entran instintivamente los educandos. A este tenor seguir deben las reflexiones morales, que propendan evidentemente á la reforma que se intenta. Pero ninguna cosa es más eficaz como las prácticas espirituales: la oración por la mañana y por la noche: el exámen de conciencia y acto de contrición; la misa diariamente y la comunión en las fiestas principales; la confesión, si es posible, cada mes. y cánticos espirituales.

ARTICULO V

Método en lo exterior del catecismo

El orden conduce á Dios, como advierte S. Agustin; porque con el orden todas las cosas entre si se armonizan, y dirigen facil y seguramente á su fin por la recta disposición de los médios. El orden cons-

tituye la vida de las sociedades, bien así como la de los individuos, y sin él no hay más que confusión y ruinas. El orden es el principio y el movil de aquellas obras que alcanzan feliz resultado. Si el catequista pretende obtener el fin grande de sus labores, debe procurar, ante todo, el orden de los niños. Entremos en detalles que nunca serán excesivos en punto de tanta trascendencia.

1.º Lo primero que se ha de hacer, para conseguir el orden, es elegir en la Iglesia sitio conveniente, que permita ver y observar á todos los niños.

2.º En las parroquias donde concurren niños de ambos sexos, se ha de procurar que no se mezclen mientras esten esperando la hora de entrar: mucho menos que esten juntos en la Iglesia, sino que se deben colocar primero los niños, después las niñas, situándose cada cual en el sitio que se le haya designado sin confusión.

3.º Al empezar la temporada del catecismo se deben escribir los nombres, apellidos y domicilio de los niños, á todos los

cuales se les asigna provisionalmente sitio, siguiendo el orden alfabético, y cuidando escrupulosamente de que nunca lo cambien, hasta que les toque otro mejor según el mérito.

4.° A los niños se les ha de exigir cabal exactitud en su asistencia, y para reclamarla con derecho el catequista, tiene que ser el mismo muy puntual en la hora señalada.

5.° Luego que se coloquen los niños, uno de ellos empieza la oración, permaneciendo el catequista derecho para observarlos mejor, y á una señal se levantan todos, para cantar á coro alguna estrofa.

6.° Durante la lección se ha de observar silencio y recogimiento rigurosos, sin permitir jamás que ninguno se ria, ni menos se burle de otro, aun cuando este diga un disparate.

7.° El niño, para responder, se levanta y hace la señal de la cruz de seguida.

Más, apesar de toda la vigilancia posible y de todos los recursos imaginables, jamás se conseguirá fijár la atención de los

niños por su natural ligero é inconstante. Es menester hacerle más interesante la explicacion por otros medios más oficiales que están acreditados por la experiencia, cuales son:

1.º Como nada hay que pueda escapar al ojo tan observador del niño, nada tampoco ha de escapar á la mirada vigilante del catequista. Un gesto, una sola mirada bastan á veces para intimidar al culpable, y volverle al orden. Si conviene disimular al delincuente por aquel momento, se le dice después que su falta no habia pasado desapercibida, y que no fué entonces reprendido por caridad, y por evitar una humillación pública.

2.º Los castigos deben variar según la gravedad de las faltas: una reprimenda pública, una mala nota, estar de pié, ó de rodillas durante la lección; ser inscrito en el cuadro negro á la vista de todos, estar sentado en el banco de ignominia, y á este tenor otras penas, siendo la última ser expulsado: Más esta debe ser muy rara, ora por no irritar la cólera de los niños, ora

por no provocar la susceptibilidad de sus padres.

3.° Cada dos meses, por ejemplo, se hará una recitación tirada de ciertos capítulos del catecismo; y según aquella sea más ó menos perfecta, se arreglan los puestos de los niños, colocando á los mejores en asientos de honor, y á los más sobresalientes bajo la denominación de *presidente* y *vicepresidentes*.

4.° La buena conducta, ó adelanto de un niño, merece una felicitación y la recompensa de un *punto*; que se pone en un papel ó trocito de cartón, con la inscripción: *Buen punto*. Cinco puntos valen una imagen; quince ó veinte un librito. Las notas son: *bien*, *muy bien*, *mal*, *muy mal* y *medianamente*. En épocas determinadas se hace la distribución de premios según el número de puntos y notas.

Lo antedicho puede tener lugar en todas las localidades; pero en las más importantes se puede dar más realce al acto de distribución de premios, organizando dos ó tres fiestas al año. Entonces la capilla se ha

de adornar mejor que de costumbre: en la misa conviene una breve plática, y mejor si la dice un extraño, en cuyo caso los niños se creen honrados. Después se canta una estrofa: se tiene el diálogo, para mayor atractivo en forma de controversia, y termina la ceremonia con la distribución solemne de premios.

Nadie se puede figurar cuanto aprecian los niños, y cuanto adelantan con tales ejercicios. Todos, en fin, hasta los mismos padres, miran con visible complacencia esta especie de certámen.

ARTÍCULO VI

Diversas especies de catecismos

En rigor, una sola es la naturaleza de todo catecismo; más por razón del modo y extensión, se cuentan tres clases de catecis-

mos: el de los niños, el de la primera comunión y el de la perseverancia.

El catecismo de los *niños*, del cual nos venimos ocupando, nunca se ha de confundir con los demás, cuya mezcla produciría estorbo y desorden sin provecho alguno. El de los niños á ellos se ha de ceñir, y él solo, bastante descuidado por desgracia, es tan importante, que parece ser el más cierto y poderoso medio para fomentar y mantener la reforma y la piedad en una parroquia.

De la primera *comunión* bien ó mal hecha depende mucho la vida buena ó mala del cristiano. Por lo cual conviene muchísimo que, durante ciertos dias antes de la comunión, reuna el celoso pastor á los niños, para darles instrucciones análogas, ya sobre la excelencia del precioso don que van á recibir en la Eucaristía, ya sobre las disposiciones que requiere tan preciosa dádiva, y ya sobre la feliz influencia que la primera comunión bien hecha ejerce en el curso de la vida. También les hará ver su catequista los tristes efectos y terribles

desgracias, que se han de temer para la vida presente y la futura de la confesión y comunión mal hechas. Luego en este, como retiro espiritual, se practica con los niños algún ejercicio de piedad. El verdadero celo es muy industrioso, y nunca le falta medio de verificar lo antedicho, y de encargar la vigilancia de los niños á sus padres, ó á personas reconocidamente piadosas.

El catecismo de *perseverancia* para los jóvenes no es menos necesario que los dos anteriores. Entrando aquellos en la época tan crítica de la mocedad, precisan infaliblemente de la mano habil y firme del catequista, que los dirija y sostenga. Con ellos la instrucción debe ser más sólida y amena; debe ser una especie de conferencia en la cual se refuten las objeciones que se oyen más frecuentemente contra la piedad, escudando á los jóvenes contra los peligros de la seducción y del respeto humano.

En Barcelona después de la última revolución se instaló, y continua todos los dias

festivos, la cataquesis, dada por los estudiantes del Seminario.

¡Mil y mil veces felices los jóvenes y niños por un pastor diligente y cariñoso educados! Bien dirigidas esas tiernas flores y regadas desde su infancia, con el copioso rocío de la gracia, seguirán por el camino llano de la virtud hasta su vejez; y sobre la honorable tumba de su amante maestro colocarán una corona de siemprevivas, y le rendirán el justo tributo de lágrimas y oraciones; mientras que aquel será doblemente feliz con las bendiciones de la tierra y la corona del cielo, siendo todos dichosos por millares de siglos. Amen.

CAPÍTULO II

De la instrucción popular

ARTÍCULO I

Curso seguido de instruciones

El curso de instrucciones populares le tenemos bien trazado y perfectamente desenvuelto en esa obra, que nunca se recomendará bastantemente, cual es el *Catecismo del concilio de Trento*, en donde se contiene con órden y lucidez admirables toda la sustancia de la doctrina católica. Tenemos asimismo un sin número de Catecismos apreciables todos; más entre tantos, y por lo que se refiere á nuestro asunto, sobresale por su claridad y método el del

ilustre Sr. *García Mazo*, Magistral de Valladolid.

No vamos á seguir paso á paso á tan ilustres catequistas, sino á formar un plan de instrucciones, que sirva como de Epítome de materias, que hayan de tratar los oradores en sus pláticas al pueblo: Este trabajo, que abrevia la sustancia del catecismo, es el único que nos atañe como oradores.

PLAN DE INSTRUCCIONES

Dogma. Existencia de Dios y refutación del ateísmo.—Atributos de Dios: unidad, eternidad, inmutabilidad, misericordia, justicia, providencia...

Operación divina que se dice *ad intra.* Místerio de la Sma. Trinidad: unidad de esencia y distinción de personas. Notas, relaciones, misión y circunmisesión.

Operaciónes ad extra. Creación de los ángeles: excelencia de su naturaleza; caída de gran número de ellos, y consecuencias. —Angel de guarda y su ministerio.

Idem. Creación del hombre: su naturaleza, su fin é inmortalidad del alma.—Relaciones del hombre con Dios, consigo mismo y con sus semejantes.—Culto que debe dar el hombre á Dios, á los ángeles y santos, y á sus imágenes y relíquias.

Revelacion primitiva. Caída del hombre y consecuencias del pecado de origen: el diluvio por otra depravación general.—Providencia especial de Dios sobre la verdad revelada en el pueblo judío.

Encarnación del Hijo unigénito de Dios. Como fué figurado y anunciado.—Divinidad de Jesucristo: objeto de su misión; excelencia de su doctrina, su pasión, en fin, y su muerte.

Moral. Acciones humanas: conciencia: leyes divinas y su sanción.—Muerte, resurrección universal, juicio, infierno, purgatorio y gloria.

MODO DE TRATAR ESTAS MATERIAS

El plan de materias, que acabamos de bosquejar, y que cualquiera puede ampliar con ayuda del catecismo segun le convenga, exige que tales asuntos se presenten trabados entre sí logicamente, cuando de ellos se trate. Este plán exige que en las materias que se ventilen, se observen las reglas generales del *discurso* y las especiales de la *conferencia*.

Por esto nos limitamos á indicar que en estas instrucciones sus cualidades más esenciales son:

En el exordio se indica someramente el punto que se ha de tratar, y se indica sencillamente sin pretensiones oratorias.

En las definiciones precisión; en la exposición y pruebas claridad y solidez, y sencillez en los detalles prácticos. Convengamos en que no hay nada más apropósito, para despertar en los fieles el amor y en-

tusiasmo por la verdad más que la verdad misma, poniéndola al alcance de todas las inteligencias, y basándola en sólidos fundamentos.

El defecto en que fácilmente se incure, dando estas instrucciones, suele ser una marcha excesivamente uniforme y constante, que produce fastidio y monotonía. Para desterrar este inconveniente no hay como sembrar el discurso con algunos símiles, comparaciones é imágenes, ó presentar los objetos con la posible variedad.

Como quiera, llevando consigo toda verdad religiosa obligaciones que cumplir, el orador se quedaría en el medio del camino que ha de recorrer, si se limitara en sus instrucciones á ilustrar el entendimiento, sin inclinar la voluntad hacia el bien.

Es, por lo tanto, menester que por lo menos al fin de la oración el orador mueva y excite los afectos adecuados, y saque las consecuencias practicas, que conduzcan logicamente á la reforma y mejora del auditorío. Estos afectos tambien ayudan á persuadir y á gravar la verdad, no solo en la

mente, sino en el corazón, asiento de la fé: *Corde créditur ad justitiam.*

ARTÍCULO II

Asuntos dogmáticos

Generalmente hablando, todo lo que atañe á la instrucción pertenece ó se refiere bajo algun aspecto al dogma. Este compende no solamente lo que está definido como de fé por la Iglesia, sino tambien toda verdad cristiana especulativamente considerada. La moral es una consecuencia práctica que del dogma se deduce. Sin embargo, hay que considerar seperadamente los asuntos dogmáticos y morales, y en los primeros examinar lo más comun en la oratoria, cual es: los *misterios, perfecciones, beneficios y postrimerías.*

LOS MISTERIOS

Los *misterios* son el fundamento y la sustancia de la religion: son el mas sólido y util alimento de la piedad cristiana, y es deber de todo orador hacerlos conocer y amar bien. Son. en fin, los misterios requísimo tesoro de las más sublimes y óptimas consideraciones, siendo ellos manifestaciones de la bondad y sabiduría de Dios.

Para predicar con fruto acerca de los misterios, y hacerlos conocer bien, S. Francisco de Sales encargaba estos tres puntos: *¿Quién? por qué? y como?* Ejemplo. *¿Quién* ha nacido? El Hijo de Dios hecho hombre. *¿Para qué?* para salvar el linaje humano. *¿Cómo?* Pobre, desnudo, sobre un establo y en el rigor del frio. Este método, en si muy bueno y recomendable, no es sin embargo el único, ni el mejor, ni suficientemente

explícito. Porque nunca conviene someter á una misma marcha pasajes y conceptos que tienen entre si analogía y conexión íntimas: porque tales ideas no deben parecer vaciadas en un mismo molde. Un método uniforme, una regularidad constante, por muy buena que sea, en la disposición del discurso, disgusta y fatiga; y tal es el orden que recomienda el citado S. Francisco

Hay sobre los misterios, y estan hoy muy en boga, otros dos métodos cada cual excelente: 1.º Tratar en el primer punto de la doctrina del misterio, y en el segundo del fruto que de ella se ha de sacar; v. gr.: «Excelencia y grandeza del misterio, primer punto: manera de honrarle y participar de sus beneficios, segundo punto.» O en otros términos: «Adorables designios de Dios en tal misterio, primer punto; y ventajas que de él resultan para el hombre, segundo punto.» 2.º método: Unir en la proposición, y luego en su exposición y desarrollo el fondo y el fruto del misterio; v. gr. sobre la Navidad: «Jesús en el pesebre es un doctor á quien debemos escuchar; un

bienhechor á quien debemos amar; y un modelo que imitar debemos.»

El primer método es más sencillo y fácil; y presenta de una manera más precisa, clara y completa la exposición del dogma y las conclusiones prácticas que de allí se derivan. Es dicho método más apropósito para comprender el asunto, y es más útil sobre todo en las aldeas. Más el último método es el de los grandes maestros, en particular de Bourdalove. Ofrece más lúcida lógica en su marcha; no expone á repeticiones como el anterior, y obtiene más contundente victoria. Pero por lo mismo requiere más hábil orador y más ilustrado auditorio que el método precedente. En nuestros escritores ascéticos, sobre todo en Bosuet, hay modelos excelentes.

PERFECCIONES

Es deber ineludible del orador ocuparse de las *perfecciones* de Dios, que son el principio de nuestras obligaciones y el motivo de nuestras virtudes. Por no conocer y pensar en Dios, como es debido, los pecadores no le temen, ni los buenos le aman, ó le aman poco: y este conocimiento es tan necesario, que sin él no hay otra llave que nos abra las puertas de la vida eterna: *Haec est vita aeterna, ut cognoscant te solum verum Deum.*

Las perfecciones divinas se han de ventilar por el orador del mismo modo que los misterios: ó bien estableciendo la perfección en el primer punto, que será puramente dogmático, y explanándola en el segundo que será enteramente moral; ó bien incluyendo en la proposición las dos ideas,

y desarrollándolas á la par en la peroración (1).

BENEFICIOS

¡Cuán útil y necesario es predicar los *beneficios* de Dios! «Os comprometo,» decía San A. de Ligorio, «á tratar con frecuencia del amor que Jesucristo nos muestra patente en la Eucaristía, y del que nosotros le debemos tener. Todo lo que nosotros hacemos por el temor de los castigos, y no por amor, es poco duradero.»

El modo de tratar este asunto es como el de los dos anteriores: solo que pensando en realzar el explendor y grandeza del beneficio, éste se ha de mirar, ora en sí mismo, ora en la persona que lo dispensa, ora en la del que lo recibe: cuyas tres consideraciones aun se pueden ampliar con

(1) Sobre las perfecciones, véanse Avillon y Bosuet; sobre todo nuestros místicos.

la significación de los consabidos: *Quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur, quómodo, quando.*

Quis: Cuanto más elevado está el bienhechor, tanto mejor se ha de estimar su beneficio. La donación del rey á su súbdito es más apreciable y generosa que la de un igual á otro igual, que puede ser recompensada.

Quid: Cuan importante sea tal beneficio.

Ubi: Se concede, no solo á un infiél, sino á un ingrato.

Quibus auxiliis: Los medios que se practican para conseguir el beneficio son tan leves, que brilla más la bondad del otorgante.

Cur: Se concede por amor y desprendimiento, sin interés, ni utilidad para el bienhechor.

Quómodo: El modo y circunstancias en las cuales se otorga realzan la grandeza y generosidad del donador.

Quando: El tiempo en que se recibe añade nueva y especial gratitud.

A continuación se le dan rendidas gracias. ¿Qué cosa más justa y equitativa que

servir á quien nos sirve, y amar á quien nos ama?

ARTICULO III

Postrimerías

El Espíritu Santo nos recuerda el sumo cuidado, que poner debemos para no pecar, pensando continuamente en los últimos fines; *Memoráre novíssima tua, et in aternum non peccábis.* Ninguna cosa más util é importante se puede dar, ni concebir para un cristiano, que las *postrimerías*, y de ellas se tiene que ocupar con frecuencia todo predicador, para que no las olvidemos nunca.

Bajo el nombre de *postrimerías* se comprenden las verdades fundamentales, aterradoras unas, otras felices y excelentes todas, cuales son: La *salvación*, la *muerte*, *juicio*, *infierno y gloria*. Sobre cada una de estas

nos es preciso hacer algunas observaciones,

1.ª Como estos asuntos son los más própios para conmover los corazones, conviene presentarlos en tiempo muy oportuno, cual es el adviento, la cuaresma, ó la misión y ejercicio. Fuera de estos casos solo se han de tratar de paso y á la ligera, únicamente á fin de hacer revivir su impresión con la cual se fija otra idea interesante.

2.ª Conviene, cuando se trata cualquiera de estos asuntos, evitar las declamaciones vagas y en algun modo exageradas, y las descripciones formadas por veloz pincél, al cual mueve una imaginacion fogosa: ponderaciones que se traen para causar efecto, y dejan enteramente frio el corazón. Por lo general las descripciones largas acerca del cielo y el infierno son casi siempre débiles é imperfectas: no siendo más que un punto en tan vasto é incomprensible cuadro; y así mismo son inoportunas, porque con ellas no se trata tanto de penetrar tales objetos, como de perfeccionar á los hombres.

3.ª El predicador con el recuerdo de las postrimerias ha de propender á un fin práctico; y para obtener este fin ha de entrelazar lo terrible con lo consolador, ha de mostrar á Dios como juez inexorable, y como padre afectuoso, ejerciendo actos de justicia, y dando pruebas de misericordia.

4.ª y última. El orador debe aplicar á sí mismo estas verdades: debe presentarlas con tal fuerza y unción própias y naturales, que tanto el entrecortado acento de su voz, como sus ademanes y facciones del rostro manifiesten clarísimamente que aquel está verdaderamente conmovido y aterrado. Hablar de tales verdades con frialdad es quitarles todo su mérito: dejar traslucir indiferencia es un verdadero escándalo.

Ahora nos toca examinar el fondo y modo que ha de tener un buen discurso sobre tan importantes materias.

SALVACION

El predicador, por lo general, como Limoges observa, se convierte en historiador fatigoso de las obras de Dios desde el paraiso hasta el calvario, y aun más allá pasa y se estiende.

Bueno es mostrar á los fieles lo que por su *salvación* hace Dios: necesario es entrar en algunos detalles acerca de un asunto tan importante; pero semejante pintura se ha de formar á grandes rasgos con la brevedad posible, mezclándola con reflexiones oportunas que conduzcan al objeto. El orador está encadenado casi siempre por un fin util á inmediato, extraño enteramente á la finalidad del historiador y del arte libre. La misión del orador se termina y perfecciona en el hermoso fin que engendra, y con él se ha de deleitar, como la madre amorosa con el hijo de sus entrañas. Este

reparo atañe á todas las verdades que á las postrimeras pertenecen.

Y por lo tocante á la *salvación*, al predicador le basta y sobra con desarrollar estos puntos:—Nos debemos ocupar seriamente de nuestra própia salvación:—remover los obstáculos que contra ella se presentan,—y remedios eficaces para vencerlos y conseguir aquella.—

MUERTE

Acerca de esta materia se deben evitar tres defectos que son algo frecuentes: 1.ª Probar la certeza de la muerte y la incertidumbre del postrér momento, ambos puntos tan positivos. Bueno es y necesario recordar al pecador que ha de morir, y que ignora ese instante, como punto de partida para corregirle; más es ridículo probarlo, como se prueba un punto de controver-

sia. 2.º defecto: describir las terrible angustias y horribles remordimientos de los moribundos; porque los buenos mueren resignados, y algunos que no lo son tanto, muy tranquilos. Y el 3.º consiste en asegurar la imposibilidad de morir bien, después de haber vivido mal.

Esto supuesto; de varios modos se puede presentar este asunto, entre ellos: 1.º «Todo cristiano se tiene que preparar seriamente para la muerte, preparar sin dilación, y como se ha de preparar.» 2.º «La certeza de la muerte nos debe desprender del amor excesivo á las cosas del mundo: su incertidumbre nos debe inspirar una vigilancia contínua, que nos mantenga siempre dispuestos á comparecer ante Dios.» 3.º «El cristiano debe saber morir, para que su muerte sea suave y consoladora.» ó en otros términos: «El verdadero cristiano no teme á la muerte: no la teme por lo pasado, dejando sin pena lo que ha poseido sin afición: no la teme por lo presente, considerandose como viagero que llega contento al término de su camino; ni menos por el porvenir en

el cual se contempla libre de miserias, y lleno de inmensa dicha.»

INFIERNO

El *infierno*, ó lugar destinado por la divina justicia para eterno castigo de los malos, es el tema más fecundo y terrorífico que se puede abordar en el púlpito; pero suele ser uno de los temas muy desgraciadamente tratado. La causa principal de semejante descalabro, es fantasear tan espantoso drama con ojo seco y corazón frío. Este defecto, grave en todo tiempo, lo es mucho más en el en que nos encontramos, saturado de incredulidad hasta la médula de los huesos. Estando por esto mal dispuesto el auditorio, deduce fácilmente que son imaginarios los horribles tormentos, que se le muestran con tanta frialdad é indiferencia tanta, máxime describiéndoselos con cierto tono que, tan lejos de compadecer á

sus hermanos, se complace con su horrendo suplicio. Es, por lo tanto, necesario que sea el predicador exacto en las descripciones sobre el infierno: que se confunda con ese terror común, y que á continuación recoja saludables enseñanzas.

Acerca del infierno se podrán desenvolver los pensamientos siguientes: «Cualidades de las penas del infierno,» según el texto de la Escritura, y «conclusiones prácticas sobre puntos que guardan con aquéllas analogía perfecta.» En verdad que la fúnebre llama del infierno es muy apropósito y eficacísima para iluminar al hombre en el sendero tortuoso de la vida, para disipar sus ilusiones, y traerle á su pronta conversión. El gusano roedor de la conciencia y la pérdida de Dios conmueven á cualquier auditorio.

Más queriendo contemporizar con la flaqueza del siglo, cuya fé es bastante debil para sobrellevar una fiel pintura de las penas eternas, el predicador se puede ceñir á meditar sobre ellas, como acerca del pensamiento de la muerte, diciendo: «Hay un

infierno reservado para los pecadores ¡qué locura no es abandonarse á una conducta desarreglada! El infierno es eterno: ¡qué inconsecuencia no hacer lo posible para evitarlo!»

CIELO

Este asunto es dificilísimo, y viene siendo el fatal escollo en el cual se estrella gran parte de los predicadores. Muchos, sin duda, movidos por buen deseo, hacen cuanto pueden por dar alta idea del cielo. La poesía les presta un colorido embelesador, para representar á la mansión de los santos, semejante á esas moradas que nos embelesan dulcemente con su nido de perlas adornado con las galas de un lujo oriental. Importa sobre manera prescindir de esas descripciones pueriles y rastreras, en las cuales se presenta el cielo de los comprensores semejante al eliseo de los paganos.

En este valle de lágrimas, desengañémonos, que conocemos tan poco de la dicha futurá, que ni siquiera tenemos puntos de comparación, á fin de atisvar algo de la suma felicidad.

En vista de no poder abordar un asunto tan incomprensible; tan vasto y expuesto á ser desfigurado, los grandes maestros indican principalmente estos modos de tratarle:

1.º «Describir en lo posible la grandeza y magnificencia del cielo, y luego mostrar los medios eficaces de alcanzarle.» Se revela la dicha del justo con el descanso y satisfacción plenas de su inteligencia en la contemplación de la verdad absoluta, que se le muestra sin nubes ni ambajes; sino en el cenit de un resplandor purísimo: se le revela con el descanso y gozo inefables de su corazón en el amor inmenso de Dios, por el cual suspiraba siempre; y se le revela con las cualidades, como las describe San Pablo, de su cuerpo glorioso.

2.º «Se puede ofrecer el pensamiento del cielo como un estimulo para sobrellevar

las penalidades de la vida.» La lectura de autores ascéticos, mucho más que la de sermonarios, ilustra y esclarece la mente y el espíritu del orador. Tome de los últimos la marcha, y de los primeros el fondo del discurso.

ARTICULO IV

Asuntos morales

El noble y preferente objeto de la enseñanza del púlpito es hacer al hombre muy recto y buen cristiano, trazándole la norma de sus costumbres según la ley invariable de la justicia y santidad. Acabamos de indicar que la predicación del dogma es el fundamento del edificio, y que la moral no es más que su necesario complemento. Esta última materia es vasta, como que ata-

ñe á todos los usos de la vida; pero solo vamos á indicar algo sobre los sacramentos, virtudes y vicios.

SACRAMENTOS

Los *sacramentos* son un signo sensible que nos santifica: son los conductos, que Jesucristo ha establecido, para comunicarnos sus gracias: por ellos recibimos, alimentamos, sostenemos y fortificamos la vida divina; la recobramos una vez perdida, por ellos, en fin, se perpetúa el sacerdocio, y la sociedad cristiana es bendecida. De manera que hallamos en los sacramentos el principio y la fuente de nuestra vida sobrenatural, el socorro en todas las necesidades, y el remedio para los males todos: nada, pues, debemos omitir en punto de tanta importancia.

La instrucción completa sobre los sacramentos debe comprender su naturaleza, ne-

cesidad y conveniencia; las disposiciones que se requieren para recibirlos válida y lícitamente; los defectos que impiden su fruto, y las obligaciones que imponen á los recipientes, y hasta las augustas ceremónias con las cuales se confieren.

La *naturaleza* del sacramento abraza el fin que Jesucristo se propuso al instituirle; la gracia que corresponde al signo exterior, y abraza la manera misma de aplicarle. Su excelencia depende del don que comunica el sacramento.

La *necesidad* y *utilidad* del sacramento resulta de su misma institución y naturaleza, y de la obligación positiva que hay de recibirle.

Las *disposiciones* que se requieren para recibir los sacramentos, no solo exigen la intención y otras circunstancias respectivamente, sino la remoción de obstáculos que impiden la infusión de la gracia. En la exposición de las disposiciones se han de notar las próximas y las remotas, las necesarias y las útiles, cuidando de no confundir las que son de riguroso precepto con

las de mera perfección, para no echarlo todo á perder.

Los sacramentos llevan consigo *obligaciones* particulares con relación á su fin: más todos ellos tienen las generales de agradecer el beneficio que confieren; de conservar y hacer florecer la gracia, y cumplir los deberes que imponen consiguientemente.

Conviene, por último, declarar la significación de las *ceremonias* en aquello que tienen de piadoso y patético: porque ellas facilitan y sugieren el sentido misterioso del sacramento, recuerdan muy al vivo el don de Dios, honran su grandeza y realzan el culto.

Lo dicho nos parece suficiente, para saber la marcha que se ha de seguir en tales instrucciones. Más cuando se dan explicaciones en la administración de los sacramentos, como las prescriben muchas sinodales, aquellas deben ser breves, oportunas siempre, y llenas de vida y expresión. Basta entonces que se ciña el orador á las disposiciones y obligaciones del sacramento.

VIRTUDES Y VICIOS

La vida del hombre, segun el Espíritu Santo, es una milicia contínua, es la naturaleza en lucha perenne con la gracia. Esta le inclina fuerte y suavemente á la virtud, y aquella con fuerza y vigor le dirige al vicio.

La predicación llena su objeto y su misión, cuando decide al hombre á practicar esfuerzos grandes, y á mantener una constancia inviolable, para sostenerse en el bien, y evitar el mal; la predicación es feliz, cuando inspira la virtud, y para conseguirla y conservarla señala los medios necesarios y eficaces; cuando, en fin, de cada virtud da una noción clara, precisa y completa. ¿Qué importa conocer un objeto, si se ignora su mérito y el camino que á el conduce? Raros son los fieles que conocen perfectamente la naturaleza, los actos y clasificación de las vir-

tudes cristianas. Ellos no pueden ser enteramente virtuosos, sino con el auxilio de abundante gracia y de una naturaleza dócil.

Entre los medios generales se cuentan por todos la frecuencia de sacramentos, exámen de conciencia diario, lectura espiritual y huída de ocasiones peligrosas. La elección de medios particulares queda siempre al juicio y prudencia del orador, que los debe prefijar á tenor de la virtud que inculca, y de las circunstancias del auditorio. Advertimos, sin embargo, al orador que nunca inculque una virtud por medio de otra tanto, ó, más difícil como diciendo: ¿Os quereis mortificar? Sed humildes. ¡Cómo si la humildad fuera menos costosa que la mortificación! Lo mismo y con igual razón podía decir: ¿Quereis ser humildes? mortificaos. A este respecto decia un santo: «No conozco otro medio de amar á Dios, que amarle.»

Lo que acabamos de indicar sobre las virtudes á la oración y mandamientos es aplicable. La oración en pos de las virtudes viene, y en las criaturas produce una quie-

tud inalterable. La oracion toma su principio en lo más íntimo del alma en donde venera las verdades sacro-santas, y se levanta buenamente al soberano árbitro de cielos y tierra. La oración hace de la fé cristiana un sentimiento exaltado, que habla muy alto á la imaginación. La oración, en fin, hermosea la vida humana: traza la senda que ha de seguir el cristiano, y en élla la caridad recibe un sentimiento ardiente de amor á Dios y al prójimo.

CAPITULO III

Predicación solemne

Predicación *solemne* es toda instrucción en la cual se observan las reglas de la oratoria tales como las enseña la retórica. Estas formas se guardan necesariamente, no solo

en el *sermón*, sino en el *panegírico* y *oración fúnebre*. Pero toda instrucción se puede ajustar y presentar con todas las formas y brillo de la oratoria, en cuyo caso es realmente *solemne:* ó despojada de tan magestuoso aparato, y se llama *familiar* ó *sencilla*. Ya dejamos trazadas en su lugar respectivo las reglas generales de la predicación solemne, y aquí solo nos toca decir algo especial para la práctica del sermón, del panegírico y oración fúnebre.

ARTÍCULO I

Del sermón

Se llama comunmente *sermón* á toda predicación sagrada, y esto es un error, entre la generalidad muy disculpable, pero en las escuelas inadmisible. Porque ya lle-

vamos dicho, que solo el sermón es la más solemne manifestación de la doctrina católica, que por ésto se reserva para las grandes fiestas y acontecimientos notables de la Iglesia, como el Adviento, Cuaresma, misiones y retiros. En tales circunstancias se ha de presentar al pueblo la palabra de Dios adornada con la riqueza y gala del arte oratoria, y este sello de grandeza y magestad la ofrece más encantadora y venerable, no solo al cristiano, sino al incrédulo.

No obstante, lo confesamos ingénuamente, la elevación de pensamiento y exuberancia de lenguaje encubren, á manera de velo sagrado, la verdad, y la rodean de sombras á veces. Esas digresiones históricas, esas excursiones á los sistemas filosóficos, ó meras teorías de escuela son ininteligibles para el pueblo. Esas frases campanudas, esos periodos intrincados y llenos de sutilezas dejan al auditorio en *ayunas*. De manera que gran parte de los sermones tan remilgados ni enseñan, ni corrigen, ni producen fruto. Lo que suelen producir en la mayoria tales sermones son motivos de

críticas acres y alusiones ofensivas, y menos gusto por la palabra de Dios. Producen tales sermones la continuación en la misma ignorancia de las verdades cristianas y en identica corrupción de costumbres. Y si el género abusivamente solemne es tan inoportuno en las ciudades ¿no ha de reprobarse con más razón en las aldeas en las cuales cuesta gran trabajo hacerse comprender, aun hablando en forma sencilla? Qué importa, y de que sirve al orador el aplauso y admiración de dos ó tres personas que le comprenden y aprecian, si las demás ni le entienden, ni se mudan, ni se corrigen? El orador debe pensar más en la mayoría de sus oyentes que en sí mismo: él debe reconocer que no sube á la tribuna santificante á cosechar aplausos, sino á procurar conversiones; él en fin, debe saber que, segun el Espíritu Santo, si al pueblo no alimenta con el pan de vida, le propina un alimento de muerte: *Si non pavisti, occidisti.* Temibles palabras, muy poco apreciadas por algunos predicadores; pero los Santos Padres las tenian muy presentes; por-

que rara vez se valian del sermón. El uso frecuente que nosotros hacemos de esta forma se debe al continuo empleo de sermonarios generalmente compuestos para personas ilustradas.

No por esto condenamos el sermón, sino su abuso: no condenamos la forma en ocasiones verdaderamente solemnes, sino el exceso de flores oratorias, cuando el auditorio necesita menos galas, como decimos en su lugar respectivo.

ARTÍCULO II

Del panegírico

Prescindiendo de la palabra griega *panegyris* (1), ó sean ciertas juntas populares que se celebraban en Atenas en las cuales se pronunciaban, como acredita He-

(1) Voz compuesta de *pan*, todo, y *agyris*, asamblea.

rodoto, discursos en alabanza de los dioses, ó de los imperantes; entre los católicos se llama panegírico el elogio solemne de los héroes del cristianismo; del insigne mérito de esos generosos atletas de la cruz, que vertieron su sangre en defensa de la verdad; la alabanza de esos apóstoles intrépidos, que consumieron su existencia entre labores y sacrificios, por haber anunciado el Evangelio á pueblos que yacían bajo sombras de muerte; de aquellos fieles cristianos, en fin, que glorificaron á la Iglesia con el brillo de óptimas virtudes.

Abordamos este punto, confesando ingenuamente que muy difícil es componer un buen panegírico, y tanto que se ha mirado siempre como el gran escollo de los predicadores. La cosa parece trivial y común, y en eso consiste la dificultad; porque no se ordena ni escoge lo necesario y conveniente al fin que se propone el orador. Algunas composiciones no parecen sino narraciones prolijas del santo, que son más bien historia que panegírico: ciertas composiciones lo mismo convienen al santo que

se celebra, que á otro cualquiera: unas encomian al santo deprimiendo á otro, y otras solo hacen entrar en el cuadro al héroe como una sombra, que hace resaltar el colorido.

A veces se fija tanto el orador en las acciones milagrosas del santo, y las presenta tan admirables, que los oyentes desconfían de poderlas imitar, ni de poder llegar á tan alta perfección; y en otras ocasiones el orador se ocupa de tal modo de su auditorio y otras menudencias, que relega la vida del santo á negligente olvido.

Eliminándo estos y otros inconvenientes análogos, el panegírico es, á no dudar, el género más espléndido y la corona suprema de la elocuencia.: bien manejado su recuerdo nos arroba dulcemente, y la utilidad es incontestable. ¿Quién ignora que ninguna cosa nos interesa tanto, ni nos conmueve, ni nos causa mayor sensación que el ejemplo? Cuantas personas, á las cuales dejan frias las más vehementes exhortaciones, se convierten con las resoluciones heróicas de los santos. *¿Quod isti, cur non ego?* «La

verdadera gloria de los mártires consiste,» dice S. Basilio, «en que su ejemplo induce á la imitación:» *Hoec est mártyrum vera laus álios ad corum virtutem oemulandam invitáre.* «Sus festividades,» prosigue San Agustin, «son otras tantas exhortaciones al martirio:» *Solemnitates mártyrum exortationes martyriorun sunt.* Más los Padres no solo hacian grandes alabanzas del panegírico, sino que se complacían en este género de composición. San Cipriano hizo algunos panegíricos de los primeros mártires, y en ellos desplegó tal elocuencia, que compite con la de Cicerón y Demóstenes. San Basilio, el Nacianceno y el Crisóstomo, San Agustin, S. Jerónimo y otros gustaban mucho de alabar á los santos, para que su ejemplo sirviera de regla de conducta y de estímulo al pueblo, y tal ha sido el espíritu de la Iglesia.

Más para que tenga el panegírico este aprecio, y produzca frutos inmejorables, se ha de examinar el fin que se debe proponer el orador, las fuentes donde ha de sacar sus argumentos, la manera de presentar el discurso, y los adornos que ha de tener.

FIN DEL PANEGÍRICO

El gran principio del panegírico, el objeto único al cual se debe encaminar, es á enaltecer la gloria del santo recordando sus virtudes, y á procurar la utilidad de los que las escuchan. El orador al paso que hace brillar el triunfo de la gracia sobre las pasiones, al paso que muestra el vigor de la acción de Dios y la fiel correspondencia de sus escogidos, se ha de ocupar igualmente de los que militan en la tierra, y les ha de señalar los medios convenientes para ser tan dichosos como aquellos. El panegírico se parece á un magnífico cuadro en el cual se trazan pintorescas líneas, y á la vista del auditorio se presentan las más bellas virtudes del santo, subordinándolas á la idea general, para que las admire é imite el pueblo. Tal es el fin del panegírico.

FUENTES

La posición que tuvo el santo: sus hechos culminantes y honrosos; las palabras que la tradición ha conservado de su vida, y la comparación ó paralelo de sus acciones heróicas con las de los demás hombres son fuentes seguras en esta clase de discursos.

Olvidar la posición que tuvo el santo en este mundo, su rango, su destino y ocupación es una falta imperdonable. Porque la posición hace resaltar, cual ningun otro recurso, la virtud del santo; ora por ser en tales circunstancias la práctica del bien más difícil; ora que, pudiendo disfrutar de las ventajas de su linaje, fortuna y talento, hace de ellas generoso desprecio, por colocar en primera línea su santificación.

El panegirista ha de elegir los hechos

principales, y sacrificar los rasgos de menor importancia, ó cuando más tocarlos ligeramente: se ha de fijar más en lo imitable que en lo admisible; más en los medios que le han conducido á la santidad, que en las acciones que le han hecho célebre: más en los actos de virtud que en los milagrosos; más en la edificación de los hombres que en la gloria cristiana. Tales son los preceptos que los maestros consignan.

Nunca olvide el orador que, dependiendo de la intención el mérito, éste no consiste tanto en las acciones externas, que son la corteza de la virtud, como en las disposiciones intrínsecas y en el móvil que las dirige y anima. No se nos oculta que no comprende gran santidad el pueblo sin el ruidoso estrépito de los milagros. Pues hay que desvanecer esta preocupación; hay que hacerle ver una fé viva sin milagros y una piedad sólida sin exterioridades ruidosas; hay en fin, que mostrar al pueblo el secreto de la virtud, que consiste en marchar con paso igual y constante por el camino que ella traza, y que consiste en practi-

car las cosas pequeñas como las grandes, sirviendo aquellas de preparacion para las últimas.

Debe tambien el panegirista embellecer su discurso con las mismas frases que haya dicho el santo; porque sus palabras tienen cierta gracia que embelesa, y trasmiten aquel suave aroma de la piedad de su autor. De igual modo el orador debe aplicar á su héroe aquellos pasages de la Escritura y tradición que confirmen la uncion de que se supone lleno, como lo hacian los Santos Padres.

Por último, las comparaciones, analogías y los símiles son fuentes muy adecuadas, que hacen resaltar la virtud del héroe que se celebra: ellas conmueven mucho los ánimos, se graban facilmente en la memoria, y edifican al pueblo.

FORMA DEL PANEGÍRICO

El panegírico no puede tener más que dos formas, la *moral* y la *histórica*. Dejemos al doctor Audisio que compare las dos formas, y sobre ellas nos dé su competente dictámen. «Si mentalmente:» dice, «me co»loco en presencia de las dos grandes na»ciones, cuya frente es adornada por el »laurél de la elocuencia sagrada, creo dis»tinguir dos formas especiales de panegí»rico. Los franceses, más amigos de des»arrollos exactos y profundos, de las doc»trinas religiosas, circunscriben á sus más »estrechos límites la acción de los santos, »tanto en esta materia como en otra cual»quiera; por esto sus panegíricos son más »razonados y menos *históricos*, están reves»tidos de un exterior magestuoso, y se es»tienden largamente sobre la reforma de »costumbres y la santificación de las almas.

»Los italianos, por el contrario, se propo-
»nen reunir y presentar con orden las más
»brillantes virtudes de los bienaventurados,
»tegiendo al deredor de su frente una bri-
»llante corona, exponiendo como en acción
»la belleza de la virtud y los preceptos de
»la moral, y haciendo una y otra connarración
»atractiva y sábia de los hechos. Llaman á esta
»moral *implícita*, y la prefieren á la *explícita*
»de los franceses; porque no deja olvidar un
»solo instante al héroe, reclama más fre-
»cuentemente la atención y admiración del
»auditorio, y conserva la verdadera y eviden-
»te forma del elogio. Flechier que adqui-
«rió gran reputación de orador por sus com-
»posiciones fúnebres y panegíricas, sin ser
»tan profundo como Bourdalove, ni tan su-
»blime como Bosuet, se estiende menos en
»reflexiones morales, y por lo mismo parece
»que ocupa un termino medio. Cada uno
»de estos métodos es digno de elogios, por
»que el resultado de ambos es ensalzar á
»los muertos y santificar á los vivos. ¿Pero
»cual de los dos es el mejor? El génio ita-
»liano vivo, poético y brillante, prefiere na-

»turalmente aquel que emplea todos los re»cursos del discurso para hacer resaltar las »virtudes de los santos. Más de aquí pro»viene ese lujo inmoderado de descripcio»nes, de apóstrofes, imágenes y otras figuras, »cuyo exceso al buen gusto perjudica, »empaña la majestad de la religión, y en»vilece y rebaja la gloria de los elegidos. »El otro, por el contrario, es más gra»ve y fecundo en frutos de salvación. Cuan»do las virtudes que numerarse deben son »grandes y apropósito para la imitación del »pueblo, la moralidad está conforme con los »hechos y de los mismos se deduce; el es»tilo es correcto y animado; el orador tiene »medios y ocasión para desplegar habilidad »grande, al pasar de los hechos á la mo»ralidad y de esta á aquéllos, de forma que »resulta un cuerpo de discurso muy unido »y homogéneo. Y si se quiere saber mi »opinión sobre tan grave asunto, la diré »francamente. La dureza del corazón hu»mano es tal, que rara vez se deja ven»cer por la moralidad *oculta* en la narra»ción de los hechos, y es tal el interés

»de las conciencias que con frecuencia ne-
»cesitan ser ilustradas directamente, y con-
»movidas hasta lo más profundo, para que
»formen resoluciones eficaces y sentimien-
»tos de compunción. Por esto me inclino
»á preferir la moralidad más abundante y
»*explícita*, que ataca con más fuerza el co-
»razón de los oyentes. El otro método tam-
»bién merece nuestros elogios, y es muy
»laudable conservarle para mejor servicio
»de la religión y gloria de Dios, que se
»muestra más grande y digna de admira-
»ción en los santos que en todo lo demás.
»Emplearía, por lo tanto, este método, cuan-
»do hubiera de trasportar las almas con
»profunda y solemne admiración hacia la
»magnificencia de los santos, lo cual es un
»gran bien; porque de la estimación nace
»el respeto, del respeto el amor, y del
»amor la confianza y la imitación. No se
»deberá desterrar dicho método en las
»solemnidades muy extraordinarias, sobre to-
»do tratándose de un santo poco conocido;
»porque en el primer caso conviene que
»la magnificencia del discurso corresponda

»con la del culto exterior, de modo que »sea el discurso corona de gloria, y no »vestidura de molicie y frivolidad, para la »severa majestad de la religión; y en el »segundo caso porque se hace preciso, en »cuanto lo permitan las circunstancias, des»cribir por completo la imagen del héroe »con la narración entera de sus hechos. «Es cierto que la narración detallada quita »mucho campo á las reflexiones morales; »pero entonces se hace sumamente necesa»ria cierta destreza y habilidad en la na»rración, que haya de conducir á los oyen»tes hasta las puertas de la reflexión, y »hacer comprender la variedad y amargu»ra de los goces mundanos, la necesidad »de la mortificación cristiana y la dulzura »infinita de la cruz del Redentor. Más fuera »de las circunstancias que acabo de men»cionar, prefiero en el panegírico la moral »*explícita* que, no solo invita, sino que com»pele á que se repleguen los oyentes en »lo íntimo de su conciencia, la cual hiere »con la humildad de los santos el orgullo »de los hijos del siglo, y con el brillo y

»ejemplo de aquellas virtudes condena los »excesos de las pasiones. Soy apasionado por »los panegíricos de Bourdalove y los de »Flechier, y siento que los de Masillón ha»yan sido los primeros ensayos de tan in»mortal autor.»

Nada tenemos que añadir á lo expuesto por tan sabio maestro y tan hábil crítico. Unicamente que en España brillan oradores distinguidos en una y otra forma; y aconsejamos á los jóvenes partidarios de la *moral*, que no multipliquen las reflexiones de manera que ofusquen y hagan desaparecer la vida del santo; y á los amigos de la forma *histórica*, que presenten al héroe hablando y obrando con una relación concisa y apremiante, viva y llena de movimiento, de modo que cada palabra que propague alguna obra del santo, sea juntamente instructiva para los fieles.

ADORNOS

El panegírico admite y demanda el estilo elegante y florido, y aun el pomposo y elevado. En el caracter del panegírico cabe cierta ostentación piadosa, y aquí el orador puede subir al más alto grado de la elocuencia. El elogio es una corona, que adornarse debe con flores, y aun con diamantes, siendo posible; pero tales adornos, por más bellos que sean, no se han de amontonar indiscretamente; porque la variedad en el discurso es tan necesaria, como las sombras en el cuadro las cuales hacen resaltar sus perfecciones. Un discursos lleno de brillo y esplendor acabaria por deslumbrar á fuerza de multiplicados toques de luz, y por desagradar enteramente.

Es menester, por lo tanto, que no sea el panegírico un objeto de arte tan redondo,

que ofusque y fascine á los oyentes, y en el cual la vanidad procure recoger la recompensa de su penoso labor.

Cierto brillo convendría mejor en un discurso académico, cuyo principal objeto es la gloria del orador; pero las alabanzas de los santos deben ser como su vida nobles, serias y edificantes; deben tomar su excelencia de las cosas más que de las palabras, más de la materia que se anuncia que del talento del orador. Hasta conviene á veces presentar la narración del santo envuelta en el más sencillo lenguaje: «La escuela sagrada,» dice S. Basilio, «no sigue los preceptos y reglas del arte oratoria; porque la mejor alabanza de los santos es la simple exposición de sus virtudes, la cual basta para su gloria y para nuestra edificación.»

Como modelo presentamos el esqueleto del panegírico de Bourdalove sobre S. Juan Bautista.

División. Testimonio del Bautista en favor de Jesucristo: (1.ª parte) testimonio de Jesucristo en favor del Bautista: (2.ª parte).

Primera parte. Testimonio del Baustista

en favor de Jesuristor El Precursor tuvo las cualidades todas de testigo perfecto: 1.º *fiel* y *desinteresado:* Se le quiso reconocer por Mesías, y protestó que no lo era. 2.º testigo *instruido* y plenamente *iluminado:* Él nos enseñó lo que necesitamos saber sobre Jesucristo, del cual nos dió diferentes testimonios. 3.º Testigo *infalible* é *irreprochable:* Era un santo, y como tal estaba reputado por los mismos isrraelitas. 4.º Testigo *celoso* y *ardiente:* ¡Con qué fervor y celo hechaba en cara su incredulidad á los judios, y con que vigor los reprochaba como raza de víboras! 5.º y último testigo *constante*, puesto que desde su nacimiento hasta su muerte no cesó de haber llenado su ministerio, y murió dando testimonio de la justicia y de Jesucristo.

Aplicación práctica. Nosotros tambien debemos dar testimonio de Jesucristo, cumpliendo su santa ley, y de ella siendo testigos fieles, celosos y constantes.

Segunda parte. Testimonio de Jesucristo en favor del Bautista: 1.º A la *grandeza* de su persona. «De cierto os digo,» que «no se levanta entre los que nacen de mu-

jeres otro mayor que Juan el Bautista.» (1) A la *dignidad* de su ministerio: «¿Que salísteis á ver? profeta? Tambien os digo, y más que profeta.» (2) 3.° A la *excelencia* de su predicación: El era como antorcha que iluminaba y conmovía. 4.° A la *eficacia* de su bautismo: El mismo Jesús le recibió de Juan. 5.° y último, á la *santidad* de su vida. «¿Qué salísteis á ver en el desierto?» alguna «caña que es meneada del viento? ó un hombre cubierto de blandos vestidos?» (3) De este modo manifestaba el Salvador la vida penitente de San Juan.

Aplicación práctica. Nosotros cuidemos de que Jesucristo nos reconozca delante de su Padre, y debemos temer que nos falte su testimonio, ya que no imitamos la conducta de San Juan.»

Por este análisis conocemos que el panegírico no es una disertación árida, ni una historia descarnada, ni menos un tejido de persuasiones morales, sino una combinación

---

(1) S. Math. 11-11.
(2) Ibidem 11-8.
(3) *Ibidem* 11-7.

muy habil entre el elogio y la moral. Con razon decía Fenelón sobre esto: (1) «Yo no haría una simple narración. Me contentaría con reunir los hechos principales, haciendo la narración concisa, viva y llena de movimiento... y luego añadiría las reflexiones morales que juzgara más convenientes.»

Ante todo, es preciso que el orador estudie la vida del santo, ni más ni menos que como hacen los pintores, para sacar un retrato bien parecido. Solo así el pincél puede trazar certeros toques. Si el elogio es común, ó se compone de generalidades, no habrá retrato parecido, no se destacará perfectamente la figura. El retrato debe ser una copia fiel de los echos del santo, los cuales forman las líneas y rasgos de su fisonomía moral. Aquel que sepa coordinar los hechos, esparcirlos con gracia, dar importancia solo á los que á su fin conducen, aprovechar hasta los pequeños, aparentando encontrarlos de paso, y acomodarlos con peso y discreción á la moralidad que contienen y

(1) *Diálogos sobre la elocuencia.*

se propone el orador, ese será un retrato excelente, ese no será lo que decía de ciertos panegiristas el insigne Melchor Cano: (1) «Nuestros héroes han sido superiores á su fama; más para ensalzar este heroismo faltó el genio, y al genio le faltó elocuencia.»

ARTICULO III

De la oración fúnebre

La *oración fúnebre*, que toma su nombre del asunto de que es objeto, lejos de ser invención exclusiva de la vanidad humana, tiene sus precedentes en la santa religión, única que sabe despojar esta clase de discursos del lado peligroso, es decir: de la mentira y adulacion. Los escritores sagra-

(1) *De Locis*, 11-6.

dos hicieron brillantes apologías de los grandes hombres de Israel, y las supieron enlazar con los sucesos notables de su vida. Hicieron igualmente los Santos Padres magníficos elogios fúnebres de obispos, emperadores, príncipes y damas ilustres. Las cartas de consuelo que San Jerónimo escribió; las oraciones que pronunció San Gregorio de Niza en los funerales de San Basilio y de Pulqueria, las de San Ambrosio por la muerte de su hermano Sátyro, de Valentiniano y Teodosio, y las del Nacianceno y del Crisóstomo, tienen toda la hermosura y lozanía de las creencias cristianas. Solo, pues, en la Iglesia católica la oración fúnebre, que se dedica para coronar la fama de personajes insignes, se reputa como una especie de culto. Porque al elogio suceden las admiraciones y lágrimas, á la alabanza las preces, y á continuación por el descanso eterno de los finados se ofrece la sangre de Jesucristo en forma de sufragio: *Sacrificium laudis.*

No nos incumbe hablar exprofeso de los elogios que tienen lugar en las académias y

ateneos, precioso género que bien cultivado enaltece sobremanera la memoria de los sabios y literatos, que merecieron bien de la patria, ó que fueron el alma y el honor de ilustres corporaciones científicas. Tan solo indicaremos que tal homenaje académico, á pesar de sus formas muy libres, conviene que sea enteramente cristiano. Reparando en esta clase de discursos el docto Newman, y viendo que la triste muerte de algun perverso que muere impenitente, no impedía que sus colegas de la Academia se dishicieran en alabanzas; mirando con dolor su sillón vacío, y escogiendo con la *linterna* de Diógenes á otro varon insigne que se pareciese al difunto, se lamentaba grandemente de semejante anomalía. Newmán deseaba que los elogios fúnebres, aunque profanos, no tuvieran sabor pagano. Advertencia que conviene sobre todo al sacerdote si, como miembro de corporaciones literarias, se le ofreciera ocasión de pagar este tributo de homenaje á alguno de sus ilustres colegas.

Más, volviendo al hilo de nuestra tarea, y por lo que atañe á la estructura de las ora-

ciones fúnebres, élla es muy semejante á la de los sermones y panegíricos. Unicamente advertimos que el orador debe ser maestro consumado para salir airoso en estas lides fúnebres; porque la posición es muy comprometida, y en estos tiempos se interpretan maliciosamente, por lo regular, las más sanas intenciones. Razón por la cual en este punto, conviene mantener la disciplina, que prohibe hacer elogios fúnebres sin permiso del Diocesano. Si bien es una necesidad del corazón humano celebrar sobre la tumba la memoria de los hombres grandes, el orador nunca debe olvidar que solo las virtudes y los beneficios tienen derecho al común respeto y homenaje. Bossuet lo ha dicho en una de sus oraciones: «La Iglesia en los funerales de sus hijos no consiente que los predicadores abran su boca para satisfacer la ambición de los vivos.» De aquí parten las siguientes conclusiones:

1.ª El orador en la oración fúnebre, lo mismo que en el panegírico, se ha de proponer principalmente la gloria de Dios

y la edificación de las almas: mostrando para la primera la acción de la Providencia sobre el finado, y para la segunda sacando de la vida y muerte del héroe lecciones prácticas de moralidad.

2.ª Si hubiere tachas que empañen la vida del hombre que se celebra, y fueren únicamente lunares de su vida privada, éllos no desvirtúan la grandeza y consideración debidas; pero si fueren defectos demasiado visibles, estos no debe presentarlos con colores repugnantes, ni menos seductores, sino envueltos en media tinta, y borrados enteramente por el arrepentimiento.

3.ª El texto deberá ser una especie de elogio abreviado del héroe, y expresar debe algo de su vida y caracter: si se pudiera poner en los lábios del difunto, sin hacer mucha violencia, tendría un mérito especial. El R. P. Pastor en la oración fúnebre de la Reina María Josefa Amalia de Sajonia, eligió éste de Judit: *Defuncta est... luxitque illam omnis pópulus.* Se trataba de una Reina muy virtuosa y querida de los españoles, cualidades que ha tenido Judit

en Betulia, y no era extraño que España llorase la muerte de su Soberana, como aquel pueblo de Israel lloró la de su heroína.—*Dies mei sicut humbra declinavérunt: et ego sicut fœnum arui.* Estas palabras tienen, á no dudar, esa lúgubre armonía, que se aviene perfectamente con el carácter del discurso.

4.ª El exordio deberá ser entrecortado con gemidos y lamentaciones sobre la fragilidad de las cosas humanas, procurando que el dolor hable en esta situación.

5.ª La división tampoco deberá ser tan marcada como en el sermón: bastará que la proposición la indique, ó que esté contenida en el periodo de la misma, y mejor aun en una figura. No parece nada bien que el orador se detenga en marcar las partes del discurso ante la pompa de un mausóleo: él tiene que ser el órgano del dolor público; y la predisposición de los espíritus, lo escogido del auditorio, la grandeza del asunto, todo, en fin, pide elevación, grandeza y brevedad.

6.ª y última. El cuerpo del discurso se

ha de conformar con las circunstancias del momento. Ante aquel conjunto de inscripciones, de cetros y coronas que se destacan sobre paños fúnebres: ante aquel aspecto de antorchas lúgubres, de duelo y de lágrimas, no se pueden tolerar reflexiones inoportunas, extrañas, débiles y lánguidas, sino que pide aquel aparato reflexiones elevadas y patéticas, imágenes vivas y lúgubres, y expresiones magníficas y melancólicas. Es verdad que aquel aparato de luto desaparece bien pronto; pero el elogio permanece, y por él se perpetua la memoria del difunto.

Parece maravilla que, viviendo el hombre tan breve tiempo sobre la tierra, *brevi vivens tempore*, honre su pasajera existencia con hechos gloriosos, que consagre su talento á la virtud, defienda la justicia, merezca bien de los buenos, *quoniam bene*, y acabe la carrera de su vida entre las bendiciones y lágrimas de sus contemporáneos. Pues tales hechos y las reflexiones morales, que de ellos se desprenden; mezclando con habilidad suma las alabanzas con sus conclusiones prácticas, constituyen

el fondo del discurso, se precave la monotonia, y solo asi se fecundiza un asunto por lo común árido y estéril.

El tono de la oración ha de respirar á la vez tristeza sin abatimiento, magnificencia, gravedad y entusiasmo sin osadía.

En la conclusión el orador se tiene que remontar lo más posible; tiene que dar al acento del dolor más energía, y más sombrío tinte á la pesadumbre, para dejar en el ánimo de todos provechosas y profundas sensaciones. Entonces se hace necesarios cierto desórden y perturbación. Las circunstancias de una muerte edificante, la devota recepcion de los Sacramentos, y algunas palabras de fervor, que haya proferido el difunto en este trance, sirven de magnífico remate.

EJERCICIO PRACTICO

Bossuet es, á no dudar, el mejor maestro y más perfecto modelo en este último género de la elocuencia: es, sin disputa, superior á cuantos le anteceden, y sin rival entre los que le siguen. La elocuencia del Obispo de Meaux tiene la pureza, la frescura, libertad y espíritu de los mejores Padres de la Iglesia. «Se propone," dice un crítico," (1) una idea principal, esa idea descuella desde el principio; ó la revela del mismo texto, y tal es el anuncio de su plan. Empieza su discurso como si no llevara trazado el plan: este se va revelando poco á poco, y se vá desenvolviendo naturalmente: los sucesos le desenvuelven, los hechos le salen al paso: se diría que no hay estudio, ni arte, ni elección. Pero, cuando apa-

(1) Dusaul *notice sur Bossuet.*

rece aquella idea dominante, acompañada de los hechos, brotando de la historia, sin artificio aparente, ya en forma de sentencia, ya de exclamación, ya de pregunta, el asombro se apodera de los oyentes; porque entonces se les revela grandioso aquel plan que tan sencillo les parecía. Todos los hechos conspiran á la unidad que no se veía en el principio: toda la elocuencia, que parece desbordada con ingénua libertad, no traspasa los límites de la idea dominante. El orador es como llevado por un entusiasmo no interrumpido: su asunto le atormenta, le arrebata, no le permite un punto de reposo. Para los demás oradores es mucho alcanzar en un Discurso algunos instantes de inspiración; más esto para Bossuet es muy poco. El método es poco sensible, más no carece de realidad: nunca pierde de vista el camino que se habia trazado.,,

En la oración fúnebre de la Reina de Inglaterra empieza de este modo:

«El que reina en los Cielos y del cual di»manan todos los imperios: aquel á quien »pertenece la gloria, la magestad y la inde-

»pendencia, es tambien el que se glorifica, »dictando á los reyes sublimes preceptos, y »trazándoles el camino que deben seguir. »Ora eleve los tronos ó los reduzca á la na»da, ora les comunique una parte de su po»der, ó reserve para si los títulos de su gran»deza, siempre les enseña de un modo dig»no de su sabiduría y de su paternal so»licitud.

»...Asi es como instruye á los príncipes, »no solamente con discursos y con palabras, »sino también con acciones y con ejemplos «Et nunc, reges, intelligite; erudímini, qui »judicátis terram» (Texto).

»Cristianos, cuando el recuerdo de una »gran Señora, hija, esposa, madre de Mo»narcas muy poderosos y Soberana de tres »imperios nos congrega, nos llama á esta »triste ceremonia, este discurso ha de ofre»ceros uno de esos irrecusables testimo»nios, que muestra á los ojos del mundo »toda entera su vanidad. Vereis reunidas »en una sola vida todas las extremidades »de las cosas humanas; la felicidad y las »desgracias, el legítimo y tranquilo goce

»de una de las más brillantes coronas del »universo, y todo lo que puede conrribuir al »explendor del nacimiento, reunido en una »sola persona, expuesta más tarde á todos »los caprichos y ultrajes de adversa fortu»na. La buena causa defendida en el prin»cipio con éxito, y después reveses repen»tinos é inesperados: cambios inauditos; la »rebelión por largo tiempo contenida, due»ña al fin de todo, la magestad violada »por medio de atentados desconocidos has»ta entonces; la usurpación y la tiranía bajo »el nombre de libertad, una Reina fugiti»va que no encuentra asilo alguno en tres »reinos, y para quién su propia patria se »convierte en triste lugar de destierro; nue»ve viajes emprendidos por una princesa, »no obstante las tempestades del Oceano, »el mar lleno de asombro por verse atrave»sado tantas veces de tan diversos modos »y por tan diferentes causas; un trono in»dignamente derribado y milagrosamente »restablecido... Tales son las instrucciones »que Dios dá á los reyes, haciendo de esta »manera ver al mundo la nada de sus glo-

»rias y sus grandezas. Si las palabras nos »faltan, si las expresiones no corresponden á »una materia tan vasta y tan elevada, las »cosas hablarán bastante por si mismas: el »corazón de una gran Reina realzado en »otro tiempo por una larga série de pros»peridades, y sumergido despues repentina»mente en un abismo de amargura, dirá »más aun que yo pudiera decir. Y si acaso »no nos fuera lícito á los particulares dar »lecciones á los príncipes acerca de tan ex»traños acontecimientos, un rey me suminis»tra palabras para decirles: «Et nunc, réges, »intellígite: erudímini, qui judicátis terram» »Oid, grandes de la tierra; instruíos árbitros »del mundo.»

Bossuet revela su genio en la Oración fúnebre de la Reina de Inglaterra: su corazón en la muerte de la Duquesa de Orleans. Es como sigue.

«Penoso deber, triste destino el mio, al »venir de nuevo á este sitio á tributar el »último de los homenajes á la muy excelsa »Princesa Enriqueta Ana de Inglaterra; Du»quesa de Orleans. La que yo habia visto

»postrada en ese sitio; la que con los ojos »arrasados en lágrimas oyera mi humilde tri»buto de admiración hácia la Reina, su ma»dre, debia ser en breve objeto de un nue»vo discurso, estándome á mi reservado el »pronunciarle conmovido delante de vosotros.

«Oh vanidad! oh nada! oh mortales ig»norantes de vuestros destinos! ¿Quién lo »dijera hace diez meses? ni ella, ni vosotros, »señores, hubiéseis imaginado, cuando de»rramaba tantas lágrimas oyéndome, que »debiera reuniros aquí tan pronto, para llo»rarla con mayor dolor? Princesa, digno «objeto de la admiración de dos grandes »imperios ¿no era bastante que la Ingla»terra llorara vuestra ausencia, sin verse »obligada á llorar vuestra muerte? Y la Fran»cia, que os volvió á ver con tanto júbilo, »rodeada de nuevo brillo ¿carecía por ven»tura de otras pompas y otros triunfos »para vos de regreso de ese famoso viaje, »donde habíais recogido tantos laureles y »tan bellas esperanzas? *Vanidad de vani»dades y todo es vanidad.* Esto es lo úni»co que puedo deciros, la sola reflexión

»que ante un acontecimiento tan deplora-
»ble é inesperado me permite el dolor. No
»penseis que he ojeado libro alguno, para
»acomodar á la ocasión presente el texto
»oportuno: sin estudio, sin elección he to-
»mado las primeras palabras que me pre-
»senta el Eclesiástico en donde, aunque la
»vanidad es nombrada muchas veces, no
»lo es, á mi juicio, todavía bastante, para
»el designio que me propongo. Quiero en
»una sola desgracia, deplorar todas las ca-
»lamidades de la estirpe humana, y en una
»sola muerte hacer ver la muerte y la na-
»da de todas las grandezas del hombre.
»Aquel texto que conviene á todos los es-
»tados y á todos los acontecimientos de
»nuestra vida, por una razón particular es
»el más propio para mi objeto, porque nun-
»ca las vanidades de la tierra se han visto
»tan claramente descubiertas, ni confundidas
»en tan alto grado. No; después del su-
»ceso que acabamos de presenciar, debe-
»mos convenir en que la salud es un nom-
»bre, la vida un sueño, la gloria una men-
»tira, las gracias y los placeres un pasa-

»tiempo peligroso: todo es vano en nosotros, »excepto la manifestación sincera que de »nuestras vanidades hacemos delante de Dios, »y el juicio detenido que nos prepara para »poder despreciar todo cuanto somos.»

En la peroración del Príncipe de Conde Bossuet se expresa del modo siguiente:

«Ven, pueblo, ven ahora... Pero venid »más bien vosotros, magnates y señores, »vosotros los que juzgáis en la tierra, vos»otros los que abrís á los hombres las puer»tas del cielo, vosotros más que todos los »demás, príncipes y princesas, nobles vás»tagos de tantos reyes y exclarecidas lum»breras de la Francia, apagadas hoy y os»curecidas por el dolor. Venid, venid á ver »lo poco que resta de tan augusta cuna, »de tanta grandeza y tanta gloria. Dirigid »por todas partes vuestra vista, y halla»réis todo cuanto ha podido inventar la »magnificencia y la piedad, para honrar á »un héroe. Títulos, inscripciones, señales »vanas de lo que ya no existe, é imágenes »que figuran llorar alrededor de un sepul»cro, y frágiles demostraciones de un dolor

„que el tiempo se lleva con todo lo de-
„más; columnas que parece quieren elevar-
„se hasta el cielo en magnífico testimonio
„de nuestra nada, y, en fin, en medio de
„tantos homenajes solo falta aquél á cuya
„memoria los tributáis. Llorad, pues, sobre
„estos frágiles restos de la vida humana;
„llorad, llorad sobre la triste inmortalidad
„que es dable conceder á los héroes.....
„En cuanto en mi, si me es permitido
„después de todos los demás acercarme á
„rendir los postreros homenajes á este se-
„pulcro ¡oh Príncipe! digno objeto de nues-
„tras alabanzas y de nuestro dolor, yo os
„aseguro que vivireis eternamente en mi me-
„moria: vuestra imágen quedará en mí fija,
„no con esa audacia que prometía la vic-
„toria, no; no quiero ver en vos nada de
„lo que borra la muerte. Tendréis en esta
„imágen caractéres inmortales: os veré tal
„como estabais en aquel último día bajo
„la mano de Dios, cuando su gloria comen-
„zó á seros sensible. Así es como os veré
„más triunfante que en Friburgo y en Rocroy;
„y arrebatado con tan hermoso triunfo, pro-

„rrumpiré en accion de gracias con las mag-
„níficas palabras del Discípulo amado:
„*Et hæc est victoria quæ vincit mundum,*
„*fides nostra.* La verdadera victoria, la que
„pone bajo nuestros pies al mundo entero,
„es nuestra fé.» Gozad de esta victoria,
„Príncipe, gozad de ella enteramente por
„la virtud inmortal de este sacrificio; acep-
„tad estos últimos esfuerzos de una voz que
„os fué conocida, y poned fin á todos estos
„discursos. Gran Príncipe, en vez de llorar
„la muerte de los otros, quiero en lo suce-
„sivo aprender de vos á hacer santa la mia:
„¡dichoso mil veces, si advertido por esta
„blanca cabellera acerca de la cuenta que
„de mi administración he de dar, reservo
„á la grey, que alimentar debo con la pa-
„labra de vida los restos de una voz que
„decae, y de un ardor que se apaga!»

Tambien merecen ser citadas con aplauso las oraciones fúnebres de Flechier entre las cuales la del *Mariscal de Turéna* es bella y elegante: su exordio es una pieza de rara perfección. Igualmente las del P. Ventura en las honras de Pio VII y de Oconéll: las

del P. Lacordaire en las solemnidades del Mariscal Drouot y Oconell; Dupaulou en el elogio fúnebre del valiente Pimodán, y el P. Cayetano Fernandez en las honras de Cervantes y demás ingénios españoles son notabilísimas. No desmaye la estudiosa juventud ante la dificultad de la empresa; porque vastísimo es el campo para cualquier habil segador. La oración fúnebre abraza, segun el competente Audisio, todo lo que tienen la religión y la naturaleza de más grande y afectuoso.

CAPITULO IV

Predicación simple

Hablando F. Luis de Granada del género *didascálico* enseña que este tiene por objeto enseñar más bien que conmover; por cuya razón se llama tambien *didáctico* y *doctrinal*. Este género de instrucción abraza principalmente la *plática*, la *homilía*, *conferencia* y *alocucion*. Tal es el género de predicación más conveniente y necesario en estos tiempos de agitación y angustia.

ARTÍCULO I

De la plática

La *plática* es una instrucción breve y sencilla sobre la moral y el dógma, ó sobre cualquier punto de doctrina: es un razonamiento que hacen los predicadores y prelados para exhortar los actos de virtud, ó reprender los vicios de los fieles.

Se diferencia de la *Homilía* en que esta es la paráfrasis del sagrado Texto, y aquella se ciñe á un punto dado; y del *sermón* en que la *plática* prescinde del aparato de aquel, ni se sujeta rigurosamente á las reglas minuciosas de la retórica. La *plática*, pués, tiende directamente á la práctica.

Más no asentamos como principio que la plática esté libre de toda regla: todo

menos eso. Tenemos reglas absolutas é invariables de las cuales no podemos prescindir nunca. El simple buen sentido y el fin de la predicación reprueban, como verdadero desórden, la vaguedad en las definiciones, las inexactitud en la doctrina, la confusión en los pensamientos y la incoherencia en las conclusiones prácticas. Con más razón estan reprobadas ciertas franquezas y libertades, que son permitidas en el trato familiar, civil ó político. La plática, pues, no puede prescindir de aquellas reglas más generales y consideraciones que promueven la perfección y delicadeza del pueblo cristiano.

Para proceder con acierto en el curso de la *plática* los preceptistas designan las reglas siguientes:

1.ª Es necesario preparar la plática con anticipación, es decir: fijar en la mente los puntos que conviene tratar. En la plática no se debe caminar, como algunos hacen, á la ventura, hablando de todo y de lo que se les ocurre, lo cual es un medio infalible de no decir nada de bueno ni de provecho.

Sabemos que algunos tienen ocurrencias felices, y aun estas se han de enlazar con el plan. Es una ilusión creer que la claridad y unción se improvisan facilmente. Así pués, en la plática el orador ha de tener un objeto peculiar: ha de probar la verdad, entrar en los pormenores de costumbres, y determinar la ejecución de lo conveniente.

2.ª La materia de la plática es toda la sustancia de la religión y los deberes todos de la vida cristiana. Conviene, sin embargo, explicar lo cierto é inconcuso en la doctrina, y jamás lo dudoso ú opinable, ni cuestiones abstractas y profundas: conviene igualmente advertir lo que es de fé, de precepto y de mero consejo, y hasta ser parco en declarar un acto por pecado mortal. Confesaba ingenuamente S. Agustin que á veces se hallaba perplejo para determinar la gravedad de algunos pecados. Y siendo esto así en lo general ¿con cuánta mayor cautela se ha de proceder sobre el modo de pecar en el sexto mandamiento.

3.ª En orden al modo de arreglar una plática no hay necesidad de encabezarla con

el texto, aunque se puede poner: ni de bosquejar un exordio, siendo muy bastante un ligero preámbulo que indique la materia; ni rezar el *Ave María*. Tampoco hay necesidad de precisar divisiones, aunque son toleradas en gracia de la claridad. Las pruebas han de ser sencillas y sólidas: el encadenamiento de los miembros natural y lógico; las comparaciones de la naturaleza, los ejemplos adecuados, y las conclusiones prácticas deben resultar del conjunto. Los impulsos oratorios no tienen cabida en la plática, únicamente el orden y método, condiciones precisas en toda peroración, si ha de convencer y persuadir. Por lo que al tiempo toca, con un cuarto de hora se tiene lo bastante.

Si os encargais de una plática sobre la *humildad* teneis que definir esta virtud, decir en que consiste, y cuales son sus actos; dar razones que convenzan al entendimiento, y muevan el corazón para seguirla, y señalar los escollos que se han de evitar. Tales son los tres elementos de la plática.

ARTÍCULO II

De la Homilía

La palabra griega *Homilía* quiere decir conversación ó coloquio: se da este nombre á los discursos que se pronuncian en la Iglesia, para distinguirlos de aquellas arengas que usan los oradores profanos. La *homilía*, por lo tanto, es una explicación sencilla y piadosa; una especie de paráfrasis de la Epístola, ó Evangelio, de la cual se sacan reflexiones morales para edificación de los fieles.

En rigor tanto la *homilía* como el *sermón* significan la *plática* con la cual se enseñan materias religiosas. Sin embargo de esta identidad etimomológica el uso establece una diferencia capitalísima. *Homilía* es la predicación, ó género: *sermón* es lo que se predica, ó el individuo. Todos los sermones per-

tenecen al género de elocuencia sagrada que se llama *homilía*; esta no pertenece á ningun *sermón*.

Entre estas dos palabras hay la diferencia que existe entre poesía y poema, entre oratoria y discurso. Todos los poémas pertenecen á la bella arte que denominámos poesía, como todo discurso pertenece á la bella arte que denominamos oratoria; pero la poesía no pertenece á ningún poéma, como la oratoria no pertenece á ningun discurso.

En la Iglesia el más antiguo género de instrucción es la *homilía*. En los primeros siglos el lector recitaba algunos versículos de la Escritura, y á continuación los comentaba y desenvolvía el Obispo, deduciendo de ellos gran moralidad, y entrando en interesantes pormenores sobre las costumbres y en elocuentes rasgos contra los vicios. Preferían los antiguos este método por exigir menos trabajo, y porque la composición de sermones, tal como en el dia se acostumbra, era incompatible con el laborioso ministerio de los prelados en aquella época.

Preferían esta manera de instruir sencilla y familiar, como la del maestro con sus discípulos y la del padre con sus hijos; porque les ofrecía las ventajas, que ya indicamos, y producía los mejoaes resultados, como entrar en una multitud de detalles, que no podian tener lugar en el reducido cuadro del sermón, se presentaba á varias reflexiones, y se atendía perfectamente á todas las necesidades. Sobre todo, la *homilía* es el método de los *Santos Padres*, y lleva consigo la *bendición apostólica*. Por esto, y porque sigue paso á paso la palabra de Dios escrita, tiene más fuerza instructiva y variada que el sermón; los fieles gustan más de una buena homilía, y la siguen con mayor interés que ningun otro discurso.

El valor é importancia de este método es incontestable: conviene mucho restablecerle, y en su abono viene la experiencia cotidiana. El orador podrá carecer de voz y de acción, de presencia y elegancia, de precisión y gracia en el decir; esto es: que le podrá faltar aquel prestigio exterior que atrae de ordinario gran número de oyen-

tes, y asegura el triunfo de la elocuencia. ¿Y por qué vemos de ordinario que, á pesar de la falta de tales dotes en algunos oradores piadosos, reunen, no obstante, gran concurso de gente, que se mantiene silencioso, atento, inmóvil, pesaroso y pendiente de aquellos lábios balbucientes? Porque han sabido enardecer al tibio é inflamar al perfecto, atraer al incrédulo y convertir al hereje; porque predican á Jesucristo, sus misterios, sus lecciones y ejemplos. El orador aquí como tal no entra para nada, ni podía entrar vista la pobreza de sus recursos; pero entra de lleno Jesucristo, su gracia y verdad, que da y ofrece á todos manjar sólido y sabroso. Este orador, pues, vá siguiendo el espíritu de los Pádres: *Sequámini vestigia ejus:* por esto está elocuente y hace fruto.

Tal era, repetimos, el espíritu de los Padres, los cuales comenzaban sus peroraciones con Jesucristo, como San Pablo, y el Crucificado era su objeto principal: le tenían siempre en su boca, porque también le tenían en su corazón. Las homilías de

los Padres eran otras tantas explicaciones de los misterios de Jesucristo, de los cuales deducían gran moralidad; y nunca se ha de separar lo que Jesucristo, los Apostoles y los Padres unieron: jamás se ha de separar la moral del dogma, ni los deberes de los misterios. Quédese, enhorabuena, este insensato desvío para los protestantes (1); pero los católicos, que lo intentasen, solo recogerían, como los hijos de la reforma, plácemes y aplausos entre los fátuos é indiferentes: pero no lograrían la reforma de costumbres, ni tampoco las alabanzas y bendiciones de las personas inteligentes y piadosas.

En vista, pues, de la utilidad y excelencia de la *homilía*, ¿cómo acontece que tan loable método está en el día casi relegado al olvido? Entre otras razones por las necesidades y circunstancias de nuestros aciagos dias. Ahora los fieles somos incontestablemente menos instruídos y menos piadosos que antiguamente. Vivimos en

(1) Destruida entre éllos la unidad de fé, no pueden inculcar unos mismos dogmas, y se limitan á la moral sola, filosófica y puramente humana.

una época de lucha é indiferencia; por cuyas razones nos convienen, ó una instrucción bien nutrida de doctrina esencial, dirigiéndonos á un auditorio ignorante y fiel; ó un discurso en forma de conferencia que ponga la verdad bajo el sol de la demostración, llevando con ella el convencimiento y persuasión á los enemigos. Fuera de estos casos, el mérito é importancia de la *homilía* en un auditorio piadoso es patente é incontestable. Esto sentado, entremos ahora en el constitutivo más esencial de la homilía.

CLASES DE HOMILÍAS

A tres se pueden reducir las varias especies de homilías: la primera es la explicación minuciosa del sagrado Texto versículo por versículo, acompañándola con la moralidad que mejor le convenga. Tal es el método de San Agustín, de San Gre-

gorio M. y San Bernardo. La segunda es la explicación del Texto en la primera parte del discurso, y en la segunda la de su moralidad. Tal era el método de San Juan Grisóstomo: y la tercera es la explicación del Evangelio ciñiéndose á sus puntos principales.

Cada uno de dichos métodos es apreciable, y tiene sus ventajas peculiares; más los dos primeros, y sobre todo el primero, presentan objetos disparados, que en el texto mismo se contienen; de ninguno de ellos se puede formar convicción plena, porque unos hacen olvidar á los otros, ni hay lugar á los impulsos de la oratoria y á la recapitulación. La tercera especie de homilía no tiene tales inconvenientes, y lleva consigo la inapreciable ventaja de unidad y fijeza; por cuyas razones la última parece más útil, más adecuada en las actuales circunstancias, y más ajustada con los preceptos del arte. En este supuesto, nos resta indicar algunos pormenores de su composición.

EXORDIO

El objeto de esta parte es disponer los ánimos hácia lo que se va luego á tratar, y debe contener los requisitos esenciales de todo exórdio. Primeramente no solo debe ser el asunto importante, sino de interés para los oyentes. En segundo lugar el exórdio se ha de sacar del Evangelio que se explana. En el tercero ha de ser breve, de lo contrario, se previenen los oyentes contra el discurso, que le suponen interminable. Por último, conviene anunciarle con aire modesto, con tono paternal, para captarse más facilmente la benevolencia y edificación de los fieles. Tambien se termina con la salutación angélica; pero en rigor no es necesaria, siendo la homilía una exhortación familiar.

Nos inclinamos á dar la preferencia, y tenemos por mejor aquel exórdio, que con-

tiene la narración extractada del Evangelio; más no tan breve y descarnada tal narración, que carezca, como advierte F. Luis de Granada, de hermosura y elegancia. Podrá ser, en fin, la narración como la paráfrasis sucinta de la letra del texto, añadiéndole, cuando más, las circunstancias de tiempo, lugar y ocasión, y estas si contribuyen á esclarecer el asunto.

En el exórdio se puede abandonar la costumbre de marcar expresamente la *proposición*, de dividirla, ó partir cuidadosamente sus partes: basta indicarlas implícitamente, como así lo hace el P. Ventura de Raulica. Segun este Orador tan erudito esas medidas y artificios, lejos de favorecer el movimiento de la oratoria, le comprimen, y son la muerte de la elocuencia. Es muy cierto que los grandes oradores no se cuidan tanto de las minuciosas leyes de la oratoria, como de pensamientos elevados y felices, profundos y elocuentes. Nosotros tambien convenimos en ello, y en que las particiones sutiles é ingeniosas ligan y enervan al orador, distraen y cansan la atención: no asi

las divisiones racionales y necesarias, sobre todo indicándolas implícitamente á estilo del mismo P. Ventura.

CUERPO DE LA HOMILÍA

Aun cuando en la homilía no es necesaria tanta preparación, como en un discurso acabado; es menester, no obstante, arreglar bien su composición, so pena de no predicar más que una homilía lánguida é inconexa, insustancial y defectuosa. Es preciso estudiar bien el texto, que se ha de explanar, meditarle, y elegir con discernimiento los puntos sobre los cuales conviene insistir.

Así como el homilista no se debe parar en aquellas circunstancias del texto que no tienen conexión con el fin, tampoco debe agotar el asunto. En las sagradas letras tanto abundan los tesoros, que parece imposible

aprovecharlos todos. El hacinamiento de tanta preciosidad hace asaz pesado el discurso: el buen gusto condena el fausto y abundancia empalagosas y excesivas. Tome únicamente lo necesario, haya sobriedad, para que desembarazándose el homilista de lo supérfluo, pueda lucir su pensamiento, sin que le acosen «lugares idóneos,» sin que le abrumen pasajes pintorescos, sin que le molesten innumerables citas, sin que le aféen su discurso especies impropias ó extravagantes, sin que, en fin, cause mareo un mosáico de multiples y variados labores. La poesía del asunto debe abrir camino al orador, para dar á su homilía unidad y mérito, y á su estilo color y fortaleza.

Asimismo, el homilista tiene que atender cuidadosamente al sentido literal y moral, y á las aplicaciones prácticas y exhortaciones fervorosas.

Es propio del sentido literal, ó conforme á la letra del texto, indicar el tiempo, lugar, ocasión y circunstancias de los hechos ó máximas, que en el mismo texto se contienen. También le toca esclarecer los

pasajes oscuros, y hasta los usos del pueblo hebreo. Pero tratándose de parábolas, el orador se ha de fijar más en el espíritu que en la letra; y más en el designio que en las circunstancias históricas, que son accesorios á veces ajenos al asunto.

En orden al sentido moral, escogerse deben aquellas consideraciones más sencillas, naturales y piadosas, sobre todo las no conformes á las necesidades del auditorio, evitando á todo trance las interpretaciones forzadas y alegoricas de muy lejos traídas, como rara vez lo hicieron San Agustín y San Gregorio M. En este punto nunca es lícito interpretar el Texto contra el común sentir de los Santos Padres.

ARTICULO III

De la conferencia

Hay tres clases de *conferencias:* la propiamente dicha, ó el *diálogo*, la *religiosa* y *apologética.*

El *diálogo* era muy frecuente en los primeros siglos de la Iglesia, como se observa en la controversia de San Justino con el judío Trifón, en la de Minucio Félix con los idólatras y en la de Orígenes con Marción. En nuestros días la conferencia en este sentido apenas tiene lugar, exceptuando alguna que otra misión; pero es util y provechosa, El pueblo la oye con gusto; porque la discusión alternada despierta el interés, sostiene la atención, y excita la curiosidad. Tal método, sin embargo, tiene

muchos inconvenientes. «El *diálogo*,» dice Graichies, «puede con mucha facilidad degenerar en pueril; escollo que es preciso evitar cuidadosamente. El carácter del púlpito es grave y no admite chistes. Lo agradable del teatro y lo divertido de la conversación serían aquí un sacrilegio, que quitarían al predicador la unción y autoridad, y al auditorio el recogimiento y la compostura.» Tal escollo hay que evitarle siempre, teniendo las virtudes cristianas un modelo que lloró muchas veces, y no reyó nunca.

Las *conferencias religiosas* datan de los antiguos Padres del desierto, según lo demuestran los escritos de Casiano y S. Basilio. Aquellos venerables religiosos se reunían de cuando en cuando, para entre sí tratar sencilla y familiarmente de los más eficaces medios de adelantar en el camino de la virtud, y aun se usan con frecuencia en las comunidades.

Las *conferencias apologéticas*, que hoy día se usan, particularmente en Francia, son ciertas instrucciones religiosas en las cuales

se inculcan los dogmas con todo género de pruebas, y se defienden de las agresiones modernas.

NATURALEZA DE LAS CONFERENCIAS

En cuanto á la forma es muy diferente la enseñanza que al pueblo se da por medio de las conferencias, de la que se da por las demás instrucciones: en estas el prédicador habla con sencillez y naturalidad, habla como un padre con sus hijos, los cuales reciben con agrado y satisfacción la verdad ó el consejo sin analizarle, ni discutirle; más en la conferencia el orador habla como maestro con el pueblo que duda, que discute, y hasta niega; con el pueblo que resiste á la verdad religiosa, ó está contra ella prevenido. Por consecuencia, el carácter genuino de la conferencia tiene que ser la *polémica* y *apología*. Estas dos cualidades de la conferencia,

si bien parecen una misma cosa, porque ambas tienen por oficio defender la verdad y combatir el error, se distinguen, sin embargo, en que la *polémica* se dirije principalmente contra los herejes, que algo admiten, algo reconocen; y la *apología* se aplica contra los incrédulos, que nada de lo milagroso y sobrenatural confiesan, ni admiten. Como quiera, la polémica y apología forman el carácter dominante y la naturaleza propia de las conferencias modernas.

MÉTODO DE LA CONFERENCIA

El método que se observa en la conferencia es enteramente distinto del que se sigue en el sermón. La conferencia se inicia con un exordio tan sencillo y tan breve, que hasta se suele suprimir el *Texto* y el *Ave María*. La peroración y conclusión son igualmente brevísimas.

Todo el mérito de la conferencia está en las pruebas y detalles, y aun el método de sus pruebas es muy distinto del sermón. Este tiene por objeto la convicción, y el medio que para lograrla emplea es la persuasión. La conferencia, por el contrario, se propone obtener la convicción como medio, y la persuasión como término. Porque la conferencia se dirige ordinariamente á un pueblo ilustrado; pero que se supone incrédulo, herético, irreligioso y corrompido, con el cual es menester procurar á todo trance la convicción, antes de obtener su asentimiento. Hay, pues, entre la conferencia y el sermón la misma diferencia que media entre el género *didáctico* y el *patético*. En este toda la disposición del discurso se dirige á promover las pasiones, y á desarrollar los movimientos oratorios, de manera que vaya creciendo el interés, hasta que se consiga el triunfo y asentimiento del corazón. Más en el género *didactico* ante todo se procura el triunfo de la verdad en la esfera de la inteligencia, y todo el esfuerzo y atención del orador se fijan y endere-

zan en la fuerza, combinación y desarrollo de las pruebas, presentándolas en el lugar y modo que más convenzan, y resuelvan la cuestión. Asi procede la conferencia. En esta, no obstante, el orador no se ha de ceñir tanto á los argumentos y razones de manera que se olvide por completo de los recursos de la elocuencia: es cierto que no debe promover las grandes pasiones; pero debe procurar aquellas emociones tranquilas, aquellos impulsos mesurados, que preparan la entrada para las pruebas, el tránsito de unas á otras, y aquellos que en la peroración sirven para cojer el fruto.

UTILIDAD DE LAS CONFERENCIAS

Nadie podrá dudar de la *utilidad* de las conferencias, cuando se ven usadas en todos tiempos. Los Padres de la Iglesia combatieron á los gentiles, tan ciegos en orden

á la religión cristiana, como lo eran en muchos puntos de la religión natural. Los Teólogos de la Iglesia católica refutaron á su vez á los protestantes, que, si bien admitían la religión revelada, negaban la autoridad divina de la Iglesia. Los modernos apologistas esgrimen sus armas contra los hijos naturales del protestantismo, cuales son el *deísmo*, que niega la revelación, y se atiene á la religión natural: el *filosofismo*, que desconoce hasta muchos principios de la religión natural, y se acerca bastante al *paganismo;* y en fin, el *racionalismo*, que hostiliza con ardor á toda forma de cristianismo, hasta la de las sectas protestantes. Más sobre todos los apologistas antiguos y modernos, en la cima de la escala católica descuella el *Papa* condenando y anatematizando todos los errores y extravíos del espíritu humano. Ultimamente Pio IX de buena memoria en el año 1864 condenó é incluyó en el *Síllabus*, los errores modernos en 80 proposiciones. En vista, pues, de una marcha tan uniforme y constante, es cosa clara y manifies-

ta que las conferencias, en las cuales se trataren con el debido conocimiento y aplomo las materias hereticales. serán utilísimas, removiendo con ellas dificultades, y allanando el camino. para que conozcan la verdad sus enemigos, y abracen la religión, y hasta para que los buenos permanezcan firmes y satisfechos.

El Sr. Munóz Guérnica hace sobre la conferencia las reflexiones siguientes: (1) «En los siglos de paz,» dice, «y de sumisión religiosa la predicación sigue un curso regular: élla no se ocupa sino de sacar las consecuencias morales del dógma, y de hacer la guerra á las pasiones, para conseguir la práctica de la ley: entonces la conviccion prepara el camino á la persuasión; se crée, y el predicador pide que se practique. Este tiempo es el de los predicadores.

Más en el siglo último ha comenzado una época que, si bién ha subido para comenzar á declinar, está sin embargo muy le-

(1) *Retor. sagra.* pág. 397.

jos de acercarse á su término. Los bellos tiempos de la fé han pasado: casi se pueden hechar de ménos los siglos de la heregía. Se ha llegado á una de aquellas épocas críticas, en las cuales todo se pone en litigio, y la religión toda entera se combate con una sola negación. Hay, pues, necesidad de tomar la defensa, para contrarrestar el ataque, y aplicarse á fortificar y cubrir las bases mismas del cristianismo, como al principio de su establecimiento: ha llegado en fin, el tiempo de los apologistas.» Es decir, que el estado actual de los asuntos religiosos reclama la urgencia de las conferencias.

Además de que se redoblan en nuestros dias con descarada insistencia las más infundadas acusaciones contra el clero y llueven sobre él calumnias sin cesar repetidas. Se dice con estrépito que el clero es partidario del despotismo, de la oscuridad y enemigo acérrimo de la razón, de la libertad y los adelantos. Esto y algo más dicen, y repiten escritores vulgares de quienes no se sabe que hayan hecho cosa

buena en pro de la civilización, y se sábe que han hecho mucho daño, contribuyendo á la postración intelectual, moral y religiosa de Europa. Conviene, por lo tanto, desvanecer semejantes sofismas, y demostrar que no hay tales embustes, ni menos inmovilidad en el campo católico: al contrario, que en él brillan y florecen, á la par que la religión, el amor á las ciencias y letras, asi las naturales como las sociales, así las divinas como las humanas, y que á nada de lo bueno, útil y grande el clero es refractario.

¿Pués qué, han de tener todos, en medio de tan ancha corriente de ideas, ámplia libertad para combatir la religión y la sociedad en sus principios, en su desarrollo, en sus fundamentos y sus más caros intereses; y no han de tener los ministros de la Iglesia igual libertad, cómo tiene el imperioso deber, de rebatir los rudos ataques de la impiedad, de disipar los errores, y defender la sana doctrina? Claro está que tienen el derecho, el deber y la libertad esos ministros, y realmente en

una série numerosa de conferencias han defendido y propagado la religión, la Iglesia, su gobierno, la ciencia y su progreso una pléyade insigne de sacerdotes ilustrados, que son el más bello y honorable ornamento de la cátedra sagrada en el presente siglo. De ésta tribuna benéfica luz ha salido, é iluminado interesantes problemas sobre la propiedad y la familia, sobre la educación y enseñanza, comunismo, socialismo y liberalismo, sobre todos los poderes, derechos y teorías, ó sistemas. Desde la creacion del mundo hasta la redención del linage humano, desde la providencia de Dios hasta el poder político cristiano, desde la divinidad del cristianismo hasta la belleza del mismo, desde el génio de la religión hasta el génio del arte cristiano; todo, en fin, ha sido recorrido y examinado con ciencia tan profunda, con elocuencia tan vigorosa, con tan santa mirada y unción tal, que todo el mundo científico ha tenido que bajar la cabeza, y venerar á esos oradores, que tanto en religión, como en ciencias morales y políticas, y hasta en estétcia po-

dían enseñar y decir la última palabra delante del filósofo que los denuesta, y ante el siglo que los denigra. Es, á no dudarlo, un hecho patente y autorizado la utilidad é importancia de las conferencias.

NECESIDAD DE LAS CONFERENCIAS

No vacilamos afirmar, en vista de lo antedicho, que las conferencias son *necesarias* en cuanto á su esencia; pero en cuauto á la forma que se les da hoy dia, sostenemos que no son necesarias *absolutamente* á lo menos en España.

No ignoramos que en nuestra pátria los más degrantes y monstruosos errores tienen medios de propagación, y cuentan prosélitos asaz apasionados, merced á la enseñanza láica, y al periodismo y otras concausas. Los sistemas y teorías en Alemania elaboradas, que á su paso por París reciben el sello de fascinación que Francia imprime en todo

cuanto toca, tambien ganan aquende los pirineos dóciles y celosos secuaces. Pero en medio de tan poderosos alicientes, hablando generalmente, todavía reina en España el buen sentido, y la mayoría de sus habitantes con razón se resentiría de que se la colocase al nivel de los más terribles enemigos de Dios y de su Iglesia. ¿Pero qué digo? hasta en la Francia misma no sería conveniente, ni tal vez posible, levantar púlpitos que tuviesen la reputación y altura del de *Nuestra Señora de París*. Se ofendería la nación entera de que se le considerase como la tierra feraz del panteísmo y pátria de la incredulidad. «Yo hé pensado siempre,» decía Gouden, «que nuestros apologistas dispensan al racionalismo mucho más honor que merece, y le dan, al parecer, una importancia que jamás ha tenido.» No siendo, pues, tan vasta, ni tan general la incredulidad, tampoco es tan necesaria la conferencia en la cual aquella es contrarrestada.

Es cierto que hoy dia se siente hácia ese género de predicación aquel ardor y

entusiasmo, que se apodera fácilmente de la juventud; pero la experiencia demuestra que la imitación perfecta es sumamente perjudicial. Esa forma severa podrá ser muy conveniente y eficaz en la academia ó ateneo; más no en la cátedra sagrada. Porque semejante forma estraga la elocuencia, pervierte el buen gusto, y malogra excelentes disposiciones con notable perjuicio del pueblo cristiano, que no encuentra en tales discursos la instrucción que necesita. ¿Qué provecho y mejora podrán sacar las gentes sencillas y piadosas de esos discursos de filosofía ó literatura y por ende descarnados? Ni como ha de haber unidad, enláce y pesuasión en esas oraciones en las cuales se vacían tratados enteros? El cansacio, la extrañeza y la confusión se apoderan de la mayoría de los oyentes. Tal es el triste resultado de una conferencia con *bombo y platillos* anunciada. Porque algunos oradores hayan tenido necesidad de luchar gloriosamente con escuelas extraviadas y con hombres anticristianos, no se infiere que se haya de hacer lo mismo

en otros lugares en los cuales los espíritus no son tan descreidos, ni tan corrumpidos los corazones.

¿Qué hay que hacer en tales circunstancias, y qué condiciones han de adornar al apologista moderno?

En las tristes circunstancias en que nos encontramos nos conviene aceptar de los apologistas modernos únicamente lo que necesitamos, para la ocasión presente. Nunca nos está bien filosofar como nuestros filósofos; y para contrarrestarlos, podemos dar á nuestros discursos, apoyándoles en el Evangelio, carácter apologético. De este modo, al paso que la piedad se alienta, y se expone la sana doctrina, también se desvanecen funestas preocupaciones, se ilumina la mente caliginosa del incrédulo, se templan aviesas pasiones, y se suavizan y desarman corazones lacerados por la ignorancia y rencor, ó ganados por falsas sectas. Esta forma nos

parece más oratoria y de mejores resultados.

Más, aun dando el apologista moderno á su discurso apologético una forma tambien moral y oratoria, necesita poseer una ciencia profunda y variada, para dominar lo sustancial de la doctrina católica, sin embarazarse con las opiniones, ni extraviarse con los sistemas: necesita conocer á fondo y en sus detalles los sistemas filosóficos, que invoca y combate: necesita nutrirse con las apologías de los Padres y de los modernos; necesita, en fin, tener mucha habilidad, mucha prudencia, moderación y caridad.

Es verdad que el mal moderno es muy intenso y bien notorio: la iniquidad y desvergüenza de aquellos que, con capa de católicos y amantes de la ilustración, aniquilan y persiguen á la Iglesia, no es un secreto para nadie. Esto indigna y compele al orador á que, fijando su mirada en tales bajezas, infamias y contrariedades, se presente al público poseído de santa indignación, y se exprese con acrimonía. Esto

no obstante, no nos cansaremos de repetir y encarecer al apologista la moderación y caridad: de recordarle que sus enemigos le provocan al terreno de la violencia cabalmente, para despues acriminarle por su falta de mansedumbre. La defensa de los intereses sagrados no se ha de hacer con apóstrofes y altercados, sino con moderación y templanza, de suerte que en la contienda dé al orador la victoria más bien el peso y gravedad de las razones que la violencia y aspereza del estilo: *Forlitèr in re, suavitèr in modo.*

Al dar, como preceptista, esta regla, no la damos á la ventura, sino que la apoyamos en sólido fundamento. Los Santos Padres recuerdan á este respecto la conducta que observó San Pablo con los atenienses. No les injuria el Apóstol, sino que los trata con blandura: no les echa en cara su impiedad, sino que les anuncia sin ambajes aquel que honraban, sin conocerle, aquel que tenían inscripto en uno de sus altares: *Ignoto Deo.* Demasiado sabía San Pablo que los atenienses, siendo idólatras,

no podían honrar á Dios; pero la citada inscripción le sirve de pretexto para suponer lo que hacer debían, y de este modo se captaba la benevolencia y simpatía de aquellos presuntuosos atenienses. A este tenor los oradores de virtud y de talento escogen siempre medios decorosos y prudentes, para saber decir las cosas, sin ofender á nadie. Por el contrario, el hombre arrebatado ó enardecido se precipita inconsideradamente, máxime si carece de aquella educación esmerada con la cual se saben temperar bruscos arranques, y corregir duras expresiones en el instante mismo que salen de la boca.

Es muy cierto que Moisés y otros siervos de Dios acreditaron su celo, y emplearon la cólera; pero ésta era prudente y necesaria sobre todo en ocasiones solemnes. Además de que, como nota San Francisco de Sales, «esos eran grandes y esclarecidos varones, que sabían manejar sus pasiones y tenerlas á raya: nosotros no tenemos tanto poder, nuestro caballo no está tan bien arrendado que le podamos parar en medio de

su carrera.» Convengo en que un párroco debe apostrafar á sus feligreses por faltas repetidas y sistemáticas; pero no siempre, rara vez, y eso dulcificando luego la aspereza. Con el espíritu de dulzura y humildad el citado S. Francisco pudo atraer en breve tiempo siete mil herejes; y S. Vicente de Paul tenía por máxima, que más se ganaba con la dulzura y caridad, que con todos los argumentos del mundo.

Amante de la sana doctrina en toda su pureza debe ser el apologista, pero sin *exageración*, compañera inseparable de la violencia. Tenga, enhorabuena, el celo de la santa Iglesia: ¿qué más se puede tener, ni desear? Pues la Iglesia no *exagera*, como Santo Tomás observa: ella camina con paso lento, pero seguro, entre contrarios errores: *Santa*, dice el Santo doctor (1), *cathólica et apostólica Ecclesia inter contrarios errores média lento passu incédit.* Por más difícil y penoso que sea elegir y conservar la parte media, ésta es la regu-

(1) *Opusc. 3.º contr. Graecos* C. 9.

ladora y preferente: el apologista no ha de ser ni parecer *excesivo* é *insaciable*, como así calificaba el Nacianceno á varios de su tiempo. Bosuet les encargaba la templanza, y Balmes la sensatez y moderación. Las extrémas parcialidades, dice Alberto Magno, tirarán bala roja contra los que estan situados en el término medio; *projiciunt álter ad álterum;* pero la polémica muy ardiente pasa pronto, y la Iglesia da su aprobación á los mediocres y prudentes: *Os prudentis quaeritur in Ecclesia.*

Sepa, en fin, el apologista que, teniendo una disposición ó aptitud demasiado viva y excesivamente resuelta, se coloca en peligro inminente de afirmar como cierto lo que es dudoso, y de confundir las verdades dogmáticas con los puntos controvertibles, como acaece á los que carecen de la instrucción suficiente y de la humildad necesaria. ¿A quién no asusta un hombre, por muy sábio que sea, que pretenda imponer á la Iglesia sus propias opiniones, y remontarse á la altura de un Santo Padre? Tal presunción y su caida son correla-

tivas. Tertuliano y Orígenes lo acreditan entre los antiguos, y entre los modernos ¿qué provecho sacó de sus exageraciones el profundo Pascal? como se ha de olvidar el fin funesto de Lamenais y otros mil?

El apologista tenga en su memoria que la santa Iglesia tiene que ser perseguida hasta el fin de los siglos: crea en su perenne triunfo, y se compadecerá de sus ciegos combatientes. De este modo los atraerá más fácilmente al camino de vida y de salud, y sostendrá gloriosamente los derechos de la Iglesia. «Esta no es,» decía Newman, «la primera vez que los hijos de la Iglesia se encuentran expuestos á semejantes pruebas, y defienden á su perseguida madre con tanto celo y dulzura, como en los bellos dias de su mayor prosperidad.»

Por último, conviene mucho que el apologista se empape, antes de lanzarse á la empresa, en los apologistas antiguos y modernos. Son modelos de elocuencia temperante, dulce y vigorosa entre los primeros S. Justino, Atenágoras, Tertuliano, San Cipriano, Minucio Felix, Arnobio y Lactancio. Entre

los modernos sobresalen: el erudito P. Ventura de Raulica y el cardenal Wisemán sobre todo en su discurso, cuyo es el Texto: *Redde rationem villicationis tuae*, en el cual hecha en cara con la mayor dignidad al gobierno de su país la tremenda responsabilidad que sobre él pesaba por su administración infiél en el régimen de la India. Tambien se invocan con respeto los nombres de Fraysinous, ante quien se agrupaba una juventud ávida de verdad; los del dulce padre Ravignan y del elocuente P. Felix, famosos jesuitas, y los no menos notables dominicos Lacordaire y Monsabré. En Inglaterra está haciendo mucho bién Tomás Baker, y en España brillan apologistas de primer órden, que no nombramos por no herir su modéstia y la susceptibilidad de algunos.

ARTICULO IV

Alocuciones y lecturas

La *alocución* es una breve advertencia en la cual se felicita, ó exhorta, ó reprende alguna cosa particular. En ninguno de estos casos hay necesidad de exordio, división, ni epílogo. Tampoco la alocución consiente largos razonamientos, ni fuertes impulsos, ni menos vivísimos apóstrofes; porque demasiado corta es su duración, para poder emplear tales recursos. Más apesar de la carencia de estos accidentes, segun que sea la índole y fisonomía de la alocución, asi tambien ha de ser su forma y colorido, cuales son:

1.ª Si se anuncia la visita de un Obispo, la alocucion debe indicar la solicitud

religiosa de un padre querido, y la suave alegría de sus hijos por los beneficios que trae consigo la santa visita.

2.ª Si la alocución tiene por objeto el parabien á un personaje insigne, vea el ministro de Cristo como intercalar, con la felicitación y alabanza debidas, alguna enseñanza moral que, ó provenga de los antepasados del distinguido huesped, ó cuadre á su elevada posición, ó á las circunstancias, y esto con suma delicadeza.

3.ª Dirigiéndose la felicitación á los fieles por una obra buena, estimularlos debe á continuación de la misma, haciendo resaltar el mérito que contrahen, y dándoles las gracias. ¡Cuántas veces una palabra oportuna reanima el desaliento! Con que gusto un buen pastor no derrama su corazón sobre sus amantes hijos, al reconocer su buena voluntad!

4.ª Cuando se inculca la recepción de un sacramento, la ejecución de un precepto, la celebración de una fiesta, el ingreso en una cofradía, ó la exactitud de cumplimiento en ella, el orador exponer debe

aquello mismo que amonesta, los motivos que obligan, y los medios que conducen al fin deseado. Como aqui no se trata tanto de convencer, como de persuadir; tampoco se emplean razones, sino una exhortación apremiante, retrato vivo de caridad y ternura.

5.ª Si la alocución se dirige á la enmienda ó corrección, debe servir de regulador la prudencia. 1.º Se ha de reparar en la importancia del asunto; porque un consejo pueril cae en ridículo. 2.º Si hay esperanza de que la amonestación será bien recibida, por lo menos del mayor número; de lo contrario, es mejor no darla. 3.º Disponer las palabras de manera que la exhortación parezca justa y clara; careciendo de verdad y conveniencia, se critica y rechaza; y faltándole claridad, se desfigura.

6.ª y última: Es preciso elegir el momento más oportuno. Amonestar, cuando los ánimos estan mal dispuestos, es agriarlos mucho más: á una fiera nunca conviene irritarla. Hay, pues, que aguardar á que se aplaque algo el fuego de la pasión.

Así y todo, si la alocución es un aviso preventivo por el temor de que se reproduzcan los desórdenes pasados, no se ha de dar en forma de reprensión y amenaza, sino de prevención y ruego de que no se remuevan: ni menos á ninguno en particular se le ha de exponer á la indignación pública, infiriéndole una herida que nunca se cicatriza completamente.

Como quiera que sean, las alocuciones ó consejos suelen producir tanta sensación como los sermones: ellas se oyen con mayor atención, y se retienen más fácilmente; pero no se deben repetir con frecuencia. *Assuésca viléscunt.*

LECTURAS

Por falta de actitud del orador, ó de tiempo para prepararse, suple á la predicación la lectura con tal autoridad en ciertas ocasiones, como la voz familiar del própio pastor. Más para que la lectura sea util y provechosa, se ha de hacer del modo siguiente:

1.° Escojer anticipadamente aquella lectura más util y necesaria para los oyentes.

2.° Pronunciarla con tono natural, lleno y con el interés de la persona que siente lo que recita. La lectura que se hace con frialdad, ó con aire de abandono, no conmueve al oyente: solo gana el corazón aquel lenguaje que sale del corazón. Igual inconveniente tendría un tono compungido y lacrimoso, donde no hay nada de melancólico, ni de patético; porque la sensibili-

dad simulada enfría casi tanto como la misma insensibilidad,

3.° y último, Es muy conveniente hacer resaltar lo más notable y util de la lectura con alguna corta reflexión, ó explicación práctica. Tambien conviene concluir la lectura con algun rasgo que toque al corazón. Vale más terminar en un trozo excelente, que continuar debilitando aquella fuerte sensación.

ARTÍCULO V

De las misiones

Antes de indicar el carácter de las misiones y medios de su ejecución, es menester dejar bien sentada su utilidad é importancia.

UTILIDAD É IMPORTANCIA

DEL LAS MISIONES

Desde el origen del cristianismo hubo *misiones* en la Iglesia. Los Apóstoles fueron los primeros y más grandes *misioneros* evangélicos, como lo dice su nombre. (Apóstol quiere decir: enviado). Desde aquella era feliz se han ido convirtiendo sucesivamente, se convierten hoy, y se mantienen en la fé las naciones por la acción de los misioneros.

Por esta razón, y porque se ganan más almas para el cielo en las misiones, que en los demás géneros de predicación, contra ellas se han declarado los protestantes. Tampoco faltan entre los mismos católicos quienes las miren con ceño, á causa de la hipocresía y fanatísmo que á su parecer despiertan. Hasta ciertos oradores, por el temor de perder la reputación que disfrutan,

se desazonan con el solo anuncio de una misión. No es, por lo tanto maravilla que los impíos y pecadores públicos contra ellas se pronuncien abiertamente. Más en medio de tales abstáculos y rivalidades ciertas manos visibles y otras invisibles las promueven y multiplican; y á la postre aquellos mismos, qne más contristados y renitentes parecian, se alegren con ellas, y tambien agasajan á los misioneros. Esto solo, que sucede con frecuencia, los abundantes frutos y la práctica constante de las misiones abonan su *importancia*, *utilidad* y *necesidad*.

«Se dirá» y de hecho se dice. «¿en las aldeas no hay párrocos que predican todos los dias? Si,» responde San Ligorio, «hay párrocos que predican: pero frecuentemente los campesinos no sacan ningun fruto del sermón de su párroco; sea porque este no sabe predicar convenientemente, sea, porque de ordinario no habla sino de sus propios intereses, sea, en fin, porque usa un estilo en demasía elevado.» Por estas razones, y porque suele hacer poca impre-

sión el sermón que brota de unos mismos lábios, el párroco no saca gran utilidad de su predicacion.»

«Se dirá que se dispensa la absolución á pecadores habituales que, necesitando de muchos meses de prueba, con la misión es cosa de pocos dias: ¿qué valor pueden tener tales absoluciones? Pluguiese al cielo, continúa el mismo Santo, que todas las confesiones se hicieran con tan buenas disposiciones, como las que reciben los misioneros! Creo que pocas almas se perderían; se puede presumir con certeza la buena disposición del penitente, atendiendo á la influencia que en su ánimo ejerce la misión... no es tanto con la dilación del tiempo, como con el vigor de la gracia,» dice S. Cipriano, «con lo que la caridad se perfecciona.»

«Los frutos de la misión muchas veces son semejantes, al *fuego de la paja* el cual, siendo grande, dura poco. Luego que concluye la misión los malos son lo mismo, sino son peores que antes. Mejor sería,» prosigue S. Ligorio, «que todos aquellos

que á convertirse llegan fueran perseverantes; pero la inconstancia es una de nuestras grandes miserias, y hombres hay que recobran la gracia, y la pierden de nuevo. Más aun cuando la misión no produjera otro bien, es cierto que todo el tiempo que dura no se ven escándalos ni blasfemias; muchas restituciones tienen lugar, y se corrigen confesiones mal hechas. Es falso que despues de la misión renazcan los mismos desórdenes, y que sean más lastimosos que antes. Muchos perseveran en la gracia; y si algunos caen, se ha conseguido que, á lo menos durante algun tiempo, no cometan pecados... Si los frutos de la misión no son más duraderos, es porque los sacerdotes del país no excitan al pueblo á la meditación, ni se dedican al confesionario.»

«Los ejercicios de misión acaban de noche, dando esto lugar á escenas escandalosas,» añaden los detractores, á quienes contesta el citado San Ligorio: «Estas razones carecen de fundamento; porque al fin del sermón los ánimos están muy conmo-

vidos, y no piensan en hacer cosas malas. Más supongamos que así suceda, y que algun joven atolondrado se prevaliera de esta circunstancia para cometer algun desacato. ¿Sería por esto necesario abandonar la misión? Si para evitar todo daño posible, fuera preciso suprimir todo lo bueno, entonces tampoco habría fiestas ni romerías.»

Si algunos insistieren todavía en que, estando los tiempos tan cambiados y las ideas tan mudadas, las misiones lejos de producir los efectos de antes, no engendran sino tumultos, petardos y desórdenes, les contestamos cumplidamente, copiando al doctor Audisio, cuyas palabras parecen dichas para nuestra patria. «¡Cuán felices somos,» dice, «de no haber visto jamás en Italia tan deplorables efectos! Aquí las provincias no están conmovidas por un celo inconsiderado é imprudente: aquí los trabajos se suspenden dulcemente, para entregarse algunos instantes al cuidado de su alma los que todo el año le consagran al cuidado de su cuerpo; aquí durante esos días de salvación no se forman juicios te-

merarios, ni se suscitan escisiones religiosas. El fanatismo no se encuentra en manera alguna fomentado; por el contrario, los odios se ven extinguirse, y reconciliarse los enemigos: la ingénua piedad no se cambia en hipocresía, ni se confunde con las vanas y absurdas prácticas de devoción supersticiosa; sino que la voz de la conciencia recobra sus derechos, se rompen enérgicamente los hábitos inveterados, se vuelve á la frecuencia de sacramentos, Dios entra en todas las almas y las almas en Dios. Aquí, en suma, bajo nuestro cielo dulce y benigno, en donde la sonrisa de la naturaleza se une á la sonrisa todavía más graciosa de la gracia, no vemos caer sobre nosotros esos aguaceros de tempestad, sino una lluvia tanto más saludable, cuanto es más contínua. Somos, pues, felices con nuestras misiones.» Con esto quedan desvanecidas todas las dificultades, y asimismo legitimada la utilidad de las misiones.

CARACTER PROPIO DE LAS MISIONES

La misión es una guerra formal á la ignorancia y á los vicios, que son legítima consecuencia de aquélla, es un sitio en regla que se pone á la plaza de doble muro cual es el pecador, á su espíritu cuyas tinieblas se quieren disipar, y á su corazón cuyas cadenas se deben romper. Más para conseguir este doble triunfo, no bastan algunos golpes descargados sin objeto determinado; sino que es menester, como en el campo de batalla, dirigir todas las maniobras hacia el punto principal, para introducir desde luego la consternación en los habitantes de la plaza, y obligarles á capitular, dando al fin el asalto por todas partes con denuedo y energía. Por consiguiente, es preciso medir las fuerzas, templar las armas, colocar las tropas en su

lugar, emprender el ataque, y no aflojar jamás hasta vencer: es decir: que la misión tiene su principio, como todas las cosas, su medio y fin glorioso. Veámoslo.

La misión se inicia con un discurso de apertura en el cual se inculca la importancia del gran negocio, y los medios de conseguirle. Sucesivamente van desenvolviendose las verdades más necesarias cuales son: el fin del hombre, la salvación y las cuatro postrimerías. Luego se tratan otros puntos importantes, como son la misericordia de Dios, la pasión y muerte de Jesucristo y la intercesión de la Vírgen, puntos que son fuentes de gracia y de consuelo para los pecadores. Mas á fin de que tales consolaciones no los hagan perezosos y negligentes, conviene tratar de la confianza temeraria de la conversión en la hora de la muerte. Pasando, enseguida, de las virtudes á los vicios dominantes en la localidad, de la caridad del prójimo al amor de los enemigos, perdón de las injurias, usura, restitución y perjúrio; se tratará, si la necesidad y ocasion lo exigiéren,

de la impiedad, indiferencia religiosa, relajación de los vínculos sociales y domesticos y de los desórdenes de nuestra edad. No tenga reparo el misionero en atribuir á estos crímenes públicos las guerras, pestes, años de hambre, sequías, inundaciones y otros desastres. Tales castigos de Dios, no solo asi fueron reconocidos por los santos dostores de la Iglesia, sino por los mismos gentiles. «Por los perjúrios,» decía San Jerónimo, «viene la estirilidad.» «No acusémos á las estrellas,» escribía el pagano Símaco: «el sacrilegio secó el año.»

Tales son los témas generales, que se van desenvolviendo en una misión. El pecador que asiste á ella con devoción, no podrá menos de sobrecogerse con espanto: ya no podrá sosegarse, ni dormir en el crimen sin miedo y horror; ya no podrán menos de despertarse con viveza en su corazón los remordientos. ¿Quién tendrá un temple de alma tan frio que, viendo abrazado al misionero con el Santo Cristo, é invitando fervorosamente á todos, no detesten el pecado, y no amen á Dios?

Más ¿cuál deberá ser el caracter próprio y peculiar de las diversas instrucciones, que tendrá lugar en la misión? «Segun yo creo,» dice un moderno y excelente misionero, «el género de la *glósa* se adapta muy bién á los detalles de la moral, por ejemplo, para los mandamientos y recepción de los sacramentos, sobre los pecados capitales y deberes de cada uno. El sermón, por lo contrario, sirve mejor para las verdades dogmáticas, para las pruebas de la religión, los últimos fines y otros asuntos más elevados. Haciendo marchar de frente vuestros sermones con vuestras glósas, alcanzaréis perfecto resultado, al mismo tiempo que esta diversidad simultánea interesará mucho más á vuestro auditorio.»

Este modo de ver del citado misionero está confirmado plenamente por la práctica. San Ligorio encarecía el *catecismo* como uno de los más importantes resortes de la misión, con cuyo ejercicio, añade, se sostiene la atención del pueblo, no se fastidia tanto, y aprende más fácilmente. Tambien

descaba el Santo que el sermón estuviese conforme con las reglas de la oratoria: que sin estar recargado de Textos, fuese bien nutrido y sólido en las pruebas, abundante en emociones, y lleno de moralidad. Asimismo, declama contra el género muy elegante y limado en los sermones; y en ellos quiere la sencillez sin trivialidad. «¿Se ve por ventura,» tales son las palabras del Santo, «á los cristianos confesarse contritos, ni enternecerse por esas descripciones ingeniosas, por esos periodos redondeados, por esas flores y adornos que abundan en algunos sermones?» San Jerónimo compara esos vanos predicadores á ciertas mujeres, que por sus elegantes atavíos agradan á los hombres; pero de ningun modo á Dios. El enfermo, dice Séneca, no quiere médico que se produzca bien, sino que lo cure.

MEDIOS

DE ASEGURAR LOS FRUTOS DE LA MISIÓN

La misión, como todo retiro espiritual, no produce los mejores resultados, sino reune los requisitos siguientes:

1.º El misionero debe ser el representante de Jesucristo en medio de los pueblos, á quienes evangeliza: debe inspirar, como los apóstoles, respeto y veneración por su laboriosidad y conducta, y amor y confianza por su trato sencillo, dulce y caritativo. Debe ser, en fin, hombre de oración, haciendo con ella descender las gracias del cielo sobre los pecadores, á imitación de los apóstoles, de esos grandes misioneros, que convertieron al mundo á fuerza de orar y predicar: *Nos veró oratione et ministério verbi instantes erimus.*

2.º El misionero, no solo está obligado á edificar con el buen ejemplo, no acep-

tando convites, diversiones, ni cosa ninna que desdiga de su honorable ministerio; sino que ha de estar siempre dispuesto á inmolarse por la conversión de los pecadores, siempre pronto para confesar á los que se le presenten, siempre grave, modesto y piadoso, siempre, en fin, contento y animoso en medio de las mayores fatigas y contrariedades.

3.º Importa mucho que para los ejercicios el misionero se entienda con el párroco, y con él se muestre condescendiente y afectuoso. Esta regla no admite más excepción que la prevista por San Ligorio, á saber: cuando el misionero es enviado por el obispo, á despecho del própio párroco, y aun entonces aquel debe atenuar en lo posible la triste situación del obcecado pastor.

4.º En la misión ninguna enseñanza se ha de emprender á la casualidad, sino á un fin determinado y conveniente: ni menos se ha de intentar reforma de la cual no se pueda prometer algun resultado. Al declamar el misionero contra los grandes abusos de la localidad, cuide mucho de dorar

lo áspero de la reprensión con palabras de miel; porque la expresión dura, como venimos repitiendo en tantos lugares, no solo abre paso á las personalidades, sino que hiere, irrita y aleja; la dulce, por el contrario, suaviza, encanta y atrae.

5.° y último: Tambien contribuye al buen exito la canción de algunas estrofas, que vengan á pelo. Hay ciertamente en los cánticos sagrados cierta cosa que predispone y electriza los corazones, para recibir con gusto la palabra santa. En seguida, se remata el ejercicio con una breve oración, ó renovación de las promesas del bautismo, ó bendición de niños, ó la procesión, y al final con la instalación de alguna devoción especial, ó cofradía interesante, ó colocación de una cruz en paraje apropósito y, si es posible, algun regalo. Acerca de esto el ven. Avila desde Montilla escribía sencillamente al Sr. Arzobispo de Granada: «Bien sería que los misioneros llevasen á los pueblos algunos libros de devoción, como los de F. Luis y algunas cartillas. Item, algunos rosarios de cuentas, y si fuesen cuentas ben-

ditas sería mejor. Item algunas imágenes del crucifijo, y de Nuestra Señora, y San Juan... y sería bien empleado lo que V. S en esto gastase. Los pueblos han menester todas estas salsas para comer su manjar.»

Importa sobre manera que al cabo del año el mismo párroco recuerde los principales consejos, que se han dado en la misión, haciendo revivir la palabra fervorosa del misionero. San Alfonso de Ligorio y San Vicente de Paul querian que las misiones se renovasen cada trés años, ó por lo menos á los cinco.

FIN

DE LA TERCERA Y ÚLTMA PRTE

ERRATAS MAS NOTABLES.

Páginas.	Línea.	Dice.	Debiendo decir.
87	6	reviste	revisten
104	6	es armonioso	es el armonioso
347	3	mismo tratado	libro
363	5	*medocria*	*mediocria*
380	4	*Anacephaleosis*	*Anacephalœosis*
id.	id.	*angétur*	*augêtur*
383	9	*Prodica*	*Prædica*
396	20	orcura	oscura
398	17	*relingunt*	*relinquut*
418	7	Bourdalouce	Bourdaloue
427	12	ayundan	ayudan
433		En la primera parte del tratado	En las dos primeras partes
433	16	la segunda	la tercera
435	7	siglos paises y	siglos y paises
444	6	*parrochis*	*parochis*
482	14	á inmediato	é inmediato
502	4	*corum*	*corum*
571	19	en ocasiones	en aquellas ocasiones

ÍNDICE

INDICE

Págs.

INTRODUCCION

Definición y división de la Retórica. 11
Retórica, Oratoria y elocuencia. . . 13
Como se forma el orador. . . . 15
Objeto y fin de la Oratoria. . . 19
Importancia de la elocuencia. . . 21
División de la Obra. 25

TRATADO I

ELOCUCIÒN ELEMENTAL

Su definición y división. . . . 28
De la dicción oratoria. . . . 29

Págs.

CAPITULO I.—De las palabras

De las sílabas. 31
De las palabras. 35
Pureza y naturalidad de las palabras. 36
De la claridad. 39
De la propiedad. 45
De la elegancia. 51

CAP. II.—Coordinación y armonía de los periodos

Del periodo y de su composición. . 53
De la armonía. 56
Del número y sus elementos. . . 58
Suavidad de las palabras y números. 59
Armonía en la colocación. . . . 61
Terminación de los periodos. . . 63

CAP. III.—De los pensamientos

De la verdad.. 67
De la claridad. 69
De la precisión. 72

Págs.

Del atrevimiento y fuerza. . . 75
De la gracia y naturalidad. . . 78
De la variedad y unidad. . . . 79
Novedad y oportunidad. . . . 82
Honestidad y nobleza. . . . 84
Sublimidad y grandeza. . . . 86

TRATADO II

DEL ESTILO EN GENERAL

CAPITULO I

Del estilo y sus divisiones. . . 89
Estilo sencillo. 93
Estilo sublime. 97
Estilo templado. 104
Abundancia y brevedad. . . . 106
Estilo periódico y cortado. . . . 109
Variedad y novedad. 110
Conciliación de los diversos estilos. . 112.
Virtudes y vicios. 114
Del ornato 116

Págs.

Del gusto y la belleza. 119
Distinción entre lo bello y lo sublime. 121
Origen del gusto. 123
Mal gusto. 128
Reglas para obtener estilo propio y excelente 130
Confirmación de lo antedicho con la perfección de la lengua castellana. 137
Sobre el lenguaje castellano actual. . 148

TRATADO III

DEL ESTILO EN PARTICULAR Ó FIGURADO: TROPOS Y FIGURAS.

CAPITULO I.—De los tropos

De la metáfora. 164
Sinecdoque y metalepsis. 166
Metonimia, autonomasía y onomatopeya 168

TROPOS DE PENSAMIENTO

Alegoría é ironía. 170

Págs.

Perifrasis y hipérbole. . . . 173
Del uso de los tropos. . . . 177

CAP. II.—De las figuras

Figuras de palabra: Por adición. . 179
Por separación . 181
Por semejanza. . 182
Figuras de pensamiento. . . . 183
Figuras de reflexión ó raciocinio. . 187
Figuras patéticas. 195
Del uso de las figuras. . . . 201

TRATADO IV

LOCUCIÓN PÚBLICA

Partes de la Oratoria y de este Tratado. 204
De la preparación. 205

CAPITULO I.—Preparación remota ó de la invención

Del estudio 206

Págs.

De la Sagrada Escritura. . . . 209
De los Santos Padres. . . . 216
De la Teología. 225
De los autores ascéticos. . . . 232
De la Historia. 238
De la Filosofía. 242

PREPARACION PROXIMA.

Ó DISPOSICIÓN EN GENERAL

CAP. II.-De la preparación próxima

Elección del asunto. 247
Meditación del asunto. . . . 249
Plan del discurso. 251
Desarrollo del asunto. . . . 252
Reglas de la explanación. . . 259
Redacción del discurso. . . . 260
Corrección. 263

DE LA DISPOSICIÓN EN PARTICULAR

CAP. III.—Partes generales del discurso

Del Exordio. 270

Págs.

Especies de Exordio. . . . 272
Fuentes del Exordio. . . . 281
Bellezas y vicios del Exordio. . . 282
División del Exordio. . . . 285
De la proposición. 288
De la división. 292
Cualidades de la división. . . 297
De la narracion. 300
De la confirmación 304
Disposición de las pruebas. . . 305
Elección y fuerza de las pruebas. . 308
Causas que disminuyen la fuerza de las pruebas. 311
Medios para convencer. . . . 312
Dialéctica. 314
Medios para agradar 316
Medios para conmover. . . . 318
De la refutación. 324
Cualidades de la refutación. . . 325
Modos de refutar. 327
De la amplificación. 331
De la digresión y transición. . . 335
De la peroración.. 338
Cuadro sinóptico de un discurso. . 343

Págs.

ELOCUENCIA EXTERIOR

DE LA ACCIÓN ORATORIA EN GENERAL

Medios que facilitan la acción. . 347
El principio de la acción. . . 355
Elocuencia muda. 357
Cualidades de la acción . . . 359
Resumen y conclusión 365
Obstáculos 367
De la memoria 372
Utilidad de la memoria . . . 373
Medios para conservarla y aumentarla. 376

PARTES SINGULARES DE LA ACCIÓN

Pronunciación 385
De la voz. 392
Ejercicio de la entonación . . 398
Medios para mejorar la voz y saberla emitir 402
Accionado del cuerpo 406
1.º Del cuerpo 408
De las manos. 411

Págs.

Reglas para la acción de las manos. 412
Vicios de la acción . . . 416
Acción que piden ciertos pasajes . 422
Cabeza, semblante y ojos . . 424
Los piés y el traje . . . 430

TERCERA PARTE DE LA ORATORIA
DE LOS VARIOS GÉNEROS DE DISCURSOS

Naturaleza y necesidad de la instrucción 434

CAP. I.—Naturaleza del catecismo

Importancia del catecismo . . 440
Cualidades del catequista . . 443
Cualidades de la instrucción . . 449
Vicios de la niñez y su remedio . 455
Medios de aplicación . . . 457
Método en lo exterior del catecismo. 458
Diversas especies de catecismos. . 463

CAP. II.—De la instrucción popular

Curso seguido de instrucciones. . 467

Págs.

Plan de intrucciones 468
Modo de tratar estas materias. . 470
Asuntos dogmáticos. 472
Misterios. 473
Perfecciones 476
Beneficios. 477
Postrimerías 479
Salvación 482
Muerte 483
Infierno 485
Cielo 487
Asuntos morales. 489
Sacramentos. 490
Virtudes y vicios. 493

CAP. III.—Predicación solemne

Del sermón. 496
Del panegírico 499
Fin del panegírico 503
Fuentes 504
Forma del panegírico . . . 507
Adornos 513
Oración fúnebre 518

USC UNIVERSITAT DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Ejercicio práctico 526

CAP. IV.—Predicación simple

De la plática 538
De la Homilía 542
Clases de homilías 547
Exordio 549
Cuerpo de la homilía . . . 551
De la conferencia 554
Naturaleza de las conferencias . 556
Metodo de la conferencia . . 557
Utilidad de las conferencias . . 559
Necesidad de las conferencias . 563
Condiciones del apologista moderno. 568
Alocuciones y lecturas . . . 578
Lecturas 580
De las misiones 581
Utilidad de las misiones . . . 582
Carácter propio de las misiones . 588
Medios de asegurar los frutos de la misión 593

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO
01541855

